

LARA SMIRNOV

EL  
GOLFO  
DE CÁDIZ

Y LA  
CABO DE  
BUENA ESPERANZA



# *Índice*

Portada  
Sinopsis  
Portadilla  
Dedicatoria  
Previamente, en Golfeando...  
Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Agradecimientos

Referencias a las canciones

Biografia

Notas

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## *Sinopsis*

Cuando una rubia militar sudafricana se planta en casa de Manu —más conocido como el Golfo de Cádiz— con un bombo de varios meses, las cosas entre él y Victoria —la Estrecha de Gibraltar— se complican. Entiende que Manu tuviera vida social antes de conocerla, pero lo que no le encaja es que rompa con ella para casarse con una auténtica desconocida. Con el corazón destrozado, Victoria cruza el Atlántico para iniciar su carrera como diplomática en Uruguay.

¿Cómo será la relación entre el espontáneo y católico carpintero y la cuadriculada protestante Cabo de Buena Esperanza, llamada así por su rango militar y por... ciertas razones de peso? ¿Qué conflictos diplomáticos esperan a Vicky en tierras americanas? ¿Será capaz Manu de enderezar una situación que parece imposible de arreglar sin más armas que su arte gaditano?

*El Golfo de Cádiz  
y la Cabo  
de Buena Esperanza*

Lara Smirnov

Esencia/Planeta

*Por un mundo sin fronteras*



## *Previamente, en Golfeando...*

Mientras Manu y Benito *el Tuerkas* estaban charlando tranquilamente en el balcón, vieron que se acercaban calle abajo sus compañeros de chirigota.

—¡Anda, los que faltaban! —exclamó Manu sonriendo.

Al volverse hacia ellos, Benito se fijó en una mujer que parecía estar esperando a alguien.

—Oye, ¿ésa no es...?

Manu miró hacia el lugar al que señalaba su amigo. La mujer, alta, guapa, rubia y vestida con uniforme militar, estaba apoyada en la pared al otro lado de la calle, como si estuviera montando guardia.

Las guitarras empezaron a sonar mientras el grupo se acercaba.

Las miradas de Manu y de la militar se cruzaron, y ella ya no lo soltó. Lo miró con los ojos entornados, muy seria, como si le estuviera echando algo en cara.

Al volverse hacia su amigo, vio que el Tuerkas lo observaba con el ceño fruncido.

—¿Tú sabes quién es, *pisha*?

—Ya te digo —respondió Benito—. Es clavadita a Charlize Theron, como para olvidarla. ¿No te acuerdas? Te dejé con ella en el bar del Angelito hace unos meses. Su barco había atracado en Rota.

—Pues no caigo.

—Ahora que pienso, creo que ese día te dejé bastante *perjudica*o.

—Pues si yo estaba *perjudica*o, tú no estarías mucho mejor.

—No, pero yo me retiré antes que tú. Nos jugamos a los chinos quién iba a

entrarle a la yanqui y te tocó a ti.

Manu se volvió hacia ella, que seguía taladrándolo con la mirada. Al forzar la memoria, le vinieron a la mente unos cuantos recuerdos.

—Es cabo, *pisha* —susurró—. Y no es yanqui, es sudafricana.

—Ajá —comentó el Tuerkas—. ¿Alguna cosita más que recuerdes...? No sé... ¿un tatuaje en la nalga..., talla de sujetador...? Porque, tal como te está mirando, *quillo*, yo diría que entre vosotros hubo algo más que palabras.

—¿Manu?

Victoria salió al balcón, le levantó un brazo a su novio y se coló debajo. Acaramelada, le abrazó la cintura y, con los ojos cerrados, alzó la cara para darle un beso en los labios. Emma hizo lo mismo con el Tuerkas.

Manuel se inclinó y la besó, mirando con todo el disimulo que pudo hacia la militar, que le dirigió una mirada entre asesina y dolida. Él tragó saliva. Sabía que había algo que debía recordar, pero, por más que lo intentaba, no lo conseguía.

La mujer se apartó entonces del muro bruscamente y se marchó de allí sacudiendo la cabeza, en dirección contraria a la chirigota.

# 1

*Cádiz, España, 12 de octubre de 2015*

—Cuánto de *tó* y qué bien puesto —susurró Manu, echando mano al trasero de Victoria y dándole un apretón mientras le rozaba la nuca con los labios.

Vicky estaba luchando una guerra, como siempre que él estaba cerca. Quería acabar de arreglarse para no llegar tarde al desfile de las Fuerzas Armadas, pero el aroma del gaditano a su espalda, su voz seductora y el brillo de sus ojos reflejado en el espejo le estaba poniendo las cosas muy difíciles.

Desde que la propia Casa del Rey había propiciado su entrada en la diplomacia española, Victoria Lampard vivía en un estado de excitación constante. Si la perspectiva de trasladarse a Montevideo la llenaba de energía y de ganas de demostrar que era capaz de hacer las cosas bien, la presencia de Manuel Soto —más conocido como *el Golfo de Cádiz* tras su paso por el *reality* «Pecado original»— la llenaba... a otros niveles.

—Manu, ahora no, que llego tarde.

—¡*Quilla*, un embajador español tiene que llegar siempre un poco tarde! Tenemos que vender nuestras tradiciones: la siesta, la juerga, llegar tarde... Todo es Marca España. —Le apretó las nalgas un poco más.

—Como sigas magreándome así, me vas a dejar el culo lleno de marcas, eso es verdad.

—Y ¿qué quieres que haga? ¿Tú te has visto? —Manu la sujetó por los hombros, le dio la vuelta y la contempló de arriba abajo, pasándole revista con más rigor que cualquier oficial.

Ella trató de volverse hacia el espejo, pero él lo impidió acorralándola contra la pared del pequeño baño de su casa del barrio del Balón, en Cádiz. Decidida a causar buena impresión, se había puesto un vestido azul marino de cuello cruzado y cerrado por delante con botones de ancla, con los que el Golfo había empezado a jugar como si fueran fichas de un tres en raya.

Victoria se estremeció al notar que él hacía rodar un botón que quedaba debajo de uno de sus pechos y aprovechaba para acariciarle el canalillo con el meñique. Apretó un segundo botón, hundiéndolo en su sensible ombligo, ese donde tanto le gustaba meter la lengua cada vez que se duchaban juntos. Siguió bajando y, al llegar al tercer botón, deslizó un dedo por el hueco de la tela, se coló bajo la braguita de encaje y tiró de ella, haciéndola restallar contra su piel. Mientras tanto, mantenía clavada a Vicky en el sitio con la intensidad de su mirada.

—Manu —murmuró ella con la garganta seca.

—Calma, *quilla*, vas sobrada de tiempo. Yo te acerco en coche.

—Pero tu madre y tu hermana pueden oírnos.

—Seguro que se han ido a misa. Mi madre no nos deja dormir juntos; si no fuera por estos ratitos, me volvía loco, niña.

Victoria trató de protestar, aunque le puso tan poco entusiasmo que no se lo creyó ni ella.

Manu le desabrochó los botones del vestido muy lentamente, de arriba abajo, y al acabar la sujetó por las caderas, sacudiendo la cabeza de lado a lado mientras se mordía el labio inferior.

—No sé qué me has hecho, Vicky, me tienes *hechizao*. ¡Eres más bonita que el sol que se pone por la bahía!

—Chis, no hagas ruido.

—¿Yo? ¡Si soy más silencioso que un monje de clausura, *quilla*! — protestó él arrodillándose ante su diosa, a la que, tras su paso por el *reality*, llamaban *la Estrecha de Gibraltar*, pero que por suerte para él no era ni reprimida ni llanita—. A ver si eres tú la mitad de silenciosa —la provocó bajándole la braguita hasta las rodillas, juntándole las piernas y dejando un reguero de besos ascendente en el valle que formaban sus piernas unidas.

Victoria gimió, sujetándose a la encimera del lavabo y echando la cabeza

hacia atrás.

—¿No hemos *quedao* que chitón, chiquilla? —replicó él, provocándola con su cálido aliento antes de hundir la lengua de nuevo entre sus muslos.

Las manos de la diplomática se hundieron en su pelo, jaleándolo. Manu le encantaba cuando hablaba. Sus palabras cariñosas y sus bromas le llenaban el alma de felicidad, pero si había un momento en que no echaba de menos su labia gaditana era cuando usaba la boca para demostrarle sin palabras lo mucho que la quería.

Él se acomodó dispuesto a llevarla más alto que cualquiera de los aviones que llevaban días surcando los cielos durante los ensayos, pero, al cabo de poco, ella le tiró del pelo.

—Manu, ven. Necesito esconderme en tu cuello o despertaré a todo el barrio.

Con un gruñido de frustración, él acabó de quitarle las bragas antes de ponerse en pie. Con la pasión que encendía en ella el dueño de su corazón, Victoria le llevó las manos al pantalón y se lo desabrochó con manos temblorosas. Manu la recibió como siempre, listo para pasar revista.

Aunque a los dos les gustaba jugar y entretenerse en la cama, no era el momento ni el lugar. Él se quitó el bóxer con el que dormía, sentó a Victoria en la encimera y se le acercó hasta que quedó envuelto por su calor. Ella lo acogió entre sus piernas y lo abrazó, haciendo que se hundiera en su interior. Ambos gimieron al mismo tiempo.

—Cuánto tiempo, Vicky, me cago en mi vida.

—Lo hicimos ayer, Manu.

—¡Una puta eternidad! —Sujetándola de las caderas, se retiró, sólo para poder clavarse más a fondo.

Ella le acarició la nuca, le retorció la oreja y siguió deslizando la mano por su mejilla hasta llegar a su boca. Ladeando la cara rápidamente, él le atrapó un dedo y se lo succionó con fuerza. El cuerpo de Vicky reaccionó como si fueran dos partes de un mismo ser. Sus músculos más íntimos se contrajeron con fuerza, atrayéndolo, buscándolo, reclamándolo.

—¡Dios, niña! —Manu le soltó el dedo y aumentó la presión en las caderas.

Ella se aferró a sus hombros y hundió la cara en el cuello para disimular el grito que soltó al notar lo en lo más hondo de su vientre. Usando sus hombros como punto de apoyo, ascendió y se frotó contra él, buscando la fricción que reclamaba su clítoris.

Los movimientos de los dos se acompasaron en un ritmo que nunca pasaba de moda. Victoria se ondulaba, olvidándose de sus inhibiciones, sintiéndose libre. A Manu le faltaban manos para acariciarla, marcarla, reclamarla como suya.

—Así, preciosa, así. Me tienes, me tienes a puntito de caramelo.

—¡Manuuuu!

—Vámonos, niña. ¡Vámonos juntos!

Y juntos salieron disparados en un orgasmo breve pero intenso que dejó a Victoria relajada y lista para disfrutar de las festividades del resto del día o eso creía ella. Solo unos segundos después sonó el timbre de la puerta.

—¡Ojú, qué oportuna es la gente, de verdad, qué fatiga! —exclamó Manuel con ganas de agarrar a su Vicky y perderse con ella en un islote del Caribe donde nadie pudiera encontrarlos.

Ella, relajada y feliz, sonrió al escucharlo y permaneció inmóvil, con la cara apoyada en su pecho y dibujando caracolillos en su cuello, debajo de la oreja.

—¿Esperas a alguien?

Él negó con la cabeza, mientras ella seguía ronroneando como si fuera una gata volviendo de romería, uno de los variados efectos secundarios que el Golfo solía provocarle. Otro era la falta de memoria y de concentración. Por eso se alegraba de haber visitado al fin a su ginecóloga y haber tomado medidas para no quedarse embarazada antes de hora. Tenía muchas ganas de formar una familia con Manu, pero con el traslado a Uruguay por delante, ése no era el mejor momento. Le hacía una ilusión loca empezar su nueva etapa como diplomática, pero cada vez que él le susurraba al oído se olvidaba hasta de qué color era el círculo de la bandera de Japón.

—No, Emma y el Tuerkas no volverán hasta esta noche. No sé quién puede ser.

Al oír que alguien iba a abrir la puerta, la pareja se vistió a toda prisa.

—Manuuuuu —lo llamó su hermana Mari Mar—. Hay una *soldao* en la puerta. No sé qué dice; no entiendo *ná*.

—¡Ay, Dios, que vienen a buscarme! Ya te he dicho que llegaba tarde, Manu, de verdad, no sé por qué te hago caso.

—Porque te molo, *quilla*. —Le guiñó el ojo mientras se abotonaba los vaqueros, dejándola sin argumentos.

Tras retocarse el maquillaje, Victoria se dirigió a la puerta, que Manu mantenía abierta para ella.

—Pase, señora embajadora —dijo él haciendo una ligera reverencia—. Las autoridades la esperan.

El desfile se celebraba en las instalaciones de la vecina base de Rota, y Manu había invitado a Victoria a quedarse a dormir en su casa para estar más cerca.

—Hola —saludó la diplomática al ver a la alta y rubia suboficial que esperaba en el recibidor—. Siento haberla hecho esperar.

—No te entenderá, es *guachiney* —le advirtió Mari Mar.

—*Sorry. I'm ready.* —Vicky volvió a disculparse y le hizo saber que estaba lista para marcharse.

—Sí que te entiendo —replicó la militar—, hablo perfecto español; pero no te busco a ti, lo busco a él.

Las tres mujeres se volvieron hacia Manu, que tuvo la sensación de que su vida acababa de complicarse.

Mucho.

—¿Nos conocemos? —preguntó para ganar tiempo, aunque la había reconocido. No olvidaba fácilmente una cara, sobre todo si iba acompañada de un cuerpo de infarto.

—Tengo algo que es tuyo.

—Ah, qué amable por traérmelo, *quilla*, pero no hacía falta; haberlo enviado por correo.

La militar apoyó una mano en su cintura. Al fijarse, los tres vieron que llevaba los dos últimos botones de la chaqueta desabrochados.

—¡No puedo enviar esto por correo!

—Manu, la *guachiney* está *preñá* —murmuró la hermana del gaditano.

Victoria buscó la mirada de la recién llegada, pero ella sólo tenía ojos para Manu. Notó que se le erizaba el vello de la nuca mientras su instinto le gritaba: «¡Peligro, peligro!».

—Ya lo veo, Mari —replicó él entre dientes—. ¿Podemos ayudarte en algo? ¿Necesitas una silla?

—Necesito un padre para el *baby* —respondió la rubia con una mirada glacial.

Manuel tragó saliva.

—Claro que sí, *quilla* —contestó fingiendo aplomo—. Todos los niños necesitan un padre. Estoy seguro de que el padre y tú crearéis el hogar que ese niño merece. —Rodeó la cintura de Victoria con la mano para huir de allí—. Si nos disculpas, vamos al desfile de las Fuerzas Armadas.

La rubia se plantó ante la puerta con los brazos cruzados.

—No sin resolver antes mi problema. Yo también estoy invitada al desfile, pero ¡no me entra el traje de gala!

—¡Ups, qué mal! Mari, anda, échale una mano a la muchacha con la ropa, que a ti se te da muy bien la costura. Yo acompaño a Vicky a la base.

La militar tenía pinta de tener muy poca paciencia, y esa poquita parecía haberse agotado del todo. Alargó las manos y agarró a Manuel por las solapas de la camisa.

—¡Golfo de Cádiz! Tus días de golferío *stop today*. ¡Eres el padre de este *baby*! ¡Haz algo!

Victoria dio un golpe seco a la altura de la muñeca de la rubia para que lo soltara. Manu se volvió hacia su novia agradecido, pero ella le plantó una bofetada que le salió del alma.

—¡La madre que te parió, Manuel Soto! Llevas meses taladrándome con el rollo de la responsabilidad: que si ve al ginecólogo, que si antes de llover chispea... ¡Serás hipócrita! ¡Si has estado soltando chirimirí de soldaditos por medio mundo!

—Victoria, eso no es así.

—¿Está mintiendo? ¿No has estado con esta mujer?

Él agachó la cabeza.

—No lo recuerdo. Había bebido...



—¡Será posible! —Vicky alzó las manos—. ¿Cómo se puede ser tan golfo e irresponsable? Y yo he estado a punto de unir mi vida a la tuya. ¡Ay, Dios mío, de la que me he librado! —Trató de mantener la dignidad a pesar de que el corazón se le estaba rompiendo en mil pedazos. Volviéndose hacia la soldado, añadió—: Le deseo toda la suerte del mundo a ese niño. ¡La va a necesitar!

La rubia, que como buena militar tenía muy claro que «a enemigo que huye, puente de plata», se hizo a un lado para dejar salir al huracán Victoria.

—¡Vicky! ¡Espera, no te vayas así! —Manu trató de perseguirla, pero la soldado había vuelto a barrar el paso.

—Tenemos que hablar, Golfo.

—¡La madre que te parió, sargento!

—Cabo. Soy la cabo Eva de Boer.

—¡Un cabo te ataba yo al cuello, bruja!

La madre de Manu y Mari Mar, que se había mantenido en un discreto segundo plano, habló al fin:

—Hazla pasar al comedor, Manuel. Vamos a discutir las cosas como las personas.

## 2

—¿Está bien, señorita? ¿Quiere unos clínex? —le ofreció a Victoria el taxista que la conducía a la base de Rota—. Los llevo encima desde que vi la peli de Almodóvar. ¿Cómo se llamaba?, ahora no me acuerdo.

—*Mujeres al borde de un ataque de nervios* —respondió ella antes de respirar muy hondo—. No, no hace falta; no pienso llorar, no me da la gana.

Aunque estaba tan disgustada como Carmen Maura en la película del director manchego, se negaba rotundamente a derramar una sola lágrima por un hombre.

«Si es que, de verdad, pareces boba. ¿Qué esperabas de un tipo que tira la caña a todas las mujeres que se le ponen por delante? ¡Un golfo que se apuesta delante de toda España que te va a conquistar! Si es que lo estoy viendo, con el Tuerkas y los demás, apostándose a ver quién le entraba a la *guachiney* rubia. ¡Aaarggg! ¡Qué rabia, por favor! Mi hermana se va a partir la caja a mi costa. Y mi padre... —Hundió la cara entre las manos al acordarse del diplomático—. ¡Dios, mi padre se va a pasar el resto de su vida repitiendo “¡Te lo dije!”.»

Mientras cruzaba la isla del Trocadero, Victoria sentía que ponía distancia no sólo física, sino también emocional, con el que hasta hacía pocos minutos había considerado el hombre de su vida.

«Y mi madre... ¡Anda que no me ha advertido veces! La estoy oyendo. Todos los hombres son iguales. Te dicen lo que quieres oír para colarse entre tus piernas, y a la mañana siguiente..., ¡si te he visto, *I don't remember!*»

Apoyó la frente en el cristal del taxi y cerró los ojos. Desde el asiento

delantero, el conductor la miró por el retrovisor.

—¿Quiere contarme lo que le pasa, señorita? Con cinco años de taxi, te convalidan un curso de psicólogo. Y yo ya llevo diez. —Cuando ella abrió los ojos y lo miró, el hombre le guiñó el ojo—. Una cosa le voy a decir: no hay problema que no mejore con una sonrisa.

Ella sonrió y vio que no le faltaba razón. El nudo que se le había formado en el estómago se aflojó un poco.

—¡Ea, qué bonita sonrisa! No sé quién la habrá *matao*, pero se merece pena de cárcel.

—Nada; ese golfo no se merece nada, ni siquiera mi odio. Esa valquiria acaba de hacerme el favor de mi vida. Me ha librado de una buena. Si ya ahora le salen amantes e hijos por las esquinas, ¡no quiero ni imaginar dentro de cinco años! ¡Y pretendía irme con él a América!

—Uy, penas de amor... No llore, señorita, que en la base se va a tener que apartar a los hombres como si fueran moscas.

A Victoria cada vez le costaba más aguantar el tipo.

—Pero no son Manu —susurró.

Al ver que la guapa morena estaba al borde de las lágrimas, el taxista encendió la radio y buscó música.

Cuando empezaron a sonar los acordes de *Noches de bohemia*, el control que Victoria había logrado mantener hasta ese momento se evaporó, y un gemido de dolor y decepción le arañó la garganta.

—¿Cambio de emisora?

—Por favor. —Empezó a sonar entonces una marcha militar, y el hombre la miró dubitativo por el espejo retrovisor y alzó las cejas—. Sí, está bien. Cualquier cosa menos esa canción.

Durante el fin de semana que había pasado con Manu grabando una campaña publicitaria para un campo de golf llamada «Golfeando», él le había contado que *Noches de bohemia* era su canción favorita, pero que la traición de su exnovia de juventud había hecho que escucharla se volviera demasiado doloroso. En palabras del Golfo, ella había logrado que pudiera volver a bailarla sin sentir que se le clavaban puñales en el corazón.

«Parece que los puñales nunca se alejan de esta canción. Se desclavan de

un corazón para clavarse en otro», pensó Victoria.

No tuvieron ningún problema en cruzar la barrera gracias a la acreditación diplomática que había recibido hacía poco. Siguiendo la hilera de coches que se dirigían al mismo lugar que ellos, llegaron a la pista del aeródromo, que ese día se había convertido en escenario del desfile. Las gradas provisionales se iban llenando de militares y acompañantes. Hombres, mujeres y niños buscaban el mejor sitio para presenciar el desfile.

Vicky estaba despistadísima, pero se obligó a centrarse.

«Piensa en tu padre —se dijo para darse ánimos—. Eres una Lampard, y no puedes fallarles a todos los que han creído en ti. Ni a Carmen ni a Sofía. ¡Ni a todas las mujeres que luchan por salir adelante después de haber sido engañadas por un golfo!»

Cuando volvió a mostrar su acreditación al llegar a las gradas, el encargado la miró con curiosidad.

—Sí, un momento. Ahora vendrán a buscarla.

Victoria se preguntó quién vendría a buscarla, pero no tuvo que esperar mucho para descubrirlo. Una mujer que le recordó a Judi Dench haciendo de M, la jefa del servicio de inteligencia británico en las películas de James Bond, se acercó a ella con decisión.

Sin decir ni una palabra, la examinó de arriba abajo, la agarró del codo y la llevó detrás de las gradas. Una vez lejos de miradas indiscretas, sacó una botellita de colirio, un espejito y un paquete de toallitas húmedas.

—Esto forma parte del kit básico del diplomático. Luego te pasaré una lista con el resto del equipo. Anda, ponte el colirio. Puedes ir a tantas fiestas como quieras; de hecho, en las fiestas y en lo que pasa después de ellas es donde llevarás a cabo la parte más importante de tu trabajo, pero a la mañana siguiente debes tener un aspecto impecable.

—No he estado de fiesta.

La mujer la interrumpió, alzando una mano con autoridad.

—Señorita Lampard, no soy el enemigo.

—¿Puedo saber su nombre o debo llamarla M?

Por un momento pareció que la mujer iba a echarse a reír, pero se controló enseguida.

—Soy Helena Yepes.

—Encantada, señora Yepes. ¿Helena con hache?

—Efectivamente, ¿cómo lo has sabido?

Vicky la miró de arriba abajo. Aunque probablemente había superado los sesenta años, la diplomática conservaba un magnetismo muy potente. El pelo blanco y muy corto transmitía una imagen de experiencia y de seguridad en sí misma. El traje de falda y chaqueta color gris sobre un top negro y las joyas — pendientes de diamante y un reloj de platino— acababan de crear el conjunto. Pero lo más destacado era su mirada azul, despierta y acerada, la mirada de alguien a quien no se le escapa nada.

—Tiene aspecto de haber provocado más de una guerra, Helena.

Esta vez la mujer dejó escapar una carcajada.

—Me gustas, Victoria. Eres genuina y no te muerdes la lengua. Estás a punto de entrar en un mundo donde las apariencias lo son todo; un mundo de gestos y de buenas caras ante la cámara. Pero no dejes que eso te engañe: por detrás vuelan los cuchillos; hay que estar muy segura de una misma para no dejarse rebanar los tobillos.

Victoria hizo una mueca ante la imagen tan vívida que había pintado la diplomática. Exactamente así se había sentido al darse cuenta de que Manu y la rubia habían tenido algo juntos. Algo que había dado fruto y que llegaría al mundo al cabo de pocos meses. Se imaginó a Manu sosteniendo en brazos a un bebé, un bebé que no sería el que habían soñado tener juntos.

Una punzada de arrepentimiento le atravesó el corazón.

«Lo has perdido, Vicky. Sabes que nunca separarás a un bebé de su padre. Pero ¿y si no hubieras antepuesto el trabajo a tu vida personal? ¿Y si te hubieras dejado llevar por el corazón? Ahora Manu y tú estaríais casados y la valquiria rubia no podría interponerse entre vosotros...»

Cuando un gemido se le escapó de los labios, Helena le dirigió una mirada preocupada.

—No pensaba que tuvieras una resaca tan fuerte. ¿Vas a vomitar? Vamos, te enseño dónde están los lavabos.

—No, no voy a vomitar. —Estuvo a punto de admitir que su mal era de amores, pero algo le dijo que a Helena no le haría ninguna gracia oírlo—.

Estoy bien, de verdad. Son los nervios de la primera vez; quiero causar buena impresión.

La señora Yepes asintió y la miró con respeto.

—Recuerdo mi primera vez. —La tomó del brazo y se dirigió con ella a la parte delantera de las gradas—. Te voy a confesar algo. Antes de mi primer día de trabajo en la embajada de España en Moscú, vomité. —Vicky le dirigió una mirada entre agradecida y asombrada—. Que no salga de aquí.

Ella negó con la cabeza.

—Será nuestro secreto.

—Luego vomité muchas veces más, claro, pero por otros motivos. —Helena había recuperado su tono expeditivo—. Con la Perestroika, la gente tenía muchas ganas de libertad. Se abrieron discotecas por todas partes... Me perdí la movida madrileña, pero te aseguro que la movida moscovita no se quedó atrás. —Vicky sonrió—. Este trabajo exige sacrificios personales —añadió Helena—, pero te permite formar parte de la historia. Es un privilegio, no lo desaproveches.

Habían llegado frente a una de las gradas.

—Te he sentado allí, entre el comandante Rodríguez y la cónsul de Uruguay para Andalucía oriental y Córdoba. Todo irá bien. Hasta luego.

Victoria se volvió para darle las gracias, pero la menuda y enérgica diplomática ya se dirigía hacia la entrada para recibir a un nuevo invitado.

«No le he preguntado cuál es su cargo. Anda que estoy más verde que el trigo en abril.»

A lo largo de las horas siguientes, Victoria se empapó de todo lo que ocurría a su alrededor. Abrió la boca al ver a los paracaidistas de la BRIPAC descendiendo del cielo con la bandera, y siguió con la vista clavada en el cielo mientras se sucedían las exhibiciones aéreas.

El comandante le fue indicando a qué fuerzas pertenecían los soldados que desfilaban frente a ellos. Sintió el impulso de tomar apuntes, pero por suerte no llevaba libreta ni boli encima; no habría dado una imagen muy profesional. Al final del día tenía la cabeza hecha un gazpacho de uniformes, galones y nombres como *reservistas*, *vehículos anfibios*, *Guardia Real*, *legionarios* o *regulares*.

Mientras se dirigían al edificio donde tendría lugar una recepción oficial para las autoridades, Victoria no pudo evitar buscar a Manu con la mirada. Tenía la esperanza de que hubiera ido a buscarla. Esperaba oír su voz llamándola a gritos desde el interior de un tanque o desde lo alto de un helicóptero; el gaditano tenía tanta labia que era capaz de convencer a cualquiera.

«Ése es el problema —se recordó—. Que igual convence a un soldado como a una maestra o a una novicia. Es el don Juan Tenorio de Cádiz. Mejor que no haya venido, porque ya me he hartado de ser doña Inés. Quiero vivir todo lo que la vida tiene que ofrecerme. No quedarme aquí sufriendo por si al Golfo se le mete por los ojos una rubia despampanante o una morena explosiva. ¡Se acabó!»

### 3

En el pequeño comedor de la casa de los Soto, el ambiente podría haberse cortado con un cuchillo.

—Entonces ¿no eres americana? —insistió María.

—No, soy de South Africa, sudafricana.

—¿De Johannesburgo? —preguntó Mari Mar.

—No, de Cape Town, Ciudad del Cabo.

—Anda, la cabo es de Ciudad del Cabo —comentó Manu observándola con desconfianza—. ¿Todos sois cabos ahí?

Ella lo miró como si fuera un insecto.

—¿Qué cabo hay ahí, nena? —María trató de calmar los ánimos.

Eva de Boer volvió la cabeza y taladró con la mirada a la que pronto sería su suegra si todo salía como esperaba.

—No soy *nena*, *I'm corporal De Boer*.

—Vale, *nena De Boer*, ¿qué cabo hay ahí?

—Kaap die Goeie Hoop, el cabo de Buena Esperanza.

—Anda, qué casualidad —volvió a intervenir Manu—. Es del cabo de Buena Esperanza y está en estado de buena esperanza. ¿Todos los de ahí estáis *embarzaos*?

Eva no se dejó amilanar.

—Lo llamaron así cuando descubrieron que era posible bordearlo y seguir navegando hacia el este, en dirección a las Indias. Antes se llamaba cabo de las Tormentas.

—Ese nombre te pega más —refunfuñó Manu—. Menuda tormenta me has



*liao* en un momento, *quilla*. ¿Tú sabes lo que me va a costar calmar a Vicky?

—Esto no lo he hecho yo sola —protestó Eva llevándose la mano al vientre.

—¿Estás segura de que el bebé es de mi hijo? ¿Cómo lo sabes?

—Señora, ¿qué insinúa?

—No insinúa nada, te está haciendo una pregunta —replicó Mari Mar, que se había encariñado con Victoria igual que el resto de la familia y odiaba la idea de perderla.

Eva miró a su alrededor. Los tres miembros de la familia Soto la estaban observando con la misma hostilidad. Había llegado la hora de sacar la artillería pesada. Formó un nido con los brazos y, enterrando la cabeza en ellos, se echó a llorar.

María se levantó a preparar una tila para todos. Sin necesidad de que le dijera nada, su hija dispuso las tazas. Manu se quedó junto a la militar, que acababa de soltar un obús en medio de su casa, y, aunque su instinto protector le pedía que confortara a la mujer que lloraba desconsolada, mantuvo las distancias.

«Ya te acercaste bastante. ¡En qué momento, de verdad, en qué momento...!»

Sosteniendo la taza de tila con una mano temblorosa, Eva les contó que cinco meses atrás, durante la última escala que la fragata SAS *Amatola* había realizado en Rota, había salido de permiso. En un bar de Cádiz había coincidido con un grupo de españoles que bebían, cantaban y jugaban a los dardos. Uno de ellos le llamó la atención porque, además de guapo, le pareció muy patriótico.

—No paraba de lanzar vivas al cuerpo —recordó.

Mari Mar miró a Manu de reojo y puso los ojos en blanco. No le costaba nada imaginarse a su hermano piroleando el cuerpo de la impresionante rubia.

—Me invitaron a una copa, yo acepté y...

—No hace falta que entres en detalles —la interrumpió él, que acababa de recordar que había entrado con la militar en la trastienda del bar del Angelito. Lo que aún no recordaba era qué había pasado después.

—Hombre, detalles vamos a necesitar si queremos aclarar esto —le hizo

notar su madre.

—Ya volveremos a los detalles más tarde. Ahora avanza con la historia, *quilla*.

—La fragata zarpó, y hemos pasado estos meses recorriendo el norte de Europa: Francia, Reino Unido, Holanda, Polonia... Ahora vamos de vuelta a casa, a la base de Simon's Town, pero no puedo seguir ocultando mi estado y... —Se echó a llorar de nuevo—. No puedo volver a casa. Mi padre me mataría. Es un hombre... muy estricto.

—¿También es militar? —preguntó María.

Eva negó con la cabeza y se llevó la mano a la sien. Pensar en sus padres le provocaba un dolor de cabeza instantáneo.

—Es *preacher*..., predicador de la Nederduits Gereformeerde Kerk, es decir..., la Iglesia reformada neerlandesa, que nació cuando se escindió de la Nederduitsch Hervormde Kerk, o, lo que es lo mismo, Iglesia reformada germano-holandesa. Ambas partieron de la Iglesia reformada, la Gereformeerde Kerk, que es distinta de la Iglesia protestante africana o Protestantse Kerk, que...

—¡Ave María purísima, *quilla*, frena ya! Me estoy mareando.

—¡A mi padre no le hables de la Virgen María! —replicó la cabo De Boer exaltada como cada vez que se acordaba de su intransigente padre—. ¡Y a mí no me hables de mareos..., *quillo*! Me pasé los tres primeros meses vomitando.

—Pues qué suerte tiene la Madre de Dios de que no la quieran en esa familia —musitó el Golfo—. ¿Qué habré hecho yo *pa'* merecer tanto honor?

—¿Te hago un mapa?

Manu y Eva se habían ido acercando y parecían dos machos cabríos a punto de hacer chocar las cornamentas.

—Vamos a ver, chicos. Haya paz —dijo Mari Mar—. Tal como yo veo las cosas, parece que hay alguna posibilidad de que el niño que espera la cabo sea tuyo, Manu. —Al ver que su hermano iba a protestar, alzó la mano—. Déjame acabar. Estamos en el siglo XXI, y estas cosas se pueden demostrar. Hay pruebas.

—¿No vale mi palabra? Soy hija de predicador.

—Como si eres hija del papa de Roma —replicó María—. La nena tiene más razón que un santo. ¿En la clínica a la que fuiste con Antoñico hacen la prueba esta?

—Lo preguntaré. Hoy es fiesta, pero mañana mismo iré a preguntar. Déjame tu teléfono y mañana te llamo.

Mientras Eva escribía su número de teléfono en un papel que le acercó Mari Mar, Manu palmeó la mesa con las dos manos.

—Ea, pues mañana será otro día. Yo me voy. Con Dios, cabo. —Se levantó y se dirigió a la puerta—. Y con la Virgen —murmuró.

—Hijo, ¿no la acompañas a la base?

—No hace falta. —Eva de Boer se levantó también—. He venido en coche.

—Eso —replicó Manu—, que corra el aire.

María se acercó a darle un beso.

—No corras, ve con *cuidao*.

—Sí, mamá.

—Hasta pronto —se despidió Eva, envidiando el evidente cariño que madre e hijo se tenían.

Mientras se dirigía al vehículo militar que había solicitado para desplazarse, se metió la mano en el bolsillo y palpó la servilleta que había usado Manu y que había cogido sin que nadie se diera cuenta.

«Esto va a ser más fácil de lo que me imaginaba. Ése de golfo no tiene más que el nombre. Es un pajarillo. Pero, en fin, es buen hijo, así que será buen padre; no necesito nada más.»

\* \* \*

Victoria volvió a casa de su madre, en La Línea de la Concepción, en el coche del cónsul de Uruguay en Málaga, que se ofreció a acompañarla. Aunque la jornada había sido muy interesante y había conocido a mucha gente de su nuevo entorno, no había sido capaz de disfrutar de la experiencia. Aguantarse las lágrimas le había supuesto un esfuerzo tan grande que estaba agotada; no podía más.

—¡Hola, cariño! ¿Ya estás de vuelta? —preguntó Carmen desde la cocina.

—Sí, mamá, pero no puedo con la vida. Voy a echarme un rato, luego te cuento.

Entró en su habitación, soltó el bolso sobre la mesa y se lanzó boca abajo en la cama. Por fin, a salvo de miradas indiscretas, dio rienda suelta a su dolor, tratando de ahogar los sollozos en la almohada.

Carmen, que por algo era su madre, supo que no estaba bien sin necesidad de verla, pero dejó que se desahogara antes de entrar. Al cabo de unos minutos, se sentó en la cama y le acarició el pelo mientras su pequeña hipaba y sollozaba desconsoladamente.

—Ya, ya, cariño, seguro que no es tan grave. A ver, cuéntame qué ha pasado. ¿Te has equivocado con el protocolo? ¿Has llamado coronel a un comandante?

—Ojalá. —Victoria volvió la cabeza y, al ver la foto de su padre sobre el estante, empezó a sollozar con fuerzas renovadas. Un gemido lastimero le brotó de la garganta.

—Hija, me estás empezando a preocupar. ¿Te encuentras bien? ¿Te llevo a Urgencias?

Ella negó con la cabeza, que volvía a tener hundida en la almohada.

—¿Te han echado del trabajo? No te preocupes; saldremos adelante, como siempre.

Victoria se dio la vuelta y quedó boca arriba, pero se tapó los ojos con el brazo, incapaz de sostenerle la mirada a su madre.

—Es Manu.

Carmen se alegró de que su hija no la viera sonreír. No quería que pensara que se burlaba de su dolor, pero si algo tenía claro era que Manu y ella estaban hechos el uno para el otro. No sabía qué habría provocado la riña de enamorados, pero estaba segura de que en cualquier momento el gaditano llamaría a la puerta y se arreglarían.

—¿Qué ha hecho ese golfo? —preguntó con cariño.

—Va a ser padre.

Carmen dio un brinco en la cama. Eso sí que no se lo esperaba.

—¿Cómo?

—Pues de la manera tradicional. —Victoria dio un puñetazo en la cama con el otro brazo—. ¡Cabronazo!

—No te pongas así. Ya sé que querías esperar un poco, pero ser madre es muy bonito.

—¡Va a ser padre con otra mujer!

—¡La madre que lo parió! —Carmen se levantó mientras Victoria lloraba con fuerzas renovadas—. ¡Anda que no aprovechó el tiempo mientras estabas en Londres! Y parecía tan enamorado... ¡Cómo se puede ser tan falso!

Victoria sintió la tentación de guardar silencio y dejar que su madre siguiera atacando a Manu, pero no le pareció justo.

—No, no fue entonces; fue antes. Esa mujer está de cinco o seis meses.

—¿Quién es?

—No la conozco. Una militar. Guapa como una modelo, la condenada, pero militar.

—No, si mal gusto no tiene, eso ya lo sabemos. El problema es que tiene las manos muy largas el *jodío*.

Victoria se sentó en la cama con la espalda apoyada en la pared y dobló las rodillas. Su madre volvió a acomodarse a su lado.

—Y ¿qué te ha dicho? ¿Qué excusa te ha dado?

—No me he quedado el tiempo suficiente para oír sus excusas —respondió ella con amargura—. Los he dejado jugando a papás y a mamás; he cogido un taxi y me he ido al desfile. —Se secó los ojos con el antebrazo y miró la foto de su padre para infundirse valor—. Ese pichabrava me ha roto el corazón; no podía consentir que destrozara también el sueño de mi vida.

Carmen se sentó a su lado, apoyando la espalda en la pared, y la vista se le fue también a la foto de Charles Lampard. Aunque lo suyo había sido cosa de una noche y no le había dado tiempo a enamorarse del diplomático inglés, sabía lo que era tener veintipocos años y sentir que la vida te plantaba una barrera delante que no te dejaba avanzar.

—No te cierres, hija. Tal vez sea una aprovechada que lo vio en la tele y busca un padre guapo y con dinero para su hijo.

—Hay hombres con mucho más dinero que él.

Carmen se fijó en que no había dicho que había hombres más guapos. Para

su pequeña, Manu seguía siendo el más guapo del mundo, y por las lágrimas que le caían por las mejillas, iba a tardar en olvidarlo.

Suspiró, porque el dolor de su hija era el suyo.

—Sabes que vendrá a buscarte, ¿no?

—No lo sé..., supongo, pero me da igual. He tenido todo el día para darle vueltas al asunto en el desfile. No es esto lo que quiero en mi vida, mamá. Necesito estabilidad para poder triunfar en mi carrera. No puedo estar pendiente de sus amantes, sus exnovias y sus hijos secretos.

Carmen la miró de reojo. Sabía que su hija estaba levantando un muro alrededor de su corazón para no sufrir. Lo entendía; ella había hecho lo mismo después de que su amiga Rocío y ella se quedaran embarazadas al mismo tiempo de dos clientes del Monkey Island, el pub de Gibraltar donde llevaban toda la vida trabajando.

—Me duele pensar que vayas a irte sola al otro lado del mundo.

—Mejor sola que mal acompañada, mamá. Si algo me habéis enseñado Rocío y tú es que no hace falta un hombre para salir adelante.

Carmen no pudo rebatírsele. Rocío y ella llevaban compartiendo piso desde que Emma y Victoria eran pequeñas. En muchos aspectos eran como un matrimonio, y más de una vez, en épocas de sequía amorosa, habían bromeado sobre lo práctico que sería que se sintieran atraídas mutuamente a nivel sexual. Pero, aunque se querían como hermanas y habrían dado la vida la una por la otra, entre ellas no saltaba la chispa.

—Sí, eso es verdad.

—Además, no estaré sola. Ya he conocido a varios colegas españoles y de otros países; la diplomacia es como una gran familia. Los dos uruguayos que he conocido hoy son encantadores, sobre todo la cónsul para Andalucía oriental y Córdoba. ¡Ah! —se volvió hacia su madre con los ojos brillantes—, y he conocido a una mujer apasionante: M.

—¿M?

—Bueno, se llama Teresa Yepes, pero es clavadita a M, la de las pelis de James Bond.

Carmen sonrió al verla más animada. Su hija tenía algo que a ella le había faltado: una vocación. Eso le haría la vida mucho más fácil y, sobre todo,

mucho más interesante.

—¿Es una agente secreta?

—¡No lo sé! Se lo he preguntado a varias personas y nadie sabe cuál es su puesto en la diplomacia, pero está claro que es quien corta el bacalao. Es un retaquillo de mujer, pero ¡todos la miran con tanto respeto...! Yo quiero que algún día la gente me mire así.

—Pues ya tienes un objetivo en la vida, hija mía. No lo pierdas de vista. Eso es más importante que cualquier hombre.

## 4

—No quiere verte, Manu.

—Carmen, por favor te lo pido. Llevo todo el día buscándola y llamándola, pero no me coge el teléfono. Déjame pasar, suegra; tengo que hablar con ella.

Carmen suspiró.

—Yo también creo que tendríais que aclarar las cosas, pero si ella no quiere verte, no puedo hacer nada. Dale tiempo, está muy disgustada.

Sacudiendo la cabeza, Manu bajó a la calle y se metió en el coche. El día se le estaba haciendo eterno. Si cuando estaba con Victoria los días le pasaban volando, su ausencia tenía el curioso efecto de alargar el tiempo. Y de convertirlo en la peor de las torturas.

No sabía qué había hecho para que Dios lo castigara con la visita de la rubia de hielo que le había destrozado la vida con su absurda acusación.

«O no tan absurda. ¡Joder, ojalá pudiera acordarme de cómo acabó esa noche!»

Luego no lo habían dejado entrar en la base de Rota y tampoco le habían permitido esperar en las inmediaciones. Cuestión de seguridad, le habían dicho.

«Lo que yo digo siempre, la seguridad ante todo. Pero ¡si nunca me he *acostao* con ninguna mujer sin protección! Ni en Carnavales. No me creo nada de lo que cuenta la cabo esa. Si se nota que debe de tener el toto como una cámara frigorífica. No la metería ahí dentro ni *amenazao* por un pelotón de fusilamiento. Seguro que se me caería a cachitos, convertida en hielo para



mojitos.»

Se estremeció y pensó en Victoria para descongelarse el alma. Recordó cómo se había excitado inmediatamente al verla inclinada sobre la pila del lavabo donde tantas veces se había afeitado pensando en ella. Su melena negra y hechicera como una noche sin luna. Su piel morena y cálida, tan receptiva que se estremecía cada vez que le susurraba algo al oído. Sus pechos perfectos. «Ni demasiado grandes ni demasiado chicos.» Sus caderas, que se ondulaban al caminar como las dunas de la playa de la Cortadura. Todo en su Vicky era calor y pasión. ¡No podía perderla!

Volvió a bajar del coche, apretó el claxon y dejó la mano firmemente apoyada en él. Mientras el ruido de la bocina despertaba las protestas de los vecinos, empezó a llamarla a gritos:

—¡Vicky! ¡Vicky, baja! ¡No pienso irme de aquí sin hablar contigo!

—¡Calla, cafre, que se me acaba de dormir el niño!

—¡Vicky, baja ya, que el Golfo nos va a dejar sordos!

—¡No seas estrecha, niña!

En casa de Victoria, Carmen abrió la puerta del dormitorio de su hija.

—Ya tardaba —comentó.

Vicky no lo habría admitido ni bajo tortura, pero el corazón le había dado un salto de alegría al oír los gritos de Manu. Que su cerebro tuviera claro que lo mejor era apartarlo de su vida no significaba que su corazón estuviera de acuerdo. Y, por desgracia, otras partes de su cuerpo se habían aliado con su corazón traicionero. Había esperado que Manu entrara en la habitación por la fuerza, obligándola a escucharlo. Había deseado que le asegurara que todo había sido un error; que esa mujer lo había confundido con otro y que todo volvía a ser como antes. Había esperado un apasionado beso de reconciliación, pero se había marchado, llevándose consigo la esperanza. Por suerte, la bocina le había quitado de encima las telarañas del alma. ¡El Golfo había vuelto!

—¿Qué hago, mamá?

—Baja, hija. Si el niño de la Patri se despierta, no nos lo va a perdonar.

—¡Claro! —exclamó Victoria, feliz por tener una excusa para volver a verlo—. ¡No tardaré!

Carmen se asomó a la ventana.

—¡Anda, para, Manu, que la nena ya baja!

La sonrisa que le dirigió el Golfo fue tan brillante que se vio desde el Peñón de Gibraltar.

\* \* \*

Poco después, la pareja contemplaba el atardecer desde lo alto del Peñón.

—¿Seguro que no prefieres que vayamos a cenar?

—No tengo hambre.

Él la miró, y no hacía falta ser experto en idiomas para entender que le estaba diciendo que la devoraría allí mismo a poco que ella le diera una señal. A esas alturas estaba dispuesto a tomarse un pestañeo como señal.

Pero Victoria no pestañeó. Permaneció con la vista clavada en el horizonte, como si su mente hubiera emprendido ya el camino que cada tarde recorría el sol, hacia el oeste, hacia el continente americano.

—Vicky...

—¿Es tuyo?

—¡No!

—¿Estás seguro?

—Vicky, es su palabra contra la mía, pero vamos a hacer una prueba de paternidad. Mañana mismo iré a la clínica y...

—Manu, a mí su palabra no me importa; me importa la tuya. ¿Puedes asegurarme que ese niño no es tuyo?

Él agachó la cabeza, maldiciendo por enésima vez no recordar cómo había acabado la noche de marras. Normalmente sólo tomaba un par de cervezas, pero esa noche uno de los amigos había roto con su novia y lo habían ayudado a ahogar las penas en whisky.

—No, no puedo, pero eso no cambia nada.

Victoria alzó las cejas.

—¿Ah, no? Si el niño es tuyo, ¿qué vas a decirle: «Bueno, pues gracias por venir a contármelo, pero es que me esperan en Uruguay»?

Él la miró como si acabara de resolver una ecuación imposible.

—¡Sí, eso le diré!

—Manu...

—Sólo te pido que no me cierres las puertas de tu vida, Vicky. Hoy ha sido un día horroroso. No quiero imaginarme lo que sería pasar el resto de la vida sin ti. ¡Si me dejas, me muero, niña!

A ella se le hizo un nudo en el estómago, y por un momento pensó que se iba a poner a llorar otra vez, pero logró controlarse. No sabía qué era, pero algo en el ambiente le estaba diciendo lo que tenía que hacer. Tal vez fuera la tierra gibraltareña que pisaba, con banderas de Gran Bretaña por todas partes que le recordaban a su padre. Tal vez la franja de tierra africana que se adivinaba entre la calima, que le susurraba que el mundo era muy grande. O el sol, que se ocultaba camino de América, señalándole el rumbo.

—Manu, siempre vas a estar en mi vida, pero ahora mismo creo que lo mejor será que nos separemos. Yo me marcho dentro de quince días, y dudo mucho que las pruebas estén listas en ese tiempo.

«Yo me marcho, yo me marcho...» Esas tres palabras se quedaron dando vueltas en la cabeza de Manu, haciendo que le resultara casi imposible entender lo que vino a continuación. Hasta ese momento habían hecho planes para marcharse juntos y, de repente, *nosotros* se había convertido en *yo*.

—Si todo se aclara con la militar..., podemos mantener una relación a distancia.

—¡Una relación a distancia! Pero ¿quién eres tú y qué has hecho con mi Vicky? Vuelves a ser la estrecha estirada que entró en el concurso.

—¡No soy ninguna estrecha estirada, Manuel Soto! ¡La madre que te parió!

—Una santa.

—Pero ¡yo no soy ni una cosa ni la otra! No soy ni tu madre ni una santa, y no pienso quedarme en casa, atada a la pata de la cama, esperando a que llame a la puerta una rubia, una morena o una pelirroja diciendo que están esperando un Golfillo.

—Tú estás celosa, Vicky, no lo niegues. Tú me quieres. —Le dirigió una sonrisa ladeada y alargó una mano, pero ella se levantó y empezó a andar.

—¡Claro que estoy celosa y claro que te quiero! ¿Qué te crees, que una se desenamora de un día para otro? Ojalá inventaran un interruptor para eso, pero

¡no existe!

Manuel se levantó y fue a abrazarla. Ella se resistió tratando de escabullirse, pero él no lo permitió. La rodeó con los brazos y apretó mientras le susurraba al oído:

—Chis, ya, ya, niña. Todo se va a arreglar, ya lo verás.

Agotada por la tensión y el dolor de todo el día, Victoria se rindió, entregándose al abrazo y notando cómo el cuerpo del carpintero de Cádiz absorbía todas las sensaciones negativas y las convertía en relajación y placer.

Permaneció un rato con los ojos cerrados, disfrutando de las caricias de Manu sobre su espalda y sonriendo feliz. Todo se arreglaría. Un amor como el suyo no se encontraba todos los días. Eran el Golfo de Cádiz y la Estrecha de Gibraltar, estaban hechos el uno para el otro, ¿no?

De pronto, un ruido cercano le llamó la atención. Abrió un ojo para ver si tenían compañía y comprobó que sí. Un grupo de monos jugaba, o se peleaba o... Victoria abrió finalmente los dos y comprobó que estaban entregados a la pasión. Uno de los macacos había agarrado a la macaca por detrás y le estaba demostrando que era la única mona en su vida y que no había ninguna otra como ella..., hasta que ella salió corriendo y el macho se volvió hacia la siguiente mona que encontró y siguió con lo que estaba haciendo, como si nada.

Victoria sintió que un tsunami de furia nacía en su interior y crecía hasta desbordarse. Cuando Manu trató de besarla, lo apartó de un empujón.

—¡Todos los tíos sois iguales! Os da lo mismo una que otra. Un culo es un culo, ¿no?

—Pe... pero, Vicky..., ¿qué he hecho ahora, *quilla*?

—¿No lo has visto? Tu colega estaba entregadísimo a una mona, pero cuando ella se lo ha puesto un poco difícil, ¡ha tardado dos segundos en irse con otra!

Manu sacudió la cabeza.

—¿Mi... colega? ¿Me estás comparando con un macaco, Vicky?

Ajenos a la tormenta vecina, los dos monos se separaron y siguieron su camino.

—Pues no sé... Recuerdo a alguien que me ha asaltado por detrás esta

mañana, me ha hecho lo que ha querido y luego se ha ido a hablar con cierta mona rubia que ha aparecido en la puerta.

Manu se mordió el puño para no saltar. Sabía que detrás de esas palabras había resentimiento y celos, pero igualmente Vicky estaba siendo muy injusta con él.

—¿Me estás diciendo que esta mañana te has dejado hacer? ¿Que no te apetecía? Porque yo estaba ahí y no he tenido esa sensación.

Aunque estaba alterada y muy disgustada, Victoria sintió un cosquilleo de excitación. Se conocía y sabía que, cuando Manu ponía en marcha el modo golfo exprés, era incapaz de resistirse. Y no sólo porque con el pelo castaño claro revuelto y esos músculos ganados trabajando en la carpintería y jugando a fútbol en la playa estaba guapísimo, el *condenao*. Su manera de mirarla, su media sonrisa, esos susurros al oído que la volvían loca —y, sobre todo, su olor— eran los afrodisíacos más potentes que conocía.

Se alejó un poco más. *Distancia*, ésa era la palabra clave. Tenía que poner distancia entre ellos.

—Entre nosotros hay mucha química, Manu, eso ya lo sé, pero en la vida hay más cosas aparte del sexo. No somos monos.

—Tú eres monísima, Vicky.

—Estoy hablando en serio.

—Es que me das mucho miedo cuando te pones seria, chiquilla.

Verlo tan vulnerable, con el corazón en la mano, estuvo a punto de derribar sus barreras, pero entonces recordó las palabras de la cónsul de Uruguay para Andalucía oriental y Córdoba cuando le había preguntado por M: «No, nadie le conoce familia. Esta profesión es muy parecida a la carrera militar. Hoy estás aquí y mañana allí. La familia es un lastre que pocos pueden permitirse».

—Manu, creo que lo de esta mañana no ha sido casualidad. Creo que la vida ha querido enseñarme que no es un buen momento para lo nuestro. Tú tienes aquí tu vida, tu familia, tu negocio, tus colegas de chirigota... y los Cañaíllas; no los vas a dejar sin entrenador. Y ahora encima... —Se llevó la mano al vientre, pero no pudo acabar la frase. Manu iba a ser el padre del hijo de otra mujer. Sacudió la cabeza. No, aún no podía hacerse a la idea.

—Ya lo hemos hablado, niña. Trabajaré desde allí, mi madre no está sola,

y mis colegas... no van a calentarme la cama por la noche. ¡Te necesito, Vicky!  
¿No te das cuenta?

—Y ¿si tú no eres lo que yo necesito? ¿Te lo has planteado alguna vez o sólo piensas en ti?

Él se echó hacia atrás como si le hubiera golpeado. Esas palabras le habían hecho mucho más daño que la bofetada de esa mañana. Recordó los ataques del padre y la hermanastra de Victoria en Londres, donde lo habían acusado de estar con ella por interés. Ella lo había defendido a muerte y él había creído que su Vicky lo amaba igual que él a ella. Pero... ¿y si sólo había sido un acto de rebeldía?

—La que tendrías que planteártelo serías tú, ¿no crees? Yo tengo muy claro lo que quiero, Vicky, pero me parece que tú no. —Ella no fue capaz de sostenerle la mirada—. Me parece que la cabo te ha puesto en bandeja la excusa que estabas buscando —añadió Manu con frialdad.

Victoria se estremeció. Oír el hielo en su voz era terrorífico. Después de la mala experiencia con su novia de juventud, el gaditano se había protegido tras una armadura forjada a base de chistes, bromas y fandanguillos que eran su disfraz oficial de Golfo, pero ella sabía que ese disfraz ocultaba mucho más. Sabía lo mucho que le había costado volver a entregar su corazón, lo sabía porque se había ganado su confianza hasta que él se abrió. Y ¿para qué? Para entrar hasta lo más profundo y colocar allí una bomba de relojería.

«Pues sí que empiezo bien mi carrera en la diplomacia.»

—Manu...

—¿Qué, Vicky? ¿Ha ido bien el desfile? ¿Has *conocío* a algún militar de buen ver, algún diplomático elegante? —Ella se tensó, pero no desmintió sus palabras—. Claaaro, ya lo pillo. Te has *pasao* el día entre gente fina y has visto que yo ahí no pegaba ni con cola. Y te has dicho: «Ésta es la mía. Le monto un pollo al zafio del carpintero y me libro de él sin mancharme las manos».

—Manu, no digas tonterías.

—No puedo evitarlo, Vicky, es que soy muuuy tonto. Vamos, creo que hoy he batido algún récord del mundo de tontez. Todos me toman por el pito del sereno. Como se enteren las revistas, nos cambian los motes: *el Asno de Cádiz*

y la *Larga de Gibraltar*. ¡¿Alguien más quiere venir a reírse del Golfo?! —gritó—. ¡Se ha abierto la veda!

—Así no vamos a aclarar nada. —Victoria empezó a andar en dirección a la carretera que bajaba del Peñón.

—¿Adónde vas, *quilla*? ¿No pretenderás volver andando a casa?

—¿Y a ti qué te importa? Soy una interesada más, otra Noelia, es eso lo que estás pensando, ¿no? Pues cuanto antes te libres de mí, ¡mejor!

—¡Vicky, espera!... La madre que la parió, pues no se espera —refunfuñó al verla desaparecer.

Subió al coche, apoyó las manos en el volante y dejó caer la frente encima, soltando el aire con fuerza.

Las cosas cada vez se estaban complicando más. Lo mejor sería que los dos se calmaran, pero no iba a dejar a Victoria sola en medio de un peñón lleno de monos... y de humanos, que eran peores. Arrancó y no tardó mucho en alcanzarla.

—Sube. —Ella siguió andando con la vista al frente—. ¡Tozuda como ella sola! ¡Me cago en el Peñón y en todos sus macacos! Vicky, sube al coche. Te juro que no te dirijo la palabra hasta la puerta de tu casa.

—¡Ja! ¿Tú, callado hasta mi casa? No me hagas reír.

—¿Qué te apuestas?

Victoria entornó los ojos y torció el morro, y Manu maldijo en voz baja su reacción. Durante el concurso de televisión en el que se conocieron, su tendencia a apostar le complicó mucho las cosas con ella. Le había costado mucho quitarse de encima la etiqueta de golfo inmaduro y, cuando al fin todo parecía haberse encarrilado, pasaba eso. Era como si algún dios aburrido hubiera decidido distraerse jugando con sus vidas.

—Sube, Vicky, por favor. No digo ni una palabra más.

Y el gaditano cumplió su promesa, aunque el esfuerzo por permanecer callado le costó la vida misma. Por suerte, no había colas para cruzar a La Línea, pero incluso así el trayecto se les hizo eterno.

Victoria pasó el viaje dándose ánimos: «Aguanta hasta casa; no llores. Si las cosas tienen que ser entre vosotros, serán; es absurdo forzarlas. Empieza una nueva vida y no mires atrás. Aguanta un poco más, que ya llegáis. Cuando

Manu se marche, no tendrás que volver a hablar con él hasta que te veas con fuerzas. Con un océano de por medio, todo será más fácil. Tú puedes con eso y con más. Eres hija de tu madre. Si mamá pudo salir adelante sola, yo también. Aguanta, aguanta, aguanta».

A su lado, Manu también le daba vueltas a la cabeza: «Aguanta, no se te ocurra abrir la boca. Un poquito de dignidad, Manuel. La dejas en su casa y te vas a la tuya. El Manu no se queda donde no lo quieren».

Al pasar frente a las garitas de la aduana, el mismo policía que les había dado paso al entrar les indicó con la mano que pasaran sin detenerse.

—¡Con Dios, agente! —se le escapó a Manu. Al notar que Victoria se aguantaba la risa, añadió—: ¿Qué pasa? ¿No puede uno ser *educado*?

Ella asintió en silencio y a punto estuvo de pasar de la risa al llanto. Dios, cómo lo quería. ¡Lo iba a echar tanto de menos!

Poco después, al llegar a su calle, Manu detuvo el coche a pocos metros de distancia de la puerta. Al volverse hacia ella, vio que se estaba retorciendo las manos nerviosa.

—Pues ya hemos *llegado* —comentó por romper el odioso silencio.

—Pues eso parece.

—Vicky...

—Manu, gracias por venir a buscarme. Gracias por la charla y... por tu silencio —añadió Victoria con una sonrisa triste.

—Esto no puede acabar así.

—No, no es un final; es un paréntesis. Pero hasta que tengas los resultados, prefiero no hablar contigo. —Tragó saliva con dificultad—. Me duele demasiado, Manu.

Él asintió con la cabeza, incapaz de negarle nada.

—Cuando tenga los malditos *resultados*, te aviso.

—No hables así. Ese niño podría ser tu hijo y él no tiene ninguna culpa.

Manuel iba a replicar, pero una bocina los sobresaltó.

—¡Hombre, mira a quiénes tenemos aquí: los tórtolos! —exclamó la voz del que era como un hermano para él.

Emma y el Tuerkas acababan de regresar de su fin de semana largo, radiantes de felicidad.



—¡Qué bien que estéis aquí! —dijo Emma—. Anda, Manu, sube. Tenemos un montón de planes para la boda. Ya sólo faltan diez días, ¿no me lo puedo creer!

Manu y Victoria intercambiaron una mirada de culpabilidad. Con la sorpresa de la Cabo de Buena Esperanza y la discusión posterior, se habían olvidado por completo de la boda de sus amigos. Y eso podría ser perdonable... ¿si no hubieran sido ellos los padrinos!

—¿Qué os pasa, *quillos*? ¿Se os ha comido la lengua el gato?

—Ha sido un día muy largo. Me voy a casa; ya hablaremos.

Victoria salió del coche y se despidió de los tres desde la puerta antes de desaparecer escaleras arriba.

Emma y el Tuerkas vieron cómo Manu se marchaba también sin decir nada.

—Éstos se han *peleao*. —Emma sacudió la cabeza.

—Bueno, así luego hacen las paces. —Benito se inclinó hacia ella, le acarició la mejilla y, hundiendo la mano en su pelo, la besó—. El sexo de reconciliación es rico —beso—, rico —beso—, rico.

—Y con fundamento —se rio Emma, llevándole la mano a la entrepierna y notando cómo él se excitaba—. ¡Tuerkas! ¿No has tenido bastante?

—¿De ti? Nunca.

Mientras Emma y el que pronto sería su marido se despedían apasionadamente frente a su casa, Victoria se quitó la ropa y se puso la camiseta de Manu con la que se había acostumbrado a dormir.

Al bajar la vista, se fijó en las marcas que le había dejado en las caderas al hacerle el amor esa mañana en el baño del pequeño piso gaditano.

Se metió en la cama y se tapó la cabeza con la sábana, buscando protección contra el dolor, pero era imposible, porque éste se había instalado en su corazón. Su cuerpo aún llevaba las marcas de Manu, pero pronto se desvanecerían. Tenía un mal presentimiento. No podía quitarse de encima la sensación de que lo estaba perdiendo.

«Cuando los moratones desaparezcan, tal vez Manu ya no esté en mi vida.»

## 5

Diez días más tarde, la peluquera del barrio estaba al borde de un ataque de nervios.

—¡Queréis dejar de llorar! Es la tercera vez que le retoco el maquillaje, y una es buena, pero ¡pa' milagros, a Lourdes!

—¡Es que está tan guapa...! —exclamó Rocío, secándose las lágrimas con el pañuelo de papel que acababa de darle su comadre Carmen.

La noche anterior la habían pasado sentadas las cuatro a la mesa de la cocina, como cuando Vicky y Emma eran niñas y hacían los deberes. Eran muy conscientes de que aquello era el final de una etapa que no volvería a repetirse. Emma y el Tuerkas se mudaban a un piso cercano y Victoria se iría al cabo de pocos días al otro lado del charco. No querían estar tristes. Se alegraban mucho de que Emma hubiera encontrado el amor y de que Vicky pudiera hacer realidad su sueño de convertirse en diplomática, pero a veces resulta imposible no dejarse arrastrar por la melancolía.

Rocío había metido una botella de champán en la nevera y brindaron por el amor verdadero, por ese que no moría por mucha distancia que se interpusiera entre las personas, por la amistad y por lograr los objetivos en la vida. Cuando se acabó el champán, brindaron con fino y acabaron la noche con cervezas. ¡Tenían tantas cosas por las que brindar...! Y aunque ninguna sacó el tema, a las cuatro les dolía cómo habían acabado las cosas entre Manu y Victoria. Para no pensar en ello, Rocío y Carmen le dieron una charla a Emma sobre cómo se hacían los niños. Emma entró en el juego y fingió ser una virgen inexperta para hacer reír a su amiga.

—¡No! ¡No me dirás que eso se mete ahí!

—Ahí y en otros sitios —murmuró Carmen.

—¡No te creo! ¿Dónde más lo vas a meter?

Rocío cogió un plátano del frutero y se lo comió sugerentemente.

—¡Mamá! ¿Me estás animando a que le coma el plátano al Tuerkas?

—Tiene mucho potasio, hija.

Emma escondió la cara entre las manos.

—Carmen, ¡mira lo que dice tu amiga! —exclamó mirándola entre los dedos—. Y dice que se puede meter en más sitios. Es imposible, ¿dónde lo va a meter? —No tuvo que fingir que se ruborizaba, porque recordar cómo Benito la había tomado por detrás en la ducha del hotel donde habían pasado su último fin de semana de solteros hizo que le aumentara la temperatura de golpe.

La madre de Victoria, contagiada por la tontería general que se había apoderado de ellas, cogió otro plátano y trató de metérselo por la oreja, frunciendo el ceño.

Vicky agradeció que las demás pensarán que las lágrimas que le caían por las mejillas eran de risa, pero alguna de tristeza se coló también. Se esforzaba por parecer feliz porque lo último que quería era chafarle la boda a su amiga. La de veces que habían hablado de cómo sería su boda perfecta. Nunca se habían imaginado que se enamorarían de dos amigos. Pero ¡es que todo le recordaba a Manu! ¡Absolutamente todo! Hasta los plátanos le recordaban a los macacos y su charla en lo alto del Peñón. ¡Así era imposible olvidarse de él!

Victoria y Emma durmieron juntas, como tantas veces cuando eran pequeñas, pero ya habían crecido, y entre los nervios y los codazos involuntarios, apenas pegaron ojo, por lo que a la mañana siguiente la peluquera tuvo que esforzarse más de lo habitual en taparles las ojeras.

El comedor se había convertido en un centro de belleza improvisado. El vestido de la novia estaba sobre su cama. Victoria, Carmen y Rocío ya estaban vestidas, peinadas y maquilladas; sólo faltaba Emma. Cuando la peluquera dio el visto bueno al recogido, en el que colocó una flor blanca, entre todas la ayudaron a ponerse el vestido.

Victoria la había acompañado a comprar la lencería y los zapatos, y ambas intercambiaron miradas de complicidad mientras Vicky se agachaba para ayudarla a calzarse los zapatos de tacón de corte clásico, recordando la visita al sex-shop que habían hecho al salir de la zapatería.

Las vecinas llevaban un buen rato en el comedor. La puerta de la calle estaba abierta para que nadie se perdiera el espectáculo. No cada día se casaba alguien en la escalera.

—¿Ya llevas algo *presta*, niña? No vayas a tener mala suerte.

—Sí, Patri —respondió Rocío—. Lleva algo nuevo, algo viejo, algo *presta* y algo azul. Nada va a salir mal, no me seas ceniza.

—Yo puedo dejarte mi estampita de santa Catalina de Alejandría para que te la pongas en el sujetador —comentó Patri con retranca. Era el método anticonceptivo que Rocío y Carmen habían utilizado cuando se quedaron embarazadas de sus hijas.

—Gracias, Patri, eres un amor, pero déjate, ya tendrán tiempo de darme nietos; que disfruten un poco de la vida los chiquillos.

—Los chiquillos, dice, ¡si Emma es mayor que yo!

—Siempre será mi chiquilla. —Rocío suspiró.

—¡Ha llegado el coche! —gritó alguien—. ¡Está en la puerta!

—¿Lo tenemos todo? —preguntó Victoria.

—Sí, por suerte, María, Mari Mar y la madre de Benito se han encargado de casi todo.

La novia salió a la calle entre vivas y aplausos de los vecinos, tanto de su portal como de los cercanos.

Al mirar hacia el interior del coche, Victoria sintió una punzada de decepción al darse cuenta de que el conductor no era Manu, sino otro de los amigos del Tuerkas. Ayudó a colocar el vestido de Emma, que viajó en el asiento del acompañante, y ella se sentó en la parte de atrás del vehículo adornado con flores y lazos que las llevó hasta la iglesia.

María había movido los hilos para que el padre Bartolomé los casara en la parroquia de Nuestra Señora del Carmen. Y no había sido la única. Parecía que todo Cádiz se había movilizado para que la pareja pudiera casarse antes de que el Golfo de Cádiz se marchara a hacer las Américas. Lo que no sabían

era que Manu no iba a irse a ninguna parte, al menos de momento.

La tarde anterior habían recibido las pruebas de paternidad y, para desesperación de Manu, los resultados lo señalaban como padre del bebé. No había compartido la información con nadie para no estropear el día especial de su colega, pero se sentía morir por dentro.

Y si había pasado la noche en blanco y la mañana había sido una tortura, al ver bajar a Vicky del coche sintió que le clavaban un cuchillo en el corazón.

Por suerte, el resto de los integrantes de la chirigota empezaron a cantar al ver aparecer a la novia y su dolor pasó desapercibido. Comenzaron con un remix de los principales éxitos de las Spice Girls en honor a la novia —tanto Emma como Victoria eran muy fans— y sólo callaron cuando la novia llegó a la puerta de la iglesia.

Como del padre de Emma nunca más se supo, fue el padre del Tuerkas el encargado de acompañar a la novia al altar. Su hijo los esperaba, nervioso pero feliz, junto a su madre. La otra mujer de su vida —la iguana *Amparito*— se había quedado en casa. El padre Bartolomé se había negado en redondo a dejarla entrar, diciéndoles que sólo permitía la entrada de animales en el templo el día de San Antonio.

Manu miró a Victoria en silencio y le ofreció el brazo. Ella lo aceptó con solemnidad y juntos recorrieron el pasillo hasta llegar al altar entre los suspiros y los murmullos de las asistentes, que comentaban lo guapos que eran y la buena pareja que hacían. Todos pensaban que no tardarían en seguir el ejemplo de sus amigos. Si ellos supieran...

Al llegar al altar, se separaron. Victoria se sentó con la familia de la novia; Manu, con la del novio. La ceremonia fue sencilla y emotiva, igual que el sermón del padre Bartolomé.

—El matrimonio es como un motor, hijo. Cada pieza realiza una función. No hay piezas más importantes que otras: si una falla, el coche se para. Y, como bien sabes, las piezas deben estar siempre bien engrasadas para que el coche vaya fino, fino. —Algunos de los amigos se echaron a reír. Emma mantuvo la vista clavada al frente. Sabía que, si miraba al Tuerkas, no podría aguantarse la risa—. Si no se engrasa cada día, las piezas empiezan a chirriar.

Victoria soltó una pedorreta que se oyó claramente en toda la iglesia, por

mucho que se hubiera tapado la boca con la mano. Manu se inclinó hacia delante para mirarla y sonrió. No se había dado cuenta de lo mucho que había echado de menos su risa hasta ese momento. Y, cuando ella le devolvió la mirada, tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no agarrarla, cargársela al hombro y salir corriendo hasta el taller de su amigo para demostrarle que su relación podía ir fina y engrasada como un motor de Fórmula 1. De una cosa estaba seguro: no creía que tardara más de nueve segundos en ponerse de cero a cien.

«Jesusito del Gran Poder, ¡cómo la echo de menos!»

El padre Bartolomé había seguido hablando. Cuando la sangre de Manu dejó de darle vueltas a mil revoluciones por minuto y volvió a escuchar, estaba diciendo:

—Como todos vosotros sabéis, con chispa y compañerismo las penas pasan mejor. Deseo que vuestro matrimonio esté tan inspirado como una coplilla, y os animo a tener muchos hijos, para que nunca falte cantera para los Cañaíllas.

—¡Ole! —exclamó Manu.

Poco después, el padrino se unió a sus compañeros a la puerta de la iglesia para dedicarles la canción que habían compuesto especialmente para la ocasión.

Cuando Emma y el Tuerkas asomaron la cabeza, una lluvia de arroz y pétalos de flores los recibió.

—¡Vivan los novios!

—¡Vivan!

—¡Qué bonita va la novia! —gritó uno de los amigos.

—Preciosa —murmuró Manu, comiéndose con los ojos a Victoria, que había salido tras los novios.

—¡Qué bonita va la novia! —repitió el chico en voz más alta al ver que a Manu se le pasaba por alto la señal que habían acordado para empezar a cantar.

—¡Ya te hemos oído, *pisha!* —protestó Benito, abrazando a su esposa con un sentimiento de posesión tan acusado que le pilló desprevenido hasta a él—. Tú no te preocupes por nada, que ya me encargo yo de que no se le olvide ni

hoy ni ningún día.

—Ya te lo recordaré —replicó ella, dándole un beso en los labios.

Tras recibir varios codazos, Manu reaccionó al fin.

—«Qué bonita va la novia, de blanco como paloma...» —entonó.

—«Mira cómo ha *dejao* al novio —respondió el resto de la chirigota, acompañados a la guitarra—, *embobao, alelao, pasmao...*

—«¡Como si tuviera el cerebro comido por la carcoma!»

Benito fingió enfadarse, pero la felicidad no le cabía en el pecho. Abrazando a Emma desde atrás, escucharon juntos el resto de la coplilla:

*El padre Bartolomé les ha dao la bendición.*

*Y el Tuerkas ya está impaciente.*

*¡Tiempo le falta!*

*¡Ya está sudando!*

*¡Pa' llevarse a la parienta a un rincón!*

*Qué bonita va la novia, de blanco como paloma.*

*De la emoción, Benito en cualquier momento se nos desploma.*

*Anda, pisha, no te enfades, ¡qué bien que lo has hecho, quillo!*

*Ve y dale a la novia, Tuerkas, ¡dale un beso de tornillo!*

*Qué bonita que es la novia.*

*Suerte que el amor es ciego.*

*Así Emma no se da cuenta que el Tuerkas es feo, feo.*

Ella alargó el brazo por detrás de la nuca de su amado y, sin dejar de besarlo, negó con el dedo mientras los demás seguían cantando:

*¡Vámonos a celebrarlo!*

*Esto necesita un brindis.*

*Vamos todos a brindar*

*por un amor tan bonito que no se puede aguantar.*

*¡Venga, vamos, que nos vamos!*

*¡Ay, este amor tan bonito nos tiene a todos contentos!*

*¡A todos menos a Amparito!*

—¡Ole!

—¡Qué arte!  
—¡Vivan los novios!  
—¡Vivan!

\* \* \*

El banquete se celebró junto al mar, en el restaurante de otro de los amigos de Manu y el Tuerkas. Como el resto de la boda, todo fue muy sencillo, sin pretensiones, y tal vez por eso fue una boda muy feliz. No hubo *wedding planner*, ni caprichos, ni gritos ni novias a la fuga. No hubo aperitivos de diseño ni vinos carísimos, pero hubo alegría sincera y amor del bueno. Emma y el Tuerkas se sentían la pareja más rica del mundo. Manu y Victoria se habrían cambiado por ellos sin pensarlo.

Tras la comida, hubo discursos y muchas más canciones. Corrió el vino y el espumoso, y a media tarde empezó el baile. Después de que Emma y Benito lo abrieran bailando solos un vals, Manu se acercó a Victoria antes de que alguno de los buitres que no le quitaban el ojo de encima se le adelantara.

—¿Por qué no sacas a bailar a tu madre? —se resistió ella, nerviosa.

—Vicky, llevas rehuyéndome todo el día. Bailaré con mi madre, con mi hermana y hasta con la tía del Tuerkas, pero el primer baile el padrino lo tiene que bailar con la madrina, así que guárdate esa cara de agria en el bolso y vente *p'acá*.

Preparándose mentalmente para la tortura que estaba a punto de sufrir, Victoria aceptó la mano que él le tendía y se levantó. Mientras se dirigían al centro del espacio que habían preparado como sala de baile retirando las mesas, algunos despistados les lanzaban preguntas y pullas que se clavaban como dardos:

—¿Y tú para cuándo, Manu?

—El Tuerkas se te ha *adelantao* esta vez, ¿eh, *pisha*?

—Venga, Golfo, échale el lazo a la Estrecha antes de que venga otro y te la levante.

Manu condujo a Victoria hasta el rincón más apartado de los cafres de sus amigos y se volvió hacia ella. Llevaba diez días sin verla; los diez días más



largos de toda su vida.

—Estás preciosa, Vicky.

—Tú tampoco estás nada mal, gaditano.

—Ven aquí. —Abrió los brazos y la Estrecha se refugió en ellos—. Dios mío, Vicky, cómo te he *echao* de menos —le susurró al oído.

«No más que yo a ti.» Victoria hizo un gran esfuerzo por no ronronear de satisfacción. Llevaba varios días sintiendo que le arrancaban el corazón del cuerpo y teniendo que poner buena cara para no estropear la felicidad de Emma. Las emociones luchaban en su cabeza, que se había convertido en una pista de lucha libre. A ratos vencían las ganas de subirse a un avión y de poner un océano entre ellos, pero otras veces quería lanzarse en plancha sobre la pierna de Manu, agarrarse a ella y no soltarse nunca más. Al menos, hasta que él le asegurara que el problema de la militar estaba resuelto, la llevara en brazos hasta la cama más cercana, le arrancara toda la ropa y...

Cuando Manu le preguntó «¿Te duele algo?», se dio cuenta de que había gemido en voz alta y se apartó de él de un empujón.

—Me duele todo, Manu. Me duele el corazón, el alma... La vida me duele, joder. ¡No sabía que la vida podía doler así!

Sin decir nada, él la guio hacia la terraza y, desde allí, fueron caminando por la playa buscando intimidad. Había llegado el momento que tanto temía. Por desgracia, ya sabía lo que sentían los prisioneros frente al pelotón de fusilamiento. Una pena de muerte de lo más cruel porque la que estaba a punto de apretar el gatillo era la única persona que podía salvarlo... con una sola palabra.

—Vicky... —No pudo seguir; tenía la garganta seca como el viento del sur.

De pie frente a él, ella lo miró fijamente, tratando de obtener de sus ojos la respuesta que sus labios no podían darle.

—Creo que tu silencio me lo dice todo, Manu.

—No es seguro al cien por cien. Volveremos a hacer la prueba cuando nazca el niño.

«Volveremos.» Ese plural le rasgó el corazón. Manu, la rubia y ese niño ya formaban una familia. Formaban una unidad y ella quedaba fuera. Si cuando la militar había llamado a la puerta de la casa era la intrusa, la extraña..., ahora

la intrusa era ella. La cabo había tomado la plaza y había plantado su bandera en Manuel, ¡maldita fuera!

Conocía a Manu. Lo conocía lo suficiente como para saber que, a pesar de su fama de golfo, era un tipo legal, el más legal que había conocido. Tenía un sentido de la responsabilidad y, sobre todo, un instinto protector que sin duda ya se había puesto en marcha hacia el bebé que crecía en la tripa de la bruja de pelo dorado.

Y, como buena diplomática, Victoria sabía que era inútil tratar de recuperar el terreno ganado en sus actuales circunstancias. Todo se había aliado contra ella, hasta el traslado a América. Pronto se marcharía y Manu se quedaría allí, con su familia y sus colegas. La militar lo pondría firme y se olvidaría de ella en cuatro días.

Si no hubiera un niño en camino, las cosas serían distintas. No se dejaría quitar a su hombre así como así, pero con la bomba que la cabo guardaba en el bombo, el combate era muy desigual. Si se ponía a gritar y a llorar, quedaría como una loca egoísta que anteponía su felicidad a la de un niño que no tenía la culpa de nada.

«Pero ¡yo tampoco tengo la culpa de nada, joder! ¿Por qué tengo que aguantar esto con buena cara, como si no me estuviera muriendo por dentro?»

—Vicky...

—¡Ah, no! A mí no vuelvas a hablarme en ese tono.

—¿Qué tono, *quilla*?

Victoria se mordió la lengua. ¿Cómo iba a admitir que cuando le susurraba su nombre se derretía como un trozo de mantequilla puesto al sol en el capó de un coche en Écija un 15 de agosto?

—En... ése. ¡Bueno, ni en ése ni en ninguno! Tú y yo ya no tenemos nada que decirnos. Ahora lo que tienes que hacer es centrarte, cuidar de... tu futura esposa y procurar que no te sigan saliendo hijos por las esquinas.

—¡Vicky, por Dios! No me apartes de tu vida. Si no puedo seguir hablando contigo, yo...

—Tú harás como hacemos todos, ¡tirar *p'alante*! Y será mucho mejor así. Si no hablamos, nos olvidaremos antes.

—Vicky...

—¡Victoria! Para ti soy Victoria Lampard. ¡Olvídame, Manu, que te vaya bonito!

Sacudiendo la cabeza, Manuel Soto vio cómo el amor de su vida se alejaba con decisión. Aunque abrumado por los problemas, no pudo evitar excitarse al verla mover las caderas con poderío dentro del vestido color coral que le quedaba como un guante.

—Para mí siempre serás mi Vicky —murmuró.

\* \* \*

Cuando, un rato más tarde, volvió a entrar en el local, vio que su Vicky se había convertido en la Vicky de todos. Sus amigos chirigoteros habían formado un círculo y Victoria bailaba en el centro. El recogido se le había soltado y su melena negra como el azabache embujaba a los que la jaleaban cada vez que giraba sobre sí misma y coqueteaba con unos y con otros como si fuera la mismísima Carmen, la de Ronda.

Apretó los puños y estuvo a punto de ir a sacarla de allí a la fuerza, pero el Tuerkas lo agarró del brazo.

—Ahora no, *pisha*.

—Ahora sí, *pisha*. Vente a tomar una copa con el novio.

Se sentaron a la barra, pero Manu no le quitaba los ojos de encima a Victoria, que bebía de los vasos de todos los que la animaban.

—¿Te pongo un fino, Manu?

—Fina va la Vicky —refunfuñó—. Tendré que ponerme a tono. Un whisky, triple.

Mientras el camarero le servía, Benito lo miró con preocupación.

—¿Me vas a contar de una buena vez qué te pasa?

Él negó con la cabeza.

—Es tu boda, tío.

—Ya lo sé, y la de Emma. Pero ni ella ni yo estamos ciegos. Parecéis dos almas en pena. Os vais dentro de cuatro días, colega. Mejor que arregles las cosas con ella antes del viaje o el vuelo se te va a hacer muy largo.

—Ya te he dicho que no me voy a ningún *lao*, Tuerkas.

—No seas tozudo, *pisha*. Haz lo que haga falta pero arréglate con ella.

Manu vació el vaso y lo levantó, pidiéndole al camarero que le sirviera otro.

—Es *complicao*, tío, y hoy no es día de pensar en complicaciones. Hoy es día de bailar con la novia. ¿Dónde está?

—No sé, se la han *llevao* sus primas.

—¡Por la novia! ¡Y porque mi compadre la haga feliz esta noche y todas las noches! ¡Mírala! Me ha oído. —Manu vació la nueva copa de un trago, sacudió la cabeza y fue a buscar a Emma—. ¡Vamos a bailar, chochete! —exclamó.

Ella buscó a Victoria con la mirada y, al verla entregada al baile, entendió la actitud cromañónica de Manu, que normalmente solía tratarla como si fuera su hermana.

—¿Vais a arreglaros de una buena vez?

—Está la cosa difícil, Emmita. Pero siempre nos quedará el whisky y el vino de Jerez. ¡Tuerkas, tráenos unas copas, anda, que no quiero soltar lo que tengo entre manos!

Al notar que Manu le llevaba la mano al culo y le pellizcaba la nalga, Emma se tensó. Todas las miradas de los invitados parecían estar puestas en ellos. Victoria no les quitaba ojo, y Benito tampoco.

—Manu, no estás bien. Vamos afuera a que te dé el aire —propuso.

—Estoy mejor que nunca. ¿No me has visto, chata? Ven, mírame más de cerca. —Se inclinó sobre ella y le plantó un morreo que de fraternal no tenía un pelo.

—Lo mato —murmuró el Tuerkas antes de que dos amigos lo detuvieran agarrándolo por los brazos.

—Lo mato —susurró Victoria antes de volverse hacia el primer amigo que encontró y de devorarle la boca en un beso despechado.

—¡Vivan los novios! —retumbó una voz potente, tanto, que todos se volvieron hacia ella.

Junto a la puerta, la cabo Eva de Boer dejó caer su petate y se cruzó de brazos.

—Vaya, vaya..., ¿qué tenemos aquí? Mi futuro marido besando a la novia.

Ya me habían avisado de que eras un golfo, pero no pensaba que tanto. Voy a tener que ponerte firme, Manuel Soto, mi hijo necesita un padre que le dé buen ejemplo.

—Y ¿ésta quién es? —preguntó María.

—La Cabo de Buena Esperanza —respondió Benito, colocando al fin las piezas que le faltaban a aquel rompecabezas.

—¿Me llevas a casa, Antonio? —preguntó Victoria al chico al que acababa de besar.

—Me llamo Pedro.

—¿Qué más dará? ¿Me llevas a casa o qué?

—Yo te llevo a donde tú quieras, preciosa.

—Pues ya estás tardando.

Al llegar frente a Eva, ésta miró a Vicky con expresión burlona.

—Para ser la Estrecha de Gibraltar, te veo cada día con uno distinto.

—¡Le arranco los ojos! —Victoria se abalanzó sobre ella con las uñas en posición de ataque, pero llevaba una hora bebiéndose todo lo que se le ponía por delante y tropezó.

Para empeorar las cosas, su humillación fue completa cuando la cabo la sujetó por los hombros, impidiendo que besara el suelo.

—¡No me toques! —chilló. Se apartó de ella como pudo y vio en sus ojos verdes un brillo triunfal—. Estás helada. Eres fría y congelarás el corazón del hombre que duerma contigo. ¡Antonio! —le gritó al camarero—. Aprovecha y pon a enfriar unas cervezas en el canalillo de la teniente O'Neil.

—Me llamo Juan.

—¿Qué más dará! A mí todo el mundo me llama Estrecha y de estrecha no tengo nada. ¿Te vienes a comprobarlo...? ¿Cómo te llamabas?

—¡Antonio! Desde hoy me llamo Antonio —contestó Pedro, agarrándola por la cintura y sacándola de allí.

En la puerta se cruzaron con otro amigo de Manu y del Tuerkas que llegaba en ese momento, acompañado de una de las primas de Emma. Venían de la playa, con el pelo revuelto y cara de haber pasado un buen rato.

—¡Vivan los novios! —gritaron los dos al ver que el ambiente había decaído.

—¡Vivan! —respondió la Cabo de Buena Esperanza con ironía y la mirada fija en el que aún era el Golfo, pero que, si todo salía como estaba previsto, pronto sería el Padrazo de Cádiz.

## 6

—Abrígate bien cuando salgas.

—Sí, mamá.

—Y come.

—Sí, mamá.

—Y...

—Yo también te quiero mucho, mamá, y te voy a echar mucho de menos.

Carmen no pudo seguir hablando. Su niña, su pequeña Victoria, abandonaba el nido y echaba a volar. Literalmente. Estaba a punto de embarcar en el aeropuerto de Jerez de la Frontera. Tras hacer escala en Madrid, emprendería la segunda parte del viaje, la que la llevaría a tierras americanas siguiendo la ruta que tantos hombres y mujeres habían recorrido antes que ella. Al igual que ellos, llevaba un pesado equipaje de lágrimas y sueños rotos, pero, como Dios aprieta pero no ahoga, la esperanza, la fe en el futuro y la ilusión por descubrir tierras exóticas la ayudaban a cargarlo.

—Llámanos por el invento ese.

—Sí, mamá, hablaremos por Skype.

—Anda, Carmen, deja que nos despedamos de la niña, que la vas a gastar.

—Rocío sabía que, si no ayudaba a su amiga, ella no iba a poder cortar el cordón umbilical. Y, como la primera vez, en ausencia del padre, fue ella la encargada de hacerlo.

—Cuida de mi madre, Rocío. Si le pasa cualquier cosa, lo que sea, llámame y tomo el primer vuelo de vuelta.

—Claro, niña.

—¡Prométemelo!

Rocío la miró a los ojos.

—Te lo prometo, pero no va a hacer falta. Por aquí todos estaremos bien. Tú sal al mundo, aprende, disfruta y luego vuelve y nos lo cuentas.

—Eso —dijo Carmen—. Si te enamoras de un uruguayo, tráetelo contigo, pero vuelve.

Victoria miró al Tuerkas, que agachó la cabeza, incapaz de sostenerle la mirada.

Emma se acercó a ella y la abrazó.

—Déjate de amores, pero aprovecha para conocer hombres —le aconsejó al oído—. Muchos, cuantos más, mejor. —Vicky sonrió—. El listón está alto. El capullo de... del innombrable nos salió rana, pero estaba más bueno que el pan.

—Aún lo está. No se ha muerto..., supongo —replicó Victoria, fingiendo una indiferencia que estaba lejos de sentir. «Aunque si está con esa nevera con patas, vete a saber.»

—Y cuando te fuiste de fin de semana al campo de golf ¿te enrollaste con Jamie Dornan!

—No nos enrollamos, sólo...

—¡No me quites la ilusión! Eres mi heroína, Victoria Lampard. Sube a ese avión y cómete el mundo. Deja a los americanos con la boca abierta y, sobre todo, no te olvides de tu amiga. Vuelve, ¿vale?

Ella asintió en silencio, achuchándola con todas sus fuerzas.

—No me olvidéis vosotros a mí —pidió con un hilo de voz antes de cruzar el arco de seguridad del aeropuerto.

### *Montevideo, Uruguay*

Cuando, horas más tarde, Victoria bajó del avión en el aeropuerto internacional de Carrasco, se llevó la grata sorpresa de que una mujer un poco mayor que su madre, con el pelo corto, castaño, bajita y con curvas la estaba esperando en la terminal. No era una comitiva cariñosa como la que la había



despedido en España, pero era mucho más de lo que había esperado.

—Soy Victoria Lampard —se identificó, dejando la maleta para estrechar la mano de su guía en el Nuevo Mundo, de su nuevo ángel de la guarda.

La mujer se metió el cartelito donde había anotado su nombre bajo el brazo y, tras mirarla de arriba abajo, le estrechó la mano.

—Demasiado linda —refunfuñó.

—¿Perdón? —El viaje había sido largo y estaba cansada. Tal vez había oído mal.

—Seguime, por el camino te pongo al día. —La mujer cogió una de las dos maletas grandes y echó a andar.

—Claro, gracias, em..

—Soy la señora Echiveste, pero llamame Mariel, por favor.

—Mucho gusto, Mariel.

Con las piernas atontadas por el viaje, Victoria aceleró el paso para no quedarse atrás. Si en algún momento se le había pasado por la cabeza que su vida en América iba a ser más relajada, pronto cambió de idea. La señora Echiveste resultó ser un torbellino de actividad que no llevaba nada bien las esperas. Tras una hora aguardándola en el aeropuerto, necesitaba moverse y, sobre todo, hablar.

—Ése es, el azul. —Cargaron el equipaje en el maletero y se pusieron en marcha—. No estamos lejos. ¿Te contaron dónde vas a vivir?

—Me dijeron que estaba cerca de la embajada, que podría ir a pie.

—Sí, muy cerca, justo enfrente. Es una casa que la embajada alquiló para el personal extranjero y para las visitas de paso.

—¿Usted también vive ahí?

—¡No me llames de usted, Victoria! Lo que más me gusta de ustedes los gallegos es lo campechanos que son.

—Vale, pero sólo si tú haces lo mismo.

—¡Claro, sin problema! En poco tiempo te harás al habla de acá. Te llevaría por la costa para que disfrutaras del paisaje, pero se me ha hecho tarde; me están esperando para... cenar.

—Tranquila, ya habrá tiempo. —Vicky había abierto la ventana para disfrutar de la brisa primaveral que traía todo tipo de olores distintos,

desconocidos, pero en cuanto salieron del aeropuerto, Mariel pisó a fondo el acelerador y tuvo que cerrarla—. Ya habrá tiempo —repitió—. ¿Te espera tu familia?

La mujer la miró de reojo y sonrió.

—No, me espera Adrián.

Victoria le devolvió la sonrisa.

—¿Tu novio?

—Ajá.

—¿Lleváis poco tiempo juntos?

—¿Cómo lo sabés?

—Por esa sonrisa; es una sonrisa de estreno.

A Vicky no le dio tiempo a ponerse melancólica pensando en Manu porque Mariel empezó a hablar y no paró hasta que llegaron a su destino. Le fue diciendo los nombres de las calles y las avenidas por las que pasaban, aunque ella sólo fue capaz de retener los nombres de avenida Italia y avenida Brasil. Mientras recorrían las amplias calles, le llamó la atención la cantidad de verde y de agua que se veía a lado y lado. Los edificios de viviendas eran altos y no parecían demasiado lujosos, pero el ambiente general que se respiraba era de paz, de acogida. Sintió que tanto la ciudad como el país le daban la bienvenida.

—¿Me escuchás?

—Sí, sí, perdona, es que todo es tan verde... ¡Me encanta!

—Sí, este... La primavera llega pegando con fuerza.

Parecía magia. Unas pocas horas de vuelo, y el otoño español se había transformado en primavera. Quiso creer que era una señal, que la vida le estaba diciendo que los tiempos oscuros habían pasado ya; que se acercaban tiempos felices.

—¿Me decías?

—Que mañana te presentaré a todo el mundo. Hemos organizado una pequeña recepción para darte la bienvenida al consulado.

Victoria frunció el ceño. Antes de viajar se había informado sobre su lugar de destino. La embajada de España en Montevideo se encontraba a escasos metros del consulado. El trabajo del embajador estaba ligado a temas de

Estado, de relación entre los dos países. El consulado se ocupaba de los trámites y las gestiones de los ciudadanos que querían desplazarse de un país a otro. El puesto de Vicky se salía de lo normal, ya que no tenía plaza ganada en oposición. Se había ganado el puesto de manera, digamos, honorífica, tras su defensa de los valores españoles frente a las cámaras de televisión británicas. Una llamada de la Casa Real española había revivido lo que parecía una carrera diplomática muerta antes de nacer. Y aunque el puesto era de becaria y Victoria tendría que labrarse camino por sí sola y presentarse a oposiciones cuando se convocaran, al menos empezaría a aprender los entresijos de la profesión.

—Pensaba que iba a trabajar en la embajada.

Mariel suspiró y, durante los minutos siguientes, la puso al corriente de la situación.

—Mirá, Victoria. Me temo que vas a ser como pelota de tenis entre la embajada y el consulado. Sé que tenés novio y está buenísimo, por cierto, vi el *reality*. —Vicky trató de sacarla de su error, pero la funcionaria había puesto la directa, y no sólo en el coche—. No, no te preocupes. Virtudes puso el grito en el cielo, pero a mí no me parece tan grave. ¡Tremendo gaditano te agenciaste! Lástima que no haya podido venir contigo. ¿Vendrá más adelante? —La española volvió a abrir la boca, pero la cerró cuando la uruguayaya cambió de carril bruscamente para adelantar y le dijo de todo al coche que se interponía en su camino—. En fin, te cuento porque mañana, con todo el mundo por el medio, será más difícil. El embajador...

—Alejandro de la Encina y del Roble —la interrumpió Vicky, para que Mariel viera que se había aprendido los nombres.

—Ese mismo, el Excelentísimo.

—¿Se hace llamar así?

—Sólo cuando quiere romperle las pelotas al cónsul.

—Rodrigo Calvo Orondo.

—Ese mismo, el Ilustrísimo.

Victoria le dirigió una sonrisa ladeada.

—¿Hay rivalidad entre ellos?

Mariel soltó un silbido.

—¿Hay rivalidad entre el Peñarol y el Nacional? —Aunque no estaba muy puesta en temas futbolísticos, Vicky se había informado y conocía la rivalidad entre los dos equipos uruguayos—. Pues vas a tener una oportunidad única para desarrollar tus dotes como diplomática, trabajando para esos dos.

Ella alzó una ceja.

—Julieta, la anterior becaria, se ratoneaba de lo lindo con don Alejandro.

—¿Hay ratones en la embajada? —Vicky levantó los pies del suelo de manera instintiva al pensar en tener que lidiar con roedores en su puesto de trabajo.

Mariel se echó a reír.

—No, no de ese tipo, aunque últimamente todas tenemos los ratones muy revueltos. —Se llevó la mano al vientre para que la recién llegada la entendiera.

—¿Hay epidemia de gastroenteritis?

—¡No, nena! Los ratones hacen nido en la matriz y se revuelven cada vez que un hombre bien armado y hábil con su armamento se acerca a una.

—Vaya, te gustan las metáforas, ¿eh? Pero creo que te he entendido.

—Tú también te ratoneabas bien en la isla con el Golfo, ¿eh?

Vicky suspiró.

—Pues sí, pero ya no estamos juntos, así que te agradecería mucho que no me recordaras su existencia.

—¡La con... ciencia de la lora! Pero... —Al ver la cara de la nueva becaria, no insistió—. ¡Perdón, perdón! Pero ¡viniste al lugar adecuado! Entre el trabajo que te van a dar el cónsul y el embajador no vas a tener tiempo de pensar en nada más.

—¿Cómo lo haré para trabajar para los dos a la vez?

—Teóricamente, vas a estar en el consulado de mañana y en la embajada de tarde, y por las noches tendrás que repartirte para acompañarlos a inauguraciones, cócteles, cenas..., esas cosas.

—Ya veo... Pues sí, no tendré mucho tiempo para pensar.

—Los hombres se van a volver locos por vos, linda. —La miró una vez más de arriba abajo y añadió—: Vamos a dejar una cosa clara desde ya. Adrián no se toca. Con los demás tenés cancha libre.

—Pensaba que el cónsul estaba casado.

—Con doña Virtudes de Orueta, sí. —La mueca de Mariel le dejó clara la opinión que le merecía la esposa del cónsul—. Pero no dejes que eso te engañe. El embajador tiene mucho éxito con las damas, y ya sabés, lo que don Alejandro tiene don Rodrigo desea.

Vicky soltó el aire y meneó la cabeza.

—¿Adrián trabaja en el consulado?

—No, viene cada día, pero sólo un rato; es el cartero. Tardó un año en conseguir que saliera a cenar con él. Si hubiera sabido lo que ocultaba tras la cartera..., no me habría hecho de rogar tanto —admitió feliz Mariel, guiñándole un ojo—. ¡Ya llegamos! A la izquierda, la embajada. A la derecha, tu nuevo hogar.

Victoria se echó hacia delante para ver mejor la sede de su primer destino como diplomática. Esperaba que fuera el primero de muchos, pero por muy larga que fuera su carrera, el primer destino siempre ocuparía un lugar especial en su vida.

Lo que vio fue una casa blanca, de una sola planta, rodeada de muros también blancos y jardineras del mismo color, con aspecto de centinelas. Era un edificio sencillo, nada ostentoso, pero la bandera que ondeaba en la entrada y el escudo situado sobre la puerta principal le llenaron el corazón de amor por su patria, ese amor que despierta cuando uno se encuentra lejos de ella.

—¿Qué?, ¿es tal como lo esperabas?

Vicky se volvió hacia la vivaracha Mariel y le dirigió una gran sonrisa.

—No, es mucho mejor.

*Cádiz, España*

A más de nueve mil kilómetros de distancia, Manu Soto trataba sin éxito de conciliar el sueño. Con las manos cruzadas detrás de la nuca y la vista clavada en el techo, oía —¡qué remedio!— los ronquidos que llegaban desde su habitación.

—El Golfo de Cádiz me llamaban —refunfuñó entre dientes—, y mírame ahora, soy el *Pringao* de Cádiz, el Idiota de la Bahía, el Gilipollas de Andalucía, ¡el Capullo del Sur! —se fue embalando—. Pero ¿cómo coño he *acabao* así? ¡No vuelvo a beber! Palabrita del Niño Jesús.

Pero como media hora más tarde seguía sin poder pegar ojo, se levantó del sofá y fue a oscuras a la nevera a por una cerveza. Al volverse hacia la mesa, se encontró con unos ojos que brillaban a la poca luz que entraba de la calle.

—¡Aaah, qué susto, niña!

—¡Calla, no se vaya a despertar la teniente O’Neil! —lo reprendió Mari Mar.

—¡Cómo ronca, la *condená!*

—Sí, pero la prefiero roncando a despierta. Porque sé que pronto me largaré de aquí, porque si no..., si no... ¡creo que la ahogo con la almohada!

Manu dio un buen trago a morro para no tener que reconocer que, en sus sueños, era él quien se libraba de la cabo de mil maneras distintas. La metía en un cañón y la enviaba directamente a Sudáfrica; la disfrazaba de plátano y la dejaba en medio de un montón de macacos en lo alto del Peñón de

Gibraltar, o, su favorito, se la enviaba a Charles Lampard, el padre de Vicky, en valija diplomática. Pero, teniendo en cuenta que el hijo que esperaba la militar era suyo, prefería no hacer públicos esos sueños, no fuera a ser que el niño le saliera traumatizado.

La vida en casa de los Soto había cambiado mucho desde la irrupción de Eva de Boer en sus vidas el día de la boda de Emma y el Tuerkas. Con una autoridad más propia de un almirante que de una cabo, la rubia se le había plantado a un palmo de la cara y le había mostrado dos papeles, uno en cada mano: los resultados de la prueba de paternidad —que la clínica no debería haberle dado, pero cualquiera le negaba nada a esa mujer— y la licencia del capitán para que abandonara el barco hasta el nacimiento del bebé.

O eso había dicho ella, porque el documento estaba en inglés y Manu no había entendido nada. Su primer impulso había sido llamar a Vicky para que se lo tradujera. Al darse cuenta de que ya no podía contar con ella ni para eso ni para nada, sintió vértigo. Fue como si le hubieran arrebatado de golpe la infancia y la juventud y lo hubieran lanzado a la edad adulta. Y, por lo que parecía, la edad adulta era un lugar hostil, donde los colegas dejaban de serlo, las mujeres lo agarraban a uno por las pelotas y se las retorcían hasta que uno andaba al ritmo que ellas marcaban. O por lo menos una mujer: la Cabo de Buena Esperanza.

«La madre que parió al bicho rubio ese. ¡En qué momento me pareció guapa!»

Por suerte, la madre de Manu había cogido las riendas de la situación. El día de la boda del Tuerkas se había despedido de Carmen con un abrazo antes de retirarse con los suyos. Ninguna de las dos mujeres dijo nada. Ambas sabían que, como madres, sólo podían esperar y sufrir por sus hijos, o, como mucho, rezar para que todo se arreglara entre ellos. Ambas habían vivido lo suficiente como para saber que las cosas no siempre acababan bien, por mucho empeño que uno le pusiera.

Manu no se despidió de nadie; parecía ido, en trance. Siguiendo las instrucciones de su madre, cargó el petate de la cabo en el maletero del coche, pero, cuando se disponía a conducir, su cuñado Antonio le quitó las llaves. Mari Mar y él estaban viviendo una segunda luna de miel; no estaba dispuesto

a tener un disgusto en la carretera.

María tenía algunas cosas muy claras, y una de ellas era que bajo su techo ninguna pareja se acostaba antes de pasar por la vicaría. Así que Eva se instaló en la habitación de Manu y él llevaba ya unos días con la espalda hecha un cuatro de dormir en el sofá. Y agradecido, porque si algo le apetecía menos que dormir ahí era dormir con esa mujer. Lo único que recordaba de la noche en que teóricamente se había acostado con ella era una sensación de frío de ese que le hiela a uno las pelotas.

—¡Qué envidia me das, niña! Antonio y tú solitos en casa del Tuerkas, qué bien vais a estar.

Aunque Mari Mar estaba tan cabreada como el resto de la familia por la irrupción de Eva en sus vidas, sacó fuerzas de algún sitio para animar a su hermano.

—Todo se arreglará, Manu, ya verás, poco a poco. ¡Tengo una idea! Ven mañana a misa con nosotras y pídele a la Virgen que te muestre el camino.

Él estuvo a punto de negarse, por costumbre, pero lo pensó mejor. Desde que llegó a la casa, la cabo se había convertido en su sombra, pero si había un sitio adonde no lo acompañaría era precisamente ése: la parroquia. Eva de Boer era protestante hasta la médula y odiaba todo lo católico.

—Pues ¿sabes qué? Os voy a acompañar. Sí, una charla con el padre Bartolomé es justo lo que necesito.

Mari Mar lo miró y le dirigió una sonrisa ladeada.

—Le diré al padre que se alargue con el sermón.

Manuel le guiñó el ojo.

—Ésa es mi chica.

\* \* \*

Tras la noche toledana —porque, tras tantos años en la Marina, la *corporal* De Boer había acabado roncando más fuerte que sus compañeros, aunque sólo fuera por no dejarse amilanar—, llegó la mañana gaditana, que no fue mejor.

Eva se despertó al amanecer fresca como una lechuga y se puso a limpiar



mientras cantaba marchas militares.

—Nena, deja eso, ya limpiaremos cuando se levanten las gallinas — protestó María.

—Hay trabajo para todos, para ahora y para luego. Hacía tiempo que no veía un sitio tan sucio.

Manu se levantó con el pelo revuelto, rascándose los abdominales.

—¿Estás llamando sucia a mi madre? —le preguntó con solo un ojo abierto.

—No.

—Pensaba.

—Os estoy llamando guarros a todos. Si los soldados que estaban bajo mi mando hubieran dejado así el barco, habrían pasado más tiempo dentro del calabozo que fuera.

Mari Mar salió de la habitación y le dirigió una mirada asesina.

—¡En esta casa se limpia lo que se tiene que limpiar a horas decentes y cristianas!

—Joder, aquí no hay quien duerma. —Antonio se levantó también y fue directo a preparar una cafetera.

—Hablando de cosas cristianas, luego iremos a misa —dijo Manu—. No hace falta que vengas.

—Iré.

Él, que estaba a punto de meterse en el baño, se detuvo en seco y se mordió el puño. «Por joder..., lo hace por joder.» Cruzó una mirada con su hermana, que se encogió de hombros y volvió a entrar en su habitación.

—No hace falta, chocho.

—No me llames así; soy algo más que unos genitales. Además, las familias que van a *church* unidas permanecen unidas —afirmó la cabo con contundencia.

—Tú y yo no vamos a *churchar*, no te equivoques.

—*Church* significa «iglesia», tarugo.

—Mira, Mari Navy, quien te entienda que te compre. Sabes más refranes que mi maestro de primaria y más insultos que el borracho de la esquina, pero no sabes decir «iglesia» de primeras.

—Claro que sé. Hablo seis idiomas a la perfección: afrikáans, holandés, inglés, español, francés y portugués, pero no me gusta decir «iglesia». Suena demasiado... papista.

—Ya. Pues si no eres capaz de pronunciar ni la palabra sin poner cara de limón, ¡*pa'* qué coño te vienes?!

—Voy a ser la señora de Manuel Soto; tengo que acostumbrarme.

—No hace falta que vengas, *quilla*, de verdad.

—Que no me llames «*quilla*». Si quieres llamarme como partes de un barco, llámame «vela mayor» o «mascarón».

—No te puedo llamar «chocho» ni «*quilla*»... ¡Por favor, qué hartura de mujer! ¡Por la *quilla* me voy a pasar yo *pa'* no oírte! —refunfuñó él, pasándose las manos por el pelo.

Ella lo miró como si fuera un niño pequeño.

—Voy a preparar unos huevos con beicon.

—¿Qué dices, alma de Dios?!

—¿Estás sordo? Espero que no sea hereditario; no quiero niños con tara, ¿me oyes? Tengo un coeficiente intelectual de 160. ¿De cuánto lo tienes tú? Me olvidé de preguntártelo en la primera cita. ¡Maldito alcohol!

Manu pensó en Juanito, uno de los niños a los que entrenaba que tenía deficiencia auditiva, y se lo llevaron los demonios.

—¿A quién llamas tú «*tarao*»? Los sordos no están *taraos*, doña Perfecta. Te digo que no se te ocurra preparar *ná* de desayuno. Vamos a misa, no de excursión. No se puede comer *ná* antes de la comunión.

—Pero yo no voy a tomar comunión.

—Si nos casamos por la Iglesia, tendrás que comulgar.

—No, si nos casamos en la mía.

—Y ¿qué iglesia es ésta, Eva? —preguntó María, saliendo del baño con el ceño fruncido.

—No lo sé aún. Alguna iglesia protestante habrá por aquí. Luego se lo pregunto al predicador.

—El cura, aquí tenemos curas, no predicadores. Y si algún día me caso, que eso está por ver —le recordó Manu—, será en la parroquia del padre Bartolomé. Ahí se casaron mis padres, ahí nos bautizaron a Mari Mar y a mí y

ahí hicimos la primera comunión.

—Bien dicho —lo apoyó Mar desde la habitación, ya que la puerta estaba abierta y se oía todo.

Eva de Boer había sacado los huevos de la nevera y cascó uno contra el borde de un plato, frunciendo los labios y mirando fijamente a Manu mientras tanto.

Él se encogió y se llevó las manos a la entrepierna.

—Ya lo veremos.

\* \* \*

A media mañana, Manu y su familia se lanzaron sobre los churros como si llevaran una semana sin comer. La falta de sueño les había abierto el apetito, y el olorcito de los huevos con beicon que la cabo se había preparado sin ningún miramiento había hecho que los estómagos de los Soto se pasaran la misa rugiendo como si fueran motos GP en la parrilla de salida.

Eva se había pasado la misa observándolo todo —y a todos— como si estuviera en un zoológico. Había criticado las figuras de la Virgen y los santos, los bancos le habían parecido incómodos, la nave, poco iluminada, se había burlado de las devotas que iban con mantilla e incluso había criticado el cuadro de Nuestra Señora del Carmen. Hasta María, que solía tener mucha paciencia, había saltado entonces, haciéndola callar.

El padre Bartolomé la miró de reojo varias veces durante la ceremonia, pero Eva, acostumbrada a enfrentarse a hombres con aspecto mucho más amenazador —y no sólo en la Marina, también en su propia casa— ni se inmutó. Cuando, al terminar la ceremonia, el sacerdote salió a despedirse de sus feligreses, María los presentó.

—Mucho gusto, hija. Y bendiciones por ese niño, que siempre es un regalo del Señor.

—¿Un regalo? ¿Puedo devolverlo? —murmuró el Golfo al oído de Eva.

—¿Tienes el ticket? —replicó ella en el mismo tono, dirigiéndole una mirada tan fría que Manu se estremeció de arriba abajo.

El padre Bartolomé, tal vez para evitar tensiones o tal vez porque el

rugido de las tripas de los Soto se le estaba contagiando, la citó para hablar con ella a solas.

—¿Mañana a las seis te va bien?

—Aquí estaré —replicó ella, cuadrándose.

—¡Descansen! —exclamó Manu—. ¡Venga, a desayunar! Padre, ¿le apetecen unos churritos?

—Id tirando, hijos, que yo tengo que cerrar.

—¿No quiere que lo esperemos? —preguntó él, rezándoles a todos los santos para que dijera que no.

El padre Bartolomé vio en Manu al niño inquieto que no podía esperar a que acabaran la catequesis para ir a jugar al balón. Sonriendo, los despidió con la mano.

—No, id con Dios. Hasta mañana, Eva.

—Hasta mañana, *preacher*.

—Qué cansina, de verdad. —Manu puso los ojos en blanco.

Poco después, cuando los platos rebosantes de churros llegaron a la mesa, los Soto se abalanzaron sobre ellos y comieron con gusto, compartiendo un momento de felicidad... que duró poco. Justamente hasta que Eva de Boer abrió la boca:

—He visto leones descuartizar búfalos con más delicadeza.

Manu no pudo más. Agarró un churro y, cuando ella abrió la boca para rechazarlo, se lo metió de golpe.

—¡Come y calla!

*Montevideo, Uruguay*

Cuando Mariel la dejó en la puerta y se fue corriendo a reunirse con su joven amante, Victoria se tomó su tiempo para instalarse.

Lo primero que hizo fue conectar el portátil para hablar con su madre. Por suerte, en el recibidor encontró una hoja de papel plastificada con instrucciones para los recién llegados. Con dibujos, fotos y flechas, indicaba dónde estaba el calentador, cómo encenderlo, la clave del wifi y otras cosas por el estilo. También había adaptadores de todo tipo para los enchufes. Vicky sonrió, sintiéndose ciudadana del mundo.

A pesar de la diferencia horaria, Rocío y Carmen la estaban esperando tal como le habían prometido.

—¡Hola, cariño! ¿Qué tal el viaje?

—¡Hola, mamá! ¡Hola, Rocío! ¡Ya estoy aquí!

—¡Lo lograste!

—¡Ay, sí!

—¿Cómo es todo?

—He visto muy poco, pero lo que he visto me encanta. Es... ¡distinto! Todo es más grande, se respira el espacio, la amplitud. Y huele... ¡huele a América!

—¡Ay, mi niña! Cómo me alegra verte tan contenta. ¿No has tenido problemas para entrar en el país?

—Ninguno. Todo muy bien. Ha venido a buscarme una compañera del consulado, Mariel. Se ve muy maja. Y vosotras, ¿aún despiertas?

—Sí, nos lo hemos tomado con calma en el Monkey Island, no sufras.

—No sufro, pero a partir de ahora os llamaré por las mañanas cuando me levante, antes de que vayáis a trabajar.

—Que sí, pesada, pero cuenta, ¿qué tal el piso? ¿Tienes compañeros?

—No, no, estoy sola. Mañana conoceré a más gente. Dice Mariel que me han preparado una recepción..., o tal vez dos —añadió pensando en la rivalidad entre sus dos jefes.

—¿Dos? Ja, ja, ja. Ya veo a lo que te refieres con eso de que todo es a lo grande.

—¡Estoy de los nervios, mamá!

—Sé tú misma, cariño. Les vas a encantar.

—Dios te oiga. ¿Qué sabemos de Emma, Rocío?

—Que llegaron bien a Punta Cana y nada más.

—Éstos no salen de la habitación en los diez días, lo que yo te diga —comentó Carmen.

—Y bien que harán.

Vicky trató de mostrar entusiasmo, pero volvió a hacérsele un nudo en el corazón al pensar en el viaje de bodas que ya nunca podría hacer al lado de Manu. Ni al lado, ni encima, ni debajo... «¡Céntrate! Hay otras cosas en la vida aparte del sexo.»

Tras despedirse de sus dos madres, deshizo la maleta y exploró el piso. Dentro de los armarios de la cocina descubrió algunos tesoros dejados por compatriotas solidarios.

«¡Pipas con sal! ¡Y kikos! Un montón de bolsas. Menudo arsenal contra la nostalgia.»

El piso tenía cuatro habitaciones. Eligió la que le pareció más tranquila y finalmente se tumbó. Durante el día había llenado las horas con los preparativos del nuevo trabajo, pero cuando se quedaba a solas no tenía otra que enfrentarse a su soledad. Las fases del duelo se repetían una y otra vez en su mente.

—¿¿Cómo ha podido hacerme eso a mí?! ¿¿Cómo?! Con lo mucho que lo quería. Me enfrenté a mi padre, a la diplomacia inglesa. Estuve a punto de perder mi carrera, mi vocación. Habría renunciado a todo por él, y ese

cabronazo lo sabía. ¿Cómo ha podido hacernos esto? Lo nuestro era... especial. Una conexión así no se encuentra todos los días. Si piensa que las cosas con esa... Frozen vestida de caqui van a ser igual que conmigo está muy equivocado. Ojalá... ¡ojalá esa bruja le amargue la vida! Es lo que se merece, ¡son tal para cual! Pero ¿qué digo? No, por favor, por favor. ¡Dios mío, no me escuches! Es el dolor, que habla por mi boca. Por favor, cuida de ese niño, que no tiene la culpa de que su padre sea un... ¡golfo! ¡Mi Golfo! —A esas alturas, las lágrimas y los sollozos ya casi no la dejaban hablar—. «¡Él es el Golfo de Cádiz y ella es la Estrecha de Gibraltar!» —canturreó la tonada que los había perseguido durante todo el verano antes de hundir la cara en la almohada.

Pero la vida es imprevisible. Igual que un vuelo transoceánico había convertido el otoño en primavera, Manu había dejado de ser suyo. Cuanto antes se hiciera a la idea, mejor para todos.

Y así, llorando, se quedó dormida.

\* \* \*

Cuando sonó la alarma del móvil, abrió los ojos y durante unos instantes no supo dónde estaba. Lo único que tenía claro era que no se encontraba en casa. La cama era distinta, la almohada era distinta, el aire olía distinto...

«¡Montevideo! Estoy en Montevideo. Va en serio. Hoy empieza mi nueva vida.»

Tenía la cabeza embotada, y al verse en el espejo se asustó al comprobar lo rojos e hinchados que tenía los ojos, pero al mismo tiempo se sentía llena de optimismo, de ganas de dejar el pasado atrás, de hacer las cosas bien, de entregarse al trabajo, de aprender, de crecer...

Se levantó y fue a prepararse un café.

«¿Habrás café o sólo mate?»

Por suerte, en la cocina había sobrecitos de café junto al mate y varias cajitas de té.

«¡Aleluya!»

Tras tomarse una taza bien cargada y darse una ducha, usó el colirio que Helena Yepes le había dado el día del desfile de las Fuerzas Armadas para

librarse del enrojecimiento de los ojos. Se puso un traje de chaqueta color vino sobre una camisa blanca y se dejó dos botones desabrochados. Como la distancia que había entre el apartamento y el consulado era mínima, se puso los zapatos de tacón. Era el primer día y quería causar buena impresión.

A las nueve en punto, abrió la puerta del consulado.

—¡Victoria! Puntualidad británica, ya veo —exclamó Mariel al verla entrar—. Pensaba que iba a tener que ir a despertarte como me pasó con Julieta el primer día.

Una mujer de unos cincuenta años vestida con un dos piezas de Chanel carraspeó al oír nombrar a la antigua becaria. Vicky se volvió hacia ella.

—Buenos días. Soy Victoria Lampard —se presentó dirigiéndose con la mano extendida hacia la mujer, que le recordaba a Jackie Kennedy.

—Buenos días —replicó ella tras examinarla de arriba abajo y torcer el gesto—. Yo soy Virtudes de Orueta, hija del excelentísimo embajador Ambrosio de Orueta y señora del ilustrísimo cónsul Rodrigo Calvo Orondo.

—Mucho gusto —replicó Vicky, aguantándose la risa al ver las muecas que Mariel hacía a espaldas de la Ilustrísima.

—Espero que el alojamiento sea de tu agrado.

—Sí, gracias, es muy cómodo; estoy encantada.

—Como comprenderás, por mucho que tu padre sea quien es, tú vienes en calidad de becaria. Por tanto, aunque me duela, no podemos ofrecerte otra cosa —añadió con una sonrisa falsa.

—No necesito más, en serio.

—Yo no suelo pasarme por aquí, y menos a estas horas, pero he querido recordarte tus obligaciones: espero que seas puntual, que vengas siempre vestida decentemente y que no te olvides de cuál es tu lugar aquí. Esos botones... abrochados. —Vicky se llevó la mano al escote y siguió sus instrucciones—. No quiero que vuelva a haber malentendidos como con... tu antecesora.

—Julieta —apuntó Mariel alegremente.

—¡Mariel! ¿Qué te dije? No quiero volver a oír ese ridículo nombre.

—¿Me lo dijo? Vaya, lo olvidé, doña Virtudes.

—Muy distraída andas tú. ¿Qué tendrás en la cabeza?



A la espalda de la doña, Mariel levantó las manos e hizo un gesto como señalando que algo medía unos treinta centímetros mientras se mordía el labio inferior.

Al ver que Vicky apenas podía aguantarse la risa, doña Virtudes se volvió bruscamente y pilló a Mariel con las manos en la... masa.

—¿Qué haces, desvergonzada?

—¿De esta medida le parecen bien los chorizos al pan?

—¡Mariel! Flautitas, llámalas flautitas. ¡Qué ordinariez! Nada de chorizos. Flautitas de salmón y foie, como te indiqué.

—¡Con las ganas que tengo de probar el chorizo al pan! —se le escapó a Vicky.

—¡Claro, no hay nada como un buen chorizo del país! Uruguay es famoso por su carne.

—Pues tendrás que esperar, Victoria. En tus horas libres comes las porquerías que quieras, pero en el consulado de mi marido no toleramos las tonterías, ni con la comida... ni con nada. —Doña Virtudes se dirigió a una de las puertas mientras Vicky se acercaba a Mariel. Con la mano en el pomo, se volvió hacia ellas—. Mantente alejada del embajador si no quieres arruinar tu reputación y, sobre todo, no te acerques a mi marido. ¿Queda claro?

—Clarísimo, señora de Orueta —respondió Victoria.

La mujer entornó los ojos con odio.

—Llámame señora de Calvo Orondo. No vayas a olvidarte de que mi marido es un hombre casado y entregado en cuerpo y alma a nuestro matrimonio.

—Claro, señora Calvo Orondo, descuide, no lo olvidaré.

Mientras la esposa del cónsul entraba en el despacho de su marido, Mariel le explicó:

—Tranquila. La doña ha venido a mear en la mesa de su marido para marcar terreno, pero no volverá a molestarte. Se pasa el día del club de tenis al club de golf.

—Anda, ¿es deportista? Nunca lo habría dicho.

—¡Qué va a ser deportista! El único músculo que mueve es la lengua. Ella y sus amigachas van al salón de belleza del club, almuerzan en la terraza,

critican a las demás...

—Ah, sí. El cotilleo también es deporte nacional en España.

—Pues si se celebraran mundiales del chisme, la de Orueta iba en la selección, seguro.

Victoria le dio un codazo para que guardara silencio al ver que la puerta se abría. Un hombre delgado, de mejillas hundidas que compensaba con una generosa mata de rizos castaños, salió a su encuentro con decisión, pero al verla se detuvo en seco.

Vicky, que había dado un par de pasos para acercarse a él, siguió su ejemplo y permaneció inmóvil. El hombre, que debía de tener la misma edad que su esposa, la estaba mirando como si hubiera visto una aparición. Cuando Virtudes se dio cuenta, carraspeó con fuerza.

—Querido, ¿no vas a saludar a la becaria?

Él sacudió la cabeza y se ruborizó.

—Claro, me he quedado un poco traspuesto. No sé qué me ha pasado. Bienvenida a Montevideo, Victoria.

—Traspuesto, dice —murmuró Mariel—, ¿ahora se le llama así?

Al ver la mirada asesina de Virtudes, Vicky se apresuró a responder para apartar la atención de su colega.

—Muchas gracias, señor.

—Ilustrísimo señor —la corrigió Virtudes—. Nada de tomarse confianzas. Hoy en día la gente no sabe cuál es su sitio y luego pasa lo que pasa.

Claramente incómodo, el cónsul abrió la boca, pero Vicky se apiadó de él y le echó un cable.

—Su esposa tiene mucha razón, ilustrísimo señor Calvo Orondo, pero no deben preocuparse ninguno de los dos. Durante las estancias en casa de mi padre aprendí la importancia de los tratamientos para evitar conflictos. Ésa es la base de la diplomacia y estoy aquí para aprender de personas con tanta experiencia como ustedes. Les estoy muy agradecida por la oportunidad que me brindan; no se arrepentirán de abrirme las puertas de su consulado.

—Bien, que no se te olvide —remachó Virtudes—. Mariel, ve a buscar a los demás. Avisa al personal de la embajada también.

—Un momento, tengo las manos sucias. —Se las llevó a la nariz con cara

de asco—. No soporto el salmón.

Con gesto de impaciencia, Virtudes se dirigió a otra de las puertas que salían del vestíbulo.

—¡Ya voy yo!

Los tres soltaron el aire al mismo tiempo cuando desapareció.

El cónsul se acercó a Vicky y le tomó una mano entre las suyas. Ella trató de estrechársela, pero él la mantuvo prisionera.

—Sólo hay una cosa que debes recordar para que todo vaya bien, Victoria. Nunca, y cuando digo nunca es nunca, me interrumpas.

Un ruido de voces se acercó y el cónsul la soltó al fin. Ella sintió ganas de ir a lavarse la mano, pero fue imposible. La esposa del señor Calvo Orondo volvió acompañada de varias personas y se las fue presentando. Mariel era la más joven. El resto del personal administrativo tenía de cincuenta para arriba. La de más edad era Micaela, una mujer entrada en años y en carnes que la recibió con un abrazo cálido.

—Pero ¡qué linda sos! Demasiado flaca, pero eso lo arreglamos acá, ¿eh, Mariel? Tenés que venir a mi chacra. Haremos flor de asado, vas a ver.

Vicky sonrió.

—¡Me encantará!

Mariel le contó que Micaela era la funcionaria más antigua del consulado, que estaba a punto de jubilarse y que no tenía miedo de decir lo que pensaba. Había visto pasar a muchos cónsules y embajadores con ínfulas. Su lema era: «Los cónsules pasan, los funcionarios quedan».

La puerta principal se abrió y se inició una nueva ronda de presentaciones, esta vez del personal de la embajada. En general, el ambiente le pareció relajado y distendido. Sólo cuando alguno de ellos se cruzaba con el cónsul o con su esposa, la tensión volvía a hacerse evidente.

—Ella es Ana Paula —le presentó Mariel—, es la secretaria personal del embajador. Van a tener mucho trato. Ella te va a poner al día de la agenda de don Alejandro.

—Y ¿dónde está él, por cierto? —Victoria miró a su alrededor—. ¿No ha venido?

Ana Paula carraspeó.

—No, no pudo venir. Lo dejé hablando por teléfono por un asunto urgente, pero me pidió que te dijera que vayas a verlo lo antes posible. Quiere saludarte personalmente en tu primer día de trabajo.

Dona Virtudes ahogó una exclamación.

—¡Esto es una provocación en toda regla! Rodrigo, haz algo; no consientas que te pisotee de esta manera.

El cónsul ya no sabía qué cara poner.

—Virtudes, no te metas en esto —susurró incómodo.

—No me cuesta nada. —Victoria volvió a salvarle la papeleta al que iba a ser su jefe—. Voy a presentarme y vuelvo enseguida.

Ana Paula la acompañó al exterior y le dio instrucciones para encontrar el despacho en el edificio vecino.

—No te dejes impresionar por don Alejandro. Puede ser un tanto... apabullante, sobre todo con las chicas lindas, pero es buena persona. No te creas todo lo que se dice de él por el consulado. A Virtudes le gusta entreverar las cosas.

Mientras recorría el patio que separaba los dos edificios, Victoria iba hablando consigo misma: «Madre mía, menudo alboroto. Si Virtudes supiera que no supongo ningún peligro... Estoy muerta de cintura para abajo; mi vida sexual ha quedado congelada, vete a saber hasta cuándo. Algún día me quitaré al cabronazo de Manu de la cabeza, pero no va a ser hoy ni mañana. Y si algo bueno ha salido de todo esto ha sido que el Golfo me ha inmunizado contra el encanto de los hombres. Ni siquiera los argentinos ni los uruguayos, con ese acento que es puro pecado, van a poder derribar mis barreras. Pienso dedicarme al trabajo y sólo al trabajo. Una máquina de trabajar, eficiente y sin sentimientos: ésa es la nueva Victoria Lampard».

Siguiendo las instrucciones de su secretaria, no le costó nada encontrar el despacho de don Alejandro de la Encina y del Roble. Al llegar, llamó a la puerta con decisión.

—Adelante —respondió una voz grave.

—Buenos días, soy Victoria Lampard, la nueva becaria —se presentó mientras entraba en el espacioso despacho.

Su ocupante estaba sentado en la elegante silla de despacho giratoria, de

cuero negro, vuelto hacia la ventana y hablando por teléfono. Al oírla entrar, se volvió hacia ella e hizo rodar la silla hacia atrás. Se recostó en el respaldo y separó las piernas. A Vicky le pareció un rey en su trono, y no le habría extrañado que alargara la mano y pidiera más vino.

Si minutos atrás había sido el cónsul el paralizado, esta vez le tocó a Victoria convertirse en estatua de sal, y no sólo porque el hombre que la estaba mirando como si fuera un puma de la Patagonia dispuesto a saltar sobre su presa fuera uno de los ejemplares masculinos más impresionantes que hubiera visto en toda su vida.

—Perdona, te llamo más tarde —dijo don Alejandro antes de colgar el teléfono.

No invitó a Victoria a sentarse ni se levantó a saludarla. Permaneció inmóvil, escaneándola de arriba abajo mientras deslizaba las manos por los muslos muy lentamente hasta dejarlas a la altura de las ingles, como dirigiendo la mirada de Victoria hacia su objetivo. El gesto del diplomático, destinado a que ella se imaginara lo que había bajo la tela del pantalón, habría tenido éxito de no ser porque Vicky no necesitaba imaginarse nada. Conocía de primera mano lo que la lujosa tela escondía porque lo había visto con sus propios ojos.

—Vaya, vaya, Victoria, cómo has crecido. Te has convertido en toda una mujer.

Ella permaneció inmóvil. No podía moverse; ya bastante esfuerzo le costaba respirar. Acababa de retroceder diez años en el tiempo y estaba aturdida.

«¡Tito Álex! ¿Cómo no me he dado cuenta de que el excelentísimo embajador era tito Álex?»

Él se levantó muy lentamente, con movimientos felinos. Mientras se acercaba a ella rodeando la mesa, Victoria cambió de idea. Ese hombre no era un puma, era un gran león de la sabana, enorme, imponente. Era el rey de la selva diplomática, y lo sabía.

Paralizada, siguió el movimiento de la mano del embajador, que parecía la de un mago a punto de realizar un truco. Por un momento, temió que fuera a tocarle los pechos, pero la mano pasó de largo y siguió su ascenso, dejándola al mismo tiempo aliviada y decepcionada. Al llegar al cuello, deslizó un dedo

bajo la tela de la blusa y le desabrochó el botón superior. El leve roce contra la delicada piel de su cuello hizo que Vicky se estremeciera, pero el escalofrío no tuvo nada que ver con el que le había provocado el cónsul. Todo lo contrario. Si Rodrigo le había hecho sentir frío, Alejandro dejaba un reguero de calor allá donde posaba la vista o el dedo.

—Esta aberración ha sido idea de Virtudes, ¿me equivoco? —preguntó él alzando una ceja—. A una preciosidad como tú nunca se le ocurriría taparse como si fuera una monja ursulina.

Ella asintió con la cabeza, luego negó y volvió a asentir.

«Menuda presentación. Lo tuyo es el don de la palabra, está claro.»

Pero él no pareció disgustado por su falta de elocuencia; todo lo contrario. Los ojos se le iluminaron mientras levantaba la otra mano.

—Pues espero que no le hagas caso; ha sido muy mala idea —susurró.

Era oficial, el cambio climático existía y empezaba a mostrar sus efectos devastadores en la braguita de Victoria: el deshielo acababa de comenzar.

Vicky aceptó el reto. Alzó una ceja y se desabrochó el segundo botón y se separó las dos partes de la blusa, dejando al descubierto el inicio del escote.

La sonrisa ladeada que le dirigió el embajador fue más elocuente que un discurso de cuatro horas.

—Bienvenida a casa, Victoria.

*Playa del Carmen, México*

—He pensado que podríamos desayunar en la habitación —comentó Emma, cerrando la puerta con el pie y mostrándole la bandeja a Benito—. ¿Te parece mala idea?

Él se incorporó en la cama, apoyó la espalda en el cabecero, se llevó las manos a la nuca y dobló una rodilla. Aún no acababa de creerse que la preciosidad de pelo rubio alborotado y brillantes ojos azules —la única herencia que le había dejado su británico padre— fuera su esposa.

—Mmm, no estoy seguro. Acércate un poco a la cama para que pueda ver mejor el menú.

Ella obedeció, moviendo las caderas más de lo necesario. Tras pasar tres días enteros sin salir de la habitación, se sentía más sexy que nunca.

Lejos de los nervios de la boda, de las miradas indiscretas de los vecinos y de las obligaciones del día a día, la pareja se había entregado al placer y se había olvidado de todo lo demás. Sólo de vez en cuando, el Tuerkas se acordaba de su amigo del alma y una punzada de culpabilidad apagaba el brillo de sus ojos. Se sentía culpable por ser tan feliz mientras su colega sufría lejos del amor de su vida.

A Emma le pasaba lo mismo. Cada vez que el aroma a mar y a flores tropicales que entraba por la ventana le recordaba que estaba en América, se acordaba de su querida Vicky, con la que compartía continente y poco más, ya que mientras ella no podía ser más feliz, su amiga vivía los días más duros de

su existencia. Sin embargo, a ambos les bastaba una mirada del otro, una palabra susurrada o la sombra de una caricia para encenderse como bengalas. Y una vez que el deseo prendía, no había sitio en sus mentes ni en sus corazones para nada más.

Cuando Emma llegó junto a la cama, se inclinó hacia él, asegurándose de que la delantera le quedara cubierta por la jarra de zumo de fruta y el termo del café. Benito se sentó en la cama, cogió la bandeja con decisión y la dejó sobre la mesilla. Luego abrazó a Emma por la cintura y hundió la cara entre sus pechos.

—Éste es el único menú que quiero. Podría pasarme el resto de mi vida alimentándome sólo de ti.

Ella sonrió y le acarició el pelo mientras él le besaba la cara interna de los senos, blancos y suaves como dos flanes.

—Te faltarían vitaminas; hay que llevar una dieta más variada.

—¿Vitaminas? —Él sujetó los dos pechos por debajo y los elevó, como exhibiéndolos—. ¿Qué dices, niña? Los limones tienen muchas vitaminas. Y voy a pegarme un atracón así, a palo seco, sin tequila ni *ná*.

Emma se echó a reír, pero cuando él le rodeó uno de los pezones con la lengua antes de mordisquearlo delicadamente, la risa se transformó en un gemido.

—Beni, espera, me tienes muerta de hambre. Necesito reponer fuerzas antes del siguiente asalto. —Como si no la hubiera oído, él siguió disfrutando de su dieta cítrica mientras bajaba las manos por su torso y su cintura, recorriendo su piel sin saltarse ni un centímetro. Al llegar a las caderas siguió su camino, esta vez rodeándole las nalgas y agarrándolas con ganas—. Beni, le prometiste al padre Bartolomé cuidarme y respetarme.

Él le dio una palmada en el trasero.

—¿Crees que no te respeto lo suficiente, Emma? —preguntó juguetón.

—Me encanta cómo me respetas, Tuerkas. —Ella aprovechó su retirada para subir a la cama y montarse sobre él—. Espero que sigas respetándome así toda la vida. —Meneó las caderas—. Pero no me cuidas. ¿Te parece bonito dejar que tu mujer pase hambre?

En un movimiento propio de una película de Bruce Lee, él la agarró por la



cintura, la tumbó sobre el colchón y se sentó sobre ella antes de que Emma se diera cuenta de qué estaba pasando.

—¡Eh! —protestó—. ¡Estaba a punto de desayunarte!

—Pues tendrás que esperar. No quiero que luego le vayas con el cuento a Rocío de que te hago pasar hambre, que cuando Carmen y ella se juntan dan mucho miedo.

—¿Ya te estás metiendo con mi madre, Tuerkas? Así no vamos bien, ¿eh, cari?

—No, cari. Tu madre es un amor, pero si hablamos de meter, sólo me interesa meterte cosas a ti. —Se inclinó sobre la bandeja para ver qué habían traído. Había bollería, tostadas y una gran macedonia de frutas—. ¿Sabes qué? Voy a hacerte caso. Vamos a darles caña a las vitaminas.

Emma bajó las manos por su torso, acariciándole los tatuajes y descendiendo en caída libre por sus abdominales hasta asentarse entre sus piernas.

—Bien. Creo que me he vuelto adicta a la banana tropical.

Él echó la cabeza hacia atrás al notar sus caricias, pero trató de no perder el control de la situación.

—Esta banana es cien por cien gaditana, niña, no te equivoques. —Le guiñó el ojo.

—Va a ser difícil que me equivoque —lo provocó ella, sujetándolo firmemente con una mano y acariciándolo arriba y abajo—. Conozco cada centímetro, desde la base... hasta la punta. Sé lo que le gusta, igual que ella sabe lo que me gusta a mí.

—Y no veas lo contento que estoy de que os llevéis tan bien. —Benito soltó el aire bruscamente por la boca antes de agarrarla por la muñeca y obligarla a soltar su juguete erótico favorito, que no necesitaba más pilas que sus caricias—. Pero me has acusado de no cuidarte, y voy a demostrarte que esas acusaciones son muy injustas. Esas manos, detrás de la cabeza, Emma.

—Y ¿qué pasará si no obedezco, oh, señor de la poderosa biela?

Él le agarró las manos y se las colocó sobre la cabeza, cubriéndole la boca con los labios hasta que ella los separó con un gemido y lo dejó entrar. Cuando notó que la fierecilla de La Línea había dejado de resistirse, el

Tuerkas susurró:

—Te quedarás sin comer.

—Obedezco, obedezco —se apresuró a decir ella, colocando las manos detrás de la nuca.

Él cogió entonces un bol de fruta cortada y eligió un trozo.

—¿Qué tenemos aquí? —Se metió el trozo de fruta en la boca y gimió exageradamente.

—¡Eh, comparte!

Benito se inclinó hacia delante y le dejó el trozo de fruta a un centímetro de la boca. Emma esperó y, al ver que no se acercaba más, alzó la cabeza. Él se retiró al mismo tiempo.

Impaciente, ella le agarró la nuca y le arrebató el trozo de mango, gimiendo de placer.

—Ésa es mi fierecilla —susurró él, incorporándose—. Vamos a jugar un poco.

—Luego; tengo hambre, dame más.

—Mmm, mi insaciable Emma.

Benito cogió las servilletas de tela y con una de ellas le ató las muñecas por encima de la cabeza. Con la otra le vendó los ojos. Eligió un trozo de sandía y lo sujetó entre los dientes. Se inclinó hacia ella, que lo esperaba con la boca entreabierta, pero en vez de depositar la fruta donde ella esperaba, la mordió, dejando que el zumo le cayera en la mejilla.

Emma ahogó una exclamación. Volvió la cara hacia la gota que resbalaba en dirección a su oreja y trató de apoderarse de ella con las manos, pero la servilleta que le unía las muñecas lo impidió.

—No seas egoísta, niña. Esa gota es mía —murmuró él antes de reseguir con la lengua el reguero que lo condujo directamente a su oreja. Una vez allí, la penetró con la punta de la lengua, volviéndola loca.

Emma se estremeció y alzó las caderas, que ya no la obedecían. Las muy traidoras habían decidido que Benito era su nuevo dueño. Y lo peor era que las entendía.

Beni la besó detrás de la oreja hasta hacerla retorcerse de placer, mientras le mantenía las rebeldes caderas aprisionadas con su peso. Alargó la mano y

cogió un nuevo trozo de fruta sin mirar. Cuando comprobó que se trataba de banana y que no podía exprimirla, se la llevó a la boca y la acercó a los labios de su Emma, que respiraba entrecortadamente.

Al notar el leve roce sobre sus labios, ella sacó la lengua y se apoderó de la rodaja de fruta. Hambrienta, la devoró con ansia.

—Mmm, banana. Pero no seas tan *agarrao*, Tuerkas, dámela entera.

Al oírla, él se puso como una moto. Tuvo que cerrar los ojos y soltar el aire lentamente para no tirar la macedonia por los aires y darle lo que le pedía en ese mismo momento.

—Todo a su tiempo, ansiosa. —Su voz ronca le dijo a Emma que estaba tan excitado como ella.

Benito cogió a continuación una uva negra y, sujetándola entre los dientes, la depositó en el hueco que le quedaba en la base del cuello, como si estuviera jugando a las canicas en la playa.

—Chiva —musitó, sonriendo al recordar las palabras que su padre usaba cuando le enseñaba los secretos del juego.

—¿Qué haces?

—Relájate, Emma. Disfruta de las sensaciones.

Volvió a sujetar la uva y, con ella entre los dientes, trazó una línea descendente hasta quedar entre sus pechos. Desde ahí, dibujó un ocho tumbado rodeando un seno y después el otro. Recordó al maestro de matemáticas que les había enseñado que ése era el símbolo de infinito. No le habría importado nada quedarse orbitando los pechos de Emma eternamente, pero ella se retorció excitada. Lo necesitaba, necesitaba que le diera mucho más que eso.

Siguió descendiendo y con las manos formó un corazón que rodeaba el ombligo de Emma.

«Una obra de arte así merece ser enmarcada.»

Dejó caer la uva desde arriba y acertó en el ombligo.

—Pie —murmuró, echándose hacia abajo en la cama y sentándose sobre las piernas de Emma, entre los tobillos y las rodillas. Cuando ella bajó los brazos, él volvió a levantárselos—. ¿Tengo que atarte al cabecero?

Ella se excitó con la idea, pero negó con la cabeza. No quería que se detuviera.

Con la precisión que lo caracterizaba, Benito usó el pulgar para hacer palanca y disparó con el índice, haciendo salir la uva del *green* que formaba su vientre y recogióndola con la otra mano. Agachando la cabeza, hundió la lengua en el hoyo, anunciando sus intenciones. Ella no pudo contenerse y bajó los brazos, agarrándole el pelo con fuerza, incapaz de soportar las sensaciones que le provocaba sin moverse.

Beni se incorporó y le liberó las muñecas.

—Agárrate a la cama. Brazos en cruz —le ordenó.

Mientras ella cumplía sus órdenes, él volvió a sujetar la uva entre los dientes y siguió descendiendo por su vientre en zigzag, anotándose el premio de la montaña dos veces, una en cada cadera.

Y como el campeón que era, se lanzó en un vertiginoso descenso hasta penetrar en el bosque poco frondoso que formaban los rizos de Emma. Ambos se habían depilado al inicio de su relación y habían llegado a un acuerdo: ¡nunca más! Al Tuerkas le encantaban sus rizos cortos y suaves.

Anclando las manos en sus ingles, le separó los muslos, hundiendo la fruta en su sexo hasta encontrar el discreto centinela que montaba guardia a la entrada. Golpeó con suavidad varias veces, como pidiendo paso.

«Tute.»

Siguió descendiendo, separándole los pliegues a su paso. La recorrió de un extremo al otro, disfrutando de las reacciones del cuerpo de Emma, que gemía, se estremecía y se tensaba.

«Y gua.»

Dejó la uva en el centro de su vulva, húmeda y jugosa, y se apartó unos centímetros para disfrutar de su visión.

—Una perla negra —murmuró meneando la cabeza con reverencia—. Un tesoro. Eres mi tesoro del Caribe, Emma.

—Pues a por él, pirata.

Beni no se lo hizo repetir. Se lanzó sobre ella, recuperó la uva con su hábil lengua y la mordió con ganas, dejando que el jugo cayera sobre sus carnosos pliegues. No habían salido de la habitación ni habían visitado ninguno de los lujosos restaurantes del hotel, pero el Tuerkas no echaba de menos las ostras ni el marisco fresco que allí servían. Nada podría compararse con el cuerpo

de su Emma. Extendió el jugo con la lengua y luego lo recuperó, lamiendo y succionando cada milímetro, jugueteando con su clítoris, mordisqueando sus pliegues y penetrándola con la lengua hasta donde alcanzó. Las manos se unieron al asalto sensual, y ni siquiera la nariz quiso perderse la fiesta.

Ella gemía aferrada a las sábanas, habiendo rebasado ya el punto sin retorno. Su cuerpo ya no era suyo; estaba a la merced del hombre al que amaba más que a su cordura, un hombre que, por suerte, estaba tan loco por ella como ella lo estaba por él; un hombre que no se detendría ante nada hasta que su Emma saliera volando en un orgasmo madrugador, el primero del día. Y aunque le habría gustado compartirlo con él, sabía que sólo era el primero de muchos. Echó la cabeza hacia atrás para gritar su placer cuando el nudo que se le había formado en las entrañas se desató de repente. Y aunque la improvisada venda seguía cegándola, no necesitó la vista para imaginarse la preciosa sonrisa canalla en la cara de su hombre.

\* \* \*

Horas más tarde, miraban la tele sentados en la cama. Tras otro día pasado en la habitación, habían hablado por WhatsApp con sus parientes y amigos más cercanos. Emma había hablado un poco con Vicky y la había encontrado algo reservada, pero le pareció normal. No sabía cómo habría reaccionado ella si las cosas hubieran sido al revés.

Victoria: ¿Qué tal el hotel?

Emma: ¡Precioso!

Victoria: Y la habitación, ¿es bonita?

Emma: Una maravilla. Estamos en una casita independiente, blanca como una nube. Desde la ventana se ve el mar, huele a flores tropicales, a veces vienen monos y se sientan en las ramas de los árboles.

Victoria: No me hables de monos.

Emma: ¿Estás bien, tía?

Victoria: Estupendamente.

Emma: Pues no lo parece.

Victoria: El embajador, que me tiene...

Emma: Uy, uy, uy. ¿Cómo te tiene? Cuenta, cuenta.

Victoria: Otro día. Hoy cuéntame tú. ¿Qué habéis visitado? ¿Qué os ha gustado más?

Emma: Mmm..., pues... sí..., la playa, ¡la playa es la caña!

Victoria: No habéis salido de la habitación, ¿no?

Emma: Sí, sí. Y mañana tenemos una excursión chulísima. Ya verás, te pasaré fotos.

Ésa era la razón por la que la pareja estaba concentrada mirando en la tele de la habitación las propuestas de excursión para el día siguiente.

—Lo de Xcaret parece molón.

—Me gusta más Xel-Há. Parece más auténtico, ¿no?

—Si te gusta lo auténtico, habrá que ir a ver ruinas mayas, digo yo.

—Alguna habrá que ver, aunque sólo sea para colgar fotos en el Facebook.

Si no, no se van a creer que hemos estado aquí.

—¿Cuáles te gustan más, las de *Chichisán* o las otras?

—¿*Chichisán*? Eso suena a jabón de ese fresquito para lavarse el chisme.

¿No era Chichén Itzá?

—Yo no sé pronunciar eso, *quilla*.

—¿Por qué no vamos a Tulum? Y así nos damos un bañito en el mar.

—Ea, *adjudica*o. Al menos ese nombre lo puedo pronunciar sin hacerme un nudo en la lengua.

—Y, ya puestos, salimos esta noche a cenar fuera, ¿no?

—Va, sí. ¿Dónde está la lista de restaurantes? Vamos a escoger uno.

Y, cargados de buenas intenciones, decidieron cenar esa noche en el restaurante asiático. Pero mientras se duchaban antes de salir, Emma descubrió que la alcachofa de la amplia ducha tenía varias funciones y, jugando, jugando, se les pasó la hora de la reserva y tuvieron que pedir la cena en la habitación.

—Que pasen buena noche y descansen mucho... o no —les deseó el camarero que les llevó la cena con una sonrisa de complicidad.

*Cádiz, España*

—*Ek wens jou vingers verander in vishoeke, en jou balle begin te jeuk!* — exclamó Eva de Boer cuando uno de los operarios que estaban reparando una avería en la acera le soltó un piropo.

—No sé qué le has dicho, témpano con patas, pero seguro que *ná* bueno.

La cabo siguió marchando militarmente por las calles de Cádiz.

—Le he dicho que espero que los dedos se le conviertan en anzuelos de pesca y empiece a sentir ganas de rascarse las pelotas.

Manu le quitó el casco de la cabeza a otro de los operarios y se cubrió con él la entrepierna.

—¿Qué haces, *pisha*?

—A mí me hace más falta que a ti —murmuró el Golfo, pero al ver que el tipo empezaba a cabrearse, se lo devolvió y aceleró el paso para alcanzar a la cabo.

—Eva, no puedes ir así por la vida. En Cai somos muy hospitalarios, pero tienes que poner de tu parte.

Ella se detuvo y lo fulminó con la mirada, señalándolo con el dedo.

—Pongo de mi parte todo el rato. Vivo en tu casa, con tu familia.

—No hace falta, *quilla*. Vete con la tuya, sin problemas.

—No seas capullo, Manuel Soto, sabes que no puedo.

—Empiezo a entender por qué; no hay quien te aguante.

—He dejado el trabajo, la carrera de mis sueños.

—Yo no te lo he pedido; nunca se me ocurriría pedirle eso a mi pareja.

—Como la comida de cerdos que coméis aquí.

—¡Eso sí que no te lo consiento! Encima que estás en casa a pan y cuchillo, no te atrevas a criticar la comida de mi tierra. ¡Aquí se come gloria bendita!

—Demasiado cerdo, Manuel. Jamón, chorizo, *pringá*...

—Ah, eso. Pues no comas cerdo, nadie te obliga.

—Si me pones el jamón delante, tendré que comerlo, ¿no?

—Borde como ella sola, pero tonta no es, no.

—Voy a hablar con el *preacher* Bartholomew para encontrar solución a la boda religiosa. Las cosas hay que hacerlas bien hechas, Manuel. Lo importante es el niño.

—O la niña.

La cabo se estremeció.

—El niño.

—¿Qué pasa, Eva? ¿Por qué no quieres una niña?

—¿Y si me sale una niña-niña y quiere que le ponga vestidos y le haga coletas?

A Manu le brotó una sonrisa bobalicona en la cara al imaginarse a una princesita corriendo por el pasillo de casa con los brazos extendidos para que la aupara.

—Si es por eso, no te agobies, *quilla*, ya se las haré yo. Tú pon la función «Niña» en el horno y sube la temperatura. Pero mucho.

Cuando Eva sacudió la cabeza y murmuró algo entre dientes, no se atrevió a pedirle que lo tradujera. Había imágenes que prefería que no entraran en su cabeza.

Al llegar a la parroquia, se dirigieron al pequeño despacho que el padre Bartolomé tenía en la parte trasera. Los estaba esperando.

—A los buenos días, padre.

—Hola, hijo. ¿Qué tal? ¿La familia bien?

—Todos bien, padre, gracias a Dios. —Se volvió hacia la cabo—. Y a la Virgen del Carmen.

Eva puso los ojos en blanco.



—Sentaos. —El sacerdote volvió a su silla y colocó las manos formando una pirámide bajo la barbilla—. Acabo de hablar con el hermano Antonio.

—¿Con mi *cuñao*?

—No, con el Antoñico, no; con Antonio Carmona, el pastor de la iglesia evangélica del Puerto.

Manu se volvió hacia Eva.

—¿Quieres que nos casemos en una iglesia evangélica? A mi madre le da algo.

—Dios es el mismo para todos, Manuel —lo tranquilizó el padre Bartolomé—. Y con tu madre ya hablaría yo, no te preocupes por eso, pero me temo que no vais a poder casaros allí.

Interiormente, Manu bailó *La Macarena*, pero logró mantenerse serio. Casi.

—¿Por qué no?

—Eva, Eva... —la reprendió el religioso—, no puedes ir así por la vida. El pastor estaba muy enfadado contigo.

—No debería. La sinceridad es una de las virtudes más amadas por Dios.

Manu y el padre intercambiaron una mirada de circunstancias.

—La sinceridad es una virtud, hija, pero no es necesario herir a los demás para ser honestos.

—Pero ¿usted ha ido a algún culto de esa iglesia? Aquello no es serio, *preacher*. Si lo viera mi padre, le daría un ataque al corazón. Todo eran gritos, niños corriendo, hombres tocando la guitarra, mujeres chillando y llorando. Aunque Dios estuviera allí, no podrían oírlo con tanto ruido.

Manu se echó hacia atrás en la silla y resopló.

—Hija, Dios es amor y no hay más. Él es todopoderoso y es capaz de llegar directamente al corazón de cada uno. Y cada persona expresa sus emociones como mejor le parece. ¿Por qué no van a poder expresar su amor por Dios cantando?

—¿Porque es superficial, una frivolidad! Mi padre me inculcó que el trabajo y el lucro son las mejores formas de rendir tributo a Dios.

—Calvinistas —murmuró el cura, sacudiendo la cabeza—. Señor, dame paciencia. Eva, llamaste «histórica» a la madre de Antonio.

—Debería haberla visto; me quedé corta, parecía la niña de *El exorcista*.

—¡Eva! ¡Lo que no entiendo es cómo saliste con vida de allí! Volverías loco hasta al dalái lama.

Tras media hora de charla, cuando Eva le hizo notar al padre que en su religión el sacerdocio no era un sacramento, Manu notó que el hombre —un dechado de paciencia— estaba a punto de echar a la cabo del templo con cajas destempladas, nunca mejor dicho.

—Muchas gracias por todo, padre Bartolomé. No lo molestamos más por hoy.

El hombre resopló.

—Te diría que no ha sido ninguna molestia, hijo, pero ya que aquí tu futura parienta es tan defensora de la sinceridad, me lo voy a callar.

Manu se aguantó la risa.

—Con Dios, padre.

—Con Dios, hijos míos.

Al pasar frente al bar del Angelito, Manu asomó la cabeza. Eran casi las siete de la tarde y a esa hora empezaban a reunirse los colegas.

—*Pisha*, ¿dónde te metes, que no se te ve el pelo? —lo saludó uno de ellos—. Anda, pasa, no te quedes en la puerta.

—Mmm..., luego me paso, *quillo*, que voy *acompañao*.

—Por mí tranquilo, *pisha*. —De un empujón, la cabo lo apartó de la puerta y entró en el bar con las manos en las caderas.

Los amigos de Manu se quedaron inmóviles. El único movimiento provenía de la muñeca del Angelito, que secaba un vaso con un trapo y jugueteaba con un palillo entre los dientes. Por un momento, el Golfo tuvo la sensación de haber entrado en un western de los que se filmaban en Almería en los años setenta.

«*Por un puñado de soldaditos sin condón* podría llamarse la peli —refunfuñó mentalmente—. O *El Bueno, el Feo y el Golfo*.»

—¡Manu! ¿Qué haces ahí como un pasmarote? ¡Pídeme algo!

Eva lo sacó de su ensoñación, y él deseó que Clint Eastwood hiciera su aparición por la puerta para pedirle consejo. No sabía cómo tratar con esa mujer, que lo volvía loco con sus exigencias. Se pasaba el día tentado de

mandarla a la mierda en barco, pero su padre lo había educado para que tratara a todas las mujeres con respeto, como a él le gustaría que trataran a su madre o a su hermana.

—¿Qué va a ser, Manu? —preguntó el dueño del bar sin que el palillo se le moviera ni un milímetro; lo de ese hombre era un auténtico arte—. ¿Una tilita?

—Un tequila con bicho me pide el cuerpo, pero bastante bicho tengo ya con la de caqui. Un *ginger-ale* para ella y una caña para mí.

—¿Ya sabes lo que toma sin necesidad de preguntarlo? ¿Así que vais en serio? ¿No vas a volver con la Estrecha?

—Está *jodía* la cosa, Angelito, está *jodía*.

Al llegar a la barra, el Golfo comprobó con satisfacción que sus colegas parecían más amilanados que él por la presencia de la militar. Si algo sabía la cabo De Boer era marcar su territorio desde el primer momento; no en vano había tenido que sobrevivir en un mundo de hombres.

—Y yo que pensaba que eras medio tonto, Manuel Soto, y resulta que tus amigos son más tontos que tú. Parecen Jon Nieve. Sólo saben decir «¡No sé ná!».

Él respiró hondo antes de sentarse.

—Angelito, date prisa con esa caña, ¿quieres?

—¡Ya va, *pisha*!

—Y ¿qué quieres saber, muchacha?

—Quería saber cuáles de ellos estaban aquí la noche en que tú y yo...

—No sigas. Ya sé que eres muy sincera, pero no hace falta decirlo todo con pelos y señales.

—Poco pelo tienes, Manuel. En mi familia, los hombres son como osos, como debe ser.

—Hombres de pelo en pecho. Y las mujeres también, por lo que parece —murmuró alguien, aguantándose la risa.

—Yo no tengo pelo en el pecho. —La cabo se llevó las manos a la camisa, como si quisiera partírsela como Camarón.

—¡Eva, no hace falta que se lo enseñes! —la interrumpió Manu—. Ya saben que no tienes pelos en el pecho, es una manera de hablar.

—No te cortes, *quilla*.

—Eso, chocho, no lo tengo yo tan claro.

—Que os den, capullos. ¡Nos vamos! Cóbrate, Angelito.

—Pero ¡si no habéis tomado *ná*!

El Golfo dio un trago a la caña y volvió a dejarla sobre la barra con contundencia.

—¡Ea, que te cobres!

Mientras Angelito cobraba, la cabo se bebió el *ginger-ale* de un trago. Al acabar, se secó la boca con la manga y salió sin despedirse después de barrer el local con una mirada digna de John Wayne en *Centauros del desierto*.

Al salir a la calle, el Golfo la agarró del brazo.

—¡Anda, tira *pa'* la casa, que me tienes contento!

—Suéltame, patán, o te rompo el brazo en cuatro trozos.

Manu la soltó porque estaba cabreado, pero no tanto como para no saber que la militar era capaz de cumplir su amenaza sin despeinarse. Como les había contado durante una de las cenas, era especialista en artes marciales, y su técnica de lucha favorita era el *krav magá*.

En silencio, llegaron al piso de los Soto y lo encontraron vacío, lo que no era muy habitual.

Manu se metió en su habitación y trató de cerrar la puerta de una patada como cuando era un adolescente enfadado con el mundo, pero la mano de la cabo lo impidió.

—Te recuerdo que ahora ésta es mi habitación, *dear future husband*.

—¿Qué me has *llamao*, petarda?

—No te sulfures, te he llamado «querido futuro marido».

Él se estremeció.

—Prefiero que me llames cualquier otra cosa, bruja.

—Estás muy tenso, Manuel —dijo acercando la cara a la de él, que se echó hacia atrás como si en vez de Eva fuera la serpiente del paraíso—. Creo que ya sé lo que te pasa.

Manu retrocedió, caminando de espaldas mientras la cabo avanzaba con decisión, como un tanque Panzer sobre la caballería polaca.

—No sé de qué me hablas; a mí no me pasa *ná*.

—He visto a muchos hombres en tu estado.

—La que estás en estado eres tú, *quilla*, maldita sea mi estampa. —Chocó contra la pared.

—No disimules, Manuel. —Eva se había quitado la camisa militar mientras avanzaba y se había quedado con un top caqui que dejaba a la vista su generosa delantera—. Sé lo que necesitas.

—Paz, Eva, necesito que me dejes en paz.

—Guerra, Manuel. A veces hace falta un poco de guerra para lograr la paz. —Invadió su espacio personal y le llevó la mano a la entrepierna.

Él le agarró la muñeca con fuerza y se la apartó. Era cierto que estaba tenso como un arco y que nada le habría apetecido más que relajarse con una larga, intensa y sudorosa sesión de sexo, pero no le servía cualquiera. Su armamento no reaccionaba a la cercanía corporal de la *corporal* De Boer. Bueno, reaccionar sí reaccionaba, pero encogiéndose y buscando refugio como un vietnamita en la selva.

—No te resistas, Manuel. —Lo agarró por las solapas y lo empujó.

Cuando quiso darse cuenta, Manu estaba tumbado en su cama con metro ochenta y cinco de rubia encima. Y eso que le apretaba el torso eran dos mullidos pechos que el embarazo había convertido en dos ejemplares gloriosos.

—Virgencita del Carmen —murmuró.

—¡Qué raros sois los hombres españoles! ¿Por qué piensas en una Virgen cuando tienes encima a una mujer que hace mucho que se desprendió de su virginidad, Golfo?

—Porque a este golfo no le vale cualquier mujer, cabo. Este golfo está *enamorado* hasta las trancas de su Estrecha; esa que iba a hacerme feliz el resto de mi vida hasta que llegaste tú y la hiciste añicos.

A esa distancia, a Manu le pareció ver una pizca de vulnerabilidad en los ojos verdes de su asaltante, pero duró un instante. Eva le deslizó la rodilla entre las piernas y se detuvo al llegar a sus granadas. Él cerró los ojos esperando el impacto mortal, pero si algo tenía la cabo era precisión y, por suerte para él, había decidido no volar por los aires su arsenal.

—La vida no siempre es justa, Golfo. Nos da unas cosas y nos quita otras.

Si te pasas la vida llorando por no tener a la Estrecha, te vas a perder muy buenos ratos. ¿Piensas guardarle fidelidad toda la vida? ¿Crees que ella va a hacer lo mismo? —Eva se levantó y lo miró desde arriba. Aunque no había aplastado su armamento por si lo necesitaba más adelante, no tuvo tantos miramientos con su corazón—. Ya te aseguro yo que no, Manuel.

*Montevideo, Uruguay*

—El escote, querida Victoria, es una de las principales armas de una diplomática —dijo el embajador, desabrochándole el tercer botón de la blusa—, a la altura de los tacones o del cruce de piernas.

Vicky quiso detenerlo, pero el roce de esos dedos hábiles sobre su piel había interrumpido la comunicación entre su mente y sus manos, provocándole un cortocircuito.

Mientras don Alejandro le hablaba con esa voz suave y embriagadora como la crema de whisky, la mente de Victoria estaba muy lejos de allí, en la mansión de su padre, en el lujoso barrio londinense de Belgravia. Volvía a tener quince años, y su hermanastra Serena, trece. Las dos estaban escondidas detrás de las cortinas de la biblioteca, mientras uno de los invitados de su padre —el que por aquel entonces era una de las jóvenes promesas de la diplomacia española— empotraba con ímpetu a la esposa del embajador ruso en Londres, que estaba sentada encima del piano con el vestido de lamé dorado recogido a la altura de las caderas.

El joven —diez años mayor que Victoria— trabajaba en el consulado español en Mánchester y era asiduo a las fiestas que Charles Lampard y su esposa Louisa daban en su mansión. De hecho, era el arma secreta de la diplomacia española. Muchos tratados comerciales se habían firmado gracias a su talento..., y no precisamente tras la mesa de negociaciones. Se movía con más soltura sobre la mesa, o sobre el sofá, o, como Vicky y Serena acababan

de comprobar, sobre un piano de cola.

—¡Alexei! —había gritado la rusa, lo que hizo que Serena asomara la cabeza entre las cortinas para no perderse detalle de la escena.

Cuando Victoria tiró de ella para que no la descubrieran, quedó hipnotizada con la visión de las nalgas redondas y poderosas de tito Álex y del ritmo que marcaban. Habría seguido mirando eternamente, pero Serena había tirado de ella y le había dirigido una mirada de odio. La rivalidad entre ellas no había nacido ese día, pero tras la llegada de tito Álex a sus vidas —como él mismo les había pedido que lo llamaran tras pellizcarles los mofletes a las dos al mismo tiempo, a una con cada mano— se había multiplicado.

El primer día que lo encontraron entregado a las relaciones internacionales fue por casualidad, pero desde aquel día, cada vez que su padre organizaba una cena o una recepción, las dos adolescentes saludaban a los invitados y después se iban corriendo a esconderse a la biblioteca con la esperanza de que tito Álex les regalara material para sus sueños eróticos.

Sí, el primer orgasmo de Victoria, el que se había dado a sí misma frotándose contra la almohada, iba ligado al nombre y la cara de Alejandro de la Encina.

Durante esa época, tito Álex le había parecido el hombre más guapo que había visto nunca, y el paso del tiempo no le había restado ni una pizca de atractivo. Ocho años más tarde, tenía los hombros más anchos, los rasgos más contundentes y, para acabar de complicarle las cosas a Vicky, había ganado aplomo y autoridad. Irradiaba potencia sexual; era el macho alfa de la manada, y lo sabía.

Llevaba un traje hecho a medida que le sentaba como un guante y, aunque estaban demasiado cerca como para poder verlo de arriba abajo, no necesitaba un examen visual para saber que estaba muy bien dotado. Lo había comprobado con sus propios ojos en más de una ocasión.

—Alexei, no —murmuró cuando le volvió la suficiente sangre al cerebro como para poder hablar.

Sorprendido, él detuvo la operación «Liberad el escote de Victoria». Se dio la vuelta para que ella no viera lo mucho que le había afectado su cercanía y se acomodó en su trono.



—Siéntate, Victoria, por favor.

—Tendría que volver. La señora Virtudes de Orueta me ha organizado un almuerzo de bienvenida. ¿Por qué no me acompaña?

—Háblame de tú, Victoria. Al menos..., cuando estemos solos.

Ella se ruborizó. La idea de quedarse a solas con ese glorioso ejemplar de masculinidad la alteraba más de lo que quería reconocer.

—¿Por... por qué no me acompañas?

—Por si no te has dado cuenta, la ilustrísima Virtudes no me soporta.

—¿Has intentado... algo con ella? —Vicky se ruborizó al darse cuenta de lo indiscreta que había sido.

Él hizo una mueca, fingiendo estremecerse.

—Sólo me acercaría a esa mujer si la patria lo necesitara..., y tendría que acabarme las reservas de Vega Sicilia antes. —Le guiñó el ojo.

Su actitud le recordó a Victoria a la de Manu durante los primeros tiempos del *reality* y se sulfuró.

—Las mujeres no nos pasamos la vida esperando a que los hombres se fijen en nosotras; ni siquiera cuando están tan bue... —El embajador alzó una ceja divertido—. Ni siquiera cuando son tan buenos profesionales como tú.

—Ajá. Pues nos ocurre lo mismo que a vosotras. Los hombres tampoco nos pasamos el día buscando la aprobación de las mujeres; aunque desde luego contigo me apetece mucho hacer una excepción.

—Perdón.

—Quiero enseñártelo todo.

Vicky se levantó indignada.

—Creo que te confundes.

Él se puso también en pie y la sujetó por la muñeca para que no se marchara. Victoria bajó la vista hacia la mesa de caoba y se enfureció al darse cuenta de que deseaba que él lo tirara todo al suelo de un manotazo y la tomara allí mismo. Aprovechando la fuerza que le dio la rabia, apartó el brazo y plantó las dos manos sobre la mesa.

—Eres tú quien se confunde. He venido aquí a trabajar y a aprender.

—Exacto. Y eso es lo que pretendo: enseñarte todo lo que sé. Si estoy donde estoy es en buena parte gracias a tu padre. Le debo mucho y quiero

devolverle el favor ocupándome de ti... personalmente.

Victoria estaba aturdida, como si se encontrara en medio de un bombardeo. Por un lado, un hombre de aspecto intachable le estaba hablando con respeto, ofreciéndole todo lo que siempre había deseado: avanzar en la carrera de la diplomacia de la mano de los mejores. Pero, por otro, su instinto gritaba «¡PELIGRO!». ¿Había bajado tito Álex la voz hasta convertirla en un susurro sugerente al decir «personalmente» o era producto de su imaginación calenturienta? Su mente le aconsejaba que saliera de aquella ratonera cuanto antes, pero su útero amenazaba con asesinarla lentamente si lo hacía.

—Me ha dicho Mariel que voy a tener que repartirme, que trabajaré tanto para don Rodrigo como para ti.

Él volvió a sentarse y echó la silla hacia atrás, frotándose los muslos lentamente en un gesto que al parecer le gustaba usar. Esta vez Victoria no pudo evitar que la vista se le fuera directamente a la diana, y comprobó que el paso de los años tampoco había causado ningún estrago a nivel de dotación..., al contrario.

—Ajá. Bueno, por ser el primer día, no voy a llenarte la cabeza de información, pero te daré tu primera lección. Es breve, así que espero que se te quede bien grabada: el señor Calvo Orondo no da las órdenes aquí. Su señora tampoco, y la descarada de Mariel, menos todavía. Vamos a ver si eres una alumna tan aplicada como creo. ¿Quién da las órdenes aquí?

Ella tragó saliva antes de responder:

—Tú.

—Ésa es mi chica. Y ¿yo soy?

—El excelentísimo señor Alejandro de la Encina y del Roble.

Él negó con la cabeza.

—Estamos a solas, Victoria.

—¿Ti... tito Álex? —probó con las rodillas temblorosas.

Él hizo rodar la silla hacia delante hasta que la entrepierna le quedó oculta bajo la mesa. Alargó el brazo y le tomó la mano. Cuando le acarició el dorso con el pulgar, ella se humedeció sin remedio.

—Mejor Álex a secas. Os pedí que me llamarais «tito» para no olvidarme en ningún momento de que erais menores de edad —le guiñó el ojo—. Sobre

todo, tú. Siempre tuve debilidad por ti, Victoria. No sabes cómo me alegro de que el destino haya vuelto a unirnos. —Ella quiso decir algo ocurrente e impactante, pero, como siempre, las palabras se negaron a aparecer cuando más las necesitaba—. Vuelve al consulado, pero prepárate. A partir de mañana, te quiero a mi disposición a cualquier hora.

—Se... será un placer —logró decir ella antes de salir del despacho.

Cuando hubo cerrado la puerta, el embajador murmuró:

—Ni te lo imaginas, dulce Victoria.

*Cádiz, España*

El Golfo contemplaba el vaso de cerveza que tenía ante los ojos. Un ronquido más fuerte que los demás hizo temblar el líquido en el vaso.

—La madre que la parió.

—Descansada se quedó —murmuró María entrando en la cocina.

—¿A ti tampoco te deja dormir? Lo siento.

—No es culpa tuya, hijo.

—Hombre, un poco de culpa sí tuvo —intervino Mari Mar, entrando detrás de su madre mientras se frotaba los ojos—. Haber ido con más cuidado de dónde la metías, tete.

Manu hundió la cabeza entre las manos.

—A toro *pasao* es muy fácil hablar, Mari Mar.

—Si es que tiene razón, madre. Me paso el día diciéndome lo mismo. Esa mujer es una pesadilla; es peor que la loca aquella de *Atracción fatal*. Me ridiculiza delante de los Cañaíllas. ¿Cómo voy a entrenarlos si me pierden el respeto? Al bar del Angelito no me atrevo ni a entrar. El padre Bartolomé está de ella hasta los santísimos y... —Se dejó caer sobre la mesa—. No puedo más. No me acuerdo de cuándo dormí una noche entera.

—¡GGGRRRRRRRRRR! ¡FFIIUUUUUUUUUU!

—¡La mato! —Mari Mar se levantó y agarró la pata de jamón que colgaba de la pared—. No es católica. Seguro que el padre Bartolomé me da la absolución por acabar con una infiel o algo.

—No vas a matar a nadie. Y deja ese jamón en su sitio —la reprendió María—; con la comida no se juega.

Mari Mar y Manu intercambiaron una mirada y se aguantaron la risa. La situación les recordó a cuando eran pequeños y María los reñía por cualquier chiquillada. Manu le ofreció el vaso a su hermana, pero ella negó con la cabeza. No insistió; sabía que ella nunca haría nada que pudiera poner en riesgo un posible embarazo.

—Manu, tienes que empezar a hacerte a la idea de que dentro de poco serás padre. Cuando llegue el bebé, no podrás dormir todo lo que quieras. Tómatelo como un ensayo. Lo mismo te digo, nena.

—Pero, *ma*, una cosa es levantarse para cuidar de mi bebé y otra aguantar los ronquidos de la morsa rubia esa.

—No hables así de ella; pronto será tu cuñada. —Manu se santiguó al oír a su madre—. Hemos de respetarla.

—Pues que se aplique el cuento —protestó el Golfo—. Podría respetarnos ella una miaja, ¿no?

—Eso. Ni los tapetes de la abuela ha respetado —añadió Mar—. Los ha lavado todos. Ha dicho que eran un nido de polvo. Los ha frotado con tanta saña que la mitad han quedado rotos y la otra mitad se han encogido.

A María le cambió la cara.

—¿Los tapetes de mi madre?

—Ya te digo. ¿No lo has visto?

—No me había fijado. —La mujer se levantó y comprobó que, efectivamente, en el salón no quedaba ni un tapete. Se veía... desnudo—. Hasta aquí hemos llegado. ¡Declaro la guerra santa!

\* \* \*

A la mañana siguiente, cuando Eva se levantó y fue directa a la cocina para desayunar, se encontró con que la nevera estaba tan vacía como el resto de la casa. Tras comprobar que, efectivamente, estaba sola, se vistió con su equipo habitual de embarazada: unos leggins negros, botas militares del mismo color, top caqui y camisa caqui tres tallas más grandes de lo habitual. A diferencia de

cuando estaba en el barco, en tierra se dejaba el pelo suelto. Tenía una melenita rubia y corta muy favorecedora, o eso solía decirle Oscar. Mientras se cepillaba el pelo, los recuerdos de sus momentos felices la asaltaron por sorpresa.

Se conocieron cuando ella entró a formar parte de su tripulación. El capitán Oscar du Preez llamó la atención de la cabo desde el primer momento. No era habitual que un hombre la hiciera sentir diminuta e indefensa. El capitán medía más de dos metros y era puro músculo. No tenía ni un gramo de grasa en el cuerpo y —como ella comprobó más adelante— casi todos esos músculos estaban cubiertos de tatuajes. Su imagen, de piel oscura como el chocolate sin leche, se había convertido en su obsesión. El flechazo fue mutuo. El capitán se obsesionó con esa cabo de carácter de hierro y piel clara y suave como la nieve recién caída. Entre sus brazos, Eva conoció la satisfacción sexual absoluta y la felicidad total. A Oscar le pasó lo mismo. Tan encerrados estaban en su mundo de placer, que durante un tiempo él se olvidó de que en Durban lo esperaban mujer e hijos. Sólo cuando la cabo De Boer lo informó con lágrimas emocionadas en los ojos de que estaba esperando un hijo suyo lo recordó.

Al enterarse de que el hombre de su vida era un hombre casado, Eva había salido corriendo del barco y había recorrido las calles de Cádiz hasta que se cansó y se metió en un bar.

Mientras bebía *ginger-ale*, le dio muchas vueltas al problema. No podía volver a casa de sus padres. Su padre la mataría con sus propias manos antes de dejar que avergonzara a la familia regresando soltera y embarazada. Lo estaba oyendo: «¡Y encima, de un negro!», le diría. Aunque para Eva el color de la piel de Oscar se había convertido en su favorito, conocía a su padre: era la intolerancia hecha persona.

Al fondo del local había un grupo de chicos bebiendo cervezas y jugando a los dardos. Al cabo de un par de horas, Eva había elegido un posible padre de su hijo. Un tipo blandengue, que no tenía ni punto de comparación con su capitán, pero guapo de cara. Se lo llevó a la trastienda y lo asaltó sobre el congelador. El gaditano estaba tan pasado de copas que al parecer no se dio cuenta de que —por una cuestión de higiene— ella trató de ponerle un

preservativo antes de montárselo con él. No lo consiguió porque al juerguista gaditano se le había encogido como uno de los guisantes que el dueño del bar guardaba al lado de las anillas de calamar y de los helados. ¡Menudo tirillas!, no aguantaba ni el alcohol ni un poco de frío en las pelotas; en la fragata no habría durado ni tres meses.

Eva había vuelto al barco y había completado la ruta al norte de Europa. Las cosas entre Oscar y ella eran tensas. Él la buscaba; era evidente que la echaba de menos, pero ella se había mantenido firme. Si quería que volviera a su cama y a su vida, debía divorciarse de su mujer.

Al volver a pasar por Cádiz, le dio un ultimátum. Oscar le rogó que se quedara y volviera con él a Sudáfrica, donde encontrarían una solución, pero ella se negó. La idea de ser la amante invisible de un hombre que iría a verla sólo cuando el resto de sus obligaciones se lo permitieran le resultaba insoportable. Le pidió a Oscar que le firmara un permiso y volvió al bar de Cádiz en busca del pardillo que era su seguro de vida.

Lograr que se casara con ella para que le diera su apellido al bebé sería fácil. Tan fácil como lo había sido conseguir su ADN y contaminar con él su muestra para el análisis. Cuando llegara el parto, las cosas se complicarían, ya que lo más probable era que su bebé naciera de un precioso color café con leche, pero ya solucionaría eso cuando llegara el momento. Volvería a contaminar las pruebas si fuera necesario, aunque confiaba en que la familia le tomara cariño al bebé al verle la carita. Si era muy morenito les diría que había salido al tío de su madre, que, dicho sea de paso, no tenía ningún tío, y menos de color, pero eso los Soto no tenían por qué saberlo.

Si todo salía según lo previsto, cuando el bebé tuviera unos meses lo dejaría al cuidado de los Soto y ella regresaría al barco. Estaba segura de que harían lo posible para librarse de ella. Por lo menos, Eva estaba haciendo todo lo que estaba en su mano para caerles mal.

Dejó el cepillo y se obligó a quitarse a Oscar de la cabeza. Faltaban muchos meses para que pudiera volver a estar con él, pero era una mujer enamorada y con un plan. Tardaría el tiempo que hiciera falta, pero lo lograría.

—¿Dónde se habrán metido todos?

El timbre de la puerta le dio la respuesta. Al abrir se encontró a la familia

al completo, cargada de trastos.

—¿Habéis traído churros? Me muero de hambre —comentó, pero nadie le respondió.

Extrañada, los siguió al comedor.

—Ahí, justo ahí, en la esquina —indicó María.

—¿Ha refrescado? —preguntó Eva al ver que tanto Mari Mar como su madre llevaban grandes pañolones negros en la cabeza. Al fijarse un poco más, se dio cuenta de que los cuatro iban vestidos de negro riguroso—. ¿Se ha muerto alguien?

—Al contrario. —Manu dejó los tablones que cargaba en el suelo y se acercó a ella con una sonrisa tan radiante que Eva dio un paso atrás, desconfiada—. Hoy es un gran día. ¡Regocijémonos!

Los otros tres se volvieron hacia ella con expresiones casi idénticas. Sonreían con los ojos muy abiertos y expresión desquiciada. Por desgracia, era una expresión que le resultaba de lo más familiar. Literalmente. Era la cara habitual de su familia.

—¿Qué... qué día es hoy?

—El primer día de la era mariana en casa de los Soto —contestó María—. ¡Aleluya!

—¡Aleluya! —corearon los demás.

—¿Llamo al médico?

—No, hija —respondió María con entusiasmo; el ceño de la cabo no le había causado el menor efecto—. Llamaremos al padre Bartolomé, pero más tarde; primero vamos a montar el altar.

—El... altar.

—Sí, no te quedes ahí como un pasmarote. Ayuda a Manu a retirar la tele.

—No, madre, que está embarazada.

—Ya está casi de seis meses, no pasa nada porque trabaje un poco. La madre de Dios merece nuestro esfuerzo.

Mientras trasladaban la tele a la habitación de María, Eva le preguntó:

—Pero ¿qué le pasa a tu madre?

—Esta noche, mientras estaba en el salón porque no podía dormir por culpa de tus ronquidos, se le ha aparecido la Virgen.



—Pero ¿qué dices? ¿Estás loco? —Eva abrió mucho los ojos y levantó los brazos—. ¡Yo no ronco!

—Claaaro. —El Golfo la miró con una expresión maníaca que hizo que Eva diera un paso atrás—. Y la Virgen no existe, ¿no?

—Yo no he dicho que no exista. Lo que me cuesta más creer es que siguiera virgen después de dar a luz. —Alzó las manos en un gesto defensivo. Los hombres no le daban miedo, pero el exagerado fervor religioso, sí; le daba pánico—. Nada, sólo ese detallito.

—Los milagros existen, cabo, métetelo en esa cabeza cuadrada.

Al volver al salón, Mari Mar y Antonio habían acabado de despejar la esquina.

—Manu, hijo, que la imagen de Nuestra Señora quede a esa altura.

—¿Aquí?

—Un poco más arriba. ¡Sí, ahí, justo ahí se me apareció! —María cogió un cojín del sofá, lo echó al suelo y se arrodilló sobre él—. ¡Ave María purísima! No soy digna de tenerte en mi casa, pero gracias por haber elegido este humilde hogar para aparecerte. A partir de hoy, esta casa es tu templo. Mis hijos y yo nos dedicaremos en cuerpo y alma a llevar la buena nueva por el mundo.

—¡Amén! —exclamaron tres voces.

María y los demás se volvieron hacia Eva de Boer, que los miraba en silencio, muy alarmada.

—Ah..., eh..., hasta luego. Tengo que hacer unas gestiones. ¡No me esperéis para desayunar!

*Playa del Carmen, México*

—Ya están todos los de la excursión a Tulum en el micro. ¿Qué hacemos con los de la habitación 1200? ¿Será que se durmieron?

—Un segundito, ahorita mismo los aviso al teléfono. —Pasados unos momentos, la recepcionista negó con la cabeza—. No responden.

Uno de los camareros de planta, de los que se ocupaban de las habitaciones situadas en los bungalós más alejados del complejo hotelero y que disfrutaba de lo lindo desplazándose en su carrito eléctrico, pasó por allí en aquel momento.

—¿Te suenan los de la 1200, Fernando?

—¿Los estáis esperando? —le preguntó a la guía turística—. Ni modo, están de *honey moon*.

La recepcionista y la guía intercambiaron una mirada cómplice.

—Ah, el amor... Hasta la vista, pues. ¡Gracias, Fernando!

\* \* \*

Después de comer —en la habitación, por supuesto—, Emma y el Tuerkas revisaron los mensajes de sus respectivos móviles.

—¿Tu familia bien? —preguntó ella—. ¿*Amparito* te añora mucho?

—*Amparito* es un pendón *desorejao* que se va con cualquiera que le dé de comer. —Sacudió la cabeza al seguir leyendo—. El que me preocupa es Manu.

—Ah, ese traidor. ¿Sigue con vida?

—No seas así; no es mal tío.

—No, no es mal tío. Sólo es un golfo que se cameló a mi amiga hasta que ella bajó las barreras y, cuando le entregó su corazón, la dejó tirada por la primera rubia que se le puso por delante.

—Emma, estás siendo injusta.

—¿Ah, sí?

—A la rubia la conoció antes que a Victoria, y lo que ha hecho ha sido cumplir con su responsabilidad como padre.

—¡Para cumplir como padre no necesitaría meter a la rubia en su casa! Que le pase una pensión y ya está.

—¡O que no se la pase! Que le dé una patada y la mande a su país, ¿no? Al fin y al cabo, ¿quién sabe si el niño es suyo o de cualquiera de los marineros de su barco? O de cualquier otro golfo que haya conocido en otro puerto. Que se olvide de ella igual que hizo tu padre contigo. ¿Es eso lo que quieres que haga? ¿Eso te parecerá bien?

Emma abrió la boca, pero no le salieron las palabras. Aunque sabía que no era culpa suya, cada vez que salía el tema de su padre se sentía inadecuada, pequeña, insignificante, sin valor. Si ni siquiera su propio padre la había querido, algún fallo debía de tener.

Se levantó, cogió un pareo de encima de una silla y salió corriendo de la habitación.

—¡Emma, espera!

Benito salió tras ella poniéndose el bañador por el camino. A punto estuvo de partirse la crisma. Por suerte, el camarero lo agarró del brazo, evitando la caída.

—Gracias, *pisha*. ¿Has visto hacia dónde iba?

—Hacia allá..., *pisha* —replicó Fernando, que cada vez estaba más enganchado a la telenovela de la habitación 1200.

\* \* \*

Aunque tardó un rato, el Tuerkas acabó encontrando a Emma al final de la

playa. Estaba sentada en la orilla, hablando sola. O eso le pareció al principio. Al acercarse más, vio que estaba hablando con una prima de *Amparito*.

—Ya lo sé. Si cuando lo veo defendiendo a su amigo con tanto entusiasmo me enamoro aún más, pero es que me duele tanto lo que ha pasado... Pensaba que seríamos tan felices los cuatro..., que pasaríamos juntos los fines de semana, que nuestros niños irían juntos al cole y a la plazoleta a jugar, y ahora... —Se le rompió la voz—. Me temo que he perdido a mi hermana. Victoria conocerá a alguien y se quedará a vivir por ahí..., en cualquier parte menos en Cádiz. No soportará la idea de encontrarse a Manu en cualquier esquina, paseando de la mano de la rubia de los cojones.

La iguana salió huyendo cuando el Tuerkas se sentó a su lado.

—¡Beni!

—No te vayas. Sólo quiero disculparme. Perdóname, por favor, he sido un capullo insensible. Pero es que yo también pensaba que seríamos felices los cuatro. A mí también me duele lo que ha pasado.

—Joder, qué mierda. Y si a nosotros nos duele así, ¿cómo deben de estar ellos?

—Manu está *destrozao*. A él también le costó mucho volver a confiar en las mujeres. De Vicky se enamoró hasta las trancas; no creo que vaya a poder quitársela de la cabeza, aunque se case con la otra.

Emma se recostó en el hombro de su amor. Él la rodeó con el brazo y la besó en la coronilla.

—No vuelvas a dejarme solo tanto rato, por favor. Se me ha hecho eterno.

—Emma cerró los ojos y asintió. A ella le había ocurrido lo mismo y apenas habían pasado media hora separados. ¿Cómo podía soportar Vicky esa tortura?

—Ya que hemos salido de la habitación, ¿nos damos un bañito?

—No llevo bañador debajo del pareo.

—Acabas de convencerme. —Benito se levantó, la cogió en brazos y se metió con ella en el agua sin hacer caso de sus gritos de protesta.

*Montevideo, Uruguay*

—Un momentito, que lo pregunto —dijo Victoria apurada.

—Vale, vale. Ya me espero otra vez, tranquila, tengo todo el día.

Vicky hizo una mueca de apuro al inclinarse hacia Mariel.

—No sufras, preguntame lo que quieras. Todas hemos tenido un primer día.

—Quiere saber qué requisitos son necesarios para obtener el certificado de soltería.

—Sí, mirá. —Mariel le mostró en el ordenador dónde obtener la información.

—¡Gracias!

—No hay de qué.

A media mañana, don Rodrigo la llamó a su despacho.

—¿Se puede?

—Adelante, Victoria. ¿Qué tal? —Sin darle tiempo a responder, siguió hablando—: Bien, me imagino. Pocas ciudades tan tranquilas como ésta encontrarás.

—Bien, muy bien. Estoy muy agradecida por...

—Sí, sí, ya —la interrumpió—. Victoria, te he llamado porque acabo de recibir dos invitaciones a eventos a los que quiero que me acompañes.

—Oh, claro, ¿de qué se trata? —Se preparó para tomar notas de pie, ya que no la había invitado a sentarse.

—El viernes por la noche se presenta el programa de actos para el cuarto centenario de la muerte de Miguel de Cervantes en el Centro Cultural de España. Vamos a colaborar estrechamente con ellos para que los actos de celebración sean lo más lucidos posible.

Victoria sonrió entusiasmada; ese tipo de actos le encantaban.

—¡Claro! La ocasión lo merece. ¡Qué orgullo poder homenajear al gran literato y...!

—Victoria —volvió a interrumpirla don Rodrigo con cara de fastidio.

—¿Sí?

—Si tanto te interesa la literatura, te aconsejo que pidas un traslado como agregada cultural.

—¡No, no!

El cónsul le dirigió una mirada glacial.

—Me has interrumpido tres veces desde que has entrado. Pensaba que habías venido a aprender, pero ya veo que todas las mujeres sois iguales: todas creéis que sabéis más que yo.

—¡No! Por favor, señor Calvo Orondo. No era mi...

—Me has vuelto a interrumpir.

«Pero ¿qué le pasa? No parecía tan borde cuando se presentó. Un poco baboso, pero no un amargado.» Vicky no se atrevió a abrir la boca. No diría nada más a menos que le hiciera alguna pregunta directa.

—Debemos asegurarnos de que los actos de homenaje a Cervantes sean más importantes y tengan más cobertura en la prensa que los dedicados a Shakespeare, que celebra aniversario al mismo tiempo. —Victoria alzó las cejas estupefacta, pero asintió en silencio—. A partir de hoy quedas encargada de hacer el seguimiento de todas las iniciativas del consulado inglés en Montevideo sobre el tema. Que no se te pase ni una. —Ella negó vigorosamente con la cabeza—. Bien, veo que aprendes; aún hay esperanza.

»El otro evento pinta mucho mejor —siguió diciendo el cónsul con una sonrisa ladeada—. Se elige a la representante uruguaya al certamen Reina Hispanoamericana. Estamos invitados.

—Irá con su esposa, ¿no? ¿Quiere que confirme su asistencia? —Vicky se dio cuenta demasiado tarde de que había vuelto a meter la pata.

El cónsul avanzó amenazadoramente y ella retrocedió hacia la puerta.

—No, Victoria. Mi esposa se marcha el jueves a España; es el cumpleaños de su augusta madre. —Vicky estuvo a punto de desearle felicidades, pero se mordió la lengua—. Espero pasar un fin de semana tranquilo y relajado, al lado de una mujer que sepa mantener la boca cerrada. ¿Crees que podrás? — Ella le dirigió una mueca que con mucha imaginación podría pasar por una sonrisa—. Bien. Si necesito algo más de ti, te llamaré.

Victoria se sintió tentada de retirarse doblándose hasta la cintura, pero se contuvo a tiempo. Con una seca inclinación de cabeza, se marchó y se sentó junto a Mariel soltando el aire.

—No te preocupes, todos los años en esta fecha es la misma historia. La Ilustrísima se vuelve a España para el cumple de su mamá, pero antes le deja la cartilla leída al Rodri. Se pasa una semana enloqueciéndolo para sacarle las ganas de ir atrás de las becarias. Y después de lo de Julieta, ya me imagino que habrá doblado la dosis.

—Será eso.

—Dale, tomá. Rellená estos pasaportes mientras yo atiendo a la señora.

\* \* \*

Faltaba poco para el final de la jornada laboral. El cónsul no la había molestado más, y del embajador no sabía nada. De vez en cuando miraba hacia la puerta principal esperando ver aparecer a Alejandro, pero no había vuelto a dar señales de vida. En general, las jornadas estaban siendo muy tranquilas, demasiado para su gusto, ya que eso le dejaba tiempo libre para recordar.

Cuando Mariel desapareció para comer con Adrián, Victoria cruzó la calle para picar algo en el piso. Estando tan cerca, era tontería llevarse la comida al trabajo. Sentada a la mesa del salón comedor, comió sin hambre mientras revisaba las redes sociales, pero no encontró nada. Era como si sus amistades estuvieran de duelo sentimental, igual que ella.

No sabía qué sería peor, si ver fotos de Manu con su nueva pareja o no. Tal vez si los viera juntos se haría a la idea de que ya no era suyo, aunque sabía que le dolería; le dolería muchísimo.

Y no sólo era Manu quien no había vuelto a actualizar el Facebook ni el

Instagram; Emma y el Tuerkas tampoco, y eso sí que era un auténtico crimen.

«Están de luna de miel en el Caribe; deberían estar matándonos a todos de envidia, colgando fotos de paisajes, cócteles con sombrillita, elefantes hechos con toallas dejados sobre la cama, puestas de sol...»

Abrió el WhatsApp.

Vicky: ¿Estáis vivos?

Emma: Sí, no quiero que esto se acabe. ¡Quiero quedarme aquí para siempre!

Vicky: Jajajaja, ya veo que lo estás pasando fatal.

Emma: Fatal, fatal, sí. 🙄🙄🙄 ¿Sabes algo de casa?

Vicky: Todo bien. ¿Y tú? ¿Sabes algo de...?

Emma: Está bien. Dice Beni que te echa mucho de menos, pero que será un buen padre. Es una putada, tía, ya lo sé, pero al menos se está comportando mejor que el tuyo y el mío.

Victoria sabía que su amiga tenía razón, pero no era eso lo que necesitaba oír. Quería quitarse a Manu de la cabeza y, si no podía, al menos cagarse en sus muelas. En ese momento, sonó el teléfono y se sobresaltó. Por un instante se imaginó que era él, diciéndole: «¿Y tú por qué te cagas en mis muelas, quilla?».

Pero no, era Micaela.

—Victoria, ha llamado Ana Paula; el embajador quiere verte. Le dije que estabas almorzando, pero...

—No te preocupes; muchas gracias, Micaela. Voy para allá.

Acabó de comerse rápidamente el sándwich vegetal que se había preparado, se lavó los dientes y se dispuso a acudir al encuentro del embajador, pero las palabras de Emma le resonaban aún en la cabeza.

«“... será un buen padre.” Manu será un buen padre, pero no de mis hijos», se dijo dolida. Las lágrimas amenazaron con arruinarle el maquillaje, así que se prohibió llorar en horas de trabajo. No sólo eso; decidió que era un buen momento para estrenar la barra de labios que se había comprado la tarde anterior durante su paseo por el centro de la ciudad.

Con decisión, entró en la embajada y saludó a Ana Paula, que la recibió con una sonrisa.

—Te está esperando. Pasá.



—¿Se puede?

—Adelante, Victoria. —Cuando ella cerró la puerta, se le acercó con una enorme sonrisa en la cara—. ¡Caramba, estás preciosa! Qué bien te sientan los aires del Río de la Plata.

A ella se le escapó una sonrisilla. Con un jefe así daba gusto ir a trabajar, no con el estreñido de don Rodrigo. Cuando el embajador alargó las manos, Vicky depositó las suyas encima sin necesidad de palabras. Todo era natural, sencillo, como si se conocieran de toda la vida. El problema era que, de hecho, se conocían de toda la vida, y también que, en su mente, Alejandro de la Encina y sexo eran una misma cosa.

Si acabara de conocerlo, probablemente habría tardado un poco más en caer rendida a su magnetismo..., por lo menos cinco minutos más.

«Un poco de dignidad, Victoria. Si no te haces respetar tú, ¿quién lo hará?»

Tiró de las manos y él se resistió un poco, pero acabó soltándoselas.

—¿Cómo estás? ¿Te trata bien mi estimado colega?

Ella ladeó la cabeza, pero respondió:

—Sí, a su manera; no tengo queja.

Alejandro se echó a reír.

—Pues creo que eres la primera becaria que no se queja. Ese hombre está tan amargado que mea vinagre.

A Vicky se le escapó la risa.

—Creo que el sábado le mejorará el humor. —Esta vez fue Alejandro quien ladeó la cabeza—. Me ha pedido que lo acompañe a la elección de la representante a Reina Hispanoamericana.

—Ah. —El embajador volvió a su mesa, se sentó en el borde con las piernas estiradas hacia delante y los brazos cruzados sobre el pecho.

Ella sintió ganas de aproximarse, descruzarle los brazos, desanudarle la corbata, tirar de uno de sus extremos muuuuy lentamente y usar la tira de seda para rodearle la nuca con ella; acercarlo a su boca, fundir sus labios en un beso y...

—Un peso por tus pensamientos. —La sonrisa canalla de Alejandro le dijo que no necesitaba que le contara lo que estaba pensando. La miró de arriba

abajo y volvió a ascender hasta sus ojos—. Pues diría que lo siento por el ilustrísimo cónsul, pero sería mentira. Va a tener que buscarse otra acompañante, porque este sábado no vas a estar aquí.

—¿No? Y ¿dónde voy a estar?

—Vamos a cenar con el embajador español en Buenos Aires. —Victoria no se había dado cuenta de que había ido avanzando irremediablemente hacia Álex, como si tirara de ella con un hilo de pescar invisible—. Pasaremos allí el fin de semana. Tenemos un trato casi constante con nuestros vecinos. Quiero ser yo quien te muestre sus encantos por primera vez. —Alargó la mano y le acarició el brazo. Sólo en ese momento se dio cuenta Vicky de lo cerca que estaban y se sobresaltó. Él siguió acariciándole el brazo arriba y abajo, como tranquilizando a una potranca inquieta—. Te mostraré el Cabildo. —Alzó la mano y le resiguió la mejilla con un dedo rozándole la comisura de los labios—. Pasearemos por el barrio de la Boca. —Vicky deseo volver la cara para morderle ese dedo que la estaba enloqueciendo—. Quiero estar muy cerca de ti cuando veas por primera vez el Obelisco —añadió él burlón.

Victoria fue incapaz de seguir sosteniéndole la mirada. Ese hombre la alteraba a muchos niveles. La atraía físicamente tanto como Manu, pero, además, le despertaba emociones mucho más morbosas. A Manu lo veía como a un compañero, un igual, alguien con quien construir un proyecto común, riéndose mucho por el camino. Alejandro, en cambio, la transportaba a su adolescencia, una época en la que el sexo la atraía pero la hacía sentir vulnerable, insegura. Aunque ya no era esa adolescente inexperta, estar en suelo extraño, en un país desconocido, bajo las órdenes directas de ese pedazo de hombre le despertaba todo tipo de emociones. Era una figura de autoridad, una figura paterna, tabú, prohibida..., y precisamente por eso, mucho más apetecible.

—El... —Vicky carraspeó y tragó saliva porque se le había secado la garganta— el señor cónsul se enfadará.

Alejandro le sujetó la barbilla entre el pulgar y el índice y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Oh, sí. El Ilustrísimo se cabreará como una mona. ¿Algún problema con eso?

Vicky sonrió y negó con la cabeza.

—Bien. No te preocupes; yo hablaré con él.

—¿Puedo acompañarlo el viernes al evento en la Casa de España? Me dijo que yo me ocuparía de los actos del cuarto centenario de la muerte de Cervantes. Me hace mucha ilusión.

Él la miró como si fuera una niña y acabara de pedirle que le comprara una bola de algodón de azúcar.

—¿El Centro Cultural? Claro, si te hace ilusión, no seré yo quien te lo niegue.

Victoria le echó los brazos al cuello.

—Oh, gracias, gracias, Álex.

Él rio suavemente mientras la abrazaba por la cintura.

—Anda, vuelve al consulado. Deseando estoy que llegue el fin de semana.

—Yo también. ¡Qué ganas tengo de conocer Buenos Aires!

—Y eso es sólo el principio —replicó él, rompiendo el abrazo y sosteniéndola sujeta por los hombros—. Pondré América a tus pies.

Por un momento, a Vicky le pareció estar en presencia de Pizarro o algún otro conquistador. Y la idea de que clavara en ella su bandera le resultaba cada vez más apetecible.

Al salir del trabajo, se puso ropa cómoda y salió a descubrir su nueva ciudad. Si la tarde anterior, siguiendo los consejos de Mariel, había conocido el centro comercial cercano al World Trade Center, esa tarde se dirigió a la Ciudad Vieja. Se hizo un selfi junto a la puerta de la fortificación militar española del siglo XVIII que se conserva como recuerdo de aquella lejana época. Recorrió las calles peatonales y las calles de barrio disfrutando de la sensación de estar estrenando escenario a cada paso. Le gustaron las galerías de arte y las tiendecitas de los artesanos, pero lo que le llegó directamente al corazón fue la música.

Oír las notas de un bandoneón con el que un músico ambulante se acompañaba mientras cantaba *La Cumparsita* la transportó al que era su nuevo hogar con mucha más contundencia que un almuerzo de bienvenida.

Se acercó al joven, le echó unas monedas en la gorra y no pudo resistirse a preguntarle si era argentino.

Él le dirigió una mirada ofendida y le respondió:

—¡No me digas eso, que me van a salir canas verdes! Soy uruguayo cien por cien, como Gardel.

—¿Gardel era uruguayo? Pensaba que era argentino, pero hace poco leí que había nacido en Francia.

La mirada del artista pasó de la ofensa al disgusto.

—Mira, gallega, sos un bombonazo, pero Gardel no es negociable. Se llevaron a Europa a Luis Suárez, a Messi y a Shakira. Tenemos un montón de políticos corruptos que se pueden llevar, pero a Gardel ni tocarlo, ¿quedó claro?

Victoria sonrió. Seguía sintiendo que le habían arrancado el corazón de cuajo y le habían dejado un hueco en su interior, pero cada sonrisa de sus compañeras de trabajo, cada mirada ardiente de Alejandro y cada palabra que salía de labios de un uruguayo eran como plumas que se colaban en su pecho y se iban depositando allí, suavizando la herida.

Estaba en el sitio ideal para curarse.

*Cádiz, España*

—¿A cuánto van las velas, nena? —preguntó una anciana.

—La chica, a cincuenta céntimos; la grande, a un euro —canturreó Eva. Se lo sabía de memoria; se pasaba el día repitiendo lo mismo—. La caja de dieciocho velas minis está hoy de promoción. Dos cajas por cinco euros.

—Ah, pues me llevo la promoción.

—¿Le pongo una bolsita?

—Sí, gracias, nena. Eres la prometida de Manuel, ¿verdad? Es que así vestida me cuesta reconocerte.

La Cabo de Buena Esperanza suspiró. A ella también le costaba reconocerse cuando se miraba al espejo. Iba vestida de negro riguroso, como el resto de la familia, y en la cabeza llevaba un pañuelo —negro, por supuesto— atado bajo la barbilla. Había tratado de negarse, pero al final había aceptado el pañuelo porque la otra opción que le habían dado era llevar peineta y mantilla. ¿Quién la había visto y quién la veía? Parecía la bruja de *Blancanieves*. Si Oscar la viera en aquel momento saldría huyendo; ella también huiría si pudiera, pero no tenía adónde ir. ¡Había caído en su propia trampa!

—Que pasen diez más —dijo Mari Mar desde la puerta del salón y, acto seguido, fue contando a los vecinos que entraban—. Hasta aquí.

—¡Eh, yo iba antes! La Concha se ha *colao*.

—No es verdad, yo he entrado al mismo tiempo que la Pepi. Eres tú, que

te has metido luego en medio, como el jueves.

—¡Mentira!

—¿Me estás llamando «mentirosa»? ¡A quién llamas tú «mentirosa»?

Mari Mar hizo un gesto con la cabeza para atraer la atención de Manu. Desde la irrupción de la cabo de Boer en su vida, la carpintería estaba casi parada. Tenía a un ayudante contratado para sacar adelante las cosas más urgentes, pero hacía más de una semana que no podía dedicarse a las casitas de árbol, el negocio que había despegado tras su paso por el *reality* «Pecado original». Las manos le picaban de ganas de volver a acariciar los tablones, pero los Soto estaban unidos en esa misión y le estaban dedicando todas sus energías. No les parecía ético echar a Eva de casa, ya que tal vez estuviera esperando un hijo de Manu, pero podían intentar que ella deseara marcharse voluntariamente. Hasta los perros se sacudían las pulgas de vez en cuando, ¿no?

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Manu, con los brazos cruzados sobre el pecho y la voz más grave de lo habitual para imponer autoridad. Sólo le faltaban las gafas de sol de espejo para parecer un segurata de discoteca de Ibiza.

—La madre que lo parió —murmuró Eva. «Yo cada día más redonda y él cada día más buenorro. O eso o las hormonas, que me tienen desquiciada perdida.»

Concha, Pepi y las demás se quedaron arrobadas contemplando la aparición, y no precisamente la de la Virgen del Carmen, cuya imagen descansaba en la esquina del salón, en el altarcito que Manu había construido siguiendo las instrucciones de su madre.

Según María, una madrugada la Virgen marinera se le había aparecido y le había pedido que compartiera la buena nueva y que rezaran sin parar por la salvación de las almas ante los tiempos oscuros que se avecinaban.

La idea de María, nacida a raíz de la falta de sueño y de los problemas de convivencia con su futura nuera, había sido agobiar a la cabo con una sobredosis de religión para que sintiera alergia y subiera al primer barco que se acercara al puerto. Con lo que no habían contado había sido con la respuesta del vecindario.

Desde que la señora Paquita —la vecina de enfrente— había entrado a saludar el primer día y había visto el altar con la talla de la Virgen del Carmen que los Soto habían ido a buscar a la cofradía de pescadores, las cosas se habían descontrolado a toda velocidad. El primer día, Paquita entró a pedirle a la Virgen trabajo para su hijo pequeño. El segundo día acudió acompañada de sus hermanas y cuñadas, y entre todas les llenaron la nevera.

—Pero ¿por qué habéis traído *ná*? —protestó María.

—Mujer, nos daba fatiga molestar.

—Anda, anda, pasad *pa'* dentro.

Al día siguiente habían traído ropa de santos antigua que una de ellas guardaba en el armario y habían decidido que le cambiarían los ropajes a la Señora cada día para que estuviera contenta.

Manu había tenido que construir un mueblecito auxiliar especial para sostener las velas, que cada vez eran más abundantes. Además, había construido también dos celosías que había fijado a lado y lado de la puerta de la calle, donde los vecinos habían empezado a depositar flores. Mientras colocaba en la celosía unas hojas de palma que alguien había dejado en el suelo, un adolescente —que según su madre se pasaba el día sin hacer nada pero que tenía un porrón de seguidores en YouTube y en Instagram— colgó una foto con las etiquetas #ElPalmarDelGolfo, #GolfoMariano y #MilagroEnElBarrioDelBalón.

A partir de ese momento se desató la locura. Cuando Manu se levantó a la mañana siguiente, oyó follón en la escalera. Al darse cuenta de que alguien llamaba con los nudillos, abrió la puerta, con un ojo medio cerrado y rascándose la barriga.

—¡Ave María purísima! —exclamó la señora Paquita sin apartar la vista de los abdominales—. ¿Estáis despiertos ya, hijo? Es que la cola llega a la esquina.

Manu no había vuelto a la carpintería. Vestido con pantalón negro y camisa de manga larga del mismo color, parecía un guardaespaldas. A Eva cada vez le parecía más atractivo, aunque también cada día le resultaba un poco más amenazador.

Si cuando lo había conocido le había parecido un tipo alegre y

despreocupado, durante los últimos días se había transformado ante sus ojos. Tenía muchísima destreza con las fieles que acudían a pedir favores a la Virgen. Con mano de hierro y guante de seda, controlaba que todo el mundo entrara y saliera ordenadamente y que no permanecieran más rato del asignado. También trataba de que no se llevaran recuerdos del lugar, pero eso estaba resultando misión imposible. La que no se llevaba una toalla del baño se llevaba un tapete. Y no era por robar, porque todas traían generosas dádivas que valían mucho más de lo que se llevaban, pero necesitaban llevarse un souvenir; era superior a sus fuerzas.

Por eso, a partir del tercer día Eva empezó a vender también abanicos, que estaban expuestos en la mesita del recibidor, al lado de las velas. Cada noche, al acabar la jornada, la familia se sentaba alrededor de la mesa de la cocina a decorar los abanicos con una sencilla y estilizada silueta de la Virgen y la leyenda: «Ntra. Sra. del Balón».

Eva llegaba a las noches tan cansada que no tenía fuerzas ni para protestar. El fervor religioso había resultado ser su kriptonita, la dejaba completamente extenuada.

Una noche decidieron que la cabo ya estaba bastante madura. Cuando todos se fueron a dormir, Manu se metió en la cama a su lado, despertándola.

—¡Qué susto!

—No te asustes, soy yo, *quilla*, tu futuro marido.

—Manuel, contigo quería hablar; estás rarísimo.

—Tienes razón, Eva. Yo también quería hablar contigo. Gracias a ti, he visto la luz. Estaba a punto de cruzar el charco para ir detrás de una mujer desvergonzada, una que se exhibió en biquini delante de todo el mundo. Apareciste en mi vida justo a tiempo. Sé que no fue casualidad. —Le acarició la mejilla y ella se estremeció, y no precisamente de placer—. El Señor te puso en mi camino para que se hiciera su voluntad a través de nosotros. Igual que tu nombre tampoco es casualidad. Te llamas Eva, como la primera mujer. No te imaginas las ganas que tengo de que des a luz. —Le acarició el abultado vientre.

—Uf, pues anda que yo. No veas cómo me duele la espalda.

—Quiero que des a luz para poder preñarte otra vez. —Eva se sobresaltó



y trató de alejarse, pero él lo impidió, aferrándola con fuerza—. Tienes unas buenas caderas, Eva. Serás adorada por nuestros seguidores. Serás Eva la paridora, la madre de los buenos cristianos.

La cabo estaba aterrorizada. Quería salir de allí cuanto antes, pero no tenía adónde ir, y menos en plena noche. Debía improvisar.

—¡Manuel! Quítame las manos de encima; aún no estamos casados.

—Pero pronto lo estaremos —canturreó él, y a Eva le recordó a Jack Nicholson en *El resplandor*.

—Pero aún no lo estamos —canturreó ella a su vez en el mismo tono, apartándolo con las dos manos—. Mañana continuaremos esta interesante conversación, pero ahora es hora de dormir.

Cuando salió de la habitación, Manu oyó cómo ella arrastraba un mueble, probablemente la silla, para atrancar la puerta.

Cuando Mari Mar asomó la cabeza desde su habitación, Manu le mostró el pulgar hacia arriba.

—Aguanta, hermanita —susurró—. Para Todos los Santos nos habremos *librao* de ella. —Formó una cruz con el pulgar y el índice y la besó—. ¡Por éstas!

Eva de Boer despertó sobresaltada cuando alguien aporreó la puerta a la mañana siguiente.

—¡Quinto levanta, tira de la manta...! —gritó Manu—. ¡Arriba, dormilona! Ya es de día. Nos espera un nuevo día de glorificar a Nuestra Señora del Mar.

—El mar, ¡cómo lo echo de menos! —La cabo apartó las sábanas y gruñó. Tras la visita nocturna de Manu le había costado conciliar el sueño, pero, aunque habría querido quedarse más rato en la cama, no aguantaba más. El bebé cada vez ocupaba más espacio en su interior, lo que la obligaba a visitar el lavabo más a menudo.

Desatrancó la puerta, salió al pasillo y vio que Mari Mar y su marido hacían cola para entrar en el único baño de la casa.

—Dejadme pasar primero, es una emergencia.

Mari Mar, que daba saltitos de un lado a otro del pasillo, le dirigió una mirada de advertencia.

—¡Ni lo sueñes!

—A la cola, cabo —dijo Antonio.

María salió del lavabo, fresca como una rosa.

—¡Aaaargggg, María, díles que me dejen pasar! ¡Me estoy meando viva!

—Templanza, hija. Ofrécele tu sacrificio a la Madre de Dios, seguro que le será grato.

Mari Mar le sacó la lengua antes de encerrarse en el baño y Eva sintió ganas de arrancársela de cuajo y tirársela a los tiburones del Atlántico.

—¿Cómo le va a ser grato que me mee encima? ¡De verdad, María, no

digas barbaridades!

—¿Le estás faltando al respeto a mi madre, Eva? —Manu asomó la cabeza desde el comedor.

El ruido de la ducha hizo que la cabo se tragara la respuesta que había estado a punto de darle.

—¡Mari Mar! ¿No podrías esperar a que meáramos todos antes de ducharte? Sólo faltaba el ruido del agua... ¡Aaah!

—Tienes razón —les llegó la voz de la hermana de Manu desde el otro lado de la puerta—. Qué desconsiderada soy. Anda, entra, Antonio; dúchate conmigo y así acabamos antes.

Antonio no se lo hizo repetir. Entró y, antes de cerrar la puerta con el pestillo, se dirigió a Eva, alzando las cejas:

—No sé yo si acabaremos antes. Me he levantado... cariñosón.

—¡Aaargggg!

La cabo corrió hacia el recibidor, aguantándose la tripa con las dos manos. No podía más. Le daba igual salir a la calle con la camiseta vieja y las zapatillas; iría al bar de la esquina a aliviarse.

Pero, al abrir la puerta, una pared de fieles le barró el paso.

—¡Atención, que han abierto antes! —gritó una de ellas, lo que provocó que todas empujaran para entrar.

—¡Nooooo, no está abierto todavía! —protestó Eva, pero nadie la escuchó.

La marabunta la empujó hasta que fue a parar a los brazos de Manuel, lo que impidió que cayera al suelo de espaldas y fuera pisoteada por el grupo de miuras con pañolón negro.

Manu la protegió con su cuerpo y la dejó en la cocina antes de volver al salón a poner orden.

Con amabilidad y gracia pero con autoridad, las devolvió a todas al descansillo de la escalera, asegurándoles que pronto podrían entrar.

—¿Me echas de tu casa, Manu? —protestó una mujer que debía de andar más cerca de los ochenta otoños que de los setenta—. A mí, que voté por ti en el concurso.

Él le agarró la cara entre las dos manos y le plantó un sonoro beso en la

frente.

—Y yo se lo agradezco, doñita, pero si la dejo pasar se arma la de Dios es Cristo ahí fuera. Tenga —le puso un taburete en el descansillo—, siéntese ahí.

—¡Yo también te voté!

—¡Y yo!

—¡Y yo!

—No tengo taburetes para todas, señoras, lo siento.

—¿Quién quiere un taburete? ¡Queremos un beso!

—Luego —les guiñó el ojo—, si se me portan bien.

Manu estaba a punto de cerrar la puerta cuando llegaron gritos desde el portal:

—¡Dejen paso!

—¡Sí, hombre, a la cola!

—Es el padre Bartolomé. ¡Dejen pasar!

Los fieles —porque algún hombre había también— abrieron paso, pero no como si fueran las aguas del mar Rojo, sino a regañadientes, como un grupo de niños volviendo a clase después del recreo.

Manu intentó cerrar la puerta, pero no se lo permitieron.

—No le irás a cerrar la puerta en las narices al padre, ¿no?

—¡Mamá! —Manu llamó a su madre para avisarla, pero no le dio tiempo. Mientras María acababa de vestirse, el sacerdote entró en el recibidor—. ¡Padre, qué... sorpresa! Justamente con usted queríamos hablar, pero las cosas se han *complicao* un poco y no hemos *encontrao* el momento.

—Manu, dime que no es verdad.

—Ejem..., ¿el qué, padre?

—Me ha llamado el obispo. Me ha dicho que unos estafadores habían montado un altar donde supuestamente se había aparecido la Virgen.

Una de las fieles —que habían metido pies y manos para impedir que Manu cerrara la puerta— replicó alegremente:

—No son estafadores, padre, son los Soto. La Virgen se le apareció a María, aquí mismo, en el barrio. ¿No es maravilloso? Mire. —Le mostró su abanico—. Es la Virgen del Balón, la más milagrera a este lado del Peñón.

—Que no la oigan los chicos o montan una coplilla en un rato —murmuró

Manu.

—Entonces es cierto. —El religioso se mesó los cabellos—. Estáis haciendo negocio con la fe.

—Padre, lo veo pálido. ¿Quiere un vasito de agua?

—Sí, por favor.

Al abrir la puerta de la cocina, Manu se quedó igual de pálido que el sacerdote que estaba a su lado. Porque llenando una jarra, y no precisamente de café, estaba Eva de Boer. Su cara de éxtasis absoluto hacía la competencia a las imágenes de santa Teresa de Jesús.

—¡Ave María purísima! —exclamó el padre.

—¡Sin pecado concebidaaaa! —respondió alegremente un coro de voces.

—¡Eva!

—¡Aaah, fuera, largo de aquí! ¡Yo ya no puedo parar el chorro, dejadme mear en paaaz!

A partir de ese momento, el caos se apoderó de la casa de los Soto. El padre Bartolomé se sentó para recuperarse de la impresión mientras Manu trataba de que las entusiastas fieles no invadieran la casa. Temiendo quedarse sin poder pedir a la Virgen que las ayudara en sus cuitas, empujaron todas a la vez y se postraron ante el altar. Las que venían detrás siguieron empujando, y pronto se armó una montonera digna de la entrada a la plaza de toros de Pamplona en los sanfermines.

A un lado del salón, María —vestida de doña Rogelia—, Mari Mar y Antonio —tapados con toallas— miraban al padre Bartolomé, que, junto a Manu, contemplaba la escena con impotencia.

—¿Tú sabes la mala imagen que da esto a la Iglesia, Manu? El obispo no me lo va a perdonar.

—Yo hablaré con él, padre, se lo prometo. Todo esto es un montaj... —Al ver que Eva salía de la cocina, bajó la voz—. Ya se lo explicaré todo, padre. Ahora no puedo.

—¡*Preacher*, con usted quería yo hablar! Tiene que ayudarme. Se han vuelto todos locos; me tienen retenida contra mi voluntad. ¡Pido asilo religioso!

*Montevideo, Uruguay*

El fin de semana de Vicky fue de esos que no se olvidan. Aunque había llegado cansada al viernes después de haber preparado la información que le había pedido el cónsul sobre los actos de conmemoración de la muerte de William Shakespeare, una vez en el Centro Cultural de España disfrutó mucho de la velada. Probablemente porque, tras hacer las presentaciones, don Rodrigo desapareció para jugar al mus con algunos conocidos, y el resto de los presentes la hicieron sentir como en casa.

Se quitó un gran peso de encima al darse cuenta de que la obsesión por eclipsar los actos de sus vecinos británicos era algo exclusivo del cónsul. Los integrantes del Centro Cultural tenían sus propias ideas al respecto; planes para homenajear a Cervantes no les faltaban, no necesitaban copiar a nadie. Y tampoco tenían mucha prisa, eran más de improvisar.

Allí todo el mundo estaba ligado a la madre patria de un modo u otro. Quien no tenía un padre asturiano, tenía una madre canaria, y el que no, abuelos catalanes. El ambiente era distendido, y el buen vino hizo que los cantos regionales no tardaran en sonar. Vicky no recordaba haber cantado nunca el *Asturias, patria querida* con tanto sentimiento, ni siquiera en su época universitaria.

Además, aunque al principio habían disimulado, al ir ganando confianza todos acabaron admitiendo que habían visto el *reality* y que el Golfo y ella habían sido sus favoritos.

—Dime que Manu vendrá a visitarte, anda —comentó Merceditas, una de las más habladoras—. ¡Qué gracia tiene ese muchacho! Nos encandiló a todas.

Los ojos que la observaban tenían un brillo tan alegre que Vicky se vio incapaz de apagarlo con la triste realidad.

—Tal vez más adelante.

—Pues, como no se dé prisa, algún guapo rioplatense le hará la competencia.

—O algún español de buen ver. —Merceditas examinó la sala sin disimulo—. Y, hablando de españoles de buen ver, ¿no ha venido el embajador?

Victoria se ruborizó sin poder remediarlo.

—Mmm..., no. Tenía un compromiso previo, pero me ha pedido que le excusen.

—Muchacha, tutéanos. Somos lo más parecido a una familia que vas a tener aquí. Venga, otro vinito para Victoria, que aún está un poco tensa; eso no puede ser.

El marido de Merceditas, un gallego de mejillas coloradas que le recordó a Geppetto, le llenó el vaso.

—A brindar todo el mundo. Arriba, abajo, al centro... ¡Y adentro!

\* \* \*

A la mañana siguiente, Alejandro pasó a recogerla para tomar el ferri de las diez.

«Este hombre ha hecho un pacto con el diablo —protestó para sí al verlo—. Él, cada día más perfecto, y yo con estas ojeras.»

—Ya veo que lo pasaste bien. —Le dio la bienvenida con un beso en la mejilla.

—Mucho. —Victoria gruñó cuando la alcanzó un rayo de sol en los ojos y aprovechó para taparse las ojeras con las gafas oscuras—. Tengo que darte recuerdos de... un montón de gente, pero no sé si me voy a acordar de los nombres.

Él se echó a reír.

—Me imagino que estaría la cuadrilla habitual y que te trataron como si fueras su hija acabada de llegar.

—Tal cual —convino ella, apoyando la nuca con alivio en el reposacabezas.

—Y que Merceditas dijo que me ponía falta por no haber ido y que el próximo día iba a tener que darle dos besos para compensarla.

Vicky volvió la cara hacia él y sonrió.

—Exacto. Y Geppetto dijo que tendría que vigilarla de cerca.

Alejandro se echó a reír.

—Una diplomática no debe poner motes a sus anfitriones.

Ella lo miró con ironía.

—Vale, vale, yo lo hago siempre —admitió él—, pero estarás de acuerdo conmigo en que el embajador ruso era clavado a una morsa.

«Y su esposa a una marta cibelina», se dijo Victoria.

Alejandro la miró de reojo con una sonrisa ladeada, como si supiera en qué estaba pensando, pero no hizo ningún comentario. Por suerte, tenía contactos en todas partes y no tuvieron que hacer la cola general para embarcar. Subieron a bordo con el coche y, desde la bodega, se dirigieron juntos a sus asientos.

—Anda, duerme un rato, que falta te hace. Me temo que esta noche tampoco te voy a dejar dormir. —Alejandro le guiñó el ojo y sonrió al ver que ella se ruborizaba—. Me refería a que tenemos una agenda muy completa, Victoria, pero me gusta cómo piensas.

Ella trató de permanecer despierta, pero no tuvo mucho éxito, porque en un momento pasó de tener ante los ojos el puerto comercial de Montevideo a tener una imagen muy distinta, formada por modernos rascacielos y lujosos yates con bandera argentina.

—¿Ya hemos llegado? ¿Estamos en Buenos Aires? ¡Guau! ¡Es precioso! No me lo imaginaba así.

Alejandro sonrió. Lo que más le gustaba de ella era que mantenía la inocencia y el entusiasmo de cuando era una chiquilla, pero dentro de un cuerpo propio de una modelo de Victoria's Secret. La adolescente siempre había sido su debilidad, pero ni en sus mejores fantasías se habría imaginado que la hija de Charles Lampard se convertiría en ese bellezón. No había previsto casarse nunca, pero desde la llegada de Victoria a la embajada, la



idea le había cruzado por la cabeza un par de veces. Empezaba a alarmarse.

El padre de Alejandro también había sido embajador. A lo largo de su vida había visto llorar a su madre muchas veces por culpa de las indiscreciones de varias amantes de éste, que se habían divertido presumiendo de su relación ante la sufrida y discreta señora De la Encina. Cuando en su adolescencia se había encarado a su padre recriminándole su conducta, su respuesta le había sorprendido mucho, ya que le había recomendado que no se casara.

Con el tiempo se enteró de que su padre había estado enamorado en su juventud, pero que había acabado cediendo a las presiones familiares que lo unieron a su madre. Nunca había estado enamorado, ni de ella ni de ninguna de las numerosas mujeres con las que se había acostado a lo largo de su carrera. En su madre había encontrado a una socia, una ayudante necesaria en su carrera. En sus amantes, la chispa que necesitaba para seguir sintiéndose joven.

Las cosas habían cambiado mucho en los últimos tiempos. Si en la época del padre de Alejandro el matrimonio era casi obligatorio para entrar en la carrera diplomática, ya no era así. Y los que elegían casarse lo hacían casi siempre por amor. Hasta ese momento se había sentido comodísimo en su soltería, acostándose con todas las mujeres que lo invitaban a su cama sin miedo a hacerle daño a una esposa, pero algo estaba cambiando, tal vez fueran los cuarenta, que se acercaban rápidamente.

Miró a Victoria, que señalaba a lado y lado y sonreía, feliz y llena de entusiasmo. No podía decir que se hubiera enamorado de ella, pero le había despertado emociones que no pensaba que fuera capaz de sentir, y estaba dispuesto a investigar hacia dónde lo llevaban.

\* \* \*

Tras dejar el equipaje en el hotel —donde Vicky comprobó, con una pizca de decepción, que el embajador había reservado habitaciones separadas—, Alejandro la llevó a comer a un lujoso restaurante en Puerto Madero con espectaculares vistas a las dársenas.

Cuando él sugirió una degustación de bifes con distintos grados de maduración, ella se mostró encantada. Y si Victoria disfrutó de lo lindo experimentando el sabor cada vez más intenso de las piezas, Alejandro disfrutó todavía más viéndola gozar a ella. Lo acompañaron de un vino Argentó Malbec y, aunque no tomaron postre, el café estaba tan delicioso que Victoria quedó plenamente satisfecha.

Al salir, dieron un paseo por la zona, contemplando los rascacielos en construcción.

—Ese puente me resulta muy familiar. —Vicky señaló una moderna construcción de metal blanco.

—Sí, el estilo de Calatrava es inconfundible.

—Vaya, no hay ciudad que se precie sin un puente de Calatrava, ¿no?

—No, y éste además tiene un nombre precioso.

—¿Ah, sí? —Victoria examinó la forma del puente y se volvió hacia él con una mirada juguetona—. ¿Cómo se llama, puente de la Bandera a Media Asta? Alejandro se echó a reír.

—Ay, Victoria, Victoria..., me matas. No, se llama puente de la Mujer. No hay nada más bonito en este mundo.

—Oh. —«Tú sí que me matas, tito Álex.»

Cuando ella bajó la cara, ruborizándose, Alejandro sintió una punzada de ternura que le hizo rodearle los hombros con el brazo.

No pudo evitarlo. No fue uno de sus movimientos premeditados para obtener un objetivo. Fue un impulso, y la reacción de ella —esconder la cara en su cuello, aspirar hondo y abrazarlo por la cintura— fue otro impulso igual de potente.

Juntos, abrazados, avanzaron unos pasos, tambaleándose, hasta que se detuvieron por completo.

Victoria volvió a aspirar hondo el aroma de Alejandro y suspiró. Podía excusarse en el *jet lag*, en la euforia del descubrimiento de un nuevo país, o podía fingir que el vino la había embriagado, pero lo único que la embriagaba en aquel momento era el aroma único e inconfundible de ese hombre. Ese hombre en su punto justo de maduración, atractivo y seguro de sí mismo, que estaba esperando a que ella alzara la cabeza. Sabía que, en cuanto lo hiciera,

la besaría; nunca había tenido nada tan claro en toda su vida. Igual que sabía que él le estaba dando la oportunidad de evitarlo. Si se volvía hacia la calle y continuaba caminando con la vista baja, no pasaría nada y su relación seguiría siendo estrictamente laboral, pero si alzaba la vista no habría vuelta atrás.

Con las piernas temblorosas, respiró hondo.

Levantó la cara hasta encontrar la mirada ardiente de Alejandro, que la abrazó con fuerza por la cintura mientras ella se colgaba de su cuello. Sus bocas se encontraron a medio camino, fundiéndose en un beso hambriento y decidido.

El tiempo de las dudas había quedado atrás.

\* \* \*

No dio tiempo ni a que se cerrara la puerta. Alejandro la apoyó en la misma y la empujó sin delicadeza, cerrando y empotrándola contra la puerta al mismo tiempo.

Victoria se estremeció al notar la dureza del muslo que se coló entre sus piernas, sin pedir permiso y sin detenerse hasta topar con su monte de Venus. Gimió, más que preparada y ansiosa tras el inacabable trayecto de vuelta al hotel y la tortura del ascensor, donde se habían limitado a devorarse con los ojos, ya que no estaban solos.

—Dios, Victoria, tengo la sensación de llevar toda la vida esperando este momento.

—Pues no esperes más.

Le rodeó el cuello con una mano, lo agarró por el pelo y lo atrajo hacia sí con ansia, devorándole la boca en un beso que era toda una declaración de intenciones.

Él reaccionó con la misma pasión, hundiéndose en su boca y resiguiéndole los dientes como si quisiera hacer un mapa de la zona.

Vicky buscó su lengua y la provocó hasta que ambas se unieron en una danza sensual y atormentada como un tango.

Ella bajó las manos y fue directa a su cinturón. Estaba enfebrecida, loca de deseo, no se reconocía.

—Joder, joder, me vas a matar, niña.

Victoria tiró con fuerza del cinturón, frustrada por el deseo insatisfecho.

—Ya no soy una niña.

—Y ni te imaginas cómo me alegro. Ya me volvías loco en casa de tu padre. Saber que estabas detrás de las cortinas mientras...

Ella se detuvo en seco.

—¿Lo sabías?

Él ladeó la cabeza mientras le desabrochaba la blusa.

—Tu hermana no era muy silenciosa. ¿Sabes que vino a mi habitación una noche?

—¡No! ¿Tú y ella? —Vicky sintió que se enfriaba.

—¡No! Ella y yo, nada de nada. Nunca me he acostado con una menor ni se me ocurriría abusar así de la confianza de mi anfitrión. Además, la que me ponía como una moto eras tú. —Volvió a besarla mientras le hundía las manos por debajo de la blusa—. Saber que me estabas mirando mientras lo hacía con Svetlana... Buf, creo que es lo más morboso que he experimentado en la vida...

—No me lo creo. Debes de haber vivido cientos de experiencias.

Él sonrió. En esos momentos sonaba igual que la adolescente que lo miraba como si fuera una estrella de rock.

—Bueno, admito que no he sido un monje precisamente —le susurró al oído antes de besarla detrás de la oreja.

Vicky se estremeció de arriba abajo y echó la cabeza hacia atrás cuando él le marcó el cuello con los dientes y fue descendiendo sin soltarla en dirección a su pecho. Con una mano, le acarició la erección por encima de los pantalones mientras con la otra seguía peleándose con el cinturón.

Él gruñó y se llevó las manos a la cintura para liberarse justo cuando empezaba a sonar el teléfono.

—No respondas —le rogó Victoria al ver que él se detenía y maldecía.

—Es *Estadio azteca*.

—¿Perdón?

—Tengo que responder, es el tono de Les.

Vicky no entendía nada. Con los ojos entornados por el deseo, lo vio caminar hacia los ventanales.

—Les, ¿qué tal? —Se pasó la otra mano por el pelo—. ¿Ya? Pensaba que vendríaís más tarde. Oh, okey, okey. Dentro de veinte minutos estamos ahí. — Colgó y resopló.

—¿Quién era? —preguntó Vicky mimosa, alzando los brazos por encima de la cabeza para seducirlo.

—Les.

—¿Quién es Les? ¿Leslie?

Alejandro sonrió.

—¿Celosa, Victoria? No, Lesmes Sainz de Heredia es el embajador español en Argentina. Cenaremos juntos esta noche. —Alejandro dejó el móvil sobre la mesilla de noche y se inclinó sobre ella—. ¿Por dónde íbamos?

Ella le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia sí.

—Estabas a punto de mostrarme el Obelisco de Buenos Aires, si no me equivoco —dijo echando las caderas hacia delante y frotándose contra él—, pero acabas de decir que estaremos listos dentro de veinte minutos y yo tengo que ducharme.

Alejandro gruñó, apartándole el pelo de la cara y besándola lánguidamente.

—Maldita sea. Pensaba que tendríamos tiempo de ahondar en nuestra... relación bilateral antes de la cena, pero el vehículo que viene a recogernos se ha adelantado. Lesmes me ha avisado de que están de camino.

—¿Él y su esposa?

—Mmm..., no, me extrañaría mucho; hacen vidas separadas, luego te lo cuento.

—Vale, vale. Pues no los hagamos esperar. Voy a ducharme a mi habitación. ¿Qué me pongo?

Él la sujetó por las caderas y la atrajo hacia sí. Le rozó la nariz con la punta de la suya y le dio un dulce beso en los labios.

—Si de mí dependiera, te lo arrancaba todo y no volvías a vestirte hasta mañana por la tarde. —La aferró con fuerza por las nalgas y se unieron en un beso corto pero intenso—. Traje de noche.

—¿Tan temprano?

—Sí. No te preocupes, no iremos andando por la calle. Nadie te mirará

raro.

\* \* \*

Tal como él le había dicho, nadie la miró raro. Las únicas miradas que recibió al salir de la habitación con el traje de noche color azul turquesa y la larga melena recogida en una trenza ladeada fueron la del mozo del ascensor y la de su pareja de esa noche, ambas de profunda admiración.

Para su sorpresa, el ascensor no bajó al vestíbulo, sino que subió hasta la última planta. Al salir al exterior, un helicóptero los estaba esperando. Miró a Alejandro asombrada, pero él se limitó a sonreír y la invitó a subir con un gesto de la mano.

El embajador de España en Argentina resultó ser un tipo bajito y rechoncho de aspecto jovial, que, por supuesto, conocía a su padre.

—Pero ¡mira qué preciosidad nos ha traído Alejandro! Perdona que no me levante. Bienvenida, querida; es un honor recibir a la hija de Charles Lampard.

—Llámeme Victoria.

—Tutéame, querida Victoria. Mis padres tuvieron la brillante idea de ponerme Lesmes, pero puedes llamarme Les. —Vicky sonrió y le estrechó la mano—. Y ella es Martina.

—Encantada —saludó a la elegante mujer de unos cincuenta años que la estaba mirando con curiosidad y se sentó donde le indicaron.

Cuando, instantes después, el helicóptero emprendió el vuelo, Victoria se aferró con fuerza a la mano de Alejandro y abrió mucho los ojos contemplando el panorama.

Él señaló un punto al otro lado y Vicky se asomó para ver qué le mostraba. Al fondo de una avenida se alzaba el famoso Obelisco. Se le escapó un ruido raro al aguantarse la risa. Por suerte, el embajador se lo tomó como una muestra de admiración.

—Es el monumento más emblemático de Buenos Aires. Se construyó en 1936 para conmemorar el cuarto centenario de la fundación de la ciudad.

Oír la cifra le recordó el aniversario de la muerte de Cervantes y sacó el

tema. La pareja reaccionó con entusiasmo.

—¿Está previsto algún acto conjunto a nivel hispanoamericano o cada país celebrará el aniversario por su cuenta?

—No es fácil organizar actos conjuntos, Victoria. Siempre pasa lo mismo: demasiados egos, todo el mundo quiere ponerse la medallita, pero nadie quiere aportar presupuesto... De todos modos, si alguien puede conseguirlo, no dudo que serás tú —dijo Les—. Martina puede darte algunos contactos interesantes durante la cena. A nivel cultural, conoce a todo el mundo.

—Claro, me encantará —le aseguró ella.

—¿Dónde vamos a cenar? Reconozco que me habéis impresionado. No me esperaba esto —señaló a su alrededor—. Sí que está bien pagado el cargo de embajador en Argentina —comentó, despertando las risas de los otros tres.

—Tenías razón, Álex, es deliciosa —afirmó Lesmes—. No, querida, el helicóptero no es mío. Durante un tiempo estuve obsesionado con aumentar el patrimonio familiar, parecía el único camino a seguir, pero tras sobrevivir a tres golpes de Estado, dos guerras, dos asaltos en la embajada y un ataque terrorista durante un vuelo, cambié de filosofía. Le cedí todos mis bienes a mi esposa y empecé a vivir como quería. —Le ofreció la mano a Martina, que se la apretó con afecto—. El helicóptero es propiedad de Eco Power Sun and Wind, una compañía de energías renovables que aspira a implantarse en el Cono Sur. Ha organizado una cena en un rancho privado a la que asisten cónsules y embajadores de varias ciudades de Chile y Argentina. Y vosotros, por supuesto.

—Caramba. Y ¿esto es habitual?

Lesmes sonrió.

—Lo de desplazarse en helicóptero es mucho más habitual aquí que en Europa; las distancias son mucho más largas, pero el resto de los invitados han ido llegando a lo largo del día. En nuestro caso, han tenido el detalle de venir a buscarnos en helicóptero porque Alejandro no confirmó su asistencia hasta el último momento.

—No sabía si podríamos combinárnoslo. Victoria tenía un acto importante anoche.

—¿Era una reunión de amigos en el Centro Cultural! Al final hablamos de

todo menos de Cervantes. Querían saber si conocía a Belén Esteban y... —se interrumpió porque pensar en la tele y en el *reality* significaba recordar a Manu, y le seguía doliendo.

—Dijiste que te hacía ilusión. —Alejandro se encogió de hombros.

A Vicky le pareció que Martina suspiraba. No le extrañaba, lo de ese hombre no era normal. ¿Cómo podía hacerla sentir como una niña consentida y una mujer en celo al mismo tiempo?

Al cabo de una hora llegaron al rancho, donde los agasajaron con buena comida, mejores vinos y una suave música en directo.

Victoria tenía la sensación de haberse dormido en el ferri y haber despertado en una novela de millonarios. Aunque tal vez seguía durmiendo y se despertaría en cualquier momento.

La veintena de asistentes estaban sentados a una única mesa. Por cada dos parejas había un representante de la empresa, que se encargó de hablarles de las bondades de su proyecto sin abrumarlos. En ese tipo de actos lo importante era poner cara y voz a las personas y causar buena impresión. Los detalles ya se enviaban por correo electrónico más adelante si la cosa cuajaba.

Victoria estaba en su salsa. Tenía la sensación de ser una princesa, pero no una de vida regalada y ninguna preocupación, sino una princesa heredera. Como si llevara toda la vida preparándose para asumir una responsabilidad y, por fin, hubiera ocupado el trono que le correspondía. Sabía que le quedaban mil cosas por aprender. Sabía que las cosas cambiaban constantemente y que nunca podría dejar de informarse si quería estar al día de lo que se cocía en el mundo, pero eso no le daba ningún miedo; al contrario, la estimulaba por dentro. Le producía un cosquilleo tan agradable como cuando Alejandro se acercaba a ella y le susurraba algo al oído.

A media cena, Martina se levantó para ir al baño.

—¿Me acompañas? —la invitó.

—Claro.

Mientras se lavaba las manos, Martina le sonrió a través del espejo.

—¿Sabes?, hace mucho tiempo que conozco a Alejandro y nunca lo había visto así.

—¿Así, cómo? —Vicky se hizo la tonta—. ¿Amable, encantador...?



Martina sonrió. Era una mujer muy discreta y no le gustaba meterse en las relaciones ajenas, pero era evidente que Álex estaba ilusionado con su nueva becaria, y si podía darle un empujoncito a la relación, lo haría encantada.

—Amable y encantador lo es siempre, con todo el mundo. Pero nunca lo había visto mirar a una mujer como te mira a ti.

Ella no supo qué decir, pero no hizo falta. Martina le dio una palmadita en el brazo y se dirigió a la puerta.

—Vamos, seguro que ya te echa de menos.

—Como Lesmes a ti.

Martina rio con ganas.

—Sí, mi Les me adora. Dejó muchas cosas por mí. Yo dejé a mi familia y dejé la estabilidad, pero nunca me he arrepentido. La vida diplomática es un mundo aparte dentro del mundo, con unas reglas propias. Cosas que no se permiten en una sociedad convencional, aquí sí. Es una profesión de entrega absoluta, como la vida religiosa, la medicina o la docencia. Pero, si te entregas por completo, la diplomacia te devuelve mucho más de lo que le das. Es muy gratificante.

Mientras regresaban a la mesa, Vicky daba vueltas a esas palabras. Sabía que Martina no hablaba de dinero ni de propiedades, sino de experiencias vitales, esas que realmente enriquecen a una persona, pero no se le escapaba el hecho de que un embajador estaba en una situación privilegiada, ya que contaba con la atención de personas muy influyentes. Debía de ser muy fácil dejarse seducir por el lujo y los privilegios. Esperaba no olvidar que su objetivo era dejar el mundo un poco mejor de como lo había encontrado, y no permitir que el brillo de esa vida la cegara.

Después de los postres, la música —que hasta ese momento se había mantenido en un discreto segundo plano— subió de volumen. Las notas de un tango reclamaron la atención de todos. Alejandro sólo necesitó clavarle una mirada ardiente y alargar la mano, y Vicky se rindió a él.

Sin necesidad de palabras, con sus movimientos seguros y posesivos, él le recordó lo mucho que la deseaba. Con pasos lánguidos y sensuales, ella le aseguró que estaba a la altura de su deseo. Al cabo de unos minutos, estaba tan encendida que las piernas empezaron a temblarle.

Cuando la canción acabó y los organizadores les ofrecieron quedarse a pasar la noche en el rancho, Vicky habría saltado al cuello del diplomático y le habría llenado la cara de besos; sin embargo, se limitó a mirarlo con los ojos brillantes. Allí nadie la conocía. Para todos, era la pareja de Alejandro. Llevaba todo el día deseando dar rienda suelta a su deseo, y saber que podría entregarse a él en minutos con sólo un gesto era una tentación demasiado difícil de resistir.

—Claro, mucho más seguro así, es peligroso viajar de noche —replicó él, y Victoria tuvo que contenerse para no soltar un «yujuuu» que no habría quedado nada sofisticado.

A la pareja le faltó tiempo para despedirse de todos y recoger la llave. Mientras se dirigían a la habitación de la primera planta que les habían asignado, ella no pudo evitar bromear.

—Estoy agotada. Creo que voy a quedarme dormida en cuanto apoye la cabeza en la almohada.

Él, que la llevaba abrazada por el talle, le hizo cosquillas en la cintura, haciendo que se retorciera de risa.

—Ya me encargo yo de despertarte.

Esta vez no hubo pausa en la puerta; no hubo palabras al oído ni miradas seductoras. Sólo hubo hambre, pasión arrebatada, deseo acumulado. Ambos se lanzaron sobre el otro como fieras. El vestido voló por la habitación y el traje quedó hecho un nudo de tela en el suelo. Vicky no lo sabía, pero era la primera vez en toda su vida que el embajador no dejaba el traje impecablemente doblado sobre la silla antes de unirse a su amante.

Con un suave empujón, Alejandro la tumbó sobre la cama. Mirándola a los ojos, se bajó el bóxer, liberando la erección que llevaba horas esperando ese momento. Ninguno de los dos estaba para bromas sobre obeliscos ni monumentos de ningún tipo. Victoria alargó la mano y él se abalanzó sobre ella, enlazando los dedos con la mano que lo aguardaba y elevándolas juntas sobre la cabeza de Vicky.

Con la mano que le quedaba libre, ella le acarició la mejilla, disfrutando de la barba que empezaba a crecer. Luego la deslizó hasta la nuca y le enredó los dedos en el pelo mientras él se daba un festín con su cuello y sus pechos.

Entre gemidos, ambos ondularon las caderas, necesitando estar más cerca, mucho más cerca.

Él bajó la mano y la introdujo entre los muslos de Vicky, que, tras el tango que habían bailado, estaba más que preparada para recibirlo.

—Victoria, joder, yo... no puedo esperar más.

—¿Quién quiere que esperes? —Le clavó las manos en las nalgas y alzó las caderas y él perdió el poco juicio que le quedaba.

Con una maldición, el embajador fue a buscar un preservativo a su cartera, se cubrió y volvió a la cama sin perder un segundo.

Separó las piernas de Vicky y se arrodilló entre ellas. Contempló su sexo húmedo y brillante con los ojos turbios por el deseo y se mordió el labio inferior.

—Preciosa —susurró.

Ella gimió y se aferró a las sábanas.

—Por favor...

Él la sujetó por debajo de las nalgas, le separó aún más los muslos con los brazos y encaró su miembro en dirección a su entrada.

—Por favor, ¿qué? Llámame como lo hacías en tus sueños de adolescencia, Victoria.

—¡Por favor, Alexei!

—¡Sí!

De una estocada, se hundió en ella, que se unió a su grito. La postura le permitió penetrarla muy profundamente, pero tras varias embestidas, fue insuficiente. Necesitaba besarla.

Se desplomó sobre Victoria, que lo recibió con avidez, perdiéndose en su boca y rodeándole las nalgas con las piernas. Pronto unificaron ritmos, ondulándose a la vez. Ella estaba perdida en el oleaje de placer que la mecía, alejándola de la realidad. Cuando Álex curvó la espalda para meterse uno de sus menudos pechos en la boca y succionarle el pezón, ella perdió el control por completo.

Clavó los pies en las sábanas y se impulsó, levantando las caderas para intensificar la fricción al máximo. Al darse cuenta de que ella ya había emprendido el viaje al éxtasis sin esperarlo, él aceleró el ritmo y tardó

escasos segundos en atraparla.

—¡Dios, sí, sí!

—¡Álex!

—¡Victoria!

Y, ocho años más tarde, la hija mayor de Charles Lampard hizo realidad sus fantasías de adolescencia y, al terminar, abrió los brazos en cruz y sonrió feliz y saciada al comprobar que la realidad las superaba con creces.

*Cádiz, España*

—La realidad siempre supera a la ficción, padre —dijo María, sentada a la mesa de la cocina.

—Lo sé, hija. Llevo treinta años oyendo en confesión y pensaba que ya nada podía sorprenderme, pero montar el Palmar del Golfo en tu casa... —El sacerdote sacudió la cabeza.

—La falta de sueño, padre, que es muy mala. Así, ¿usted la ha visto contenta?

—Creo que hemos encontrado una buena solución, pero ya os lo diré mañana. Espero que no asuste a los refugiados con sus ronquidos.

Tras asegurarle al obispo que el tema de la aparición mariana estaba cerrado, el padre Bartolomé se había pasado el día buscando un lugar adecuado para Eva de Boer, la protestante protestona. Juntos, habían echado un vistazo a los conventos de monjas de la zona. El padre le había propuesto hablar con las superiores de las agustinas ermitañas, las agustinas recoletas, las capuchinas o las carmelitas descalzas, pero la cabo había empezado a rascarse como si le hubiera salido un sarpullido. Una llamada fortuita —o tal vez la intercesión de san Telmo, santo patrón de los navegantes— había aportado la solución de manera inesperada.

La voluntaria que estaba en aquel momento en el albergue para refugiados de la parroquia pidió ayuda porque dos chicos se estaban peleando. Eva de Boer acompañó al padre y, con un solo grito, puso orden en la sala.

El cura elevó los ojos al cielo y murmuró una breve oración de gracias; por fin todo se arreglaba.

Eva se instaló en un camastro al lado de la puerta para que nadie pudiera entrar o salir durante la noche sin su consentimiento. Las refugiadas estaban encantadas, ya que se sentían seguras al lado de esa enorme mujer, que no tenía miedo de los hombres. Ellos, encandilados con su belleza, estaban igual de encantados. Eva se sentía útil, volvía a disfrutar de compartir un ambiente de camaradería y estaba dispuesta a mantener la limpieza, el orden y la disciplina. Volvía a vestir con su ropa militar y no debía vender velas a beatas; la vida le parecía maravillosa.

\* \* \*

Manu se había pasado el día puliendo tablones a mano. Tenía una lijadora eléctrica que hacía el trabajo mucho menos cansado, pero necesitaba liberar tensiones.

Sudado, cansado, pero con la conciencia limpia por primera vez en semanas, se dirigió a casa. Maldijo entre dientes al ver que en la puerta lo esperaban varios reporteros de programas de cotilleo. Uno iba disfrazado con una túnica blanca y una coronita de santo hecha con alambre dorado. Otro lo saludó con una hoja de palma.

—¡Golfo de Cádiz! ¿Es cierto que se apareció la Virgen en tu casa?

—¿Oíste las declaraciones de Dani y Nerea en el debate de ayer? Dicen que todo es un montaje, que estás preparando tu vuelta a los platós.

—¿Es que nunca me voy a librar del Mazao de la Albufera? Virgencita del Carmen, dame paciencia.

—¿Hablas con la Virgen?

—Desde siempre, *quillo*.

—¿Confirmas entonces la aparición?

—Una buena aparición estás tú hecho. ¿De qué vas *disfrazao*, hombre de Dios? —Sabido que era inútil intentar aclarar las cosas, sacudió la cabeza y entró en la casa.

—¡Manu!

—¡Golfo!

—Con Dios, chicos. Cuidaos. Y si veis a Luján, dadle un beso de mi parte.

\* \* \*

Cuando Manu se asomó a la cocina, encontró a su madre cortando patatas y cebollas para hacer una tortilla.

—¡Hola, hijo!

—Hola, madre, por fin en casa. ¡Qué paz!

—Ahora mismo lo estaba pensando. Se me hace raro tanto silencio. Y con la niña a punto de mudarse... La voy a echar mucho de menos. —Se levantó y se encogió de hombros—. Bueno, cuando tú te vayas de casa, si me siento muy sola, siempre puedo volver a montar el altar y no me faltarán visitas.

—Tú nunca estarás sola, madre.

Manu fue a darle un abrazo, pero ella lo apartó cariñosamente.

—Anda, ve a ducharte, que hueles a chotuno. Benito y su mujer deben de estar a punto de llegar.

—¿El Tuerkas viene a cenar? —La cara de Manu se iluminó como cuando era niño y se acercaba al belén para ver si los Reyes Magos habían dejado regalos—. Y ¿por qué no me ha dicho *ná*?

—Ha dicho que no le contestabas.

Él miró el móvil y comprobó que se había quedado sin batería. Antes de ducharse, lo enchufó al cargador y lo conectó. Aunque se resistió unos segundos, abrió el WhatsApp, buscó a Victoria y vio que se había conectado por última vez hacía media hora, pero, igual que las veces anteriores, había ignorado sus mensajes.

—¿Qué estarás haciendo ahora, Vicky? —murmuró—. ¿Trabajando, comiendo...? ¿Por qué no me contestas, joder?

La diferencia horaria era desesperante..., y no era lo único. Desde la aparición de la cabo en sus vidas, la desesperanza se había apoderado de él, como si en vez de una mujer fuera una sanguijuela que le hubiera succionado las ganas de vivir.

Las horas pasadas en la carpintería habían sido un bálsamo. Por fin había

tenido tiempo de pensar después de muchos días. Necesitaba recobrar el control de su vida; lo que aún no sabía era cómo. Estaba confuso, perdido. Tanto que, al ver a los paparazzi, por un momento había sentido ganas de volver a los platós de televisión, ya que en su mente la tele iba ligada a Vicky. Era absurdo. Victoria había hecho realidad el sueño que la había impulsado a presentarse al *reality* donde se conocieron: ya era una auténtica diplomática. Él, en cambio, había ido a «Pecado original» sin un objetivo, pero había vuelto con la mujer de sus sueños. Por desgracia, un demonio rubio demasiado real había irrumpido en ese sueño, haciéndolo añicos.

Al salir de la ducha, el olor de las patatas y las cebollas al freírse hizo que le sonaran las tripas.

—¡Qué bien huele, madre! Ya puede darse prisa el Tuerkas o no le voy a dejar ni las migas.

—¡Cría amigos y te dejarán sin cena! —exclamó una voz familiar.

Benito salió de la cocina y se abrazó a su amigo, que tenía la espalda mojada y el pelo alborotado.

—¡Ya era hora de que volvierais, *pisha!*

—Yo también te he echado de menos, cabrón.

—¿Al lado de ese bombón? Ya será menos.

Por encima del hombro de su amigo, Manu vio que Emma le sonreía. Estaba guapísima, con un vestido blanco que hacía destacar su bronceado, un vestido que le recordó al que llevaba el día de su boda..., el día en que vio a Vicky por última vez.

Los ojos de Emma se empañaron, sin duda pensando algo parecido.

—¡Anda, vístete, que se enfría la cena! —María se ocupó de romper la incomodidad del momento.

Benito entró en la habitación de su amigo y se tumbó de un salto en la cama mientras Manu sacaba ropa limpia del armario. Al volverse hacia él, vio que el Tuerkas estaba buscando algo bajo la cama.

—¿Qué haces, *pisha?*

—¿Ya no guardas revistas guarras bajo el colchón?

Manu negó con la cabeza y resopló al imaginarse a la cabo encontrando revistas durante uno de sus ataques de limpieza general.



—Ni te imaginas todo lo que ha *pasao* desde que os fuisteis.

—Algo me ha *contao* mi madre, pero quiero detalles, *pisha*.

Durante la cena, Manu y su madre los pusieron al día y, aunque la ausencia de Victoria pesaba en el ánimo de todos, acabaron riendo a carcajadas.

—Ya tenemos tema para los próximos Carnavales —comentó Benito, secándose los ojos.

—Eso me temo.

—Por Dios, si es que ya tenemos hasta el título: *El Palmar del Golfo*. Qué grande eres, tío.

Manu resopló. Lo intentaba por los demás, pero no podía fingir que todo iba bien.

—Pues yo no le veo la puta gracia, pero, bueno, al menos, que se ría alguien.

Emma hizo una mueca, y todos agradecieron que el ruido de la llave en la puerta rompiera de nuevo la tensión.

Mari Mar había ido a cenar a casa de sus suegros con Antonio. Al verlos aún sentados a la mesa del comedor, se unieron al grupo. Mientras ella comentaba con el Tuerkas detalles de las obras que estaban haciendo en el piso que hasta ese momento Benito había compartido con *Amparito* —y que había cedido a la pareja después de que la recepcionista de una clínica de fertilidad les aconsejara que se marcharan de casa de María para tener intimidad—, Manu siguió a Emma al ver que ésta iba a la cocina.

—¿Cómo está? —le preguntó a bocajarro.

Ella se sobresaltó y se volvió para mirarlo. Se había pasado la cena temiendo ese momento.

—Está bien, Manu. ¿Y tú?

—Como el culo, *quilla*, ¿cómo quieres que esté? El Tuerkas y tú, con una cara de bien *follaos* que casi dais asco, y Mari Mar y Antonio igual, que a ratos parece que son ellos los que están de luna de miel y no vosotros. No puedo con tanto dulce, ¡me voy a volver diabético!

Emma no supo qué cara poner. Dejó los platos en la encimera y se cruzó de brazos.

—Manu...

—Yo no debería estar aquí. Yo tendría que estar en América, empezando una nueva vida al lado de Vicky. Aún no es tarde. Lo de la cabo y yo no va a ningún *lao*. Si no me di cuenta antes fue porque estaba en *shock*, pero ya lo tenemos todos claro, hasta Eva. Somos como el agua y el aceite. Me ocuparé de que a ese niño no le falte de *ná*, pero lo mío con Vicky no puede acabar así, es demasiado especial.

—Manu —Emma se retorció las manos—, sabes que te aprecio como a un hermano, pero no es un buen momento.

El Golfo sintió un aguijonazo de celos, que picaban como el demonio.

—Tú sabes algo y me lo estás ocultando. ¿Qué sabes, Emma?

Ella recordó los mensajes de WhatsApp que había intercambiado con su amiga recientemente:

Vicky: ¡Emmmaaaaaa! ¡Suelta lo que tengas entre manos!

Emma: ¿Qué pasa? ¿Se ha declarado alguna guerra?

Vicky: Ufff, sí. Debajo de mi ombligo.

Emma: ¿Has follao, putón?

Vicky: No.

Emma: Jo.

Vicky: Eso no ha sido follar. He hecho realidad mis fantasías de juventud. He tocado el cielo, he visto la luz, he...

Emma: Jajajaja, ésa es mi Vicky. Detalles, quiero detalles. ¿Dónde, cuándo, en qué posturas...?

Vicky: Será morbosa, la tía...

Emma: Bueno, pues ahórrate las posturas. ¿Cuándo fue el glorioso momento?

Vicky: El sábado por la noche..., toda la noche... y parte de la mañana.

Emma: ¡Joder, menudo estreno! ¿Dónde? ¿Sobre la mesa del embajador?

Vicky: Pues la verdad es que no lo sé exactamente. En un rancho, en algún lugar de Argentina.

Emma: Guau, sí que es bueno, el tío, que ni te acuerdas de dónde estabas.

Vicky: No lo llames «tío», por favor.

Emma: ¿Por qué? ¿No quieres que te recuerde que te has tirado a tito Álex, guarrona?

Vicky: Exacto.

Emma: ¿Te hace sentir mal?

Vicky: No precisamente.

Emma: Te pone como una moto, jajajaja.

Vicky: Calla, que no me quito el calentón de encima. No sé cómo voy a poder trabajar así.

Emma: Tú tranquila, que tu tito Álex se ve un hombre muy capaz.

Vicky: Ni te imaginas.

Emma: Un hombre de recursos.

Vicky: Muuuuchos recursos.

Emma: 🤔🤔

Vicky: Me voy al curro. Ya te contaré.

Emma: Hala, a darlo todo por la patria.

Vicky: Burra.

Emma: Burra vas a ir tú al trabajo cada día, ya veo. 😊 Me alegro mucho, tía, que no decaiga. ¡¡¡Y envíame fotos!!!

—Lo que sé, Manu, es que Vicky está contenta. —Lo miró a los ojos—. Creo que no es buena idea que vayas —dijo, recordando el selfi de la pareja en el ferri que Victoria le había enviado hacía un rato.

Tras el subidón de beber y reír con su amigo, Manu sintió que la vida le daba una nueva bofetada, pero se había hartado de ser el *punching ball* del destino. Había decidido coger la vida por los cuernos y cambiar lo que no le gustaba, y no iba a amilanarse a la primera de cambio.

—Pues me alegro de que esté contenta... Más contenta va a estar cuando me vea. Estoy decidido, Emma, me voy con ella.

Ésta titubeó, pero acabó sacando el móvil del bolsillo y mostrándole la foto del ferri para evitar males mayores.

Manu frunció mucho el ceño y apretó los puños.

—¿Quién es ese tío y por qué se acerca tanto a mi Vicky?

—Es el embajador.

—La madre que lo parió, qué manos más largas tiene el tío malaje. ¡Eso es acoso laboral!

—No es acoso si a ella no le parece mal.

—¿Qué estás intentando decirme, Emma? No querrás que crea que mi Vicky se ha *lanzado* a los brazos de este tío alegremente y ya no se acuerda de mí... —Ella bajó la vista, incapaz de romperle el corazón... otra vez—. ¿No ves que lo hace para olvidarme? Está en *shock*. El disgusto no la deja pensar con claridad. Es eso, está peor de lo que pensaba. —Manu se pasó las manos por el pelo y tiró de él—. Tengo que hacer algo.

—Manu, no creo que...

—No, no digas más, Emma. Gracias, gracias de verdad; me has *ayudao*

mucho.

El Tuerkas y María entraron entonces en la cocina.

—Chicos, yo me voy a acostar, pero quedaos el tiempo que queráis.

—No, nosotros ya nos vamos —respondió Emma, dándole un abrazo—. Gracias por la tortilla, María, estaba de muerte.

—Pásate mañana por el taller y comemos juntos —le dijo Benito a su amigo antes de despedirse de todos.

\* \* \*

Una hora más tarde, Manu seguía despierto en la cama, con los brazos enlazados detrás de la nuca, la vista clavada en el techo y maldiciendo a los paparazzi por haberle traído recuerdos de su paso por el concurso. Sabía que estaba siendo injusto; absolutamente todo le traía recuerdos de Vicky, no necesitaba a ningún reportero para eso. Le costaba mucho creer que tan sólo unos meses atrás no la conociera. Esa mujer le había puesto el mundo del revés. Lo había atrapado con su mirada franca y directa, con su manera refrescantemente honesta de acercarse a las cosas... Bueno, vale que el hecho de que tuviera un cuerpo que haría llorar de envidia a los angelitos de Victoria's Secret había ayudado, pero sólo al principio. Luego, cuando la conoció mejor, se enamoró de su corazón generoso y de su voluntad de hierro para conseguir lo que se proponía.

Una vez más, la recordó enfrentándose a su padre —el estiradísimo Charles Lampard— delante de su mansión de Belgravia. Qué orgullo había sentido al verla, ¡a su morena rebelde, guapa, preciosa Vicky!

—Llámame Victoria —protestó ella a los pies de la cama—. Ya no estamos juntos, así que vuelvo a ser Victoria para ti.

—¡Vicky! Bendito sea Dios, ¿cómo has *llegao* hasta aquí?

—Que me llames Victoria, Manu, no seas terco.

Él apartó la sábana con brusquedad, se levantó y se dirigió a su encuentro con paso lento pero implacable mientras las comisuras de los labios se le elevaban en una sonrisa ladeada.

—¿O qué pasará, Vicky? ¿Qué me harás si no me porto bien?

Ella retrocedió.

—Manu, ¿tengo que recordarte que eres un hombre con responsabilidades?

Él siguió avanzando. La habitación era pequeña, así que, en pocos pasos, la tuvo donde la quería: acorralada contra la pared.

—No, Vicky. No hace falta que me recuerdes que soy un hombre. —Cogió su mano y se la llevó a la entrepierna para que ella comprobara que su hombría seguía igual que cada vez que ella andaba cerca: descontrolada. Victoria ahogó una exclamación al notar la intensidad de su deseo—. Y mi responsabilidad... es hacer que te retuerzas de placer para que no olvides quién es el dueño de tus orgasmos.

—Mis orgasmos son míos, no te equivoques.

—Uy, unos días sin verme y ya vuelves a convertirte en la Estrecha de Gibraltar.

—No soy una estrecha, soy una mujer libre que decide con quién se acuesta y con quién comparte sus orgasmos.

—Ajá. Pues venir a mi habitación esta noche me parece una gran decisión, señora embajadora. —Él le sujetó la mejilla con una mano e inclinó la cabeza lentamente hasta que sus labios quedaron a un milímetro de su boca.

La respiración de Victoria se alteró. Al inspirar profundamente, uno de sus pezones endurecidos rozó el antebrazo de Manu.

Él apartó la cara ligeramente, negándole el beso que ambos deseaban. Cuando ella gimió de frustración, la agarró por las nalgas y la levantó en vilo. Habría jurado que se había metido en la cama con bóxer y camiseta, pero la ropa había desaparecido tan milagrosamente como había aparecido su Vicky. Y lo mejor de todo era que, de pronto, ella estaba tan desnuda como él.

«Virgencita del Mar, siempre he sabido que eras la más milagrera a este lado de Gibraltar. ¡Gracias, gracias!»

Echó las caderas hacia delante, rozando con la punta de su erección la humedad que bañaba la entrada al paraíso terrenal.

Ella contuvo el aliento y cerró los ojos. Echó la cabeza hacia atrás tanto como la pared se lo permitió, sujetándose a los bíceps de Manu mientras él la contemplaba con un brillo posesivo en la mirada. «Preciosa, caliente, mía.»

El Golfo se abalanzó sobre su cuello y la marcó con los dientes,

provocándole un estremecimiento. La suave piel de sus nalgas se erizó bajo sus dedos.

Ella se dejó caer buscando su sexo, pero él siguió escatimándole lo que deseaba.

—¡Manu! —gimió.

—¿Sí, preciosa? ¿Has recordado ya quién es el dueño de tus orgasmos?

—Tú, sólo tú. Dámelo —le rogó ella, moviendo las caderas en círculos—.

Dámelo todo.

—¿Quién soy yo, Vicky? Quiero oír mi nombre de esos labios que me vuelven loco.

—Manu, eres mi Manu.

Él no pudo seguir conteniéndose por más tiempo. Llevaba demasiados días echándola de menos. De una estocada, se perdió en su interior.

—¡Aaaaah! —exclamó Vicky.

—¡Dioooooo! —gritó él al mismo tiempo, echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos.

Cuando los abrió al cabo de unos instantes, ella lo estaba mirando con una mezcla de incredulidad y deseo. Se echó hacia delante y le tomó la boca en un beso que fue cualquier cosa menos delicado. Le aplastó los labios y le clavó la cabeza a la pared con la fuerza de su apasionada embestida. Ella trató de devolverle el beso, pero no podía hacer otra cosa más que dejarse devorar.

Manu se retiró ligeramente de su interior, lo justo para volver a clavarse, llegando aún más adentro. Si Victoria pensaba que la primera embestida la había dejado sin fuerzas, con la segunda quedó ya totalmente a su merced. Apoyó las manos en sus antebrazos y permaneció laxa, relajada, mientras él penetraba en ella una y otra vez, bombeando más y más deprisa.

—Vi... Vicky..., estoy a punto..., tendría que salir.

—No..., Manu, ya estoy, me voy, espera, no salgaaaaaas..., ¡aaaaaaah!

—¡Aaaaaah!

—¡Maaaaanuuuu!

—¡Sí, mi amor, soy yo, el dueño de tus orgasmos, sólo yo, sólo yooooo! —

Manu se derramó en el interior de la mujer que le daba sentido a su vida, hasta que no le quedó ni una gota de amor por entregarle—. Por Dios, qué ganas te

tenía, Vicky. ¿Vicky?

Alargó la mano izquierda y encendió la lámpara situada sobre la mesilla de noche. La otra mano la tenía ocupada. No le hizo falta bajar la vista para saber lo que encontraría cuando lo hiciera: la humedad pegajosa que se le deslizaba entre los dedos era bastante explícita.

—¡Joder, joder, joder! Era un puto sueño. ¡Vicky! No me dejes otra vez. ¡Vuelve, por favor, vuelve!

Por supuesto, Victoria no volvió. Manu le dio un puñetazo a la cama con la mano libre y luego se tapó los ojos con el antebrazo mientras recuperaba el resuello. Tras unos momentos, fue a limpiarse al baño y regresó al dormitorio. Sabiendo que le iba a costar un rato dormirse de nuevo, le echó un vistazo al móvil. Ella estaba en línea.

«¿Con quién demonios hablas, Vicky? ¿Por qué no hablas conmigo? ¿Por qué no me respondes, maldita sea?»

Lanzó el teléfono sobre la cama, apoyó los codos en las rodillas y hundió la cabeza entre las manos, revolviéndose el pelo con los dedos.

El sueño no había hecho más que empeorar las cosas. No se sentía relajado en absoluto. Tenía unas ganas inmensas de hacer algo; no soportaba esa inactividad. A cada segundo que pasaba, un tipo que no era él podía estar colándose bajo las defensas, la piel o las bragas de su Vicky. Y, por mucho que Emma le hubiera dicho que no era buen momento, ¿cuándo iba a serlo?, ¿cuando lo hubiera olvidado del todo?

El sueño había sido tan vívido que aún notaba el sabor de su piel en la punta de la lengua; había notado hasta las convulsiones de su vagina abrazándolo íntimamente.

«Te estás volviendo loco, Manuel.»

Loco se volvería si no hacía algo. Pensó en secuestrar el barco de la cabo y llevarlo a Montevideo, para convencerla entre ambos de que ya no había nada entre ellos. Pediría ayuda si era necesario. Reclutar a la cabo para la misión no era buena idea, pero podía pedirle ayuda a... ¿Luján? Tal vez la presentadora le enviaría un mensaje por televisión o por Instagram si se lo pedía. O tal vez Serafín sabría quién podría echarle una mano.

«¡Claro, coño! Serafin.»

Aunque era tarde, lo llamó. Sabía que era una lechuza y que durante la noche era cuando llevaba a cabo casi toda su actividad profesional.

—¡Manu! ¡Qué alegría! —lo saludó el representante de artistas—. ¿Has decidido que no puedes vivir sin mí? Yo también te he echado de menos, ya sabes que eres mi golfo favorito.

—Anda, zalamero, que en esto del golfeo me das mil vueltas.

—Se hace lo que se puede. Y dime, Manu, ¿en qué puedo ayudarte? —bajó la voz hasta convertirla en un susurro sugerente.

—Pues nunca creí que diría esto, pero te necesito, Serafín. Necesito volver a la tele.

—Soy tu hombre, Manu.

—No te embales, Serafín.

—Me embalo, me embalo, porque esto parece un milagro. Tenía el dedo ensangrentado ya de tanto mordérmelo para no llamarte, porque me juraste y perjurate que no volverías a los platós, pero es que me han llamado de Televisa. Están acabando de atar cabos para el nuevo concurso estrella de la cadena y te quieren a ti.

—¿A mí?

—A Manuel Soto, *el Golfo de Cádiz*.

—¿Cómo se llama el programa?

—«Gran Golfo de México.»

—¡Mira tú! Y ¿qué es?, ¿una especie de «Mujeres y hombres»? ¿Me quieren como asesor del amor?

—No, hijo, no. De eso en México ya saben un rato. Es un concurso para ver quién es el más golfo del mundo.

Manu se apartó el móvil de la oreja y se lo quedó mirando en silencio.

—No doy crédito —murmuró.

—Pues porque no querrás, porque con el pastizal que están dispuestos a pagarte, podrías abrir tu propia caja de ahorros.

—¿Tanto?

—¿Por qué no te vienes a Madrid y lo hablamos tranquilamente?

Manu se puso en pie. México estaba en América, no sabía a cuánta distancia de Uruguay, pero ya se informaría. Era un primer paso, un paso para



acercarse a Vicky. Y, con ese nombre, ese concurso era justo lo que necesitaba para despertar los celos de la preciosidad de La Línea.

—Mañana me tienes ahí. Guárdame unos churritos.

—Los mejores de todo Madrid para mi golfo favorito: largos, crujientes, calentitos...

—Serafin...

—La esperanza es lo último que se pierde, Manu.

—Ya te digo, colega, ya te digo.

Y, con la frase de Serafin dándole vueltas en la cabeza, se durmió con una sonrisa en la cara por primera vez en muchos días.

*Montevideo, Uruguay*

El colchón se hundió y un agradable calor se pegó a la espalda de Victoria. Un brazo le rodeó la cintura y la atrajo hacia la estufa humana, una estufa evidentemente masculina.

—Mmmm —gimió ella, dejándose llevar y acomodándose contra la agradable pared cálida que se había instalado a su espalda con autoridad, la autoridad propia de alguien muy seguro de sí mismo, como Alejandro—. ¿Álex?

—¿Qué Álex ni qué niño muerto? ¿Ya me has *olvidao*, Vicky?

Ella abrió los ojos, grandes como alfajores.

—¿Manu? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Trató de volverse, pero él lo impidió.

—Quieta, chiquilla —le susurró al oído, aferrándola con más fuerza por la cintura.

Vicky se estremeció al notar su cálido aliento en el oído, pero cuando le atrapó la oreja entre los dientes y se la recorrió de arriba abajo, el escalofrío se convirtió en un espasmo, el primero de muchos.

—Déjame darme la vuelta; quiero verte.

—Mala suerte, Vicky, porque hoy el que da las órdenes soy yo..., y yo quiero tocarte.

Ella se rebeló, retorciéndose entre sus brazos.

—Quiera, fiera —le susurró amenazadoramente al oído Manu antes de

morderle entre el cuello y el hombro, sin dejarle marcas pero sometiéndola a su voluntad.

Mientras la mano que la sostenía por la cintura ascendía hasta cerrarse sobre uno de sus pechos, la otra se deslizó bajo su cintura y desde allí siguió descendiendo hasta llegar a sus rizos.

—Mmm, estás húmeda, Vicky. ¿Pensabas en mí, niña, o en el Álex ese de los cojones?

—¿Qué Álex?

Él gruñó, mostrando su aprobación.

—Buena respuesta.

Le recorrió el hombro con la lengua mientras le acariciaba el clítoris con el dedo corazón.

Victoria gimió y echó la mano hacia atrás, buscando la erección que se le clavaba entre las nalgas. Él le soltó el pecho, le atrapó la muñeca y le inmovilizó el brazo aprisionándolo entre ambos.

—Quieta, Vicky, que no te lo has *ganao*.

Volvió a rodearle el torso y le torturó los pechos, amasándolos, presionándolos, tirándole de los pezones y pellizcándolos entre dos dedos mientras no dejaba de jugar con su clítoris, deslizando sus largos dedos hasta rozar la entrada a su vagina, pero sin acabar de introducirse en ella.

Vicky se retorció sin parar, queriendo dar rienda suelta a la pasión de igual a igual, pero Manu, normalmente tan juguetón, no estaba para juegos.

La acarició con decisión, dedicándose a sus pechos mientras con la otra mano le acariciaba la vulva lentamente arriba y abajo, extendiendo la humedad y volviéndola loca.

«Quien dijo que los hombres no podían hacer dos cosas al mismo tiempo no tenía ni idea», pensó ella entre gemidos, entregada al placer.

A ratos, él se entretenía de nuevo en el clítoris; luego volvía a recorrerle los labios lánguidamente hasta llegar al otro extremo. Cuando Victoria se relajaba, la penetraba con los dedos, haciéndola gritar de sorpresa y de placer, pero retirándose antes de lo que a ella le habría gustado.

—Este culito me vuelve loco, Vicky —murmuró él, echando las caderas hacia delante—. Le haría de todo menos apuntarlo al paro.

Ella apenas lo oyó, porque un cosquilleo se había apoderado de su vientre, anunciando un orgasmo que parecía potente.

—¿Te gusta lo que te hago, Vicky?

—Sí, sí, por favor, no pares. No pares ahora, Manu.

Logró liberar la mano y la apoyó sobre la de él para que no se le ocurriera dejarla a medias en ese momento.

—¿Seguro que no quieres que llame al tipo ese?

—¡No! No, ni se te ocurra. Manu, Manuuuuu, así, ¡¡¡síiiiiiiiiiiii!!!

Victoria hizo vibrar la cama entera con sus convulsiones. Estiró las piernas y contrajo las puntas de los pies, como si fueran los de una bailarina de ballet dentro de las zapatillas. Arqueó la espalda y echó la cabeza hacia atrás. Ladeó la cara buscando la boca de Manu, necesitando el beso que él seguía negándole. Y, mientras tanto, su útero se contraía una y otra vez, enviando oleadas de placer electrificante a los cuatro puntos cardinales.

Un par de minutos más tarde, con la boca seca, logró preguntar:

—¿No vas a dejar que te olvide, Manu?

—Ni lo sueñes, Vicky —fueron sus palabras de despedida.

El calor de su espalda había desaparecido. Victoria se volvió en la cama y, tal como se temía, no había ni rastro de su examante gaditano. Aunque las réplicas de su vientre le indicaban que el orgasmo había sido real, Manu seguía en otro continente, con un océano de por medio.

Alzó la mano temblorosa y acarició la vacía almohada. Antes de acostarse había revisado los mensajes de WhatsApp de Manu, como cada día. Aunque, haciendo un gran esfuerzo había logrado no responderle, era evidente que sus palabras habían calado en su subconsciente.

«Tenemos que hablar, Vicky. Las cosas han cambiado —le había escrito—. Contéstame, Vicky, ¿por qué no me contestas?»

—¡Nada! —exclamó—. ¡No ha cambiado nada! ¿No lo entiendes, Manu? Ésta es mi vida ahora. Déjame superar lo nuestro, por favor. No quiero sufrir. ¿Tan malo es no querer sufrir?

Él, por supuesto, no respondió, pero en su cabeza le pareció que le dirigía una mirada decepcionada. La idea de apagar la chispa en los ojos del Golfo le resultó muy triste. Avergonzada, enterró la cara en la almohada y lloró hasta

quedarse dormida.

\* \* \*

—¿Otra vez? —El ilustrísimo y cabreadísimo cónsul la miró por encima de sus gafas de montura de carey.

Vicky asintió en silencio, poniendo cara de niña buena.

—¿Cuál es la excusa esta vez?

—Es una invitación del embajador de Chile. Organizan una representación dramatizada de la obra *Los miserables*, de Víctor Hugo, para estrechar lazos culturales con Francia y...

Tal como le había dicho Alejandro, al oír la palabra *cultura*, el cónsul perdió la paciencia y la mandó callar con un gesto de la mano.

—Y ¿tienes que faltar al trabajo dos días más para ir al teatro? Así no vas a llegar muy lejos en esta carrera, Victoria. Si sigues así, no voy a poder redactar un informe positivo de tu paso por el consulado.

—El trabajo está al día, señor. ¿Quiere que le traiga el dossier sobre los proyectos de Reino Unido para el año Shakespeare? Acabo de actualizarlo.

El cónsul se frotó las sienes.

—No, Victoria, lo que quiero es que dejes de interrumpirme cuando hablo. —Inspiró hondo y añadió con una mueca amargada—: ¡Y que estés disponible para acompañarme algún día a alguna parte!

—Claro. —Al ver la cara de asesino en serie de Rodrigo, Vicky se tapó la boca con las dos manos—. Perdón, ya me callo, ya me voy.

Cerró la puerta del despacho del cónsul tan silenciosamente como pudo y se dejó caer en la silla, al lado de Mariel. Cuando ella la miró, alzando una ceja, la becaria resopló hasta que no le quedó aire en los pulmones.

—Ese hombre cada día está peor. ¿Cómo pretende que haga mi trabajo si no puedo comunicarme con él?

—No trates de entenderlo o te volverás loca.

—¿Es así con todo el mundo o es sólo mi voz la que no soporta?

Mariel se inclinó hacia ella para susurrarle al oído:

—Ese tipo está mal de la cabeza... Es un perverso. Si no ha intentado

nada más contigo es porque don Alejandro hizo un pacto con él. Él cargaba con la responsabilidad de la huida de la última becaria a cambio de que no acosara a ninguna de las chicas nuevas. Pero lo que hizo huir a Julieta no fueron los coqueteos de don Alejandro, sino el modo en que el cónsul pretendía taparle la boca a la chiquita.

Vicky aguardó y, al ver que Mariel no añadía nada más, sacó sus propias conclusiones.

—¡No!

—Ese tipo tiene síndrome de Bill Clinton.

A pesar del asco que le provocaba el cónsul, a Victoria se le escapó una sonrisilla irónica al recordar su fugaz encuentro con Hillary y los tres tenores —Clinton, Berlusconi y Strauss-Kahn— durante su última estancia en Londres.

—¿Por qué no lo denunciáis?

Mariel soltó el aire por la comisura de la boca.

—Por lo de siempre. La persona implicada no denuncia porque tiene miedo de perder el trabajo. Y sin la denuncia de la víctima sería mi palabra contra la del cónsul. Y ¿a que no sabés a quién creerían sus superiores?

—Qué asco.

—Mucho. Al menos, don Alejandro sabe cómo tratar con tipos como él. Al cargar con la fama de don Juan de Montevideo y librar al cónsul de la ira de su esposa, lo tiene agarrado por las pelotas. Podés hacer lo que quieras. Don Rodrigo va a gritar y patalear, pero no te va a poner la mano encima.

Vicky la miró con preocupación.

—Me ha amenazado con redactar un informe negativo.

—No lo hará. Los tipos como él ladran mucho, pero al final lo único que le interesa es estar a buenas con tu padre.

En ese momento, Micaela se acercó a sus mesas.

—Mujeres, ¿asado este fin de semana en la chacra?

—Mica, lo siento mucho, pero tampoco voy a poder, me voy a Valparaíso.

—¿Vas sola?

—No, con don Alejandro.

—Y ¿lo sentís mucho, pero mucho, mucho?

Vicky vio que las dos funcionarias se aguantaban la risa.

—Bueno, tal vez no tanto. —Se unió a sus risas—. Pero tengo muchas ganas de ir a tu chacra, Micaela. Voy a decirle a Álex que no haga planes para la semana que viene.

Mariel miró a su compañera y alargó la mano mientras Micaela refunfuñaba algo que Victoria no entendió, se sacaba del bolsillo un alfajor y lo depositaba sobre la palma de su compañera.

—Decile que está invitado —comentó Micaela—. Me ha hecho perder una apuesta, pero no soy rencorosa. Tu carterito también está invitado, Mariel. —Alzó la mano—. Sin excusas. El sábado de la semana que viene se vienen los cuatro; os estaremos esperando con la carne a punto.

### *Santiago, Chile*

—¿Podemos subir al Cerro? —preguntó Vicky a Alejandro después de comer. Me han dicho que hay un teleférico.

Él le dirigió una sonrisa irónica.

—Te vas a hartar de teleféricos y ascensores este fin de semana, ya verás.

En el aeropuerto habían alquilado un Nissan X-Trail. De camino a la embajada de España, vieron el palacio de la Moneda y la plaza de Armas. Tanto la embajada como el consulado español quedaban al pie de un monte al que llamaban el Cerro, a escasa distancia de otras sedes diplomáticas y del Centro Cultural de España, donde les habían preparado una comida que mezclaba platos típicos chilenos con especialidades españolas de esas que hacen llorar a cualquiera que lleve un tiempo fuera de sus fronteras.

Por la tarde salieron en dirección a Viña del Mar. Si pasar de su tierra bañada por el Mediterráneo a las grandes ciudades del Río de la Plata ya había supuesto un impacto para Victoria, el salto a la costa del Pacífico le había hecho sentirse una auténtica ciudadana del mundo.

Y si lo poco que había visto de Buenos Aires le había resultado fascinante, Chile la enamoró. Había algo en el ambiente, una energía telúrica que brotaba del interior de la Tierra. Una energía tan potente que de vez en cuando ni siquiera los volcanes alcanzaban a contenerla y se extendía por montañas y

valles en forma de terremotos.

Vicky disfrutó muchísimo del trayecto a lo largo de la Ruta 68, aspirando el aroma de los altos pinos azules y dormitando mientras escuchaban románticas baladas en la radio.

Abrió un ojo y vio que Alejandro conducía serio pero relajado; era uno de esos hombres que parecían haber nacido para conducir. Al notar la mirada de Vicky, le ofreció la mano. Ella estuvo tentada de poner la suya encima, pero el sueño de esa noche la había alterado más de lo que quería admitir. Fingió estar dormida y, cuando él retiró la mano, se volvió hacia la ventanilla. Poco después, dormía de verdad.

El hotel elegido por Alejandro, el Oceanic, la dejó boquiabierta.

—¡Qué maravilla! —exclamó al ver que el Pacífico rompía contra las rocas a los pies de su habitación—. Pero, Alex, no vamos a poder visitar nada.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿Te encuentras mal?

—Porque no voy a poder apartarme de aquí —respondió ella con las manos pegadas al cristal.

Él se acercó y la envolvió totalmente con su cuerpo, apoyando las manos sobre las suyas en el cristal.

—¿Hay delfines y ballenas por aquí? —susurró ella, recordando su charla con los dos mamíferos marinos durante su estancia en el *reality*.

—No es habitual, de vez en cuando. Aquí lo más abundante son las aves marinas —Alex le hizo cosquillas en la barriga—, ¡y langostas! ¿Tienes hambre? —Cuando las tripas de Vicky respondieron por ella, el embajador se echó a reír—. Bien, cenamos en el restaurante mirador. He reservado mesa dentro de media hora. ¿Tienes que ducharte o prefieres que aprovechemos el tiempo de otra manera? —Le acarició la parte inferior de los pechos mientras le daba un suave beso en el cuello.

Victoria se estremeció cuando la caricia le trajo recuerdos del sueño de la noche anterior.

—Te... tengo que ducharme —se excusó, escabulléndose bajo su brazo.

—¡No tardes! —exclamó él cuando se metió en el baño—, o entraré



contigo.

Pero, en vez de cumplir su amenaza, apoyó la frente en la mano y se quedó sumido en sus propios recuerdos.

\* \* \*

El viernes, Victoria se enamoró de Viña del Mar. Disfrutó como una niña en el jardín botánico, con sus estanques, sus flores de loto y sus ambientes japoneses, que la hicieron sentir como si estuviera dentro de un cuadro de Monet. Lo que más le llamó la atención fueron los relojes hechos con plantas y flores que se fue encontrando a lo largo de todo el fin de semana. Sentía que le estaban enviando un mensaje.

«¿Qué querrán decirme?, ¿que aproveche el tiempo con Alejandro? ¿O tal vez que el tiempo de Manu en mi vida se está agotando? —se preguntaba con un nudo en la boca del estómago que se resistía a abandonarla—. ¿Quieres dejar de comerte la cabeza y disfrutar del momento, boba? ¡Exacto! Ése es el mensaje de los relojes.»

Esa noche, para alegría de Vicky, volvieron a dormir en el hotel Oceanic.

—Creo que no me cansaría nunca de estar aquí —comentó mientras Alejandro le servía otra copa de chardonnay blanco Amelia de 2013.

Él se sirvió también y alzó la copa en su dirección.

—¿Por qué brindamos? —susurró Vicky.

—Por el amor, ese hijo de mil putas.

Ella se sobresaltó y bajó la cara.

—Álex, perdona si he estado un poco ausente estos días.

—Nada que perdonar. El amor es una guerra, y la vida su campo de batalla. No se puede pasar por ella sin recibir sus impactos. A veces son moratones; otras, balazos. A veces es una bomba que nos explota en la cara. No debemos disculparnos por las marcas que nos deja; que no sean visibles no significa que no estén ahí.

Victoria alzó la cara y vio que los ojos de Alejandro reflejaban la intensidad del oleaje. Había estado tan pendiente de disimular el impacto que el sueño había tenido en ella que no se había dado cuenta de que él no estaba

mejor.

—Menudo par estamos hechos. Cualquiera que nos viera pensaría que somos la pareja perfecta, disfrutando de una luna de miel en el paraíso, y sin embargo...

—Brindo por los «sin embargos» —la interrumpió él, alzando la copa.

Un par de horas más tarde, cuando el sol ya se había puesto en dirección a la isla de Pascua, la pareja seguía hablando. La botella de vino, seguida de varios cócteles, había actuado como una llave para los sentimientos de Vicky, que se había abierto por completo. Con la cabeza apoyada en el hombro de Alejandro —que la abrazaba para protegerla del viento y la humedad—, lloró contándole su historia con Manu y lo injusta que le parecía la aparición de la odiosa Cabo de Buena Esperanza.

Él, que siempre parecía saber lo que necesitaba, la dejó hablar, acariciándole el brazo y dándole suaves besos en la cabeza de vez en cuando. Charles Lampard lo había llamado por teléfono y habían hablado de Victoria y de su «inadecuado novio gaditano» —palabras textuales del diplomático inglés—, pero la versión de Vicky no se parecía en nada a la de su padre.

Contagiado por la intimidad del momento, cuando ella quiso saber quién era su «sin embargo», él no se negó. Y, así, Victoria se convirtió en una de las pocas personas en el mundo en conocer la historia de Alejandro y Lorena, la dulce chica de buena familia de Avilés que había sido su primer amor. Se habían amado con la inocencia de la juventud, que les hizo creer que su amor superaría todos los obstáculos y que envejecerían juntos disfrutando de sus nietos. Pero no fue así. El fin de semana que compartieron en Cudillero a escondidas de los padres de ambos era el recuerdo máspreciado de su vida.

—¿Qué pasó? —quiso saber Vicky.

—Con dieciocho años, la idea de esperar a que yo acabara los estudios diplomáticos le pareció insoportable. Ahora me pongo en su lugar; cuando eres adolescente, el tiempo tiene otra dimensión, un año es una eternidad. Pero en aquel momento me destrozó. Pensé que me esperaría, pero cuando mi madre me contó que se casaba con el notario, un tipo quince años mayor que ella, me quise morir.

—Me alegro de que no lo hicieras. —Lo abrazó por la cintura y apretó con

fuerza.

Él sonrió con la boca pegada a su coronilla.

—Qué dulce eres, Vicky. Reconozco que siempre me recordaste un poco a Lorena.

Ella lo miró indignada.

—¡Eh, a mí no me compares con esa zorra traidora! —El alcohol la liberaba de cualquier filtro. Su cara, ya muy expresiva de natural, era un libro abierto cuando su cerebro se convertía en un bizcocho borracho de licor. Alejandro fue espectador de primera fila del muestrario completo de sus emociones. La indignación dio lugar a la sorpresa, que se convirtió en duda y luego en arrepentimiento—. ¡Buaaaaa! ¡Soy una zorra traidora! Me he acostado contigo a la primera de cambio, sin tratar de arreglar las cosas con Manu.

Él intentó con todas sus fuerzas no echarse a reír, pero cuanto más se esforzaba, más ganas tenía. Finalmente, no pudo contenerse.

Al notar sus espasmos, Vicky creyó que estaba llorando y quiso consolarlo, pero al ver que se estaba partiendo el pecho a su costa, la indignación volvió a tomar las riendas de sus emociones.

—¡Serás capullo! —Se levantó de golpe, pero volvió a sentarse al sentir que la terraza daba vueltas. Álex trató de agarrarla por la cintura, pero ella le dio un fuerte empujón—. ¡Suelta!

—Victoria, espera. No me río de ti, te lo juro. Te juro que no sé de qué me estoy riendo.

Ella se agarró a una silla para no caerse.

—Ya. Pues, mientras lo piensas, no hace falta que vengas a la habitación. ¡Esta noche duermes en el sofá!

Las palabras de Vicky le provocaron un nuevo ataque de risa. Las lágrimas le caían por las mejillas; hacía tiempo que no se reía tan a gusto. Probablemente por el peso que se había quitado de encima compartiendo los recuerdos de Lorena con una amiga; eso, o los caldos chilenos. O el tercer *dirty martini*...

Apoyándose en todo lo que podía, Vicky llegó a la habitación, logró abrir la puerta con la tarjeta y la cerró por dentro con el pestillo.

—¡A descojonarte de tu tía la del pueblo, cabronazo! ¡Será cafre, el ilustrísimo! ¡El cafrísimo embajador, eso es lo que es! ¡Que le den por donde amargan los porotos granados! ¿Qué eran los porotos granados?... No me acuerdo. Mañana se lo pregunto a la camarera.

Tras una rápida visita al baño —durante la cual siguió despotricando contra los embajadores que pensaban que la empatía era una ciudad egipcia con una gran biblioteca desaparecida en un incendio—, se lanzó sobre la cama y se quedó dormida. Cuando Alejandro la siguió —tras dejar pasar un tiempo prudencial para que la temperamental becaria se calmara— y llamó a la puerta, Vicky no oyó nada. Pidió una nueva tarjeta a la recepcionista, que se la hizo encantada, pero el pestillo no lo dejó entrar.

Volvió a recepción con cara de circunstancias.

—Si no te importa, me quedaré a hacerte compañía un ratito —le dijo a la chica con una sonrisa tan cálida que hizo que en el glaciar Perito Moreno el hielo se fundiera un poco más deprisa—. Mi pareja se ha dejado el pestillo cerrado..., por error.

—Vaaayaa, qué lástima —respondió la recepcionista—. Pero no puedo consentir que pase la noche en el sofá, señor.

Lo acompañó a una habitación libre y lo invitó a entrar.

—Acabo el turno a las dos —anunció desde la puerta y le guiñó el ojo—. Pasaré por aquí entonces, a ver si necesita algo..., señor.

Él le cogió la plaquita de la solapa para leer su nombre y, antes de soltarla, le acarició el pecho con el dedo meñique por encima de la blusa.

—Te esperaré aquí, Claudia, soñando contigo.

*Estudios de televisión Televisa San Ángel, Ciudad de México*

Entre humo azul, luces y música rock, el presentador de «Gran Golfo» hizo su entrada triunfal. Los gritos de las chicas eran prueba de la enorme expectación que había despertado el programa. Durante las últimas semanas, el canal había ido intercalando fragmentos de entrevistas con los participantes, que venían dispuestos a encender los ánimos y los tangas de las adolescentes mexicanas. Las chicas ya habían elegido sus favoritos y agitaban pancartas con sus nombres y sus caras. De momento, la cosa parecía equilibrada, pero la organización se había guardado un as en la manga.

—¡Bienvenidos, todos y todas, a la primera edición de «Gran Golfo»! — Tras una nueva tanda de aplausos, silbidos y gritos, Gabriel Rubio, el famoso presentador, siguió hablando—: ¡Al fin llegó el gran día! Nuestros conquistadores están listos para dar lo mejor de sí mismos. ¿Quieren conocerlos, chicas?

Hasta la salita donde esperaban los concursantes llegó el estruendo, y Manu tragó saliva.

«Virgencita de Guadalupe, ayúdame a salir entero de ésta para poder recuperar a mi Vicky.»

—*Gia spaventato?* —le preguntó Gianni, el representante italiano, con una mirada burlona.

—No te entiendo, *quillo*. —Manu se levantó, saltó en el sitio varias veces, hizo rodar los hombros y movió la cabeza a un lado y a otro para liberarse de

la tensión—. ¿Qué dice, Pippin?

Bipin, el participante bengalí, se había ganado la amistad de Manu al contarle que en la mitología hinduista Manu era el nombre del primer ser humano, el que fue salvado del diluvio universal. Al gaditano le había hecho mucha gracia. «Vamos, que soy el Noé de tu país... Lo que se aprende viajando, *quillo* —le había dicho, y, tras pensar un poco, había añadido—: Pippins en España no hay muchos. Tenemos a Mary Pippins y el amigo de Frodo, el Hobbit ese.»

—Bi-pin, con B de bengala, no Pippin —le aclaró una vez más el actor de Bollywood nacido en Calcuta que acababa de dar el salto a Hollywood y que hablaba varios idiomas—. Te pregunta si tienes miedo.

—¿Si tengo miedo de un montón de chavalitas que hacen temblar las paredes del plató? Pues claro, *pisha*. Soy golfo, no idiota.

Al oír la palabra *golfo*, la única que habían reconocido, los dos participantes estadounidenses se volvieron hacia él al mismo tiempo.

—*I am big Golfo. Fuck off, man.*

—*Keep dreaming, loser. The only big Golfo here is me.*

—¿Qué dicen los *guachineys*, Pippin? Hasta en México me los tengo que encontrar, ¡qué harto me tienen!

—El de California y el de Florida, que están todo el día a ver quién mea más lejos.

—Ah, déjalos, güey —intervino Diego, el representante mexicano—, así se entretienen.

El último concursante murmuró algo entre dientes. Aunque iba vestido con traje y camisa como los demás, algo en él lo distanciaba del resto. Y no era sólo la obvia calidad del traje hecho a medida, sino su actitud desdeñosa. Se comportaba como si los demás fueran sus sirvientes.

—¿Qué ha dicho el sultán?

—Es el hijo del emir de Catar, pero no lo he entendido; no hablo su idioma.

El traductor que el programa había contratado se acercó a ellos mientras Tamim, el príncipe catari, estaba distraído contemplando la pantalla de la sala de espera.

—Ha dicho que deberíais estar todos trabajando en las obras de algún rascacielos de su país —susurró.

—Golfo no sé si será —comentó Manu—, pero malaje es un rato largo el tío.

—¿Les ha quedado claro? —preguntó al público Gabriel, el presentador—. Luego les cuento más cosas, pero no los hago esperar más. ¡Que entren nuestros golfos!

Uno a uno, los guapazos fueron entrando en plató y ocupando los asientos que les indicaban dos azafatas ligeras de ropa. Sobre cada asiento, un cartel indicaba el origen de cada uno de ellos. Mientras cruzaban la pasarela que separaba la puerta de la zona de asientos, los chicos saludaban, cegados por los focos pero sintiendo la energía del público, básicamente femenino.

Gianni se sentó bajo el cartel que indicaba «El Golfo de Génova», Bipin bajo el de «El Golfo de Bengala»; Tamin era «El Golfo Pérsico»; Mike, «El Golfo de California», y Charlie, el de Florida. Cuando salió Diego, el Golfo de México, el estudio casi se vino abajo; estaba claro que jugaba en casa.

—Tú no, Manu —le indicó la regidora, apoyándole la mano en el pecho y sacudiendo una mota de polvo inexistente—. Serás la sorpresa de la noche.

*Viña del Mar y Valparaíso, Chile*

A la mañana siguiente, Alejandro y Victoria se encontraron de nuevo en la terraza, donde compartieron el zumo y los ibuprofenos y, sin ponerse de acuerdo previamente, actuaron como si la discusión de la noche anterior no hubiera sucedido. Su relación había nacido en un terreno pantanoso, pero él sabía que eso formaba parte de la educación de la joven diplomática. Tan importante o más que conocer el derecho internacional o las normas de protocolo era saber mirar hacia otro lado en el momento oportuno. Más de un conflicto internacional se había evitado gracias a esa norma no escrita y de moral dudosa. Pero su trabajo consistía básicamente en evitar conflictos, de la moral que se ocuparan los religiosos, los filósofos o los antropólogos.

Después de desayunar, hicieron el *check out* y partieron en dirección a Valparaíso por la avenida España. Las dos localidades, situadas en la misma bahía, eran como una pareja de amantes de esos que se dejan espacio pero que no pueden vivir demasiado lejos uno de otro.

Antes de comer visitaron la Sebastiana, la casa museo de Pablo Neruda, uno de los poetas favoritos de ambos. Alex le hizo una foto en el banco del patio de entrada, el banco donde una estatua del poeta daba la bienvenida y abrazaba a sus visitantes. La foto se había convertido en la imagen de portada de las redes de Vicky, que no pudo evitar reírse al pensar en la cara de asco del cónsul cada vez que oía la palabra *cultura*.

También sonrió cuando la voz de Manu se coló en su cabeza, susurrándole:



«Me gusta cuando callas porque estás como ausente, Pablito, *pisha*. Y las manitas quietas, que ya tengo bastante vigilando al pulpo del embajador, sólo me faltabas tú».

—¿De qué te ríes? —le preguntó Álex.

—No te lo creerías.

Por la tarde, tras dejar las cosas en el hotel Casa Vander, en el Cerro Alegre, habían pensado dormir un poco, pero Victoria se volvió loca con las vistas y no quiso perderse nada. Tenía la sensación de haber ido a parar a un cuento. Los alegres colores de las casas le recordaron a las imágenes de Cinque Terre, el pueblo italiano de la costa Amalfitana que siempre había querido visitar; las pendientes le recordaban a San Francisco, y los ascensores y los trolebuses a Lisboa, pero Valparaíso tenía una personalidad propia. Valpo —como la llamaban los lugareños— tenía un aire de multiculturalidad, de rebeldía, de orgullo por la hermosa patria y de alegría de vivir, a pesar de las dificultades. Muchas de las fachadas, incluida la de su hotel, estaban decoradas con grafitis, pero no eran diseños apresurados ni clandestinos, sino auténticas obras de arte que convertían la ciudad en un museo.

Las iglesias eran igual de variadas. Desde su hotel se veía la iglesia luterana de la Santa Cruz, que habría hecho que a cierta cabo sudafricana le cayeran lagrimones de añoranza, pero a Victoria le provocó una sonrisa, por el aire ecléctico que le daba al conjunto.

Al lado del lujo del hotel Oceanic, el Vander podía parecer sencillo, pero Vicky se enamoró de los suelos de madera, de las escaleras que parecían subir hasta el cielo y de las maravillosas vistas a la bahía.

—¡Vamos! —urgió tirando del pie de Álex, que se había tumbado en la cama y se había cubierto los ojos con el antebrazo—. ¿Qué pasa, tito Álex? ¿Estás cansado? ¿No has dormido bien esta noche?

Él gruñó.

—De doce a dos he dormido estupendamente. Después... me he desvelado.

Ella se lo imaginó durmiendo en el sofá de la recepción del hotel y sintió una punzada de arrepentimiento.

—Lo siento.

Él le dirigió una sonrisa canalla.

—No lo sientas. Ha sido una noche... interesante.

—Pues vamos, ¡quiero montar en mi ascensor! —dijo Vicky, saltando como si fuera una niña.

El recepcionista les había dicho que el funicular que se detenía prácticamente en la puerta del hotel llevaba el nombre de la reina Victoria.

Álex se echó a reír. La joven Lampard le despertaba emociones muy intensas. Aunque para el sexo seguía prefiriendo las relaciones esporádicas, Vicky le despertaba un instinto protector muy fuerte. Lo ponía como una moto porque era un obseso del sexo, pero a veces le venían ganas de darse una paliza a sí mismo por asaltacunas.

\* \* \*

Poco después bajaban en la pequeña caja verde, roja y blanca, y durante el corto trayecto se cruzaron con su caja gemela. Victoria se la quedó mirando y alargó el brazo, pero enseguida la vida las llevó en direcciones opuestas. Se volvió hacia el cristal delantero y apoyó las dos manos en él, fingiendo absorber el paisaje para que Álex no notara que se le habían empañado los ojos.

«Vicky, de verdad, hasta las cabinas del funicular te recuerdan a Manu... Cada día estás peor.»

La pareja subió a varios miradores de la ciudad. Tal como le había advertido él durante su visita a Santiago, se habían dado un hartón de ascensores y funiculares, pero Vicky nunca se cansaba. Le encantaba ver las ciudades desde las alturas; le despertaban unas ganas enormes de seguir viajando, al oeste, siempre al oeste, siguiendo el sol, hasta llegar de nuevo a su casa, a los pies del Peñón de Gibraltar. Al atardecer se dirigieron en coche al faro Punta Ángeles, en Playa Ancha, para contemplar de nuevo la puesta de sol.

—Pero ¡qué maravilla! ¡Valparaíso es una ciudad preciosa! ¡Gracias por traerme, Álex! —exclamó Vicky abrazándose a su cintura. La incomodidad de la mañana había desaparecido por completo.

—Vine hace dos años, pero apenas tuve tiempo de ver nada; me juré que

volvería a disfrutar de la ciudad al lado de alguien especial.

—¿Me estás diciendo que en dos años no has encontrado quien te acompañara? ¡Anda ya, no me cuentes milongas!

—Por suerte, compañía nunca me ha faltado, pero hacía mucho tiempo que no encontraba a alguien tan especial como tú.

—Eso se lo dirás a todas, don Juan de Montevideo.

Alejandro le hizo cosquillas en la cintura y Victoria trató de huir, pero él la colocó ante su cuerpo y la abrazó por detrás, apoyando la cara en su hombro. Juntos disfrutaron del espectáculo del sol poniéndose sobre el horizonte del Pacífico.

—¿A qué distancia queda la isla de Pascua? —preguntó Vicky, sintiendo la llamada del mar.

—A casi cuatro mil kilómetros.

Ella trató de imaginarse cómo habría sido vivir como aquellos hombres y mujeres, aislados de todo, pero fue incapaz. Su experiencia en el islote del Caribe no se podía comparar; ellos habían jugado a estar aislados, pero sabiendo que un equipo los vigilaba casi constantemente.

Las gaviotas gritaban y el viento le agitaba el pelo. La puesta de sol le recordó a otra que había presenciado hacía pocas semanas en lo alto del Peñón, aunque le diera la sensación de que habían pasado varios siglos.

«Victoria, vive el momento. Estás en un rincón paradisíaco del mundo, haciendo realidad tu sueño al lado de un hombre que ha formado parte de tus fantasías desde siempre. No dejes que un golfo te boicotee.»

Aun así, no era tan fácil. Ese sencillo carpintero se había colado en su corazón y había tapiado la salida clavándole tablones para que no pudiera echarlo de allí.

«Otro continente, otro océano, otro hombre a mi lado —recordó los consejos de M durante el desfile militar del 12 de octubre y miró a Álex por encima del hombro—. Mientras no me encariñe de él, todo irá bien.»

Se liberó de sus brazos y se alejó unos metros. Cuando el viento le hizo volar la falda, soltó un grito y se echó a reír.

Alejandro le dirigió una mirada que era puro pecado.

—Eres la Marilyn Monroe morena.

—Y salada —añadió ella con gracia mientras daba varias vueltas sobre sí misma y acababa con los brazos en alto y un taconeo—. No más motes, por favor, estoy harta de apodos. Soy Victoria Lampard, nada más.

—Y nada menos. —Alejandro se acercó a ella, le sujetó la cara entre las manos y la besó con delicadeza—. «Esclava mía, témeme. Ámame. ¡Esclava mía! —recitó mirándola a los ojos—. Soy contigo el ocaso más vasto de mi cielo, y en él despunta mi alma como una estrella fría.»

—¿Neruda?

—Ajá.

—Precioso.

—Y eso que no te conoció. Los versos que habría escrito si te hubiera conocido, hermosa Vicky...

Ella se ruborizó. «¿Cómo no encariñarse de alguien así?»

—¿Estás cansada? ¿Quieres tomar algo?

—Pues, ahora que lo dices, habrá que cenar, ¿no?

—Ya tardamos.

Vicky soltó un suspiro al sentarse en el coche. Aunque Álex la había avisado y se había puesto zapatos cómodos para patearse la ciudad, a esas horas de la tarde los pies le hacían chup-chup.

Media hora más tarde, estaban cenando a base de marisco en la caleta Portales.

Victoria dio un trago al vino blanco y se recostó en la silla satisfecha.

—Parece que te ha gustado.

—¡Me ha encantado! La Perla del Pacífico me ha robado el corazón.

—Y mañana, ya, carretera a Santiago y de vuelta a Montevideo.

—¡Oh, no! ¡No quiero irme!

—¿No tienes ganas de ir a trabajar el lunes para mi apreciado colega Calvo Orondo?

Vicky fingió meterse los dedos en la boca.

—Preferiría volver a entrar en un *reality*.

Él se echó a reír.

—Y ¿qué te apetece hacer?

—Quiero visitar Ciudad de México y Cartagena de Indias, quiero ver las

cataratas de Iguazú y los glaciares de la Patagonia, quiero conocer Río de Janeiro y...

—Pero bueno, frena, criatura, ¡vas a ser mi ruina! —Ella le dirigió una mirada compungida—. De momento elige un destino.

—¿Sólo uno? —Victoria se mordió el labio inferior, dudosa—. ¿Puedo pensarlo?

Él se echó a reír.

—Parece que estés escribiendo la carta a los Reyes.

—Así es como me siento —admitió ella con una sonrisa—. Voy al baño y lo pienso por el camino, ¿vale?

—No tardes, que ya te echo de menos.

—¡Vuelvo enseguida, zalamero!

Pero, al cabo de diez minutos, Vicky seguía sin aparecer. Preocupado, él se levantó y fue a buscarla. La encontró pegada al televisor, donde en un programa de cotilleo estaban pasando imágenes del nuevo *reality* estrella del canal mexicano Televisa, un programa que había despertado una gran expectación por sus invitados internacionales.

—Esto sí que no me lo esperaba. ¿Tienes mono de tele, Victoria?

Ella no respondió. Estaba paralizada, hierática como un moái de la isla de Pascua. Al fijarse en la pantalla, Alejandro vio que estaban entrevistando a un joven que le resultó familiar, sentado bajo un cartel donde se leía «El Golfo de Cádiz».

—Entonces ¿tu relación con la Estrecha ha acabado, güey?

—Sí, *pisha-güey*, me dijo que era demasiado golfo *pa'* ella y me dejó con el corazón *partío*. Pero me han dicho que las mexicanas son lo mejor para olvidar las penas de amor. ¿Se referirían a las cervezas?

Las chicas del público empezaron a gritar.

—¡Nooooo, papacito, se refieren a mí!

Vicky sintió unas ganas enormes de entrar en aquel plató y teparle la boca con media rodaja de limón.

—¡Aquí, yo, pura hembra cien por cien!

O con una rodaja entera.

—¡Acércate, que te consuelo, papi!

Mejor un pomelo.

—¡Yo haré que te olvides de esa niña fresa estrecha!

*Naaaah*, ¡una piña!

Alejandro le pasó un brazo por los hombros, pero ella no se dio cuenta.

—Nos han llegado rumores de que dejaste a una militar embarazada en España, Manuel.

—Llámame Manu, hay confianza, *pisha-güey*.

—¿Qué hay de cierto en esos rumores, Manu?

—No puedes fiarte de los rumores —respondió él, mirando fijamente a cámara—. También se dijo que se había aparecido la Virgen en mi casa.

—¡Increíble!

—Y que lo digas, bajo mi techo, ninguna mujer permanece virgen mucho tiempo, Gabriel, *güey*.

Las exclamaciones escandalizadas se mezclaron con los suspiros y las risitas de las adolescentes.

El presentador hizo una mueca.

—Señores y señoritas, desde la preciosa Andalucía llega pegando fuerte ¡el Golfo de Cádiz! ¡Que viva el golferío!

—¡Y que viva México, ca-bro-nes! —gritó Manu, fingiendo sacarse dos pistolones de la cintura y disparando al aire, dejando a la vista sus abdominales y haciendo subir las audiencias y la temperatura del continente entero. Hasta Chile llegaron las réplicas del terremoto Manu.

Victoria tragó saliva con dificultad mientras Alejandro la miraba de reojo.

—¿Ya sabes adónde quieres que vayamos el próximo fin de semana?

—A cualquier parte menos a México —murmuró ella, contradiciendo lo que le pedía a gritos el corazón.

*Montevideo, Uruguay*

Victoria hizo una mueca al sorber el mate. Aunque cada día compartía uno con Mariel y con Micaela —que le habían regalado su propia bombilla—, seguía resultándole muy amargo, aunque no tanto como la realidad.

—Tremendo golfo el tuyo, Victoria —dijo Micaela.

—¡No! No me digas que en Uruguay también se vio.

—Ay, nena, hoy en día no hay fronteras. Me llegó el vídeo por WhatsApp.

Vicky se cubrió los ojos con una mano unos instantes para serenarse. Luego las miró muy seria.

—No es mi golfo. Ya lo visteis, se burló de mí, me tiró como si fuera un clínex usado y a otra cosa. Mi intuición no me engañó. Es un golfo superficial y sin escrúpulos. La cabo le ha durado menos que yo. La usó como excusa para librarse de mí. Tendríais que haberlo oído: «Que si no puedo dejar a ese niño sin padre, que si la responsabilidad, bla, bla, bla». ¡Menudo cínico! De la que me he librado.

Mariel le pasó un brazo por los hombros.

—¿Qué haces?

—Consolarte.

—Consolarme, ¿por qué? Lo que debemos hacer es celebrar que me he librado del golfo más despreciable del sur de Europa.

—Bueno, habrá que esperar a ver qué da de sí el Golfo de Génova, se lo ve entregado al golferío también a ese pibe —comentó Micaela—. Hemos

hecho una apuesta con las chicas para ver quién gana. ¿Quieres participar, Victoria?

—¡Aaaarggg, no! ¡Odio las apuestas y odio a los golfos!

—Victoria —el cónsul había abierto la puerta de su despacho y la estaba mirando como si fuera una cucaracha—, si has terminado con tus gritos arrabaleros, ¿podrías pasar un momento?

—Enseguida.

Mientras se dirigía al despacho del señor Calvo Orondo, oyó que Mariel le decía a su compañera, sin molestarse en bajar la voz:

—¿Gritos arrabaleros? Ése no ha pisado un arrabal en su vida.

—¿Vosotras no tenéis trabajo? ¿Os doy más?

—Mucho trabajo, ilustrísimo Orondo, ni se lo imagina.

—Calvo Orondo.

—Disculpe, ilustrísimo Calvo.

—¡Señor Calvo!

—Disculpe, señor Calvo.

—Ilustrísim... ¡Oh, es inútil! Pasa, Victoria. —Cerró la puerta y se dirigió a su silla—. Espero que no tomes ejemplo de esas dos mujeres. Son lo peor de la diplomacia..., bueno, si descartamos a mi colega el embajador.

—Excelentísimo —apostilló Vicky, ganándose una mirada asesina de su jefe.

—Veo que ya se te ha contagiado el descarro de esas mujeres. Le prometí a tu padre que cuidaría de ti, Victoria, y eso voy a hacer. Este fin de semana olvídate de corretear por ahí con el embajador. Te he inscrito al Congreso Interamericano de Mujeres Católicas. Ocúpate tú misma de reservar vuelo y hotel. Espero que aproveches el viaje y que recuerdes cuál es tu sitio.

Vicky quiso preguntarle un montón de cosas, pero, al abrir la boca, la mirada desquiciada de don Rodrigo le quitó las ganas. En silencio, volvió a su sitio.

—Chicas, me temo que el asado tendrá que esperar —les dijo, suspirando, cuando las dos mujeres se acercaron a ver qué tripa se le había roto al ilustrísimo tocapelotas—. Este fin de semana me toca ir a un congreso de beatas.



Mariel y Micaela intercambiaron una mirada que a Vicky le dio muy mala espina.

—¿Qué pasa?

—¿Te anotó al Congreso Interamericano de Mujeres Católicas?

—A ese mismo.

—No sabés dónde se celebra, ¿verdad?

—¿En Buenos Aires?

Mariel negó con la cabeza.

—¿En Miami?

Micaela le dio unas palmaditas en la espalda.

—Dejá el mate; voy a buscarte un vino, nena.

—¿Me lo vais a decir de una buena vez?!

*Ciudad de México, México*

Manu se había arrepentido unos tres millones de veces de haber seguido su impulso. Llevaba siete días de concurso y, aunque el recibimiento había sido bueno, tras una semana iba el último en las encuestas.

La organización les ponía pruebas para que los participantes demostraran su golferío, pero Manu no estaba por la labor. Sus compañeros se lanzaban encantados a seducir a las aspirantes a actriz, modelo o tertuliana de televisión que desfilaban por la casa disfrazadas de vendedora a domicilio, de enfermeras de urgencias o de vecinitas a las que se les había acabado la sal. Y, aunque las chicas parecían felices de estar allí y se lanzaban al cuello de los concursantes, desinhibidas, él lo único que quería era recuperar a Vicky.

Pasado el entusiasmo de los primeros momentos, la jugada cada vez le parecía más arriesgada. ¿Y si ella no veía el concurso? ¿Y si lo veía y decidía que se había pasado veinticinco pueblos y que no quería volver con él nunca más?

Una noche de insomnio, mientras el Golfo de California y el de Florida seguían empeñados en comprobar quién meaba más lejos —en este caso, con una competición de ronquidos—, Manu vio la luz. ¿No querían golferío? Pues golferío iban a tener.

Cuando a las seis de la mañana entró la cuadrilla de limpieza a la casa de «Gran Golfo», Manu se dirigió a una de las limpiadoras, rascándose la tripa con una mano y revolviéndose el pelo con la otra.

—Buenos días, chiquilla.

—Señor Manuel, vuelva a la habitación. Si me ven hablando con usted, puedo perder el trabajo.

—¿Cómo te llamas?

—Lupita, señor Manuel.

—Llámame Manu. Te espero detrás de la chumbera, Lupita; ahí no enfocan las cámaras, necesito hablar contigo.

Ella no respondió y siguió limpiando, pero al cabo de unos minutos se dirigió hacia la terraza. Tanto la joven limpiadora como sus amigas eran muy fans de Manu desde su paso por «Pecado original». La tentación de hablar con él a solas y de conseguir su autógrafo era demasiado fuerte.

—Apúrese, señor Manuel. ¿Qué puedo hacer por usted?

\* \* \*

Media hora más tarde, tras haber firmado autógrafos para Lupita, sus cinco hermanas, sus trece sobrinas y sus ocho amigas del alma, Manu enviaba un mensaje de WhatsApp al Tuerkas desde detrás de la chumbera. La joven había resultado ser un auténtico chollo. Él le había pedido un teléfono para poder comunicarse con el exterior, pero casi se había echado a llorar de alegría cuando ella regresó con su móvil.

—¡Lupita! Vales tu peso en oro. ¿De dónde lo has sacao, quilla-güey?

—No pregunte, señor Manuel —respondió ella guiñándole el ojo con descaro.

Tuerkas: Pero ¿tú no estabas incomunicao? ¿De dónde has sacao el teléfono, pisha?

Manu: Te lo diría, pero entonces tendría que matarte, quillo.

Tuerkas: 🤔🤔🤔 Pensaba que estabas en «Gran Golfo» y no en «Gran Narco», tío.

Manu: Ya te lo contaré, pero dime, ¿qué sabes de Vicky? ¿Ha visto el programa? ¿Sabe que ya no estoy con la cabo?

Tuerkas: Sí lo sabe, te vio, pero...

Manu: Pero ¿qué?

Tuerkas: No estaba muy contenta, que digamos. Te llamó de todo menos guapo.

Manu: Joder, qué desastre. Creo que me voy a largar de aquí. Esto no es para mí.

Tuerkas: Aguanta un poco, pisha. No creo que vayas a perder nada. ¿Quién sabe? Igual

está muerta de celos pero disimula.

Manu: Mi Vicky no sabe disimular..., y menos con Emma, pero gracias por los ánimos, manito. Hablamos.

Tuerkas: Cuídate, manito.

La semana se le hizo eterna, aunque había tenido sus buenos momentos. De la fiesta del tequila no recordaba apenas nada, pero estaba seguro de que la organización les pondría vídeos para recordarles qué había pasado antes de que despertaran todos alrededor de la piscina con los bañadores en la cabeza.

Tal como se imaginaba, en la gala no faltaron imágenes de la rivalidad entre los concursantes; momentos *hot*, como los del Golfo Pérsico con una joven promesa del cine porno, y otros que causaron las delicias del público pero que hicieron que los concursantes no supieran dónde esconderse, como cuando un equipo de esteticistas, vestidas como dóminas con ajustados trajes de cuero, les hicieron la depilación a la cera de sus partes íntimas.

Cuando llegó el turno de pasar revista a la semana de Manuel, él se preparó mentalmente para que emitieran imágenes de cuando le había rezado a la Virgencita del Carmen para que apartara de él el cáliz de la depilación, o incluso que hubieran descubierto sus trapicheos con Lupita. Estaba preparado para que lo expulsaran; de hecho, nada le apetecía más que salir en libertad, pero, una vez más, la organización lo sorprendió.

A él y a todos.

Cuando el presentador le advirtió que se agarrara a la silla para que viera las imágenes exclusivas que el programa había conseguido, pensó que estaba exagerando. Pero cuando Victoria —¡su Vicky!— apareció en la enorme pantalla entrando en un edificio cubierto por un precioso y colorido mural, estuvo a punto de caerse al suelo.

—¡Te advertí que te sujetaras a la silla, güey! Veo que has reconocido a la preciosa morena, ¿no?

—Es mi Vicky. ¡Vicky! ¿Dónde está? ¿Es mi sorpresa? ¡Que entre ya!

Manu se acercó a la pantalla y alargó los brazos hacia ella, provocando la risa burlona del resto de los golfos y los suspiros de las jóvenes que formaban el noventa por ciento del público.

—¿No reconoces esa entrada? —Él negó con la cabeza—. Estoy seguro de

que muchas de las preciosidades que nos acompañan la han reconocido. ¿Me equivoco, señoritas?

Manu no logró entender lo que gritaban, así que se acercó al público, provocando una auténtica locura.

—¿Dónde está Vicky, *quilla-güey*? —le preguntó a una de ellas, que no pudo responder porque se desmayó.

Manu la levantó en brazos, se sentó en su silla con ella encima y empezó a darle palmaditas en la mejilla, lo que dio pie a una nueva oleada de desmayos, reales y fingidos.

—¡*Quilla*, despierta! Anda, dime dónde está Vicky y te doy un beso.

—Manuel, ¿no prefieres que te lo diga yo? —intervino el presentador, ganándose una lluvia de bolsos, teléfonos móviles y otros objetos—. ¡Okey, okey, señoritas, tranquilas!

Cuando la afortunada abrió los ojos, se le escapó la risa tonta, convencida de que estaba soñando.

—Dime, bonita —susurró Manu—. ¿Dónde está mi Vicky?

—En la biblioteca de la Universidad Autónoma, muy cerca de aquí.

—¿En México?

—¡Sí! —gritó el público entusiasmado.

El golferío estaba muy bien, pero si algo les gustaba todavía más era una buena telenovela con amantes separados por malentendidos y embarazos inesperados.

—¿De cuándo son esas imágenes, Gabriel, *pisha*?

—De hace unas horas, del Congreso Interamericano de Mujeres Católicas.

—¡Jesús, María y José! —exclamó Manu—. Espero que Vicky no se creyera lo del Palmar. Da igual, Gabriel, *pisha*, tengo que ir a buscarla. Lo entiendes, ¿verdad?

—¡Manuel Soto, tienes un contrato firmado! Si sales de la casa de «Gran Golfo» quedarás descalificado... Manuel, ¡Manueel!

—¡Chicas, necesito vuestra ayuda! —dijo Manu antes de desaparecer entre el público.

El realizador se estaba volviendo loco buscándolo con todas las cámaras, pero el gaditano se había puesto a cuatro patas y, así, avanzando entre las

piernas de las invitadas, recorrió la distancia que lo separaba de la salida.

Cuando el encargado de seguridad, ya avisado, trató de detenerlo en la puerta, las chicas que lo seguían se colgaron del agente. Unas se agarraron de sus piernas, otras de sus brazos y hasta de su cuello y, así, un gaditano enamorado recuperó su libertad.

—¡Vicky! ¡Espérame, que voy!

—¡Dele, Manuel! —chilló una mujer desde una ventana cercana.

—Yo le doy, doñita, pero ¿hacia dónde?

—¡Hacia allá, *m*'hijo!

—¡Gracias!

A lo largo del camino, hombres, mujeres y niños asomados a las ventanas lo animaban, lo jaleaban y hasta le cantaban rancheras.

—«Pero ¡sigue siendo el Golfooooo...!»

Manu saludó al mariachi improvisado.

—¡Qué arte, *pisha*! ¿Voy bien para la universidad?

—Sí, pero espere, Golfo de Cádiz, que lo llevo.

Efectivamente, el cantante bajó de su casa, acompañado de media escalera. Todos los que cupieron subieron a la camioneta y, diez minutos más tarde, Manu reconoció el mural que acababa de ver en la pantalla del plató.

Sin esperar a que aparcara, bajó del vehículo y echó a correr. Aunque él no se dio cuenta de nada, su huida había sido recogida por las cámaras en todo momento. No las de Televisa, pero sí las de decenas de teléfonos móviles, cuyos dueños habían empezado a subir las imágenes a internet. #GranGolfo y #GolfoDeCádiz eran ya *trending topic* en México.

El gaditano intentó abrir la puerta, sin éxito. Un cartel indicaba que la biblioteca cerraba a las nueve y media.

—¡Mierda! ¿Qué hora es?

—Las diez y media.

Manu se sentó en la sencilla escalinata que daba acceso a la biblioteca, bajo los impresionantes murales que recordaban el pasado azteca de la ciudad, y apoyó la cabeza en las manos, desalentado.

«No podía ser tan fácil», se lamentó. Al cabo de unos momentos, alzó la vista hacia el cielo.

—¡Dios mío! ¿Por qué juegas conmigo de esta manera? Me pones la miel en los labios y luego me la escondes. ¿Qué te he hecho yo, señor? —Al no recibir respuesta, aclaró—: No te habrás *molestao* por lo del Palmar, ¿no? Fue en defensa propia, Jesusito. Esa mujer habría *acabao* volviéndonos locos a *tós*. No habría *parao* hasta convertir en protestante al padre Bartolomé para poder tener una boda a su medida —admitió estremeciéndose por la sensación de frío en las pelotas que le provocaba siempre pensar en la cabo.

Los vecinos del mariachi se habían acercado a él y se habían sentado a su lado, igual que los estudiantes que aún rondaban por las instalaciones de la universidad y que habían seguido sus andanzas por Twitter.

—¡Mire, Golfo! ¡La han encontrado!

Él se levantó de un salto y se acercó a las estudiantes que le habían devuelto la esperanza.

—¡Han encontrado a mi Vicky! ¡Gracias, gracias, preciosas! —Les rodeó los hombros con los brazos y les dio un beso en la mejilla a cada una—. ¿Dónde está?

—¡Ha cenado en este restaurante!

Manu tragó saliva, temiendo ver imágenes de su Vicky disfrutando en compañía de otro hombre. Y, aunque en las fotos que seguidores de «Gran Golfo» habían colgado en Twitter se la veía cenando con un grupo de mujeres, la mirada de los hombres de la mesa de al lado fue suficiente para que empezara a verlo todo de color rojo.

—¿Dónde está ese restaurante? ¿Pone el nombre?

—Sí lo pone, es el restaurante Azul y Oro. No está lejos, pero la foto es de hace una hora.

—¡Da igual, vamos! ¿Me llevas, amigo? He salido con lo puesto, no tengo ni un euro, digo..., ni un peso encima.

—¡Hágale, Manuel!

Sintiéndose como en casa, el gaditano echó a correr en dirección a la camioneta.

—¡Gracias, *pisha-güey*!

—No las dé, compadre. Espere a que la encontremos.

Las dos estudiantes se habían añadido al grupo. La parte trasera de la

camioneta iba llena a rebosar de gente riendo y gritando entusiasmada.

—Vamos, vamos —murmuró Manu—, más deprisa. ¿Por qué frenas, amigo?

No hizo falta que el conductor respondiera, porque en ese momento Manu vio el coche de la policía federal que los adelantó y les dio el alto. Dos agentes, un hombre y una mujer, bajaron del coche y se acercaron a ellos.

—¿Qué pasó? ¿A qué viene el alboroto?

—Nomás llevamos al Golfo de Cádiz a reunirse con la Estrecha de Gibraltar, agente.

—¿Tan temprano y ya borrachos? —El hombre los miró sacudiendo la cabeza, pero la mujer sabía de lo que hablaban.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? Si es el Golfo de Cádiz en persona.

—Mucho gusto de conocerla, agente-güey. No estamos haciendo nada malo. Esta buena gente me está acompañando a un restaurante donde mi Vicky está cenando con unas beatas.

—Claro, muy normal —refunfuñó el policía, celoso por el modo en que su compañera se estaba comiendo a Manu con la mirada.

—¡Golfo! ¡Hay novedades! —gritó una de las estudiantes—. La Estrecha ya no está en el restaurante.

—Ooooooh —exclamaron casi todos, decepcionados, menos el agente, que tomó el control.

—Bien, pues vuelvan a sus casas. Se acabó la fiesta.

Manu suspiró. Tan cerca, la había tenido tan cerca...

—La han visto entrar en un hotel —añadió la estudiante—. ¡Está en el Radisson!

—Por favor, agentes-güeis, dejen que me lleven hasta allí —les rogó el gaditano, que estaba convencido que añadir el *güey* después de la palabra era una señal de respeto, como el *san* en Japón.

—Me temo que no va a ser posible —replicó la agente con un brillo travieso en la mirada—. Esa camioneta supone un peligro para la seguridad vial. Baje del vehículo, Golfo de Cádiz.

—¡Agente, se lo ruego!

—Baje, no discuta.



—Gracias, amigos-güeis. Al menos lo intentamos, nunca los voy a olvidar.

—Guarde las escenitas para cuando vea a la Estrecha. —La agente le guiñó el ojo—. Suba al coche policial, al hotel lo llevamos nosotros.

Los ocupantes de la camioneta la vitorearon y lanzaron objetos al aire.

—Agente Díaz, no estoy seguro de que sea buena idea.

—Es un tema de interés internacional, agente Rodríguez. Puede venir con nosotros o puede quedarse, usted mismo.

Manu abrió la puerta del acompañante y, antes de sentarse, exclamó:

—¡Ponga la sirena, agente Díaz-güey!

El brazo del agente Rodríguez barró el paso a un Manu que se sentía como Antonio Banderas al final de *El mariachi*.

—Tranquilito, Golfo-güey. Éste es mi sitio. —Se sentó junto a su compañera mientras le indicaba a Manu su sitio con el pulgar—. Y nada de sirenas, agente Díaz.

\* \* \*

Victoria llegó a su habitación, se quitó los zapatos de tacón y los lanzó a una esquina de una patada. El día había sido enriquecedor pero demasiado largo. Aunque algunas de las charlas le habían parecido aburridas, otras le habían encantado. Había mujeres haciendo cosas apasionantes en rincones perdidos del mundo; iniciativas que nunca saldrían en las noticias pero que suponían una mejora incalculable en las vidas de muchas mujeres sin recursos y de sus familias. Había hecho contactos que sin duda le resultarían muy útiles más adelante. Pero, aunque le daba vergüenza reconocerlo, se había pasado el día pensando en que Manu se encontraba muy cerca de ella y luchando contra el impulso de salir corriendo del congreso y no parar hasta encontrarlo.

Suspiró y se echó en la cama. La coleta alta que se había hecho esa mañana se le clavó en la cabeza, así que se la quitó. Tenía que ducharse y cambiarse de ropa, pero la curiosidad fue más fuerte. Tumbada en la cama, encendió la televisión y fue pasando canales hasta que encontró el que buscaba.

Se sentó de un brinco en la cama al ver unas imágenes de Manu subiendo a

un coche de policía.

—Pero ¿en qué lío se ha metido ahora? —Subió el volumen, pero el realizador del programa pensó que era un buen momento para ir a publicidad—. ¡Mierda, mierda, mierda! Lo que faltaba. Tengo que sacarlo de comisaría.

Rescató los zapatos, refunfuñó al volver a ponérselos, se colgó el bolso al hombro y abrió la puerta de la habitación, dispuesta a pasarse la noche recorriendo comisarías si hacía falta.

Sin embargo, no llegó muy lejos; de hecho, ni siquiera llegó a sacar el pie de la habitación, porque ante sus ojos, con una mano apoyada en el marco de la puerta y la otra levantada a punto de llamar, estaba el golfo que se colaba en sus sueños cada noche.

—Ma... Manu.

Él soltó el aire aliviado y agachó la cabeza, permitiéndose disfrutar de la sensación de haber logrado su objetivo durante un instante. Aun así, no se engañaba; sabía que la operación «Recuperar a Victoria» no había hecho más que empezar.

Cuando levantó la cabeza de nuevo, aprovechó para comérsela con la mirada. Empezó por los zapatos de tacón, siguió por sus largas piernas, que tanto deseaba sentir alrededor de la cintura, se detuvo unos segundos más de lo que dictaba la buena educación a la altura de sus pechos y alcanzó su rostro con un brillo depredador en los ojos que le habría hecho ganar la edición de «Gran Golfo» por aclamación popular si hubiera habido cámaras.

—Vicky —susurró avanzando hacia ella sin esperar invitación.

—Pe... pero ¿estás bien? —Ella alzó la mano, queriendo tocarlo, necesitando asegurarse de que no era otra broma de su imaginación, aunque sin atreverse a hacerlo para no romper el hechizo—. ¿Te has escapado de la policía? —Él cogió su mano y se la llevó a la mejilla—. ¿Eres tú de verdad?

Manu apartó la mano de su mejilla y le besó la palma, rozándola con la punta de la lengua y provocándole un escalofrío.

—Tu piel me reconoce, Vicky.

Cuando ella abrió la boca para hablar, él lo impidió llevándole un dedo a los labios. Tenía muchas ganas de hablar con ella, pero no pensaba arriesgarse a que lo rechazara. Y si su Vicky activaba el cerebro, tenían muchos números

de acabar la noche cada uno en una punta de la ciudad. Y era una ciudad gigantesca, el corazón de un continente enorme. Él no era más que un modesto carpintero de una ciudad pequeña de un continente gastado, pero en esos momentos se sentía un superhéroe. Había encontrado a su chica y nada iba a impedir que se pasara la noche haciéndole el amor. Ni siquiera el cerebro traicionero de la preciosidad morena. Si lo hubiera mirado con rechazo, con asco o con miedo, las cosas serían muy distintas, pero era imposible no reconocer su mirada de deseo, el rubor de sus mejillas, esos labios entreabiertos que lo torturaban.

—No digas nada, Vicky.

Siguió avanzando muy lentamente. Con el pie cerró la puerta de la habitación sin dejar de acariciarle los labios con el pulgar, y no se detuvo hasta que ella topó con la cama. Sin romper el trance en el que parecía sumida, le dio un suave empujón en el pecho, haciéndola caer sobre las sábanas. Él la siguió, tumbándose sobre ella. De los más de cuarenta millones de kilómetros cuadrados que tenía América, Manu estaba justo en su metro cuadrado favorito, ese en el que estaba Victoria.

—Dios, cómo te he *echao* de menos —le susurró con la boca pegada a la suya antes de devorársela con un beso.

Victoria le rodeó el cuello con las manos y se le llenaron los ojos de lágrimas al notar su pelo enredándose entre los dedos. Porque esta vez no era uno de sus sueños; esta vez era real, era su pelo el que le cosquilleaba las palmas de las manos, eran sus dientes los que la mordían, su lengua la que se colaba entre sus labios, su erección la que se clavaba en su vientre.

Gimiendo, alzó las caderas, exigiéndole lo que su cuerpo reclamaba. La llegada de la cabo de Buena Esperanza había abierto una brecha en su relación, como el iceberg en el *Titanic*. Desde ese momento, Victoria había seguido adelante con su vida, pero la nave de su existencia no había vuelto a navegar derecha. Era como si Manu fuera el timón que le permitía avanzar sin dar vueltas sobre sí misma.

Cuando él deslizó una mano entre ambos buscando el calor entre sus piernas, Vicky hizo lo mismo.

—¿Qué buscas? —le preguntó él con una sonrisa que le fundió las

entrañas, dejando la mano del gaditano húmeda con la prueba de su deseo.

—El timón, Manu —respondió ella, jadeando porque él no dejaba de acariciarla, extendiendo su humedad y robándole el poco juicio que le quedaba.

—Ajá, pues vas bien. Por ahí lo encontrarás. —Cerró los ojos e inspiró hondo entre los dientes apretados—. ¡Bingo!

Victoria echó la cabeza hacia atrás y sonrió mientras acariciaba su erección arriba y abajo. ¡Sí! ¡Cómo lo había echado de menos! Aunque gracias a Alejandro sexo no le había faltado, había añorado esa familiaridad, esa complicidad, ese no poder parar de reír aunque estuvieran embargados por la pasión.

—Suelta el timón un rato, *quilla*.

—No quiero —protestó ella juguetona, pasándole el pulgar por la punta y mordiéndose el labio inferior al notar la gota de humedad que le cubría el dedo—. ¿Te has depilado para mí, Manu?

—No preguntes.

Victoria alzó una ceja y lo acarició arriba y abajo. Las fantasías estaban muy bien, pero ninguna de ellas podía compararse con la sensación de tener un miembro caliente, vibrante y palpitante en la mano.

—¡Virgencita de Guadalupe! —El Golfo cerró los ojos—. Mi timón es tuyo, luego te lo devuelvo, pero ahora lo necesito para llevarte al paraíso.

Le recorrió el cuello con los dientes para derribar sus defensas. Cuando ella aflojó un poco la mano, él la atrapó y la levantó por encima de su cabeza, clavándola al colchón mientras sus bocas se fundían en un nuevo beso, más lento y profundo que el anterior.

Victoria onduló las caderas y él le siguió el ritmo. Sus cuerpos estaban más que preparados para unirse en uno solo, pero entre ellos se interponía un último obstáculo, fácil de superar pero molesto, tremendamente molesto.

Manu gruñó y ella abrió los ojos. Él se incorporó y ambos se libraron de la ropa a toda prisa sin necesidad de mediar palabra. En la isla, Vicky había aprendido a interpretar todos sus gruñidos, y ése —el que significaba «¡Fuera ropa!»— era uno de sus favoritos.

—Por fin —murmuró él mientras Victoria volvía a tumbarse en la cama y

le tendía la mano.

Él no aceptó su mano, pero sí su invitación. Se apoyó en sus tobillos y se inclinó sobre ella. Le besó una rodilla y después la otra antes de separárselas.

—Manu, date prisa —Vicky se revolvió inquieta—, te necesito.

Él se arrodillo entre sus piernas, le sujetó los muslos y ascendió por ellos, dejando a su paso un reguero de besos más explosivo que un campo de minas.

—¿Qué necesitas, Vicky? —Ella soltó un gemido de protesta cuando él sopló en el punto que más deseaba su atención—. No te he entendido.

—¡Necesito tu timón, Manu, y lo necesito ya!

Él sintió una felicidad tan grande que no le cupo en el cuerpo y tuvo que abrir las compuertas para que saliera en forma de sonrisa.

—El timón viene de camino —le dijo besándole el vientre—, pero tengo que pasar a saludar un momento a mi amiga. —Vicky gritó cuando él jugueteó con la lengua en el clítoris antes de hundirla entre sus pliegues—. ¡Dios, sí, os había añorado a las dos!

Victoria hundió los dedos en el pelo del Golfo, pensando que podía pasar unos cuantos minutos más en la vida sin timón. Al fin y al cabo, estaba justo donde quería estar. No le importaba pasarse la noche a la deriva, siempre y cuando fuera entre los brazos de ese hombre que lograba que se sintiera completa y en paz con el universo sólo con una mirada o con una sonrisa.

Cuando él sintió que la fierecilla de La Línea dejaba de resistirse y estaba completamente relajada disfrutando de las caricias de sus dedos y su lengua, alzó la cara y la miró. Tenía los ojos cerrados y una expresión de éxtasis en su precioso rostro. Estrecha de Gibraltar estaba lista para que plantara en ella su bandera..., o su timón..., lo que fuera.

—¿Manu?

Él respondió ascendiendo sobre su cuerpo, apoyando el peso en los brazos y separándole un poco más las rodillas con las piernas.

Vicky abrió los ojos y le dirigió una mirada tan apasionada que él se rindió. Cuando echó las caderas hacia delante y se hundió en su interior, los gemidos de ambos se unieron en uno solo. Durante unos segundos, permanecieron inmóviles, disfrutando de las sensaciones. A pesar de tener el cuerpo de su amante sobre ella, Victoria hacía tiempo que no se sentía tan

ligera. Y, a pesar de estar en esa postura dominante, Manuel sintió que una vez más ella había ganado la batalla. Victoria era la dueña de su cuerpo, de su alma y de su corazón. El único modo de ser feliz era entregándose a ella por completo.

Le enmarcó la cara entre las manos y la miró a los ojos sin dejar de penetrarla lánguidamente.

—Sabes que te quiero, ¿verdad, Vicky? —susurró—. Sabes que siempre voy a quererte, ¿no?

Emocionada, ella respondió asintiendo con la cabeza y apretando los labios. No podía hablar. Si hablara, las lágrimas que tanto le estaba costando reprimir se derramarían sin remedio. Y no era el momento de llorar; era el momento de volar. Con sus músculos internos, apretó la erección de Manu, dejándole claro lo que deseaba.

Él no se hizo de rogar. Aceleró el ritmo de las embestidas guiándose por la intensidad de los gemidos de Vicky hasta que el placer fue demasiado intenso y dejó de oír nada. Cuando el clímax se apoderó de ella, su vientre se convirtió en una montaña rusa de sacudidas y contracciones que lo arrastró al orgasmo en segundos. Se derramó en su interior una y otra vez, y, cuanto más vacío quedaba, más se llenaba su alma de paz y su corazón de amor.

Manu apoyó la cara en el pecho de Victoria, que le acarició la cabeza con cariño. Cuando la sangre dejó de retumbarle en los oídos, oyó de fondo una voz familiar que lo hizo sobresaltar. Salió del interior de Vicky y se volvió hacia la voz de Gabriel, respirando aliviado al comprobar que se trataba de un televisor.

—Con el cien por cien de los votos escrutados, el ganador del programa de hoy es... ¡el Golfo de Cádiz! —El público aplaudió entusiasmado. Victoria se volvió hacia él y le dirigió una sonrisa orgullosa e irónica al mismo tiempo—. Por haber conquistado al público en plató, a viandantes, estudiantes y hasta a una agente de policía para conseguir pasar una noche de pasión con otra mujer. ¡Bien hecho, Manuel! ¡Digno de un Gran Golfo! Pero te lo advierto —el presentador miró fijamente a cámara y Manu sintió que su dedo lo apuntaba directamente a él—: o regresas a los estudios antes de las nueve de la mañana..., ¡o tu paso por el programa acaba aquí!

—Así que tengo en mi cama al mayor golfo del planeta —comentó Victoria con ironía mientras le recorría el torso con un dedo—. ¡Menudo honor! Pero será mejor que te vayas. No quiero que pierdas el concurso por mi culpa.

Él negó con la cabeza.

—¡Que le den al pinche concurso! ¡Ven aquí! —Se tumbó en la cama, la agarró y se la colocó encima—. Yo ya he *ganao* el premio gordo.

—¿Me estás llamando «gorda», Manuel Soto?

—La única gorda que hay en esta cama está por debajo de mi cintura —respondió él, alzando las caderas. —¡Serás ordinario!

—Y lo que te pone que sea ordinario, señora embajadora, que lo sé yo. — Le apretó las nalgas a dos manos.

—¡Golfo!

—¡Estrecha!

—¡Dios, cómo me pones! —admitió Victoria antes de comerle la boca.

A las ocho de la mañana siguiente, llamaron a la puerta.

—¡La policía! —exclamó Victoria medio dormida.

—¿Vienen a por ti? —Manu estaba igual de adormilado, después de haberse pasado la noche en vela dando rienda suelta a su pasión—. ¿Qué has hecho, Vicky?

—¿Yo? ¡El golfo eres tú!

—Exacto, yo no soy más que un golfo, pero seguro que la diplomacia internacional te está buscando en estos momentos.

Victoria abrió los ojos y los clavó en el techo.

«¡Alejandro!»

Volvió la vista hacia la mesilla de noche, donde el móvil parpadeaba con mensajes no leídos.

Mientras Manu se dirigía a la puerta, ella revisó disimuladamente la pantalla. Tenía un montón de mensajes, de mucha gente. Y, efectivamente, varios de ellos eran del embajador. Tragó saliva. La noche había sido memorable, pero sin duda traería consecuencias.

Cuando él abrió la puerta, Vicky se cubrió con la sábana. Un camarero entró empujando un carrito.

—El desayuno —anunció con voz cantarina.

—No hemos pedido nada —protestó ella.

—Cortesía de la casa —dijo el hombre antes de retirarse—. Que lo disfruten, señores.

Manu la miró y se encogió de hombros.



—No sé tú, pero yo estoy muertico de hambre. Me has *sorbío* hasta el tuétano, insaciable mujer.

—¿Insaciable, yo? Pero si eres tú el que no me ha quitado las manos de encima en toda la noche.

—No he oído que te quejaras, chochete..., a menos que «Sí, sigue, así, justo ahí, no pares, Manu, por tu madre te lo pido» fuera una queja.

Victoria trató de darle un golpe en el brazo para que callara, pero él se apartó y destapó uno de los platos.

—Mmm..

Cogió un trozo de beicon crujiente y recién hecho y se lo llevó a la boca, pero al ver la mirada de cachorro hambriento que le dirigió ella, le acercó la tira y la dejó colgando a pocos centímetros de su cara.

Ella alargó la mano, pero Manu volvió a levantarla y negó con la cabeza.

—Como si fueras un delfín y esto una sardina, Vicky. Salta, ¡hop!

—Manu, ¡no pienso saltar!

Él se encogió de hombros y se comió el beicon ante la mirada indignada de su chica.

—Muy generoso, señor Soto, gracias. —Ella trató de hacerse con otra loncha, pero él agarró el plato y lo apartó de su alcance.

—¡Salta, sirenita! Venga, hazlo por mí, quiero verte saltar —insistió él, acercándole tanto la loncha que le rozó la nariz.

El olor que desprendía era tan irresistible que, cuando las tripas le rugieron, Vicky alzó las dos manos, le sujetó el antebrazo y le robó el beicon con los dientes. La sábana cayó dejando su torso al descubierto.

Manu sonrió al lograr su objetivo, que no era otro que disfrutar del espectáculo de sus pechos desnudos.

—¡Ole los pomelos andaluces! Esto es un desayuno sano y con vitaminas, sí, señor.

Ella gruñó.

—Ésa es mi leona.

Poniéndose a cuatro patas sobre la cama, con media tira de beicon colgando entre los dientes, Victoria avanzó con un brillo depredador en la mirada. Manu la imitó y, cuando se encontraron cara a cara, compartieron el

beicon hasta que no quedó nada. Una vez más, ella recordó la película *La dama y el vagabundo*, en concreto la escena en que *Dama y Golfo* comparten un espagueti y acaban dándose un piquito en los morros. Pero como no estaban en una película de Disney, el pico se convirtió rápidamente en un beso profundo y sabroso.

—¡Tengo más hambre! —exclamó ella antes de lanzarse hacia la bandeja.

Manu la agarró del tobillo, haciéndola caer de bruces sobre las sábanas. Cuando le mordió una nalga, Vicky gritó y se echó a reír. Él aprovechó el momento de debilidad para ganarle la carrera hasta el desayuno.

—¿Qué tenemos aquí? —Levantó otra tapa—. ¿Qué te apetece: tostadas, fruta, queso...?

—Tengo sed. ¿Hay zumo?

Mientras él le servía un vaso, ella alargó el brazo y robó el plato del beicon.

—¡Será tramposa! ¡Ven aquí!

Gritando, Victoria se levantó de la cama y corrió alegremente por la habitación como su madre la trajo al mundo mientras Manu la perseguía. Cuando la alcanzó, ella alzó el brazo sacudiendo una tira de beicon.

—Aquí, foquita, aquí. ¡Salta, salta!

—¿Foquita, yo? ¡Yo soy una ballena asesina, *quilla*! ¡Y devoro sirenitas para desayunar!

Lo que ninguno de los dos sabía era que en la tapa de uno de los termos había camuflada una cámara, y que un paparazzi estaba recibiendo las imágenes en directo en su ordenador, a pocos metros de distancia, con una enorme sonrisa en la cara.

\* \* \*

Tras desayunar y ducharse juntos, Victoria se secó el pelo. Cuando su teléfono empezó a sonar, Manu se acercó a cogerlo.

—¡Vicky! Te llaman —la avisó, pero con el secador ella no oyó nada.

Al mirar la pantalla vio que ponía «Tito Álex».

—Qué raro —murmuró—, no sabía que Vicky tuviera un tito Álex. ¿Le

habrá *pasao* algo a Carmen?

—¿Victoria?

—Ahora no puede ponerse, *pisha*, está en la ducha. ¿Ha *pasao* algo?

El silencio se alargó tanto que Manu sacudió el teléfono.

—Se ha *cortao*.

Estaba a punto de colgar cuando el tal tito Álex volvió a hablar:

—No, no se ha cortado.

—¿Qué pasa? Me estás preocupando, *pisha*. ¿Le ha *pasao* algo a Carmen?

—No me llamo «*pisha*». Soy Alejandro de la Encina y del Roble, embajador de España en Montevideo.

—Hombre, Alejandro, mucho gusto, *pisha*. Yo soy Manuel Soto de la Hierbabuena y la Rodaja de Limón. No tiene tanto pedigrí, pero para los mojitos queda mucho más rico.

Su interlocutor resopló.

—Señor Soto, tengo que hablar con Victoria.

—Hoy es domingo. ¿No será uno de esos jefes que no dejan descansar a sus trabajadoras en fin de semana? Creo que hay alguna ley que prohíbe eso. Y, si no la hay, debería haberla.

—Señor Soto, la diplomacia no es un trabajo normal. No hay horarios, ni festivos.

—Pues menos mal que he *veníó*. ¡Menuda explotación laboral! Alguien tenía que cuidar de Vicky.

El embajador carraspeó y, al parecer, decidió hablar a calzón quitado.

—Señor Golfo de Cádiz, no sé a qué está jugando, pero apártese de la señorita Lampard. Victoria tiene un porvenir prometedor en la diplomacia. Lo del concurso fue un error de juventud, pero rectificó a tiempo; no haga que pierda esta oportunidad.

—Señor de la Arboleda, de diplomacia sabrá usted mucho, pero de lo que necesita mi Vicky no tiene ni idea. Y si usted no tiene vida personal es su problema, pero no quiera robarle a ella la juventud. Si no vive ahora ¿cuándo lo hará? —El embajador se quedó sin palabras, lo que no era habitual. Manu aprovechó para rematar la conversación antes de colgar—: ¡Con Dios, señor Guardabosques!

Victoria, que había acabado de secarse el pelo, salió del baño y se acercó a él.

—¿Quién era?

—Un tipo del jardín botánico. Se equivocaba —respondió él con la conciencia muy tranquila, porque el embajador sabría mucho de acuerdos y de tratados, pero de lo que necesitaba su Vicky para ser feliz no tenía ni repajolera idea.

Le rodeó la cintura con los brazos y la besó. Los labios de ambos se fundieron como si estar unidos fuera su estado natural. Fue un beso breve pero absolutamente perfecto. ¿Cómo se atrevía ese patán a decir que esa perfección era un error?

—Tito Álex de los cojones —musitó.

Victoria bajó las manos con las que le estaba acariciando la nuca y se las plantó en el pecho.

—¿Qué has dicho?

—¿Por qué llamas «tito Álex» al embajador, Vicky? Menudas confianzas, ¿no?

—¿Era Alejandro? ¿Has respondido una llamada de *mi* teléfono? ¿Y me hablas de confianzas?

Victoria lo apartó de un empujón.

—No me respondas con otra pregunta, Vicky. ¿Qué relación tienes con ese hombre?

Ella levantó los brazos.

—¡No me lo puedo creer! Me dejas para casarte con una tipa que no conoces de nada y ahora me montas una escena porque llamo «tito Álex» a un hombre respetable al que conozco desde que era casi una niña.

Él la recorrió de arriba abajo con la mirada.

—Ya no eres una niña, Vicky, y ese hombre lo sabe muy bien.

Ella se ruborizó recordando todas las veces que Alejandro le había demostrado que no la veía como a una niña. Esperaba que Manu pensara que el color de sus mejillas se debía al enfado y no a los recuerdos, pero él la conocía demasiado bien y los celos le apagaron el brillo de la mirada.

—Tal vez debería haberte preguntado por tu vida sexual antes de hacerlo a

pelo anoche, Victoria. No pensé que me sustituyeras por otro tan pronto.

Ella abrió y cerró la boca varias veces.

—Pero, pero... ¿tú te estás oyendo? ¡Serás capullo! ¿Cómo te atreves a pedirme explicaciones? ¡Me dejaste! ¿Lo has olvidado? ¡Me dejaste tú para irte con la reina de la escarcha esa! —Manu se estremeció de frío—. Y si no me preguntaste nada es por lo de siempre. ¡Porque cuando la polla toma el control de tu vida, te olvidas de todo, señor Antes-de-llover-chispea!

—¡Sólo me pasa contigo, Vicky!

—¡Ja! Y ¿qué me dices del bombo de la militar?

Manu apretó los puños y maldijo el alcohol, pero la tensión activó algún rincón de su cerebro y recordó. Aunque las imágenes de su mente estaban muy borrosas, recordó a Eva rebuscando algo en el congelador mal cerrado de la trastienda del bar.

«Así, machote, ponte esto», le había dicho la cabo poniéndole un preservativo que se le había caído en medio de los polos Calippo y los guisantes congelados.

Las manos de la rubia estaban tan frías que el Calippo se le había quedado del tamaño de un Fantasmiko.

«No importa. —La militar se había sentado sobre él en la nevera—. Un machote como tú seguro que me deja embarazada sin meterla», había dicho justo antes de empezar a gemir escandalosamente hasta que uno de sus colegas había asomado la cabeza en la trastienda.

«Bueno, machote. Ya estamos listos. Gracias por tu colaboración.» Bajó al suelo ágilmente y, tras dirigirle un saludo militar, se marchó. El episodio había sido tan surrealista que Manu pensó que lo había soñado y se olvidó por completo de la rubia hasta que volvió a aparecer en su vida meses más tarde, cuando su corazón pertenecía ya a cierta diplomática que lo estaba mirando dolida.

—¡Al fin! ¡Lo he recordado! —Se dirigió hacia Victoria, pero ella se alejó.

—Oh, ¿otro milagro del Palmar? ¡Y una mierda! ¡Ni te me acerques!

El teléfono de Manu sonó en ese momento y él señaló la mesilla, que quedaba más cerca de Victoria.

—Responde tú, Vicky, ¡y en paz!

—Ja, las cosas no se arreglan tan fácilmente, Manu.

Al mirar el móvil, Vicky vio la foto del Tuerkas en la pantalla. Lo echaba de menos, y tal vez Emma estuviera a su lado.

—¿Tuerkas?

—¡Vicky, tenéis que salir del hotel! —exclamó Benito sin saludar.

—¿Eh? ¿Cómo sabes quién soy? Y ¿cómo sabes dónde estamos?

—¡Tenéis una cámara en la habitación! Alguien ha filtrado las imágenes. Alguien ha subido las imágenes a internet... y ¡han empezado a pasarlas por la tele!

Vicky sintió que se le doblaban las rodillas. Manu la sujetó por la cintura y le arrebató el teléfono.

—*Pisha*, ¿qué pasa?

—¡Que te lo cuente Vicky por el camino, ballena asesina! Salid de ahí cuanto antes..., ¡por la puerta de atrás! La entrada del hotel está plagada de paparazzi.

En ese momento, llamaron a la puerta. Vicky dudó, pero al reconocer la voz de una de las participantes en el Congreso Interamericano de Mujeres Católicas, abrió. Era una maestra de Corrientes, una localidad argentina cercana a Paraguay, con la que Victoria había congeniado durante el día anterior.

—¡Lucía!

—Salgan de ahí, rápido. Los están grabando, vénganse a mi habitación.

Victoria cogió su bolso mientras Manu agarraba la pequeña bolsa de viaje de su chica y las seguía en silencio. Cuando doblaban la esquina del pasillo se oyó el timbre del ascensor al detenerse en su planta. Una nube de paparazzi y de curiosos varios que habían burlado la vigilancia del hotel aporrearon la puerta de la habitación.

Vicky le dirigió una mirada asesina.

—Manu, mira la que me has liado —susurró—. ¡Te voy a matar!

—Virgencita de Guadalupe, sácanos de ésta —murmuró él antes de desaparecer pasillo abajo.

*Base militar de Rota, España*

—Capitán, ¿se puede?

—Adelante. Hágala pasar y retírese, teniente.

—Sí, señor.

La cabo Eva de Boer entró en el despacho del capitán Oscar du Preez, un lugar que ocupaba la primera posición entre los escenarios de sus fantasías sexuales.

El capitán salió de detrás de la mesa y se acercó a ella, que no podía ocultar ya su embarazo. Tras unos instantes de vacilación, le apoyó ambas manos en el vientre.

—¿Estás bien?

—Sí —asintió ella, tratando con todas sus fuerzas de que no se notara lo mucho que la emocionaba su preocupación.

Llevaba toda la vida sintiendo que molestaba en todas partes, que no encajaba en ningún sitio, pero lo de las últimas semanas había sido la guinda del pastel. ¿En qué momento le había parecido buena idea encasquetarle su hijo a un golfo gaditano? Ella era una mujer cerebral y sensata. No se reconocía. Si hubiera tenido que hacer una lista de culpables para justificar su aberrante comportamiento, los principales sospechosos habrían sido las hormonas, los celos y el despecho. Probablemente había sido una mezcla de las tres cosas: una combinación explosiva.

—Ven aquí. —El capitán de fragata de la Armada sudafricana abrió los

brazos y la cabo se refugió en ellos con el mismo alivio que sentía un buque entrando en puerto tras sortear una tormenta en el cabo de Hornos. La sensación fue tan intensa que se le doblaron las rodillas. Él se apartó y la miró preocupado—. Siéntate.

Eva quiso protestar, decirle que no necesitaba una silla, que lo que necesitaba era que siguiera abrazándola hasta la eternidad y un rato más, pero obedeció. Sabía que tenían que aclarar muchas cosas.

El capitán Du Preez empezó a recorrer su despacho a grandes zancadas. Enormes zancadas. Las zancadas propias de un hombretón de su tamaño.

—Eva, ¿sabes lo preocupado que he estado?! Casi me vuelvo loco. ¿Por qué no respondías a mis llamadas? —preguntó en afrikáans.

Ella trató de no quedarse embobada mirando esos brazos musculosos, pero tras las semanas pasadas en tierra firme tenía las hormonas absolutamente fuera de control. No pudo evitar recordar la sensación de tener esos músculos de acero sujetándola por los muslos y las nalgas mientras Oscar la empostraba contra la pared de ese mismo despacho y la penetraba una y otra vez con su armamento pesado.

Tan embobada estaba en sus recuerdos que no se dio cuenta de que él se había detenido frente a ella, dejando sus ojos a la altura del cinturón del capitán, cuya brillante hebilla atraía su atención como si fuera una urraca. Un tirón en la tela de los pantalones logró que apartara la vista de la hebilla. La erección de Oscar era tan impresionante como el resto de su anatomía. Durante las últimas semanas Eva había llegado a pensar que tal vez la sequía sexual hacía que la recordara más grande de lo que era, pero no.

Alargó la mano y la acarició desde la base hasta la punta, disfrutando tanto de la firmeza de su tacto como del gruñido que soltó Oscar con los dientes apretados.

—Eva, eres la tentación hecha mujer. Para —le ordenó apoyando una de sus manazas sobre la suya—, tenemos que hablar.

La cabo estaba muy harta de que la compararan con la primera mujer, esa que —según su padre— era la causante de todos los males de la humanidad. El insufrible *preacher* se había pasado su infancia recordándose, como si quisiera hacerle expiar todos los pecados del mundo.



Estaba furiosa. Furiosa con su padre, con los Soto, que le habían ganado en su propio juego, y con Oscar, del que seguía enamorada en contra de su voluntad. Estaba furiosa y muy frustrada.

—No puedes ponerme esto ante los ojos y acusarme de tentarte, Oscar. Si alguien es una tentación con patas aquí eres tú.

Apartó la mano del capitán y, con decisión, le desabrochó el cinturón y le bajó la cremallera. Aparentemente, su miembro la había añorado tanto como ella a él, porque se inclinó, saludándola, antes de volver a la posición de firmes.

Cuando Eva se arrodilló frente a él, no fue precisamente con la intención de pedir perdón por sus pecados. Lo sujetó con seguridad y se humedeció los labios antes de llevárselo a la boca.

—Bienvenida a bordo, cabo —susurró el capitán, rindiéndose al sensual asalto y hundiendo las manos en el pelo de su suboficial favorita.

*México, noviembre de 2015*

Victoria tenía la sensación de que su vida se había convertido en un culebrón en tiempo real. Los titulares de las revistas digitales iban variando cada hora:

EL GOLFO DE CÁDIZ HUYE DEL REALITY «GRAN GOLFO».

GOLFO A LA FUGA.

EL GOLFO DE CÁDIZ SECUESTRA A LA ESTRECHA DE GIBRALTAR.

EL GOLFO Y LA ESTRECHA, JUNTOS DE NUEVO.

ESCÁNDALO SEXUAL SACUDE LA DIPLOMACIA INTERNACIONAL.

ALERTA DIPLOMÁTICA POR LA DESAPARICIÓN DE VICTORIA LAMPARD.

EL FOREIGN OFFICE EXIGE LA INMEDIATA RETIRADA DE LAS IMÁGENES Y PIDE EXPLICACIONES A ESPAÑA, MÉXICO Y URUGUAY.

AFIRMAN QUE EL GOLFO DE CÁDIZ HA PEDIDO RESCATE POR LA DIPLOMÁTICA.

FUENTES BIEN INFORMADAS ASEGURAN QUE VICTORIA LAMPARD HA SIDO SECUESTRADA POR LA SECTA DEL PALMAR DEL GOLFO.

LA SOCIEDAD PROTECTORA DE ANIMALES SE PLANTEA DEMANDAR AL GOLFO DE CÁDIZ POR FALTAR AL RESPETO A LOS MAMÍFEROS MARINOS.

Tras haber visto los *memes* y haber leído los comentarios de la gente en Twitter y en Instagram, Victoria no tenía ningunas ganas de enfrentarse al

embajador, y mucho menos al cónsul y a la estirada de su esposa, así que cuando Manu le propuso perderse y recorrer el continente americano los dos solos a lo *Bonnie and Clyde*, aceptó.

Aunque la discusión que había provocado la llamada de Alejandro había enfriado un poco las cosas entre ellos, el chute de endorfinas que le había proporcionado la noche de sexo en el hotel todavía afectaba su capacidad de razonar. El sexo con Manu, sus bromas constantes, sus caricias y sus miradas eran como una droga. Si la vieran en ese momento, riendo, desinhibida y feliz como si acabara de chupar un sapo con Sandra —una de sus compañeras del *reality* «Pecado original»—, quedarían convencidos de que el Golfo la había drogado para secuestrarla.

Pero el gaditano no necesitaba sustancias ilegales para conseguir ese efecto. Su entusiasmo y su alegría de vivir eran mucho más poderosas que el peyote. Su sonrisa y su gracia arrastraban la voluntad de la gente, que las valoraban como un tesoro en un mundo que cada día perdía parte de su chispa.

Con el gracejo y la labia que lo caracterizaba, se había camelado a la camarera del hotel de Ciudad de México que le había subido el desayuno a Lucía, la congresista paraguaya. La camarera tenía un primo transportista que salía ese mismo día hacia Cancún y Playa del Carmen con un cargamento de fruta.

—¿Te apetece ir a la Riviera Maya, Vicky? —le había preguntado.

—Siempre he querido ir a Cozumel —admitió ella sonriendo.

—Pues no se hable más.

»Lucía, preciosidad, necesitamos tu ayuda para salir de aquí. Del resto me ocupo yo.

La camarera llamó a su primo, que entró en el parking de suministros y volvió a salir poco después cargado con un golfo y una estrecha de contrabando. Los paparazzi, creyendo que había descargado víveres para el hotel, lo dejaron salir sin hacerle caso.

Manu y Victoria recorrieron los primeros kilómetros entre cajas de aguacates, guayabas, plátanos, lichis, piñas, melones y maracuyás, pero pronto José, el conductor, paró a un lado de la carretera y los invitó a sentarse a su lado en la cabina.

—Lástima —susurró Manu al oído de Vicky—, estaba a punto de comerme a besos tus preciosas guayabas.

—¡Estate quietecito! —Victoria le dio una palmada en la mano—. Tú y yo tenemos una conversación pendiente, que no se te olvide.

—¿Qué tal? ¿Cómo van?

—Muy bien, José.

—Haremos una parada más adelante.

—¿Llegaremos esta noche a Cancún, Pepe-güey?

—No mame, Golfo. Mi camión tiene ya muchos años. Dormiremos en Coatzacoalcos. A Cancún llegaremos mañana.

—Dormiremos ¿dónde? ¿En Cola Cao? ¡La Virgen! Esa palabra te la acabas de inventar, manito. Me apuesto algo a que no puedes volver a repetirla igual.

—¡Dele, güey! ¿Qué apostamos?, ¿un beso de la señorita?

La mirada furiosa de Victoria a un lado y a otro les hizo agachar la cabeza.

—Lo siento, no fue buena idea, señorita, lo lamento.

—Tranquilo, José. No es culpa tuya. —Fulminó con la mirada a Manu, que, por supuesto, no tenía ninguna intención de disculparse—. ¿Dónde has dicho que pararemos?

—En Coatzacoalcos, en casa de una... amiga especial.

—¡Ja! ¡Y luego el golfo soy yo! Si es que cría fama y échate a dormir —refunfuñó Manu, y en voz baja añadió—: Pues lo ha repetido igual, el *condenao*. No se estaba inventando el nombre. Me has *salvao* de perder la apuesta, Vicky, gracias.

Ella puso los ojos en blanco. Aunque no le gustaba que apostara tan alegremente, de no haber sido por una apuesta no se habrían conocido y su vida habría sido mucho más aburrida, así que no insistió.

—¿Podemos parar en un banco con cajero automático, José? Tengo que sacar dinero.

Manu se echó hacia delante y cruzó con él una mirada cómplice que hizo que Victoria tuviera la sensación de haber entrado en una película de mafiosos.

—¿Qué?

—Nada de tarjetas de crédito, señorita, si no quiere que la encuentren — respondió José, y Manu asintió lentamente, mirándola por encima de las gafas de sol que había cogido prestadas de la guantera del camión.

—Pe... pero necesitamos dinero. Manu va con lo puesto, y yo —tiró de la elegante pero poco práctica falda de tubo que llevaba puesta— necesito ropa informal. Además, quiero pagarte el viaje.

—No mamen, yo encantado de llevarlos.

Manu apoyó la mano sobre la rodilla de la diplomática y la apretó.

—No sufras, Vicky. José va a ganarse un dinerito guapo, pero no hará falta que usemos tu tarjeta. Yo me ocupo.

Ella le apartó la mano.

—Estrecha —susurró él.

—¿Puede saberse cómo vas a ocuparte de todo, Manuel Soto? Sólo tienes un móvil.

—Suficiente —sentenció él guiñándole el ojo.

\* \* \*

Al día siguiente, José los dejó en la puerta del hotel de Playa del Carmen donde Emma y el Tuerkas habían pasado su luna de miel. Antes de irse, la pareja se había hecho un selfi con él. Luego, mientras se despedían con afectuosas palmadas en la espalda, Manu le había dado instrucciones:

—Espera a que te envíe una flamenca al WhatsApp. Cuando la recibas querrá decir que ya nos hemos *largao* de aquí. Tienes permiso para vender la foto a las revistas y dar entrevistas. Te sacaras un buen dinerillo.

—Pero, manito Manuel, no es necesario.

—¡Qué buena idea! —exclamó Vicky—. Claro que sí. Todo el mundo habla sobre nosotros y casi todo lo que dicen es mentira. Al menos, tú contarás la verdad.

José se despidió emocionado.

—¡Que la Virgen de Guadalupe y la diosa Ixchel los acompañen en su viaje!

Manu y Victoria esperaron escondidos detrás de un hibiscus hasta que

oyeron acercarse un carrito eléctrico.

—¡Pst, *pisha*, pst, aquí!

Fernando, el camarero del hotel de Playa del Carmen, miró a su alrededor ilusionado.

—¿Señor Tuerkas? ¿Regresó?

Sonriente, Manu salió de su escondite tras el hibiscus y le ofreció la mano.

—No, soy Manu, el amigo-güey del Tuerkas. Él me ha dicho dónde encontrarte. Me ha dicho que eras un tío legal, que nos ayudarías.

—Claro, los amigos del *pisha* Tuerkas son mis amigos. ¿Va acompañado?

—Sí, ella es mi Vicky. No queremos que nos vean los paparazzi. ¿Puedes escondernos en alguna parte?

Fernando miró a lado y lado, sintiendo que acababa de entrar en una película de James Bond.

—Despejado —susurró, y señaló el asiento del carrito eléctrico que conducía—. ¡Suban!

Al anochecer, en el interior de una de las palapas junto a las arenas blancas de playa Mamitas en Playa del Carmen, la esposa del camarero les llevó unos cócteles, cortesía de su cuñado, el dueño del bar, y se sentó con ellos. Toda la familia vivía de la hostelería. Si Fernando y su esposa trabajaban en uno de los numerosos hoteles de lujo de la zona, su hermano mayor había preferido montar un bar en la playa.

Manu y Victoria bebieron con ganas. Aunque estaban en noviembre, el día había sido largo y bochornoso. Vicky vio dos pares de ojos que los observaban entre dos tablones de la pared del fondo y sonrió al oír unas risas infantiles. Aunque por el camino le habían contado a Fernando su situación y le habían pedido que los llevara a un sitio discreto, despertaban la curiosidad de la gente allá adonde iban. Era inevitable. Sus caras aparecían en los programas del corazón, en los de chismes televisivos, en las revistas digitales, en las redes sociales...

Estaban seguros de que ni José ni Fernando los traicionarían, pero tenían que salir de allí cuanto antes; cualquier persona con un teléfono móvil podía levantar la liebre. Y ninguno de los parientes y amigos del camarero querían perderse la oportunidad de saludar a la famosa pareja.

Poco después, Fernando entró en la palapa seguido por varios hombres y mujeres cargados con vasos y botellas.

—Listos. Mañana por la mañana salen hacia Cozumel en el barco donde trabaja mi primo Kevin.

—¡Ese Fernando *enrollao*-güey! —Manu alzó su copa—. ¡Por los hermanos mexicanos y por las mujeres hermosas!

Fernando se unió al brindis.

—¡Por las mujeres, el auténtico tesoro del Yucatán!

—¡Y por el auténtico Golfo de México! —agregó una seguidora del programa.

—¡Que viva México! —gritó Victoria.

—¡Cabrones! —exclamaron todos a la vez, y se acomodaron para pasar una noche de copas, risas y fotos, que dos días más tarde llegaron a las revistas y los programas de cotilleos de medio mundo.

Claro que, para entonces, el Golfo y la Estrecha estaban ya lejos de allí.

*Cozumel, México*

—No me lo puedo creer. —Victoria miraba los trajes que el primo de Fernando les había entregado tras haberlos hecho subir a bordo.

Aunque no les habían dado detalles sobre el barco que los llevaría a la isla, ella se había imaginado que se trataría de una barca de pesca o tal vez un velero, pero no... ¡eso!

Manu miró el corpiño que sostenía Victoria entre los dedos y empezó a desnudarse con entusiasmo.

—¡Qué pasada, Vicky! ¡Es genial!

Ella alzó una ceja, nada convencida.

—¿Tú crees?

—¡Siempre quise ser un pirata y surcar los siete mares! Y ahora quiero verte con ese corpiño, Vicky. ¡Date prisa!

Victoria pensaba que su primera visita a un buque como diplomática sería a alguna fragata de la Armada española, pero el destino era caprichoso — sobre todo cuando cierto golfo gaditano andaba cerca— y había tenido que poner su mejor cara de embajadora al ver que Fernando señalaba una reproducción de una carabela del siglo XVII. Manu, en cambio, había empezado a gritar con tanto entusiasmo que había tenido que recordarle que estaban de incógnito.

Se puso la falda larga, la blusa blanca de cuello desbocado y, encima, el



corpiño de cuero. Se recogió el pelo en una trenza ladeada y se ató un pañuelo rojo al cuello. Manu, mientras tanto, se había puesto unos pantalones tobilleros color tabaco y una camisa amplia y desabrochada que le dejaba parte del pecho al descubierto. Completó el disfraz con un aro en la oreja, una barba postiza y un pañuelo negro. Aunque el resto de la «tripulación» llevaba botas, ellos iban descalzos.

Al subir a cubierta, el primo de Fernando les indicó dónde colocarse, a un lado de la proa elevada, para no molestar. Poco después, los clientes empezaron a ocupar los bancos que llenaban la parte central de la cubierta. Cuando el barco estuvo lleno, zarpó en dirección a Cozumel y a la isla Mujeres. Como el falso barco pirata funcionaba a motor y no necesitaba muchas manos para su manejo, la tripulación se encargó de amenizar el trayecto. El capitán les contó una historia de tesoros escondidos y luego empezaron a bailar sobre las jarcias a ritmo de las bandas sonoras de varias famosas películas de piratas.

Manu no podía estarse quieto. Estaba eufórico, dando palmas y golpeando el suelo con el pie al ritmo de la música. Cuando no pudo más, saltó sobre las jarcias y empezó a subir y a bajar, tarareando y riendo.

Victoria no sabía si esconderse para que no la reconocieran o jalearlo, aunque su Manu se jaleaba solo, así que se limitó a sonreír. Al parecer, fue justo lo que él deseaba, porque, colgándose de la jarcia, se inclinó sobre ella y la besó.

—Me has robado el corazón, bella bucanera.

Ella le rodeó la cabeza con ambas manos y alargó el beso.

«Y tú a mí la cordura», se dijo olvidándose de su enfado. La vida era demasiado imprevisible. Momentos como ése no se presentaban todos los días y era un crimen desaprovecharlos.

—Pues cuando lleguemos a la isla enterraré tu corazón para que no lo encuentre ninguna militar de cabeza cuadrada.

—Y vientre de hielo —añadió Manu, estremeciéndose antes de saltar sobre el suelo de madera y sentarse a su lado sobre un barril.

El beso, grabado por varios teléfonos móviles, no tardó demasiado en hacerse público, pero de momento nadie los había reconocido, así que

siguieron disfrutando de la travesía.

Cuando las palmeras de la zona norte de la isla estuvieron a la vista, una guía turística hizo una breve presentación.

—Vamos a rodear completamente la isla de Cozumel, haremos una parada en San Miguel y luego navegaremos rumbo norte, en dirección a isla Mujeres, donde comeremos.

»Cozumel significa “tierra de golondrinas” en la lengua de los mayas. Es un lugar muy especial, y no sólo porque forma parte de la segunda barrera coralina más importante del mundo: es el sitio donde los rayos del sol asoman y alcanzan territorio mexicano cada madrugada. Esa playa que están viendo se llama Isla Pasión. —Manu, sentado junto a Victoria, se inclinó hacia ella y la besó en el hueco de la clavícula—. Es un lugar paradisíaco, de arenas blancas y aguas color turquesa. No es de extrañar que sea uno de los escenarios favoritos para que los enamorados se den el “sí, quiero”. Y no es una moda de los últimos tiempos. Ixchel, la diosa del amor, de la luna y de las cosechas, se venera en esta isla desde hace siglos, y son innumerables las parejas que han acudido a ella pidiendo a la diosa de la fertilidad que bendiga su unión. ¿Alguno de ustedes está de luna de miel? —Varias parejas levantaron las manos—. Pues sepan que, si se intercambian los votos aquí, su unión será eterna, como el amor de Ixchel por su esposo, el dios Sol.

—Señorita guía-güey, ¿vamos a hacer escala aquí? —quiso saber Manu, olvidándose de la necesidad de ser discretos.

—No, pero pueden tomar fotos con el celular.

El gaditano se volvió hacia Victoria con una mirada absolutamente tentadora. El rol de pirata le encajaba a la perfección.

Vicky se imaginó siendo la hija de un gobernador que viajaba desde Europa para casarse con su prometido, un hombre serio y mucho mayor que ella —y que en su ensoñación tenía la cara de Alejandro de la Encina y del Roble—, pero que no alcanzaba puerto porque su nave era asaltada por unos piratas que no respetaban nada, ni siquiera la virtud de las inocentes doncellas.

Carraspeó y se frotó los muslos cuando la humedad que le provocó la mirada de Manu le recordó que ella de inocente doncella tenía bien poco.

—Me temo que no vamos a poder sacar fotos con el celular; no hay nada como viajar ligeros de equipaje. —El Golfo se sacó el móvil del bolsillo y se lo lanzó al primo de Fernando—. Un regalo de despedida. —Cogió a Victoria de la mano y tiró de ella escaleras abajo y de nuevo escaleras arriba hasta situarse en la popa. Subió a la barandilla y le ofreció la mano—. Vamos, Vicky, quiero pasar la eternidad contigo. Te amo como el sol a la luna y no quiero que nada ni nadie pueda separarnos. Ven, salta conmigo. Intercambiamos votos ante la diosa Michel.

—Ixchel.

—Eso he dicho.

—¿Quieres que salte desde ahí? ¿Tú estás loco?

—¿Lo dudas, Vicky? Estoy loco por ti desde el primer día.

Los turistas, convencidos de que todo formaba parte del espectáculo, soltaron un «¡Ooooooh!» antes de empezar a corear: «¡Que salte, que salte...!».

—¡Anda, qué majos! —protestó ella—. ¡Saltad vosotros si os hace tanta ilusión!

Mientras tripulación y público reían, Manu volvió a ofrecerle la mano y le guiñó un ojo. Victoria pensó que era la viva imagen de Aladdín y sonrió.

—¡Qué demonios! —exclamó—. A Jasmine no le fue tan mal. Además, el auténtico salto lo di el día que decidí acompañarte en esta locura.

Agarró la muñeca de Manu, que tiró de ella hasta que estuvo sobre la barandilla de popa. Aferrándose a su camisa, Vicky lo besó en los labios para armarse de valor.

—Rascas —protestó.

Él se arrancó la falsa barba y la arrojó sobre la cubierta antes de besarla impetuosamente. Cuando a ella le temblaron las rodillas, la agarró con fuerza por la cintura y sonrió, con la boca pegada a sus labios.

—¡Yo también quiero saltar con él! —exclamó una mujer, y sus palabras fueron recibidas con risas y suspiros a partes iguales.

—¡Vamos, Vicky! De la mano. A la de tres. Una, dos y...

La pareja saltó a la vez, pero en el aire se separó. Bajo el agua, Victoria abrió los ojos y vio que Manu la buscaba. Con el pulgar hacia arriba le indicó que todo iba bien antes de salir a la superficie, donde oyó los gritos de

despedida que llegaban desde el barco pirata.

Los saludó alegremente, pero al notar que algo le rozaba la pierna se asustó.

—¡Aaah!

—Chis, *quilla*, soy yo —la tranquilizó él, antes de besarla de nuevo.

—¡Ay, Manu! Deberíamos haber preguntado si hay tiburones por aquí. —  
Miró a su alrededor.

—El único tiburón que hay por aquí cerca es éste. —Le tomó la mano y se la apoyó sobre la erección—. Por suerte, no es peligroso. —Le guiñó el ojo.

—¿Que no? Menudo peligro tiene. Pero no me fío, Manu. Vamos a tierra, anda.

—Venga, echa a nadar, *quilla*. No hay *ná* que me motive más que perseguir ese culito respingón.

Le dio una palmada, y Victoria, que no necesitaba más motivación que la de poner agua de por medio entre los tiburones y ellos, salió disparada.

Desde la proa del barco pirata, la guía seguía hablando:

—Se dice que la diosa Ixchel protegía a los peregrinos que la visitaban en su isla santuario. Esperemos que proteja a esa parejita.

El primo de Fernando, que lo había grabado todo con el móvil, dio gracias a la diosa. Con el dinero que le pagaran por las imágenes iba a poder comprar regalos de Navidad para toda la familia.

*Isla Pasión, Cozumel, México*

Tumbada sobre la arena, tan blanca que cegaba, Victoria cerró los ojos y disfrutó de una sensación de libertad absolutamente embriagadora. Aunque se conocía y sabía que no tardaría mucho en preocuparse por el futuro, se entregó al momento.

Cuando notó que Manu le besaba el cuello, le llevó la mano a la nuca, disfrutando de las sensaciones: la suavidad de sus labios le provocaba cosquillas, que su barba de tres días se encargaba de calmar. Sus manos le recorrían el torso, las diminutas olas chocaban contra la orilla, las aves gritaban sobre sus cabezas.

—Tú y yo en una isla —le susurró él al oído—. Si supieras la de veces que he *soñado* con tenerte así otra vez, Vicky.

—No más que yo —admitió ella—, pero te recuerdo que estás indignadísimo porque no te he guardado luto durante tu ausencia de cintura para abajo.

Manu se sentó y agarró puñados de arena que dejó escapar lentamente entre los dedos, imaginándose que eran los sesos de cierto embajador.

—¿Podemos no hablar de eso? Estamos en el paraíso, ¿por qué no aprovecharlo?

—Podríamos, pero si no aclaramos las cosas, el paraíso se transformará en un infierno en cualquier momento, y no quiero vivir con eso entre nosotros. Me conoces y sabes que para mí esto no es fácil. Sabes que mi instinto me

grita que vuelva al trabajo, que asuma responsabilidades. No soy de salir huyendo ante los problemas.

—Lo sé. —Manu se dio un cuarto de vuelta para mirarla de frente—. Y tú sabes que yo quiero lo mejor para ti. Lo sabes, ¿no? —Victoria asintió en silencio—. Por ti me enfrento a tu padre, al embajador de Corea del Norte o al papa de Roma.

—Uuuh, el terrible Francisco —se burló Vicky.

—No te rías, *quilla*, que no veas la que montó el obispo por lo del Palmar. No me quiero imaginar que viniera el papa. —Se estremeció para aligerar el ambiente y se le quitó un enorme peso de encima al verla sonreír. Tenía la sensación de que hacerla feliz era su auténtica misión en la vida—. No te enfades, *quilla*. Ya sabes cómo soy.

—Sí, sé que eres celoso y que no piensas las cosas antes de decirlas, pero fuiste muy injusto, Manu. ¿Te parece normal echarme en cara que saliera con un hombre mientras tú convivías con una mujer? La metiste en tu casa, me imagino que dormiría contigo, en tu cama...

—Dormía en mi cama —confirmó él, y Victoria sintió que se le retorcía el estómago de celos—, pero no conmigo. Yo dormí en el sofá todos los días. —A Manu le gustó el brillo furioso que había aparecido en los ojos de Vicky antes de aclararle la situación, y decidió dar otra vuelta de tuerca—: Incluso cuando me asaltó en la cama y se me puso encima, con todo el armamento a centímetros de la cara, no pasó nada.

—¿Perdoooooona? —Ella hizo intención de levantarse—. ¿Quieres que me crea eso?

El Golfo se abalanzó sobre ella y la tumbó sobre la arena.

—Sí, quiero que lo creas porque es la puritita verdad. ¿Notas cómo me pones, Vicky? —Ella ahogó una exclamación cuando él echó las caderas hacia delante, clavándole la erección en la ingle—. Así me tienes siempre, criatura. Ni siquiera necesito que estés cerca. Sólo de pensar en ti voy tieso como una vela. Pues ésta —volvió a echar las caderas hacia delante—, cuando se le acerca la Cabo de Hielo, se desmorona como si estuviera hecha de azúcar y la metiera en agua.

Vicky la acarició por encima de los pantalones mojados y notó cómo daba

un saltito de alegría.

—Así me gusta —murmuró.

—Es tu mascota, Vicky. Eres su dueña. No reconoce a otra que no seas tú. Si me dejas, se va a pasar el resto de la vida llorando en la puerta, esperando a que vuelvas.

A Victoria le dio la risa al imaginarse la escena.

—¡Ya será menos! Seguro que acabaría yéndose con quien le diera de comer. —La apretó antes de añadir en un susurro sugerente—: O con quien se la comiera.

Manu se puso de pie y empezó a desvestirse a toda prisa.

—¡Quilla! ¿Qué hacemos con la ropa mojada? ¡Nos va a dar un ataque de reuma! Corre, quítatelo todo y extiende la ropa en la arena, que se seque.

Ella se echó hacia atrás, se apoyó en los codos y disfrutó del improvisado estriptis.

—Eso, todo fuera, Golfo.

Al verla juguetona, él bajó el ritmo y acabó de desnudarse más lentamente. Cuando se quitó el bóxer, lo hizo girar con un dedo y lo lanzó sobre un arbusto.

—¿Y tú? ¿No piensas quitarte nada, Estrecha? —Ella alzó las cejas y ladeó la cabeza—. Pues me alegro.

—¿Ah, sí?

—¡Sí!

Manu se lanzó sobre ella, pero frenó la caída con los brazos.

—Así puedo desnudarte yo.

Trató de desatarle las cintas del corpiño de cuero, pero, al estar mojadas, le costó más de lo previsto. Impaciente, le bajó la blusa —de escote generoso y sujeta a los hombros por una goma— y se lanzó a darse un festín con sus pechos con el entusiasmo de un pirata que hubiera desenterrado al fin el tesoro de la isla.

Ella gimió y hundió los dedos en su pelo húmedo, revolviéndoselo, mientras trataba de alzar las caderas, prisioneras bajo su peso.

Manu apartó la cara de sus pechos con un gruñido, tirando del pezón entre los dientes, manteniendo el contacto hasta el último segundo posible. Le

dirigió una mirada enamorada y le retiró un poco de arena de la mejilla.

—Eres la auténtica diosa de la isla, Vicky. Mi diosa del amor, tú me das la vida.

Ella lo atrajo hacia su boca abierta, ávida por perderse en su sabor tan familiar y que tanto había echado de menos. Él respondió con la misma avidez, casi con violencia. En segundos, una tormenta de deseo se apoderó de ambos. No existía nada ni nadie, sólo sus cuerpos, sus ganas, su necesidad de hacer desaparecer cualquier cosa que se interpusiera entre ellos.

Manu deslizó una mano bajo sus nalgas y gruñó al notar la inoportuna tela mojada. Victoria notó el gruñido un instante antes de que él rompiera el beso, le mordiera la mandíbula y siguiera deslizándose cuello abajo con la boca abierta, marcándola con los dientes y haciendo que se estremeciera de pies a cabeza.

Al darse cuenta de que él pretendía incorporarse para quitarle la falda, lo agarró de los hombros.

—No, no te vayas —le rogó, levantándose la falda hasta la cintura y separando las piernas—. Te necesito, no puedo esperar.

Él no se hizo de rogar. Apoyando las manos en las rodillas de la preciosidad morena que lo esperaba tumbada en la arena blanca, las separó rápidamente y se hundió entre ellas, cerrando los ojos.

El grito de placer de Manu se unió al de sorpresa de ella, que lo contempló con los ojos muy abiertos. Cuando él abrió los suyos, se la encontró mirándolo con tanto amor que no supo qué había hecho para merecerlo.

Agarrándola por las nalgas, se dio la vuelta en la arena sin salir de su interior hasta que ella quedó montada sobre él. Vicky gimió, lo besó vertiendo el alma en su boca y se separó, dándole un mordisco en el labio inferior de recuerdo. Apoyándose en sus hombros, se incorporó y se apartó el pelo de la cara. Él la sujetó por las caderas y sacudió la cabeza a lado y lado, soltando en un silbido el aire, que no le cabía en el pecho de tanto amor.

—Dios, Vicky, qué preciosa eres. Soy tuyo, mi amazona. En este lugar sagrado, te entrego mi amor y mi corazón. Que la diosa bendiga nuestra unión por los siglos de los siglos.

Ella trató de decir «Amén», pero se quedó a medio camino porque en ese



momento él alzó las caderas, clavándose en su interior y detonando uno de los orgasmos más repentinos e intensos de toda su vida.

—¡A... a... aaaaaah! —Cerró los ojos mientras se ondulaba sobre él.

Las intensas contracciones del clímax hicieron que él no tardara en seguirla.

—¡Vicky! ¡Diooooo, Vicky!

Al aflojar los brazos, Victoria se desplomó sobre su pecho y lo abrazó.

Si la diosa Ixchel seguía en la isla, sin duda se sintió satisfecha con la ofrenda que los jóvenes amantes habían hecho en su playa. No habían traído riquezas ni parte de sus cosechas, pero se habían presentado ante ella con el corazón puro y el cuerpo en llamas. La hoguera que ardía en el vientre de los amantes hizo que sus cuerpos se fundieran como si fueran el dios del sol y la diosa de la luna durante el crepúsculo.

—Dios mío, Vicky —dijo él poco después, recuperando el resuello mientras le acariciaba la espalda—. Yo... yo quería que fuera perfecto, pero no ha *dao* tiempo de *ná*, chiquilla.

Con la cara hundida en su cuello, ella sonrió.

—Y yo quería responder a tus votos, pero tampoco he podido.

—Aún estás a tiempo, criatura, no te cortes. —Él le apoyó un dedo bajo la barbilla, alzándole la cara para mirarla a los ojos.

—Te quiero, Manuel Soto. Tal vez de cintura para abajo haya buscado consuelo en otro hombre cuando pensaba que te había perdido para siempre, pero de cintura para arriba te fui fiel. En mi corazón no había sitio para nadie más.

Manu volvió a soltar el aire en un soplado.

—Madre mía, Vicky. Me matas cada vez que abres esa preciosa boca. No sé qué he hecho para merecer el amor de alguien como tú, pero gracias... ¡Gracias, diosa Michel!

—¡Ixchel!

—Lo que yo he dicho. —Manu le hizo cosquillas en la cintura—. Madre mía, cómo te has puesto, chiquilla, pareces una croqueta, rebozadita en arena. Anda, vamos al agua.

Detrás de unas palmeras, dos empleados del restaurante especializado en

bodas situado a pocos metros de allí charlaban.

—Y esos dos ¿de dónde han salido?

—Creo que son los novios, que han venido a adelantar la noche de bodas.

—¿Voy a saludarlos, jefe?

En ese momento, Manu levantó a Victoria en volandas gritando «¡Al cielo con ella!» y la dejó caer pegada a su cuerpo. Ella le rodeó la nuca con los brazos y lo besó.

—No hay prisa. Llévalos una bandeja con dos combinados y déjala discretamente junto a su ropa.

—Enseguida, jefe.

*Islas del mar Caribe, diciembre de 2015*

Aunque al abandonar Cozumel al día siguiente en el yate de unos viajeros griegos no tenían claro su destino, el Golfo y la Estrecha estaban trazando un arco, saltando de isla en isla del Caribe.

Su primera parada fue en playa Habana, cerca de la capital de Cuba. En la mayor de las Antillas pasaron una semana, recorriendo la isla de oeste a este y enamorándose de lugares como Sagua La Gran y los innumerables cayos de la región, donde cuentan las leyendas que se ocultan centenares de tesoros en galeones hundidos.

Al visitar La Habana, pasaron frente a la embajada española y Vicky tuvo remordimientos de conciencia.

—Manu, creo que debería presentarme ante el embajador.

Él la miró con la ceja alzada.

—¿Para qué, *quilla*?

—¿A ti qué te parece? Para informar de que estamos vivos, para que nuestras familias no sufran, para que sepan que me gustaría tener un trabajo cuando acabe esta locura, para...

Él la hizo callar empotrándola contra la pared, echando las caderas hacia delante para aturdira con su erección y besándola hasta que las neuronas responsables de Vicky se pusieron unas gafas de sol y un pareo y se fueron a seguir disfrutando de sus vacaciones.

—Tú lo has dicho, *quilla*. Cuando acabe esta locura. Pero te aseguro que

esto no ha hecho más que empezar. ¡Vamos!

La pareja paseó por el Malecón, visitó la catedral, donde durante un tiempo descansaron los restos de Cristóbal Colón, y se unió al ambiente inigualable de las calles de La Habana Vieja.

—Pero ¡cómo disfrutaría el Tuerkas por aquí! —comentó Manu—. ¿Tú has visto todos esos coches? ¡Parece una exposición de automóviles antiguos! ¿Qué coche es éste, hermano? —preguntó en un semáforo.

—Un Chevrolet de 1951 —respondió el cubano, un tipo alto y corpulento, de piel tostada—. Pero ¿qué hace mirando el carro con semejante mamasota ricota que lleva al lado? ¿Quieres que te lleve a dar un paseo por el Malecón, cosa rica?

Manu abrazó a Vicky con fuerza por la cintura.

—La mamasota va acompañada y ya ha visto el Malecón —contestó molesto.

—Tranquilo, *brother*. *Compartil es amal*. —Le guiñó el ojo a Victoria antes de ponerse en marcha.

Entraron en La Bodeguita del Medio, pero no tenían dinero para pedir nada, así que siguieron paseando. Victoria trataba de no pensar en temas logísticos, como la comida o el alojamiento, pero no podía evitarlo, era su forma de ser. Manu le repetía una y otra vez que debía relajarse y aprender a vivir el presente, y hasta ese momento las cosas les habían salido muy bien.

Cuando las tripas empezaron a rugirle, el Golfo se dirigió a tres ancianas que caminaban hacia ellos.

—Doñitas, necesito su ayuda. Mi chica tiene hambre y no llevamos dinero encima. ¿No tendrían un plato que compartir con unos pobres enamorados a la fuga?

Las tres mujeres, vestidas con coloridos vestidos y turbantes y con gafas de mucho aumento en los ojos, los miraron y empezaron a gritar.

Victoria se asustó.

—¡Mierda! Nos van a detener y acabaremos delante del embajador, pero por las malas... ¡Ay, Dios, qué vergüenza!

—¡Doñitas, tranquilas, no somos ladrones!

—¡Aaaaaaay! —exclamó la más alta, agarrándolo de un brazo—. ¡El

Golfo de Cádiz!

—¡Ladrón de corazones es lo que tú eres, mi *amol*! —La mediana lo cogió del otro brazo.

La más menuda suspiró, resignándose a tomar del brazo a Victoria.

—No me extraña que tengas hambre, Estrecha, estás seca. Vamos a casa. Los cubanos somos pobres, pero lo que tenemos lo damos de corazón.

—¡Si es que parece que no haya salido de Cádiz! ¡Entre el Malecón, la fortaleza, las mujeres guapas y su gente rumbosa, me siento como en casa!

Las tres ancianas —que eran hermanas— no fueron las únicas que los reconocieron, ya que en la isla había mucha afición por las revistas españolas del corazón.

Tras comer y dormir en casa de las hermanas, la pareja siguió su camino. No les faltó dónde alojarse ningún día. De hecho, casi todas las noches tuvieron que echarlo a suertes, porque el Golfo de Cádiz despertaba tantas pasiones entre las abuelitas cubanas que se colgaban de su brazo y se lo llevaban puesto bailando *La gozadera*. Él estaba en su salsa, tan relajado y feliz como si estuviera entre sus amigos chirigoteros. La música y el baile eran un idioma universal, un idioma que Manu hablaba con mucha más fluidez que Victoria.

Aunque el inglés de ella también les resultó de lo más útil para comunicarse con marinos y viajeros de todo el mundo. Tras una semana en Cuba, embarcaron con una pareja de catalanes que estaban dando la vuelta al mundo con su hijo de cuatro años y viajaron con ellos hasta Jamaica.

De ahí pasaron a Haití y República Dominicana y, un poco después, a Puerto Rico, donde vivieron una noche muy especial en la isla de Vieques, en la bahía Mosquito. Se ganaron la cena ayudando a un matrimonio a atender a un grupo de veinte canadienses que se habían presentado sin avisar en un modesto restaurante de playa. La simpatía de Manu —que no entendía ni papa de lo que decían— y la educación de Victoria consiguieron que se ganaran a los turistas. Cuando ya se iban a disfrutar de una salida en kayaks para contemplar el espectáculo de mayor bioluminiscencia del mundo, los canadienses los invitaron a acompañarlos. Una pareja había caído del viaje en el último momento y sobraban dos plazas. Los saltos de alegría de Manu y de

Victoria fueron la respuesta y el inicio de una noche inigualable.

En la isla de Montserrat visitaron desde lejos el volcán Soufrière Hills. De Guadalupe saltaron a Dominica, con sus impresionantes lagos y cascadas, y más tarde a Martinica, donde contemplaron el islote de Diamond Rock, un maravilloso peñasco que dominaba la costa sur de la isla y cuyas escarpadas paredes estaban llenas de historias de piratas, batallas navales y marineros que luchaban contra un enemigo menos ruidoso pero igual de temible: el escorbuto.

Cada isla les regaló vivencias inigualables y en cada una de ellas dejaron a cambio parte de su corazón.

\* \* \*

—Ahora entiendo que Sandra pasara tanto tiempo viajando por el mundo —comentó Victoria, notando las salpicaduras del agua. Tumbada en la parte delantera del pontón de un catamarán, sobre la red, disfrutaba del clima cálido del Caribe, al sur de Martinica—. En España, los supermercados vendiendo polvorones y nosotros aquí...

—Como Adán y Eva en el paraíso —replicó Manu, tumbado a su lado—. ¡Aaaah!

—¿Qué pasa?! —Victoria se sentó ágilmente, abrazándose las piernas y mirando a su alrededor asustada. Aunque llevaban varias semanas de navegación, no había vencido el miedo a los tiburones y otras criaturas marinas.

—Nada, *quilla*, que es oír el nombre de Eva y se me congelan los cocos; no sé si voy a superar el trauma algún día.

Ella le dirigió una mirada burlona.

—No me ha parecido que les pasara nada malo hace un rato.

—No estés tan segura. Anda, compruébalo otra vez.

—¡Eh, vosotros, venid a ganaros el trayecto! ¡Vamos a virar!

El Golfo de Cádiz y la Estrecha de Gibraltar estaban muy lejos de casa y, aunque acababa de empezar diciembre, nada en su entorno hacía pensar en villancicos ni en figuritas de belén.

En Cozumel habían aprendido que colarse en las bodas que se celebraban en las playas al atardecer era una manera fantástica y barata de alimentarse. Habían tenido que salir corriendo un par de veces, pero todo formaba parte de la aventura. Bailaban siempre que había música cerca, dormían en playas o bajo la lona de algún bote, y viajaban como polizones o como tripulación ocasional.

Durante esas semanas habían aprendido el manejo básico de embarcaciones de motor y de vela; habían dormido en hamacas colgadas de postes, directamente sobre el mar, habían contemplado la colorida y variada fauna marina haciendo esnórquel sobre los arrecifes, y Manu había probado suerte con el esquí acuático. Aunque no había durado mucho tiempo erguido, ver a Vicky partiéndose de risa en la lancha había sido la mejor recompensa.

No les había costado nada acostumbrarse a su nueva vida. De hecho, se extrañaban de que no hubiera más gente dedicándose sencillamente a vivir, sin angustiarse por el futuro. Aunque al principio de su escapada Victoria no había podido evitar preocuparse, Manu se había encargado de mantenerla relajada en todo momento. Se despertaba cada mañana con la cabeza del gaditano entre sus piernas, que la asaltaba por detrás cuando bajaban a la bodega de las embarcaciones o le hacía el amor en las aguas poco profundas de alguna isla caribeña al anochecer.

Y ese estado de relajación provocado por las hormonas que le recorrían las venas cada vez que él le regalaba un orgasmo se había convertido en su rutina diaria. Viajar y gozar, conocer sitios y disfrutar, formar parte de una tripulación y compartir experiencias únicas. ¿Había algo mejor en la vida?

Llevaban ya unas cuantas islas recorridas y todo estaba resultando mucho más fácil de lo que habían imaginado. No todo el mundo aceptaba llevarlos, por supuesto. Algunos directamente se negaban y otros les pedían dinero a cambio, pero nunca tardaban demasiado en encontrar a quien se ofreciera a llevarlos gratis o a cambio de un par de fotos.

Hasta ese momento no habían tenido ninguna mala experiencia, ni con piratas del siglo XXI ni con autoridades locales. Tal vez fuera cierto que la diosa Ixchel los había tomado bajo su protección.

Cuando vieron los dos Pitones de la isla de Santa Lucía en el horizonte

supieron que tenían que hacer una visita a su islote, donde había empezado su gran aventura. En la localidad de Soufrière, embarcaron en un catamarán que llevaba material al islote. Al preguntar, los lugareños les dijeron que eran suministros para la segunda edición de «Pecado original».

—¿Van a hacer una segunda edición? —se extrañó Victoria—. No había oído nada.

—Eso parece.

—Y ¿ya traen material? Si aún falta mucho para mayo. Qué previsores, ¿no?

Manu se encogió de hombros y, abrazándola por detrás, apoyó la barbilla en su hombro, disfrutando de la brisa en la cara.

Al llegar a tierra, se despidieron de la tripulación y se internaron en las playas y los bosques que conocían como la palma de su mano.

—¿Adónde quieres ir primero, Vicky?

—¡A la cueva! —exclamó ella tirando de su mano.

—¿En qué estarás pensando, mi viciosilla?

—¿Te hago un mapa?

Ella puso los brazos en jarras, recordando sus míticas peleas durante el concurso.

Él se la cargó al hombro, haciéndola gritar.

—Prefiero que me lo demuestres, ¡fiera!



*Montevideo, Uruguay, diciembre de 2015*

En el despacho del excelentísimo don Alejandro de la Encina y del Roble, el comité de emergencias —formado por él mismo, Ana Paula, Mariel y Micaela— examinaba el panel de corcho donde recopilaban toda la información que iba apareciendo sobre Victoria, a la que la prensa había bautizado como «Diplomática a la fuga».

—Es evidente que viajan hacia el sur —comentó Mariel, clavando la última foto sobre la isla de Martinica.

—Sí, yo creo que vienen hacia acá —dijo Micaela—, pero se toman su tiempo. —Sacudió la cabeza—. Chica inteligente.

Ana Paula señaló la foto, que habían sacado del Instagram de unos turistas asturianos que se habían cruzado con ellos en Martinica.

—Si yo fuera ella, no volvían a verme el pelo. ¡Qué bueno está ese chico! ¡Y con esa barba, más! Parece un auténtico pirata.

Micaela suspiró.

—Si yo fuera Victoria, lo secuestraría y lo obligaría a pasarse el día entero buscándome el tesoro.

El embajador abrió mucho los ojos al mirar a la más experimentada de sus funcionarias, que no veía el momento de coger la jubilación.

—¡Micaela!

—¿Qué pasó, don Alejandro? Soy vieja, pero no estoy ciega.

—¡No digas pavadas —protestó Ana Paula—, qué vas a ser vieja! ¡La

jubilación es la nueva adolescencia!

—Pues en cuanto tenga los papeles firmados, me voy al Caribe. ¡Necesito poner un golfo en mi vida!

—No sé qué le veis —comentó Alejandro molesto, mirando las imágenes clavadas en el corcho—. Lo único que ese tipo ha hecho por ella ha sido destrozarle la vida.

—Sí, algún destrozo le hizo, obvio —suspiró Mariel.

Él torció el gesto. La química sexual entre los fugados era imposible de negar, pero él también le había dado lo suyo en la cama. Y no sólo eso: la había protegido del cónsul y le había organizado fines de semana especiales, mostrándole lo mejor del continente, sin olvidar nunca su educación. Había estado dispuesto a limitar sus encuentros con otras mujeres —no del todo, por supuesto, porque la exclusividad le parecía una autopista directa al fracaso de cualquier relación—, pero sí se había imaginado conviviendo con ella, convirtiéndola en la señora De la Encina y del Roble, un puesto que tantísimas mujeres habían anhelado. Y ella lo había tirado todo por la borda a cambio de... un par de revolcones en la playa. ¡Con lo molesta que era la arena en según qué sitios! Pudiendo disfrutar de hoteles de lujo y sábanas de seda, no podía entenderlo.

Recordó la mirada perdida de Victoria durante su escapada a Chile y la comparó con el brillo incandescente de sus ojos en las fotos en las que salía haciendo el tonto con el golfo gaditano. Sacudió la cabeza y metió las manos en los bolsillos. No había nada que entender. No era el sexo en sí lo que le hacía brillar los ojos; era el sexo con la persona adecuada. Por mucho que le fastidiara admitirlo, Victoria estaba enamorada de ese hombre. A él lo había usado para consolarse y, como el cabrón afortunado que era, se había aprovechado de su situación de vulnerabilidad. Por suerte, a su edad ninguna de esas cosas era nueva para él. Lo había vivido desde el lado del que deja y del abandonado, y sabía que ninguna de esas situaciones era fácil ni cómoda.

Mientras las tres funcionarias seguían comentando los últimos rumores que llegaban sobre la pareja, Alejandro acarició la cara de Victoria con un dedo. Respetaba su valor. No era fácil ponerse el mundo por montera y enfrentarse a la sociedad, sobre todo cuando el padre de una era un hombre como Charles

Lampard. Normalmente ese tipo de aventuras solían acabar mal cuando los fugados se daban un baño de realidad volviendo a la vida cotidiana. Estaba por ver cómo acabaría esa historia.

En ese momento, llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo él, colocándose antes las imágenes de Victoria para cubrir las con su cuerpo.

—¿Es que aquí no trabaja nadie? —preguntó don Rodrigo Calvo, malhumorado—. Señora Echiveste, Micaela, vuelvan ahora mismo al consulado.

Las funcionarias salieron del despacho haciendo muecas, acompañadas de la secretaria de Alejandro. Cuando los dos hombres se quedaron a solas, el cónsul preguntó:

—¿Se sabe algo?

—No hay novedad.

—Ya sabes lo que opino al respecto. —Sólo cuando estaban a solas los dos diplomáticos se tuteaban. Se conocían desde hacía mucho tiempo; eran lo que podría llamarse «enemigos íntimos»—. Creo que estamos tardando en presentar denuncia contra ese hombre por secuestro.

—La señorita Lampard es mayor de edad y tiene familia. Si quieren interponer denuncia, que lo hagan ellos.

—La irresponsabilidad de la señorita Lampard nos está causando un perjuicio a todos.

—Venga ya, hombre. Sabes tan bien como yo que el puesto de becario es importante para la formación de los nuevos diplomáticos, pero el resto del personal puede realizar el trabajo perfectamente sin su ayuda. Si echas de menos ver algo bonito en el trabajo, cómprate una planta.

—Tan irresponsable como siempre, De la Encina.

—Tan estirado como siempre, Calvo Orondo.

—¿Qué se siente sabiendo que te han dejado por un carpintero? —Rodrigo disparó a la línea de flotación.

Él le dirigió su mejor sonrisa de diplomático.

—Alivio. Es refrescante saber que aún hay gente capaz de poner el amor por delante de todo.

—¿Amor? —La mirada del cónsul destilaba sarcasmo—. ¿Ahora se lo llama así? No sabía que fueras un romántico, De la Encina —apostilló antes de irse.

Alejandro se volvió hacia las fotos y se quedó mirando una de Vicky sentada sobre un cañón de la fortaleza de La Habana. La blusa blanca de escote desbocado le dejaba un hombro al descubierto. Tenía la falda recogida por encima de las rodillas y los pies descalzos apoyados en el cañón. Le recordó a Mary Read, la famosa pirata del Caribe.

Recordó su visita a la isla acompañado por el embajador español en Cuba. Las charlas institucionales, los puros habanos, los mojitos en La Bodeguita del Medio y, más tarde, la noche de sexo desenfrenado con Svetlana, una sofisticada diplomática rusa con la que había coincidido en el hotel Nacional, esa legendaria y decadente joya de la arquitectura y el glamur. Hasta ese momento había pensado que su visita a La Habana había sido inmejorable, pero la hija de Charles Lampard le estaba haciendo cambiar todos sus esquemas.

«¿Me estaré convirtiendo yo también en un ejemplo de decadente glamur?»

Volvió a fijarse en un detalle de la foto que le había llamado poderosamente la atención: ¡Victoria iba descalza! ¿Cuántas de las mujeres que habían estado con él lo habrían seguido así, con lo puesto? Probablemente ninguna. Ese carpintero era el tipo más afortunado del mundo, ya que la mujer que viajaba a su lado lo amaba por ser quien era, ni por su dinero ni por su influencia.

—Si eso no es amor, que baje Dios y lo vea —murmuró—. Y si eso es ser un romántico, que así sea. Gracias, Victoria. Gracias por despertar una parte de mí que creía que estaba muerta y enterrada.

*Islote frente a la isla de Santa Lucía, diciembre de 2015*

Felices como dos chiquillos camino de la cabalgata de Reyes, Manu y Victoria ascendían bosque arriba, hacia la cascada tras la cual empezaba una de las cuevas que recorrían las entrañas del islote.

Por suerte para ellos, no iban descalzos. Las abuelas de La Habana habían dado voces pidiendo zapatos desde el balcón y en minutos habían tenido zapatillas de su número en los pies. La generosidad de los caribeños y de la gente en general era abrumadora.

—¿Tienes sed? —preguntó el Golfo, haciendo una pausa en la inclinada pendiente.

Ella asintió en silencio, recuperando el resuello.

—¿No habrá algún escondite de cocos fermentados de Karibú por aquí?

Manu se echó a reír.

—Probablemente. Menudo topo, el tío, llenó la isla de hoyos.

—Me pregunto si los cofres del tesoro de los piratas no estarían en realidad llenos de ron o de cocos locos.

—No te extrañe. Cuando llevas un tiempo en este paraíso, el oro deja de tener valor. Hay cosas mucho más valiosas. —La empujó hacia el tronco de árbol más cercano y la besó hasta que notó que ella temblaba de risa—. ¿Qué pasa, *quilla*?

Victoria miró las ramas situadas sobre sus cabezas.

—Pensaba en la serpiente..., ¿te acuerdas?

Él sonrió. ¿Cómo olvidar nada de lo que habían compartido en esa isla durante su paso por el *reality*?

Echando las caderas hacia delante, le acarició el torso subiendo desde la cintura, hasta apoderarse de uno de sus pechos.

—¿Y tú, Vicky? ¿Te acuerdas del monstruo de Eliot Ness?

Aguantándose la risa, ella le echó mano a la criatura legendaria en cuestión.

—Ya te dije que era el monstruo del lago Ness, no un intocable de Eliot Ness. —Le deslizó la mano por dentro del pantalón pirata y le acarició la bicha marina arriba y abajo, disfrutando al ver que él entornaba los ojos de placer—. *Nessy* y yo nos hemos hecho grandes amigos. —Lo provocó, acariciándole la punta hasta que una gota de humedad le bañó la piel—. Por suerte para mí, de intocable no tiene ni un pelo.

Aprovechándose del momento de debilidad de Manu, Vicky salió corriendo y no se detuvo hasta llegar al riachuelo. Esta vez no dudó en lanzarse al agua y en cruzar la cascada, sabiendo lo que la esperaba al otro lado.

Él no tardó en reunirse con ella. Se acercó sigiloso, con la nariz y la boca bajo el agua, y al llegar a su lado sopló para salpicarla.

—No huyas, Estrecha. —La atrapó una vez más entre sus brazos—. Tú y yo tenemos algo pendiente.

Ella fingió resistirse, aunque en realidad estaba justo donde quería estar.

—¿Ah, sí? ¿Qué podrá ser? Refréscame la memoria, Golfo. —Él se sumergió en la charca, le quitó los pantalones y los lanzó sobre una roca—. No sé dónde crees tú que tengo la memoria, gaditano. Pero ya que has decidido refrescarme... la entrada de la cueva, igualdad ante todo. ¡Fuera esa ropa!

—Tus deseos son órdenes, mi señora.

Manu se desnudó por completo mirándola a los ojos.

Aunque durante su anterior visita a la cueva la atracción entre ellos había sido muy intensa, en aquel momento todavía no estaban enamorados. El amor había surgido durante las siguientes semanas, compartiendo trabajo, noches de tormenta y confidencias. Esta vez, sus cuerpos se deseaban con la misma

fuerza, pero había algo más. Sus corazones estaban implicados y eso hacía que todo cobrara un sentido especial.

El amor de Manu le daba fuerza, la hacía sentir poderosa, segura de sí misma. Abrazándose a la roca que tenía a su espalda, Victoria levantó las dos piernas hasta que los dedos de los pies asomaron por encima del agua. Los sacudió para captar la atención del gaditano y, cuando la tuvo, separó las piernas lentamente.

Él se mordió el labio inferior y le dirigió una mirada que era pura lujuria sin embotellar. Tragó saliva, tomó aire y se sumergió en busca de su objetivo con la efectividad de un misil guiado por el calor. La agarró por las caderas y frotó su sexo con la nariz, con la boca, con la barbilla.

Victoria ahogó una exclamación cuando su barba de una semana le rascó la delicada piel de los muslos. Manu tenía unas ganas locas de abrir la boca y darse un festín, pero no le apetecía ahogarse, así que se conformó con recorrerle la vulva de arriba abajo con la nariz una última vez. O eso se dijo, porque al retirarse abrió los ojos y vio la perla de su clítoris. Lo llamaba como si fuera un tesoro dentro de la concha y él, un pescador de perlas. Incapaz de resistir su llamada, abrió la boca para acariciarlo con la lengua y se atragantó.

Vicky, que había hundido las manos en su pelo y que gemía con la cabeza echada hacia atrás, dudó un instante. El contraste entre el agua fría de la cueva y el calor de la boca de Manu le provocaba sensaciones deliciosas, pero ¿no llevaba ya mucho tiempo abajo? Preocupada, tiró de su cabeza. Él salió a la superficie tosiendo con ganas, pero la miró divertido.

—¿Qué pasa, Vicky? ¿No te gustaba lo que te estaba haciendo?

En vez de responder, ella le rodeó la cintura con las piernas y lo atrajo hacia su calor. Le acarició la cara y los fuertes pelos de la barba le provocaron un cosquilleo que le recorrió los brazos y siguió descendiendo. Él volvió la cara, le mordió el pulgar y tiró de él varias veces mientras gruñía, fingiendo ser un perro con un hueso.

—Tanto me gusta que no quiero que te ahogues antes de hora —respondió ella acariciándole la nuca.

—Ésa es mi Vicky, siempre preocupada por la seguridad en las aguas

internacionales —susurró el gaditano.

Agachó la cara y la besó en el cuello y detrás de la oreja. Ella pensaba que el frío del agua ya se había encargado de endurecerle los pezones, pero fueron las calientes caricias de Manu las que los convirtieron en dos perlas oscuras. Una vez más, el Golfo se lanzó a por el tesoro con entusiasmo. Mientras los devoraba alternando sus atenciones entre ambos, ella echaba las caderas hacia delante, buscando eliminar los insufribles centímetros que los separaban.

—Manu, por favor.

—Por favor, ¿qué?

—Estoy tomando precauciones, gracias a Dios —dijo ella, recordando su primera vez en la cueva—, así que hoy no se te ocurra parar.

Él se sujetó el pene con la mano y buscó su entrada para darle lo que ella quería, lo que él ansiaba.

Cuando Victoria lo notó justo donde lo necesitaba, aspiró hondo y trató de clavarse con fuerza sobre él, pero Manu lo impidió.

—Despacito, fiera. Quiero notarte.

—Ma... nu...

—¿Sí, mi vida?

—Déjate de palabras bonitas y ¡dale caña!

Él la penetró un par de centímetros, que a ella le supieron a poco, desquiciantemente poco.

—¡Más, joder, Manu!

—Más, ¿qué? ¡Qué boca tan sucia tienes cuando te pones cachonda, Vicky!  
—la provocó, sabiendo que la excitaba que le hablara así.

—No estoy cachonda.

—No, claro que no. —Manu se retiró medio centímetro de su interior, a lo que ella reaccionó inspirando hondo y contrayendo los músculos para impedirlo—. Tienes los pezones duros como bolas de cojinetes, pero no estás cachonda.

—Para nada —replicó ella con los dientes apretados.

Colgada de su cuello, se elevó un poco y se dejó caer con ímpetu, logrando su objetivo y sonriendo satisfecha al notar que él extendía sus paredes vaginales a su paso.



—¡Dios! —exclamó Manu, sujetándola con más fuerza por las caderas en un intento desesperado de mantener el control de la situación.

Sin embargo, no tenía nada que hacer. La diplomática había decidido que el tiempo de tratar de encontrar una salida civilizada a su contencioso sexual había pasado. Era la hora de utilizar la artillería pesada.

Inclinando la cara, recorrió el cuello de Manu con la lengua de abajo arriba hasta llegar a su oreja. Le mordisqueó el lóbulo y lo succionó con ganas, notando cómo se le erizaba la piel. Cuando le metió la punta de la lengua en la oreja mojada, a él se le doblaron las rodillas, momento que Victoria aprovechó para impulsarse hacia arriba y clavarse en él hasta el fondo.

—¡Ríndete, Golfo! —Tiró con fuerza de su pelo—. ¡Dame todo lo que tengas!

Como una auténtica pirata del Caribe, Vicky lo estaba mirando con los ojos brillantes, implacable, lujuriosa. Por suerte para él, no era su riqueza ni su sangre lo que deseaba; lo que necesitaba era su pasión.

—Piedad, temible Perla de Gibraltar. No me mate, haré lo que me pida.

—¡No más palabras, prisionero! Si quieres ver salir el sol, ¡hazme ver las estrellas!

Y cuentan las crónicas de la isla que nunca un prisionero se había entregado a su condena con tanto entusiasmo. Y que nunca una pirata se había ensañado de tal modo con su prisionero. Ambos dieron y recibieron por igual, en un combate ardiente y salvaje, sin reglas, donde todo valía.

Cada impetuosa embestida de Manu era recibida con gemidos, mordiscos y uñas clavadas en los hombros y en la espalda, hasta que ambos perdieron por completo la noción del tiempo y del espacio.

Los gemidos se convirtieron en jadeos y los jadeos en gritos. Por suerte, esta vez no tenían un equipo de cámara y sonido esperando al otro lado de la cascada, porque si los gritos de placer de Victoria hubieran llegado a las pantallas, probablemente habría sido el final de una breve etapa en la diplomacia y el inicio de una fulgurante carrera en la industria del porno.

El orgasmo de Vicky detonó el de Manu, que la embistió una y otra vez sosteniéndola como si no pesara nada. Sólo cuando ella se desplomó como un

peso muerto y las últimas sacudidas del clímax le robaron las fuerzas, se echó hacia atrás hasta topar con una roca baja y se sentó, con ella encima.

—No me liberes nunca, Perla del Caribe —musitó en su oído, provocándole un nuevo escalofrío.

—Es que estoy en contra... de cualquier tipo de tráfico... y explotación de seres humanos —bromeó ella entre jadeos.

—Si me ato yo solo y tiro la llave al mar no es explotación.

Vicky sonrió con la cara pegada a su cuello.

—Creo que tienes síndrome de Estocolmo, Manu. —Le llenó el cuello de diminutos besos.

—A mí me da lo mismo que estemos en Estocolmo, en Londres o en el Caribe, niña, pero siempre juntos, hazme ese favor.

Y, aunque parecía que fuera imposible, el amor de la Estrecha por el Golfo creció un poco más con esas palabras.

Acariciándole la nuca, le susurró al oído:

—Siempre juntos.

*Cádiz, diciembre de 2015*

Emma llevaba unos meses trabajando en Onda Algeciras Televisión, aunque cada vez estaba más harta. Cuando aceptó la oferta de trabajo todavía estaba cegada por el brillo de la fama y de los focos de los platós, pero, como un suflé, su entusiasmo se había desinflado a base de guardias de calle, mientras esperaba bajo la lluvia o el solazo a que el famoso de turno de esa semana confirmara o desmintiera que se había acostado con la hija de una tonadillera o con el hijo de un torero. Aunque algunos de los entrevistados eran majos y simpáticos, en general, las declaraciones que conseguía eran del tipo: «¡Sí, hombre, a ti te lo voy a contar!», o «Sigue mi Instagram y te enterarás, bonita».

Y cuando ya había empezado a plantearse dejar el trabajo cayó sobre ella la bomba que la ayudó a decidirse.

De repente, los entrevistados del día dejaron de rehuirla para sacarse fotos con ella. Y, en vez de responder a sus preguntas, la acribillaban con las suyas.

—Emma, Emma, ¿es verdad que el Golfo ha secuestrado a la Estrecha? He oído que ha pedido rescate por ella a tres países distintos, ¿es verdad eso? Me han dicho que se han unido a un grupo de piratas y que están recorriendo los mares del Sur. ¿Te sientes abandonada por tu amiga?

Incapaz de realizar su trabajo, presentó la dimisión y se fue a casa de su madre. Y, cuando se encontró a un grupo de paparazzi esperándola en la puerta, se fue a Cádiz y se refugió en el taller de su marido, que la acogió con un abrazo que le llenó la blusa de grasa y el alma de alivio.

—Qué sorpresa tan agradable. —Benito la miró y vio que no le brillaban los ojos—. ¿Ha pasado algo?

Ella se apartó.

—Nada. ¿No puedo venir a ver a mi marido si me apetece?

—Claro. Tengo que entregar este coche dentro de un rato. Anda, ayúdame y nos vamos juntos.

—¿Te ha dicho algo el cabronazo de tu amigo? —preguntó Emma mientras él volvía a tumbarse en el suelo y a deslizarse bajo el vehículo que estaba reparando.

—No. —Él alargó la mano—. Pásame la llave inglesa. Y a ti, ¿te ha dicho algo la estirada de tu amiga?

—Vicky no es estirada. —Le pasó la primera herramienta que encontró.

—Ya, ni Manu un cabronazo. Emma, esto es un destornillador.

—Uy, usted perdone. —Abrió el bolso, sacó la lima de uñas y se la dio.

El Tuerkas asomó la cabeza para verle la cara y se la devolvió.

—Emma, ¿puede saberse qué te pasa?

—¿A mí? A mí no me pasa nada. Sois los demás, que estáis insoportables. ¡Estáis todos contra mí!

Al borde de las lágrimas, se dirigió hacia la puerta.

Benito se levantó ágilmente y la alcanzó antes de que saliera a la calle. Cuando ella se resistió, la empujó contra la pared más cercana y le tomó la cara entre sus grandes manos, sucias de grasa.

—Chis, calma, *quilla*. Nadie está contra ti y yo menos que nadie. —Le aplastó los labios con su boca hasta que ella dejó de resistirse. Cuando el menudo cuerpo de Emma perdió la rigidez, le deslizó la lengua en la boca y la besó hasta que ella gimió y le devolvió el beso con la misma pasión—. Ven.

Le tomó la mano y tiró de ella. Una vez en el cuartito donde se encargaba de los papeles del taller, cerró la puerta con llave y la sentó sobre el escritorio.

Mientras se desabrochaba el mono de trabajo, ella se echó hacia atrás y apoyó las manos en la mesa, llena de papeles.

—Mmm, creo que voy a hacerte una foto. Sí, espera. —Sacó el móvil del bolso y lo fotografió. Él le siguió el juego y se desnudó lentamente, haciendo

posturitas y sacando morritos—. ¡Perfectas! Haré un calendario con ellas para que lo cuelgues en la pared... ¡y quites el de ese zorrón!

Él se había librado ya del mono de trabajo y de la camiseta y jugueteaba con el borde de los calzoncillos ajustados.

—No sé de qué me hablas, nena. Aquí no existe otra mujer más que tú. — Emma gimió y se mordió el labio inferior. Últimamente se pasaba el día más caliente que una estufa. El Tuerkas no dejaba que pasara hambre, pero por mucho que lo hicieran cada mañana, llegaba a la noche inquieta como una leona enjaulada—. Puedes seguir jugando con ese cacharrito, pero aquí dentro tengo otro cacharro que se muere de ganas de que juegues con él. —Se agarró el pene y lo acarició arriba y abajo, sin dejar de mirarla a los ojos en ningún momento—. Tú verás, *quilla*.

A Emma últimamente le costaba tomar decisiones, pero por suerte algunas seguían siendo fáciles. Como ésa. Dejó el móvil en la mesa y se arremangó la falda vaquera corta que se había puesto para ir a trabajar. La boca se le curvó en una sonrisa ladeada al ver que los ojos de su marido se oscurecían buscando lo que escondía entre las piernas.

Benito se acercó, pero en vez de tomarla allí mismo, la levantó en brazos. Ella le rodeó la cintura con las piernas y se colgó de su cuello. Con una mirada depredadora, la llevó hasta una de las paredes del cuartito, la pared en la que había hecho realidad una de las fantasías de su ardiente esposa como regalo de bodas.

La repisa de cuero tachonado de color burdeos que recorría la pared de lado a lado no estaba colocada a cualquier altura, sino a la altura perfecta para acceder a ella. Le apoyó las manos en los muslos y le separó las rodillas con autoridad.

Metiendo una mano bajo la falda, la acarició por encima de la diminuta braga y gruñó al notar que estaba empapada.

Ella le sujetó la muñeca con una mano.

—Beni, sabes que adoro tus manos, pero estás *comío* de grasa. Anda, dame lo que tú ya sabes.

La parte central de la pared también estaba cubierta con cuero acolchado. A lado y lado había barras metálicas de las que colgaban herramientas, tan

limpias y relucientes que sin duda los clientes que entraban a pagar la factura pensaban que se trataba de decoración. Pero, no. Se trataba de camuflaje. Si alguno se hubiera entretenido examinándolas, hubiera encontrado fustas, plumeros, esposas, varas, cuerdas, cadenas y grilletes.

El Tuerkas le tomó una mano y la llevó hacia una de las barras, para sujetarle la muñeca con unas esposas. Sin darle tiempo a protestar, le sujetó la otra muñeca, dejándola con los brazos en cruz un poco por encima de la cabeza.

Con una mirada traviesa, se alejó y fue a buscar el bolso de Emma. Lo abrió y le entregó la lima que le había dado ella hacía unos minutos.

—¿Es esto lo que quieres?

Emma lo fulminó con la mirada. Tenía ganas de reír y de llorar al mismo tiempo. No sabía qué le pasaba, sólo sabía que no estaba para bromas. Alargó los pies y rodeándole la cintura con las piernas, lo atrajo hacia donde lo necesitaba.

—Esto es lo que quiero. No me hagas esperar, por favor. Hoy no. No quiero jugar, te necesito ya.

Contagiándose de su urgencia, deslizó las manos bajo la falda y le rasgó la tela de la braga.

—¡Sí!

—¡Joder, Emma! —Benito la sujetó por las caderas y la atrajo hacia sí con brusquedad hasta que sus pechos quedaron pegados.

Cuando ella se quejó, él confundió su gemido por uno de placer y le sujetó ambos pechos con fuerza, como a ella le gustaba.

—¡Aaaaaah, bestia!

Él se quedó helado al verla con lágrimas en los ojos.

—¿Te he hecho daño? Joder, lo siento. Mejor lo dejamos para otro día.

Emma le dirigió una mirada tan amenazadora que él se alegró de que estuviera encadenada a las barras metálicas.

—¡Atrévete a dejarme así, Tuerkas, y eres hombre muerto!

—Dios, Emma, me vuelves loco.

«No me extraña —pensó ella—. No me entiendo ni yo, pero no pienso admitirlo.»

—No es tan difícil, Tuerkas. Fóllame de una buena vez. Te necesito dentro de mí.

A él no le hicieron falta más instrucciones. Su mujer estaba rara de cojones, pero algunas cosas las tenía claras, así que empezaría por ahí. Luego la llevaría a comer y, cuando la tuviera saciada a todos los niveles, hablarían.

—¿Es esto lo que quieres, Emma? —La agarró por las nalgas y se hundió en ella con un contundente movimiento de caderas. El estremecimiento de la fierecilla de La Línea fue la respuesta que necesitaba. Se retiró y volvió a clavarse en ella muy lentamente, haciendo rodar las caderas—. ¿O prefieres esto?

Ella gimió y echó la cabeza hacia atrás.

—Sí —susurró.

El Tuerkas sonrió.

—¿Sí a qué? —Se clavó en ella varias veces a buen ritmo y luego aflojó la velocidad y volvió a hacer girar las caderas, alcanzándola hasta en los rincones más apartados.

—¡Sí a todo! Dámelo todo, Tuerkas —suplicó con el ceño fruncido y la boca entreabierta—. No pares, por favor.

Él besó su boca hasta que hizo desaparecer la súplica y la convirtió en placer, sin dejar de penetrarla. Le amasó las nalgas y bombeó incansable en su interior. Los gemidos de Emma aumentaban de intensidad, pero aunque eran gemidos de placer, la conocía lo suficiente como para reconocer el punto de frustración. Estuvo tentado de pellizcarle los pezones para ayudarla a despegar, pero recordó sus gritos de hacía un momento. Se detuvo en seco y ella se aferró con más fuerza a sus caderas atrayéndolo hacia sí.

—Más, Tuerkas, necesito más.

Él la levantó del murete, la sostuvo a peso elevándola tanto como permitían las esposas y la dejó caer sobre su erección.

Emma gritó, pero la expresión de éxtasis de su cara lo tranquilizó. Con energías renovadas, se clavó en ella una y otra vez. Estaba a punto de correrse pero esa necesidad ocupaba un segundo plano. Lo importante en ese momento era conseguir que su Emma volara a su lado. Incrementó el ritmo y la intensidad de las embestidas hasta que los gemidos de Emma se convirtieron

en los inconfundibles gritos que acompañaban todos sus orgasmos. Mantuvo el ritmo mientras ella cabalgaba las colinas del éxtasis hasta que no pudo más. Con un grito desgarrado la siguió, derramándose a borbotones en su interior.

Emma lo abrazó, con la cara enterrada en su cuello. Cuando fue capaz de abrir los ojos, alzó un poco la cabeza y le dirigió una mirada triunfal a la presunta colegiala que la miraba con descaro desde el calendario.

«A éste lo verás pero no lo catarás, maja. Al Tuerkas no le aprieta los tornillos nadie más que yo.»

\* \* \*

—Sí, mamá, estoy con el Tuerkas, en casa de sus padres. Lo sé, lo siento, no pensé en avisarte. ¿Se han ido ya?

—No todos. Un chico sigue de guardia. Me vienen ganas de invitarlo a cenar, me da pena el pobre.

—¡Ni se te ocurra! A los reporteros, ni agua, o no te los quitas de encima.

—Emma, tú eres reportera.

—Ya no, lo he dejado.

—Pero, nena, ¿lo has pensado bien? Con la ilusión que te hacía...

—¡Tú lo has dicho: *me hacía!* ¡Ahora me hace la misma ilusión que celebrar una fiesta de pijamas con los putones que cuelgan de las paredes del taller del Tuerkas!

La madre de Emma puso los ojos en blanco. La nena estaba rarísima últimamente. Estaba irritable, todo la molestaba, lloraba por cualquier cosa... Rocío se llevó la mano al vientre y se quedó con la vista clavada en la pared, con los ojos muy abiertos.

«No puede ser...»

—Eh..., ¿te encuentras bien, Emma?

—Que sí, estoy perfectamente, pero ese trabajo no era para mí. Ya buscaré otra cosa. ¿Mamá?

—¿Sí?

A Rocío se le formó un nudo en el estómago, pensando que estaba a punto de oír novedades de esas que te cambian la vida de un día para otro.



—¿Podrías pasar un momento por casa a darle de comer a *Amparito*? Es vegetariana, así que no se te ocurra llevarle croquetas.

Rocío puso los ojos en blanco. Al parecer, de momento podía olvidarse de acariciar las suaves mejillas de un bebé sonrosado. Iba a tener que conformarse con cuidar de un ser del mismo tamaño, pero con la piel mucho más dura y al que no podía empapar en colonia Nenuco.

—Marchando un menú vegetariano para la señora. ¿Algo más?

—No, mamá. —A través del teléfono, Rocío supo que su hija estaba poniendo los ojos en blanco—. Gracias.

—Cuídate, Emma. Descansa.

—Sí, mamá, yo también te quiero.

Carmen entró en el comedor con un plato de ensalada en la mano.

—¿La has aliñado? —le preguntó Rocío.

—Aún no.

—Pues no la aliñes, que tenemos que alimentar a una vegetariana. Voy a hacer una tortilla de papas. Ven a la cocina y te lo cuento.

\* \* \*

En Cádiz, Emma se arrebujó entre los brazos del Tuerkas, en el sofá de sus padres. Se sentía mal, muy mal. El piso de soltero de su marido era ya el nuevo hogar de Mari Mar y Antonio. Él lo había dejado encantado para irse a vivir con ella a La Línea, y ahora ella no quería volver. *Amparito* estaba allí, sola, y su madre tenía que ir a cuidarla, como si no tuviera ya bastantes cosas que hacer. Sabía que los reporteros se cansarían pronto de ella y la dejarían en paz, pero no tenía ni idea de qué hacer con su vida. Ella, que siempre lo había visto todo claro, últimamente tenía la sensación de caminar entre la niebla. Todo era confuso, todo le costaba, lo único que quería era dormir y que la dejaran en paz.

—Lo siento, soy un desastre. Te he complicado la vida. Por mi culpa has tenido que volver a casa de tus padres y... —Los sollozos no la dejaron seguir hablando.

Benito la abrazó y le acarició la espalda.

—Eh, eh, eh..., ¿a quién estás llamando tú «desastre»? A mi esposa no le faltes el respeto, ¿vale?

A Emma se le escapó la risa.

—Necesito un pañuelo.

Él le alcanzó la caja de clínex y, después de sonarse, volvió a apoyar la cara en su pecho y lo abrazó con todas sus fuerzas.

—No tengo trabajo, no sé qué voy a hacer con mi vida, me paso el día llorando. Yo... yo... tengo miedo de que te hartes de mí.

Benito sacudió la cabeza. Antes de que empezara el concurso donde se habían conocido, su vida había sido la de un soltero fiestero. Trabajar entre semana, cervezas con los amigos los jueves y los viernes, de caza a la discoteca los sábados, chirigotas cuando se acercaban los Carnavales..., pero había empezado a cansarse de aquello. No de los amigos ni de las juergas, pero sí de las relaciones sin sentido. Emma le había enseñado lo que era amar y había llenado su vida de significado. Ahora iba a trabajar cada mañana con alegría, sabiendo que estaba labrando un futuro para ambos. No le importaba tener que madrugar más para ir al trabajo, ni tener que pasar más rato en la carretera al acabar la jornada, porque sabía que al llegar a casa no lo esperaba un reptil de sangre fría, sino una mujer de sangre muy caliente, una mujer sin la que ya no se imaginaba la vida.

—Antes me hartaré de respirar que de ti, Emma. Y, si aún no lo tienes claro, es que no estoy haciendo bien mi trabajo. —Apoyándole un dedo bajo la barbilla, la obligó a mirarlo a los ojos—. ¿No será que tú te has hartado de mí? ¿Has conocido a algún famoso interesante y bien *mazao* que te quita el sueño?

Ella se horrorizó.

—Pero ¿qué dices? Aún no he encontrado a ninguno que me diga nada interesante. Y *mazao*... no creo que lo estén más que tú. —Le recorrió el pecho con un dedo—. Prefiero tus músculos conseguidos en el taller a los músculos de gimnasio, y esos tatuajes... Mmmm.

—¿Aún te pongo, Emma?

Ella sacudió la cabeza y soltó el aire por la boca.

—Si no te lo demuestro ahora mismo es porque respeto a tus padres. —

Escuchando escondida tras la puerta, la madre del Tuerkas hizo un gesto de aprobación—. Y porque estoy muerta de cansancio; no puedo con mi alma, pero mañana por la mañana no te me escapas. —Él hizo un gesto de celebración con el puño apretado que la hizo sonreír—. No sabía que se podía querer tanto. —Lo besó en la boca—. ¡Atorníllame, Tuerkas! No me dejes nunca, por favor.

Él la sentó en su regazo, la protegió con su cuerpo y, antes de fundir sus bocas en un beso —de tornillo, por supuesto—, susurró:

—A mandar, *quilla*. A esta tuerca y este tornillo no hay llave inglesa que los separe.

\* \* \*

La madre del Tuerkas llevaba unos minutos hablando con Rocío. Tras asegurarle que Emma estaba bien y que no era ninguna molestia tenerlos en casa, Rocío no había podido contenerse y le había comentado sus sospechas.

Tras asomarse al comedor, comprobó que a su consuegra no le faltaba razón.

—Pues, la verdad, ahora que lo dices, yo estaba igual cuando me quedé en estado de mi Benito. Parecía una gata: a ratos me abalanzaba sobre mi marido, otras veces sacaba las uñas si se acercaba. Ay, Rocío, ¿tú crees que los niños nos van a dar ese regalo de Navidad?

—¿Te imaginas? Volver a oír pasitos por el pasillo.

—¡Y que no sean de iguana! Dios te oiga, consuegra. Descuida, que yo te cuido a tu niña como oro en paño.

—Gracias, consuegra. Hablamos.

—¡Ay, qué alegría me has dado! ¡Creo que no voy a poder dormir!

—Duerme ahora que puedes, ya nos tocará quedarnos en vela cuando hagamos de canguro.

—Ya lo dice mi hijo, que tiene una suegra muy sabia.

—Tu hijo es un auténtico amor. Lo has criado muy bien, consuegra.

—Lo mismo digo. La obligación de una madre es educar a su hijo; la de una abuela, consentirlo. ¡Qué ganas tengo de ser abuela para poder malcriar a

mi nieto!

Rocío se echó a reír.

—Ya te digo. Carmen y yo estamos igual que tú. ¡Va a ser el bebé más consentido del mundo!

*Isla de «Pecado original», diciembre de 2015*

Tras tantos días durmiendo a salto de mata, hoy aquí y mañana allí, Manu se despertó con la agradable sensación de estar en casa. Y no sólo por el familiar calorcillo del cuerpo de Victoria pegado a su pecho, sino también por algo más. El olor de la madera, el sonido de las olas en la distancia... Se sentía en casa porque estaban en su casa, la casita del árbol que había construido con sus propias manos cuando se quedaron sin palafito tras el paso de la tormenta tropical por la isla.

Sonriendo, abrazó a Vicky con más fuerza, pegando sus nalgas a la erección que la saludaba entusiasta como cada mañana. La hija del estirado embajador Charles Lampard tenía el pelo alborotado, y la ropa, que les habían regalado por el camino, en uno de los colgadores que él mismo había hecho. Desnuda, despeinada, sin dinero ni documentos, enfrentándose a lo que les traía cada nuevo día con alegría; nunca la había visto tan preciosa. No necesitaba cremas iluminadoras ni brillos en los párpados porque el amor y la felicidad la hacían brillar desde dentro.

Aunque se habían pasado buena parte de la tarde y de la noche rememorando su paso por la isla haciendo el amor en todos sus rincones, estaba listo para un nuevo asalto.

—Chis —oyó.

«¿Chis?» Que él supiera, las iguanas no chistaban.

Abrió los ojos y fijó la mirada en la puerta de la cabaña. Alguien había

retirado la puerta formada por hojas de palma y varios pares de ojos los observaban en silencio.

—¡Joder! —Se sentó de golpe, con el corazón en la boca, y buscó a su alrededor algo con lo que defenderse, ya que la casita no tenía más salida que la puerta.

—¿Qué pasa? —Victoria se frotó los ojos con las manos—. ¿Una araña?

—¡Unos moscones! —exclamó él, poniéndose los pantalones—. Tápate, Vicky, que no estamos solos.

Ella se sentó, aferrando la hoja de palma con la que se habían cubierto.

—¿Quién anda ahí?

—Eso tendríais que responderlo vosotros —respondió el cabecilla de los intrusos.

Manu le dio la ropa a Vicky y se colocó ante ella mientras se vestía.

—Nosotros pasábamos por aquí, *quillos*. Se nos hizo de noche y nos metimos en la casita del árbol, pero ya nos vamos, tranquilos. Seguid con lo vuestro, *pishas...*, bueno, y chochetes.

Dos parejas habían entrado en la cabaña. Una chica estaba sobre el último escalón y un chico se asomaba entre sus piernas.

—¡Joder! ¡Eres el Golfo de Cádiz!

—No te reconocía con esa barba.

—¿Y ella es la Estrecha de Gibraltar?

—Soy Victoria Lampard, mucho gusto.

—¡Sí, es ella! ¡Estrecha y estirada como ella sola!

—Eh, tú, no te metas con mi Vicky, que no te ha hecho *ná*.

—No pasa nada, Manu.

—No pasa nada, Manu —la imitó la morena, que parecía un clon de Nerea, una de las participantes que había coincidido con ellos en el *reality*—. A ver, ¿dónde están las cámaras?

Todos, incluidos Manu y Victoria, se pusieron a buscar cámaras escondidas por la cabaña, pero no vieron nada.

—¿Sois la prueba sorpresa de la semana?

Manu y Victoria se miraron, empezando a entender de qué iba todo eso.

—¿Sois participantes de un *reality*?

—No disimules, Estrecha, que estamos muertos de hambre pero no somos idiotas.

A Manu su actitud le resultó familiar. Era como volver a estar junto a Dani y Nerea, hambrientos, cabreados, a la defensiva. Decidió que lo mejor sería seguirles la corriente para obtener información.

—Nos habéis *pillao, quillos*. —Victoria lo miró como si se hubiera vuelto loco y él le apretó la mano para que no dijera nada—. Somos la prueba sorpresa. ¿Qué tal por aquí? ¿Cómo va la cosa?

Los recién llegados se relajaron y los invitaron al campamento central, donde la otra pareja de concursantes mantenía el fuego encendido. Por el camino, Manu les enseñó la técnica de Karibú para pescar, y al pasar junto a una de las rocas donde el tanzano solía enterrar cocos para que fermentaran, encontraron unos cuantos.

Los concursantes llegaron al campamento eufóricos con el botín. Se acercaba la Navidad, añoraban estar en sus casas con sus familias, y cualquier novedad que hiciera pasar el tiempo más deprisa era bienvenida.

Cuando, a media mañana, se acercó el barco con los equipos de cámara, vieron que Xabi y Blanca habían repetido experiencia.

—¡Ahí va la hostia! —exclamó el cámara donostiarra al reconocerlos—. Y ¿éstos de dónde han salido, pues?

Blanca se acercó a Victoria y la abrazó.

—Me alegro de que estéis bien. Ni te imaginas la de barbaridades que se están diciendo sobre vosotros.

—Gracias, Blanquita, me hago una idea.

—No hace falta que disimuléis —dijo el cabecilla de la edición—. Ya nos lo han cascado todo. Sabemos que están aquí para la prueba sorpresa de esta semana.

—Hombre, la sorpresa nos la han dado a todos, eso es verdad —murmuró la responsable de producción—. ¿Puedo hablar con vosotros a solas?

Manu y Victoria la siguieron hasta un rincón apartado de oídos indiscretos.

—Me alegro de ver que no os han secuestrado los piratas —comentó ella.

—¿Eso se dice? ¡Ay, Dios mío! ¡Mi madre debe de estar muerta de preocupación! Por favor, déjame que la llame. Sólo para que sepa que estoy

bien.

—Si saco el teléfono aquí en medio, se va a liar. Todos van a querer hablar con sus familias. Deja que hable con los directores del programa y te digo algo, ¿vale? Tú también querrás hablar con tu familia, ¿no, Manu?

Él miró a su alrededor. Su instinto le decía que se alejara de todo aquello cuanto antes. Cuando había cámaras cerca, Vicky y él acababan separados; siempre pasaba lo mismo, y no quería volver a perderla.

—Pues no, lo que quiero es que nos saques de aquí. Les he dicho a los chicos que estábamos aquí por la prueba semanal para que se calmaran, pero la verdad es que estamos de paso. No queremos complicaros la vida. Nos dejáis en Santa Lucía, y si te he visto...

—*I don't remember!* —Vicky y la productora acabaron la frase a la vez.

—Eso mismo, *quillas* —sonrió él.

—Anda, volved al campamento. Veré qué puedo hacer.

\* \* \*

Por la tarde —noche en España—, los técnicos acababan de ultimar los detalles del decorado. La conexión estaba a punto.

—Todos en sus puestos. Entramos en directo en cinco, cuatro...

Manu miró a Victoria atusándose la barba y suspiró.

«Ay, Virgencita del Carmen, ¿quién me mandaría a mí?»

—¡Estamos en directo!

—¡Se acerca la Navidad! —exclamó en plató Juanra Bonet, que repetía como presentador de «Pecado original»—. Es tiempo de magia y de sorpresas, y la organización del concurso no ha querido que nuestros queridos concursantes se quedaran sin regalos. Luján, ¿qué nos habéis preparado?

La divina presentadora llevaba uno de sus espectaculares modelitos. En este caso, un ceñido vestido largo en tela mikado que parecía hecho de nieve, con un gran lazo rojo en la cintura.

—Ni te imaginas quién acaba de llegar en su trineo para adelantarnos la Navidad, Juanra. —La presentadora se hizo a un lado, dejando a la pareja sola ante la cámara.



—¡Jou, Jou, Jou! —exclamó el gaditano, vestido con un traje de Papá Noel, una gran barba blanca y un saco a sus pies.

A su lado, Victoria, vestida de elfo con minifalda verde y gorro de punta, hizo sonar una campana.

—Pero si son el Golfo del Ártico y la Estrecha de Bering. ¡Qué alegría!

—Ya ves, Juanra, *pisha*, cómo nos hemos de ver.

El presentador se aguantó la risa.

—Si el rojo te favorece, hombre, no te quejes.

—Eso, no te quejes, te lo cambio por el mío —protestó Victoria entre dientes, haciendo sonar la campana de pura rabia.

«Un traje de elfa cachonda, justo lo que mi imagen necesitaba. Si lo ve mi padre, me mata, y si lo ve Alejandro... ¡Ay, Dios, con qué cara me presento yo ante Alejandro después de esto!»

El equipo del programa se lo había trabajado. En las pocas horas que habían pasado desde que habían descubierto su presencia en la isla habían logrado establecer contacto telefónico con varias personas del entorno de la pareja, aunque eso ellos aún no lo sabían. Lo único que les habían dicho era que, si querían pasaje a Santa Lucía en el barco del programa, tenían que hacerse pasar por Papá Noel y su ayudante durante el directo de esa noche. Los concursantes de la nueva edición les pedirían regalos y, tras recoger sus cartas en un saco, podrían seguir adelante con sus vidas. Y, aunque no les hizo ni pizca de gracia, aceptaron.

—Melissa, es tu turno —dijo Luján—. ¿Ya sabes lo que vas a pedirle a Santa Claus?

Victoria frunció el ceño al ver que la rubia participante vestida con el biquini de hojas de parra característico del concurso se arrebujaba en el regazo de Manu, le rodeaba el cuello con los brazos y empezaba a susurrarle cosas al oído. Molesta, sacudió la campana a pocos centímetros de la oreja de la lapa rubia.

«Mira, al menos le he encontrado utilidad a la campanita de los cojones.»

—¿Celosa, Vicky? —Luján alzó una ceja con ironía—. Esto hay que remediarlo. Vamos a ver, tú, Andrés, siéntate en esta otra silla. Vicky, siéntate sobre él. Así, muy bien, cuéntale a la ayudante de Santa Claus tus deseos de

Navidad.

Esta vez fue el turno de Manu de no quitarle el ojo de encima a la manaza del concursante gallego, que ascendía con decisión por el muslo de la diplomática reconvertida en porno-elfa.

Cuando las cuatro parejas hubieron entregado sus cartas y Luján anunció que se iban a publicidad, Manu suspiró y se quitó la barba.

—¡La Virgen, qué calor! Pero, hombre, así no hay quien celebre la Navidad. ¡Ni se os ocurra traernos polvorones para que hablemos con la boca llena, que os conozco, que tenéis muy mala leche!

Luján chasqueó los dedos, como diciendo: «¡Mierda, se nos ha olvidado!».

—¿No te fías de nosotros, Golfillo? Con lo que te queremos.

—¡No me fio de vosotros ni gota ni media!

—Anda, quítate esa ropa, que Twitter va lleno ya de mensajes diciendo que quieren verte los abdominales. Quédate sólo con los pantalones piratas. Vicky, tú puedes quedarte como estás.

—Mala leche tienen, pero tontos no son —refunfuñó Manu mientras hacía lo que le habían indicado.

—¡Volvemos dentro de diez segundos! Diez, nueve...

Juanra entró de nuevo en directo anunciando a los espectadores que en el programa especial de Navidad de la semana siguiente tratarían de cumplir los deseos que los participantes habían escrito en sus cartas.

—Pero hoy la sorpresa es para nuestros invitados especiales, los flamantes ganadores de la primera edición de «Pecado original», la prueba viviente de que uno puede encontrar a su media naranja donde menos se lo espera.

Manu y Victoria se miraron embobados y sonrieron. Luján juntó las manos como si rezara y, apoyándoselas en la mejilla, suspiró. Era el vivo retrato de una niña el día de su primera comunión.

—¡Ay, el amor...! ¡Qué bonito! Pues, para que no decaiga, tenemos esperando al teléfono a alguien con muchas ganas de hablar con vosotros. ¿Os imagináis quién puede ser? —La cara de no haber roto nunca un plato de Luján hizo que a Manu se le hiciera un nudo en el estómago. Victoria perdió el color por completo y las piernas le empezaron a temblar. Por suerte, estaba sentada

—. Manu, ¿quieres hacer una apuesta?

—Ni hablar, *quilla*, que yo ya me he *quita*o de eso.

Luján puso morritos.

—Victoria, ¿qué has hecho con este hombre? Le vamos a cambiar el mote. Creo que lo has convertido en el Muermo de Cádiz.

—Sí, y a mi querida hermanita también le cambiaría el nombre —dijo una voz demasiado familiar—. La Golfa de Gibraltar le queda mucho mejor.

Victoria se cubrió la cara con las manos.

«¡No, no, no, Serena no, por favor!»

—No te escondas, *sister*, que ya te hemos visto todos correteando por la habitación del hotel con menos ropa que en el concurso, que ya era difícil. No me extraña que papá haya tenido que ir al cardiólogo.

Victoria se puso en pie, mirando a cámara.

—¿Papá? ¿Qué le ha pasado? ¿Está bien? ¿Dónde está? ¡Tengo que ir a verlo!

—Corta el drama, hermanita. Sólo te acuerdas de la familia para que te saque las castañas del fuego. Haber pensado en él antes de fugarte con ese hippy desarrapado.

—Pero ¿cómo está?

—Pues ¿cómo quieres que esté? Medio muerto de preocupación y de vergüenza. Cuando llamaron de la embajada de Uruguay casi le dio un infarto. Por suerte, yo estaba ahí, a su lado, como siempre. No como otras.

Victoria apretó los dientes. Su hermanastra sabía perfectamente que si no pasaba más tiempo con ellos era por el desprecio con que su madrastra y ella la habían tratado siempre.

—Serena...

—Aunque no te lo mereces, te he salvado el culo otra vez. —Vicky volvió a sentarse. Serena no había ayudado a nadie en toda su vida; aquello no podía presagiar nada bueno—. Mañana salgo hacia Montevideo. Me he ofrecido a trabajar en tu lugar mientras tú te diviertes por el mundo.

—Serena, ¿qué tontería estás diciendo? No tienes ni idea de diplomacia internacional.

—¡Soy tan hija de Charles Lampard como tú!

Serena sintió ganas de agarrar a su hermanastra por el cuello y retorcérselo tantas veces que al soltarla saliera volando como un helicóptero.

«Si es que, con hermanas como ella, ¿quién necesita enemigos?!»

—Serena, conseguí esa plaza con mi trabajo y mi esfuerzo, no por ser hija de papá.

La risa de Serena le arañó los oídos, como si alguien hubiera deslizado las uñas por una pizarra.

—Clarooo, ya vemos todos lo trabajadora que eres. Tus jefes te envían a un congreso y te escapas con tu ex a recorrer mundo. ¡Di que sí, menuda imagen de tu país estás dando!

—Lo que yo he hecho ha sido fuera del ámbito profesional. ¡Que hayan trascendido las imágenes ha sido un atropello a mi vida privada!

—Clarooo, pobrecita hermanita, cómo te atropellan. Por eso estás en *prime time* en el *reality* estrella de la temporada, ¿no? Para mantener protegida tu intimidad. De verdad, Victoria, ¿no se puede ser más cínica!

Vicky no pudo más. Odiaba estar ante las cámaras, vestida con un traje ridículo que la hacía sentir insegura. Estaba preocupada por su padre, por su madre, por Alejandro y por su futuro profesional. Serena sabía cómo dejarla sin argumentos. No había acabado los estudios por falta de interés, pero no de inteligencia; de tonta no tenía un pelo.

Se volvió hacia Manu, que supo lo que necesitaba sin necesidad de decir nada.

—¡Larguémonos de aquí, *quilla*! —Se arrancó el micrófono que le habían colgado al cuello y lo tiró al suelo.

—¡Sí, por favor!

—¡Eso, huye de los problemas, hermanita, que es lo único que sabes hacer! Y por tito Álex no te preocupes, ¡yo me ocupo de él!

«Acabáramos. Ahora lo entiendo todo.»

Serena siempre había envidiado a su hermana mayor. Aunque, a diferencia de Victoria, había crecido rodeada de lujos, seguía tratando de arrebatárle todo lo que ella conseguía. Y, al parecer, su nuevo objetivo era tito Álex.

«Uruguay, prepárate, se acerca el huracán Serena.»

El Golfo de Cádiz y la Estrecha de Gibraltar corrieron por los caminos que tan bien conocían hasta llegar a la cala donde estaba anclado el barco del programa. Subieron al bote de remos que usaban para llegar hasta el navío, fondeado a unos cincuenta metros de la orilla. El capitán debía de estar dentro, probablemente durmiendo, porque nadie se asomó a detenerlos.

—¿Lo asaltamos? —susurró Manu—. Un golpecito en la cabeza del capitán, lo dejamos durmiendo en el bote y nos largamos de aquí.

Victoria se lo planteó. Apoderarse del barco de motor sería la manera de disponer de vehículo propio y no depender de nadie, pero fue un momento de locura transitoria provocado por su hermana, que la ponía histérica.

—No, ya te he metido en bastantes líos. Sólo faltaría que nos detuvieran por piratería.

—Por ti, hasta el fin del mundo, Vicky, ya lo sabes.

—A Montevideo, Manu. Tengo que ir a la embajada cuanto antes. Ya conoces a Serena. Me da miedo imaginarme la que puede montar.

Él asintió.

—Pues ponte cómoda. Hasta Montevideo remando no creo que lleguemos, pero vamos a Santa Lucía. Desde allí ya veremos lo que hacemos.

Ella le dirigió una mirada cargada de amor. La devoción del gaditano nunca dejaba de sorprenderla; sabía que nunca volvería a encontrar un amor tan entregado. Se levantó con cuidado y se sentó a su lado. Le sujetó la cara entre las dos manos y le dio un beso en los labios.

—Vicky, no me hagas soltar los remos, que la liamos.

Con la boca aún pegada a sus labios, ella sonrió.

—Sólo uno. —Se apoderó de un remo—. Estamos juntos en esto, Golfo. No voy a dejar que remes tú solo.

—Pues hacia el sol poniente, *quilla*. —Le guiñó un ojo—. Todo derecho, no tiene pérdida.

Pero la pareja no alcanzó las costas de Santa Lucía. Cuando llevaban una hora remando, la aparición de un yate de lujo hizo que Victoria se levantara y empezara a gritar entusiasmada. Lo de remar juntos hasta el sol poniente era precioso, pero los brazos le ardían. ¡No podía más!

—¡Ah, del barco! ¡Aquí! ¡Aquí!

Poco después, les lanzaban una escalerilla para subir a bordo.

Durante el periplo habían viajado en todo tipo de embarcaciones, pero hasta ese momento no se habían encontrado con un yate de lujo. Los habían visto de lejos, como quien ve a las estrellas de Hollywood sobre la alfombra roja, pero ¡los estaban invitando a subir!

El capitán del yate resultó ser un venezolano de Maracaibo que había emigrado a Seattle y había hecho fortuna. Al cabo de unos años, harto de lluvia, había montado una empresa de cruceros exclusivos para pasar buena parte del año en su Caribe natal.

El escáner visual que le hizo a Victoria al ayudarla a subir a bordo hizo que a Manu se le activaran todas las alarmas antipulpos, pero estaba demasiado cansado como para dejar pasar de largo la oportunidad de recibir ayuda.

—Vaya, vaya, vaya, la Navidad llegó temprano este año. *Welcome on board, my dears!* ¿De dónde son y adónde se dirigen?

—Somos españoles y nos dirigimos a Montevideo —respondió Manu—. ¿Le viene de paso, capi?

La risa del capitán le nació en el pecho y retumbó en su prominente vientre, haciendo resonar las paredes de la embarcación.

—A Montevideo... ¿en esa concha e morrocoy? ¡Qué chamo tan chévere! Creo que nos vamos a llevar bueno, pues. Henry se instaló contigo de una. Yo estoy acompañando a la señorita y le busco posada digna e reina de belleza. Mi amor, ¿no le interesaría presentarse a miss?

\* \* \*

—Creo que nos vamos a llevar muy bien, creo que nos vamos a llevar muy bien... —refunfuñó Manu mientras frotaba el fondo quemado de una olla gigantesca—. ¡Me cago en el capi de los cojones! —Miró a su alrededor. Nunca estaba solo. Aunque en teoría era para enseñarle las cosas, Henry no lo perdía de vista, era su carcelero—. *Esclavizao* me tiene, el hijo del Orinoco.

Llevaban tres días a bordo, pero Manu tenía la sensación de que no avanzaban. El yate había hecho escala en Barbados, en San Vicente y en un par de las islas Granadinas. Venían de Tobago y se dirigían a Trinidad, que sería la última escala de su viaje, ya que luego el crucero se dirigía a Curaçao y Aruba y, desde allí, volvía a ascender hacia el norte resiguiendo tierra firme.

Victoria estaba tan harta del capitán como Manuel. Aunque ella no había dado un palo al agua, la inactividad la estaba matando. Eso, y las atenciones no deseadas del capitán.

El tipo estaba entusiasmado. Estaba convencido de que ella era su sirena particular. Cada noche le hacía llegar un lujoso vestido —a saber de dónde los habría sacado—, y la única ocupación de Vicky era estar preciosa y ser su acompañante durante las cenas de gala.

—Cuando tenía quince años le pedí una sirena al Niño Jesús. Se agarró su tempo el chamito, pero al fin me la trajo —comentó a los comensales que los acompañaban esa noche.

La primera vez que lo había dicho, Victoria había sonreído educadamente, pero como todos los viajeros se iban turnando para compartir mesa con el capitán, al final ya no sabía qué cara poner.

—Siempre tan amable —respondió.

—Mi amor, no es amabilidad. —El hombre le apoyó la mano sobre la suya y Victoria se maldijo por no haber reaccionado a tiempo. El contacto de su mano blanda y sudorosa la ponía enferma—. Fue el destino, que te puso en mi camino. Llevo toda la vida esperándote.

—Qué cosas tiene, capitán. —Ella apartó la mano y se metió un trozo de langosta en la boca esperando que él dirigiera la atención hacia otro comensal,

pero a punto estuvo de atragantarse cuando siguió diciéndole—: Ya verás lo felices que vamos a ser. Te mostraré mi escondite en Cayo Ambergris, comeremos patacón criollo en Roatán y...

—Tengo muchísimas ganas de visitar esos lugares, pero me temo que esta vez no podrá ser. Como sabe, me esperan en Montevideo. Ha sido un ángel rescatándonos a mi novio y a mí, pero...

—¿Tu novio? —La agresividad que asomó a los ojos del capitán la asustó.

—Sí, Manu es mi novio.

—¿Manu?

—Eh..., sí. ¿No lo recuerda? Nos rescató a los dos.

—¡Ah, el chamo de la cocina! Muy gracioso, ja, ja, ja. Pero, mi amor, no te confundas. Él está trabajando en la cocina y tú estás donde te corresponde, a mi lado. —Le dio palmaditas en la mano y, cuando Vicky trató de apartarla, él lo impidió sujetándola con fuerza.

Jesusa, la mujer de Henry, llegó en ese momento empujando un carrito.

—Con permiso —dijo.

—¡Jesusa, ya era hora! ¿Por qué has tardado tanto?

—Disculpe, capitán. Un imprevisto, pero ya está resuelto. Les traje los presentes.

La esposa de Henry repartió los paquetitos elegantemente envueltos. Mientras los demás comensales los abrían y le daban las gracias al capitán, Victoria notó que Jesusa le entregaba disimuladamente una nota. La abrió bajo la mesa y la leyó.

—Mi amor, ¿no abres el tuyo?

—Aaaah..., enseguida. Si me disculpan, tengo que ir al baño un momento.

Pero Vicky no fue al baño ni a su camarote, sino a cubierta, donde la esperaba Manuel.

—Pst, aquí, *quilla* —la llamó desde un rincón en penumbra.

Ella se acercó a toda prisa y se lanzó a sus brazos. Él le apartó la melena de la cara y la besó con hambre atrasada.

—Mi niña, cómo te he *echao* de menos —murmuró entre un beso y el siguiente—. Esto es una tortura.

Ella le acarició la barba.



—¡Manu, no puedo más! Ese hombre está más loco que el capitán Sparrow.

—Ni te lo imaginas, *quilla*. Pillé a Henry y a Jesusa discutiendo en el camarote. Ella le decía que el capitán le había *ordenao* dejarte el vestido de novia sobre tu cama. Entré y les exigí explicaciones.

—¿Vestido de novia? No entiendo...

—El capitán Espárrago ese está como una cabra caribeña. Durante los tres años que Jesusa y Henry llevan a bordo, se ha *enamorado* ya de cuatro mujeres. A todas les suelta el mismo rollo de la sirena. Y cuando se dan cuenta de que el hombre está *p'allá*, salen huyendo.

—Normal, ¡mañana mismo nos vamos de aquí!

—No podemos contar con el permiso de ese hombre, Vicky. El capi de los cojones le ha dicho a Jesusa que esta vez va a ser distinto. Que está seguro de que tú eres su sirena y que si tiene que mantenerte encerrada en el camarote el resto de tu vida, lo hará.

Victoria se estremeció.

—Dios mío, una vida entera encerrada en una celda flotante, teniendo que aguantar las caricias sudorosas de ese loco. No me lo quiero ni imaginar.

Manu la apartó un poco para mirarla a los ojos.

—¿Sudorosas? ¿Te ha *tocado*? ¡Me lo cargo! —Ella ahogó una exclamación —. ¿Qué pasa?

—Tú no te cargarías ni a una mosca, pero si el capi está tan loco como parece..., tal vez *él* decida librarse del novio de *su* sirena.

—No entiendo.

—Durante la cena le he recordado que eras mi novio, para que dejara las manitas quietas..., y su reacción no ha sido nada normal. ¡Tengo miedo, Manu! ¿Y si te hace algo?

Él la abrazó.

—No va a pasar nada. Todo saldrá bien —le susurró al oído—. Me ha dicho Henry que llegaremos a las ocho de la mañana a Puerto España. Vuelve a la cena y encárgate de que el Espárrago no sospeche nada. Que beba, que beba mucho. Y a las ocho baja a la bodega. Tendré algo preparado para salir de aquí.

Victoria le cogió la cara entre las manos y lo besó.

—Cuídate mucho. No te fíes de nadie.

—Tú también. Enciérrate con llave en el camarote y no dejes entrar a nadie.

Manu le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia sí hasta que sus vientres quedaron unidos.

Ella lo abrazó por el cuello y apretó con todas sus fuerzas. ¿Y si algo fallaba? ¿Y si no volvían a verse? Sacudió la cabeza. No podía pensar así. Nada iba a fallar porque no lo permitirían.

—¡Hasta pronto!

Tras darle un apresurado beso en los labios empezó a alejarse, pero Manu la retuvo tirando de su muñeca.

El gaditano la atrajo de nuevo hacia sí y la empotró contra la pared de la embarcación. Sujetándola con una mano en la cadera y la otra en la mejilla, le dio un beso profundo y pausado, un beso que la dejó con hambre de mucho más.

Ella gimió.

—Pronto, Vicky, pronto. Cuídate, mi amor.

—Cuídate tú. Prométemelo.

Él asintió. Esta vez, Victoria llegó a la puerta. Antes de desaparecer, dirigió una última mirada hacia las sombras, pero Manu ya se había fundido con ellas.

—¡Ah, mi sirena! —exclamó el capitán al verla llegar—. Empezaba a preocuparme. ¿Te encuentras bien?

Ella se sentó a su lado y le dirigió una sonrisa, esperando que no le saliera demasiado forzada.

—Sí, sólo estaba abrumada por su generosidad. La verdad es que no he tenido mucha suerte con los hombres hasta ahora. No podía creerme que un hombre como usted pudiera estar interesado en una mujer humilde como yo. — Victoria se había guardado mucho de confesarle su auténtica identidad—. Pero no puedo seguir resistiéndome a lo que está claro que es obra del destino. — Cogió la copa de champán y la alzó hacia él—. ¡Brindemos! ¡Por los sueños que se cumplen! —Al capitán se le iluminaron los ojos—. ¡Hasta el fondo!

—¡Por los sueños!  
—Otra botella. Esto merece una botella especial.  
—¡Qué chévere! Jesusa, trae el mejor champán. Tenemos mucho que celebrar.

\* \* \*

Poco antes de las ocho de la mañana, con una pequeña bolsa de viaje y un resacón considerable, Victoria avanzaba hacia la bodega del yate agarrándose a pared y pared. Al llegar a una portezuela, chocó con la base y estuvo a punto de entrar volando.

—¡Ups! —exclamó levantando el pie—. ¡Qué manía con ponerles trampas a las puertas!

En cuanto entró en la bodega, alguien la asaltó por detrás y le cubrió la boca con la mano.

—Chis, *quilla*, que te van a oír desde Caracas.

Ella gruñó y se llevó la mano a la cabeza.

—Ufff, todo me da vueltas, el mar está muy revuelto hoy.

Manu sonrió.

—Estamos en puerto y el mar está como un espejo. Es tu cabeza la que da vueltas, fiestera. —La besó en los labios y ella volvió a gruñir—. Vamos, mi Golfá. Lo has hecho genial. Se oyen los ronquidos del capi desde la cubierta superior.

El gaditano también había aprovechado la noche. Con ayuda de Henry, habían arriado una lancha del yate y habían cargado en ella un par de bidones de gasoil. Henry le había recomendado que se dirigieran al sur. Si alguien se daba cuenta de su escapada, pensarían que se habían dirigido al continente en dirección este, por la península de Paria, o que se habían escondido en la cercana isla de Monos o en la de Chacachacaré. Nadie imaginaría que tratarían de alcanzar el continente bordeando toda la isla y cruzando el canal de Colón.

A esas horas de la mañana, el puerto estaba muy animado, pero los cruceristas dormían, igual que su capitán. Sin despedirse de nadie —para no

meterlos en problemas—, Manu ayudó a Vicky a bajar del yate y a montar en la lancha. Siguiendo las instrucciones de Henry, la puso en marcha y zarpó en dirección sur, como si lo hubiera hecho toda la vida.

—¡Libres, Vicky! ¡Somos libres! ¿No te alegras, criatura? ¿Vicky? Estás verdosa.

—Creo que voy a vomitar.

—¡Por la borda, *quilla*! ¡Festín para los peces!

—Serás guarr... —Victoria no pudo acabar la frase.

*Brasil, 24 de diciembre de 2015*

Cinco días más tarde, habían dejado atrás Venezuela, Guyana, Surinam y la Guayana Francesa. Sentada en la popa de la lancha, con la cabeza apoyada en el hombro de Manu, Victoria contemplaba el verdor infinito de la costa. Si un mes antes le hubieran concedido un deseo, probablemente habría pedido recorrer el mundo al lado del hombre que le había robado el corazón. Y aunque estaba disfrutando muchísimo de la naturaleza exuberante de ese gigantesco continente donde todo —los árboles, las frutas, las flores, los animales y hasta las emociones— era mucho más grande que en Europa, la melancolía de las fechas se le había colado en el corazón.

Cuando viajó a Montevideo sabía que no pasaría esas Navidades con su familia, pero pensaba que al menos podría hablar con Carmen y las demás por Skype y sentirse un poco más cerca de casa.

—¿Estás cansada, niña?

Ella negó con la cabeza y aspiró el aroma de la piel de Manu, que se había convertido en una auténtica droga.

—Estoy bien.

—Pues yo mataría por un *dawet* de esos que tomamos en Paramaribo, *quilla*. ¡Qué cosa tan rica y fresquita! Le diré al Angelito que lo prepare en el bar cuando volvamos.

«Otro que se añora.»

Vicky suspiró.

—¿Seguro que estás bien, *quilla*?

Ella le acarició el pecho y lo besó en el cuello y detrás de la oreja.

—Esta noche es Nochebuena, Manu.

—¡Y mañana Navidad, saca la bota, chochete, que me voy a emborrachar...!

Ella le pellizcó el costado.

—No tenemos bota..., ¡*pisha*! Ni carne *mechá*, ni rape en salsa, ni turrónes, ni pestiños... ¿No me digas que no vas a echar de menos la comida de tu madre esta noche? —El estómago de Manu rugió al oír sus palabras—. Ea, ya me has respondido. Y sé que echarás de menos a tu familia, los regalos...

—¡Frenaaa, morena! Echo de menos los abrazos de mi madre porque sé que no los voy a tener siempre. Y claro que echaré de menos su besuguito al horno, con esas patatitas que se deshacen en la boca. —Esta vez fue el estómago de Victoria el que la dejó en evidencia—. Pero cenaremos otra cosa y será una noche inolvidable porque estaremos juntos. —Le sujetó el mentón con la mano y la miró fijamente a los ojos—. Tú eres mi familia, Vicky. Tú eres mi regalo.

Ella quiso responder, pero el Golfo había vuelto a provocarle su efecto habitual. Sus palabras se le colaban por el oído, le acariciaban el útero dejándola encendida y a punto para recibirlo; se quedaban un rato en el corazón, alimentando el amor que sentía por él, y volvían a subir por su garganta, atándole las amígdalas con un lacito que no le permitía hablar.

—Qué cosas más bonitas me dices cuando no me dices nada —murmuró el gaditano—. Yo también te quiero, Vicky.

Ella lo abrazó, liberada de la insidiosa nostalgia. Manu tenía razón como casi siempre. Esa noche era un regalo que les hacía la vida, y tenían que disfrutarlo como se merecía.

Las cosas habían cambiado un poco durante la última etapa de su viaje. La moneda de cambio que habían utilizado en el Caribe —imágenes del Golfo y la Estrecha a la fuga para venderlas a los medios de comunicación— se había devaluado bruscamente al entrar en los países de influencia francófona.

Cuando en Paramaribo intentaron pagar el refresco de leche de coco con una foto, se rieron en sus caras. La vendedora los invitó porque era buena

gente, pero no sabía quiénes eran ni le importaba lo más mínimo. Les dio también una mazorca de maíz porque los vio famélicos y les deseó buen viaje, pero conseguir el gasoil para seguir su camino no había sido tan sencillo.

Tras una larga charla en la que descartaron pedir dinero a sus familias o a Alejandro, lograron ponerse en contacto con el Tuerkas y, a través de él, con Serafín. Tal como se habían imaginado, Serafín se había ocupado de que su aparición en la segunda edición de «Pecado original» no le saliera gratis al programa. Una transferencia a un locutorio-barbería, donde a cambio de unos billetes se olvidaron de pedirles la documentación, les proporcionó el dinero en efectivo que les permitió seguir viaje desde Surinam hacia Montevideo.

Un mapa de costas les indicó su llegada a la desembocadura del Amazonas. Aunque la tentación de adentrarse en sus aguas era grande, el sentido común los hizo desistir. Iban en una lancha motora, sin provisiones, y por lo que tenían entendido, en las aguas del Amazonas había anacondas más grandes que la propia lancha. Y eso por no hablar de los animales que más coraje le daban a Manu: los mosquitos.

Por eso habían decidido dejar la visita al Amazonas para más adelante y seguir navegando. Cuando vieron en el mapa que la ciudad de Belén quedaba cerca, les pareció una señal.

—Paremos a dormir allí esta noche, Manu.

—Claro que sí, mi niña. Yo te construyo un portal con mis manos si hace falta.

Se adentraron en la bahía de Marajó, pero al ver los rascacielos del centro de la ciudad, Victoria cambió de idea.

—Es demasiado grande, Manu. ¿Dónde vamos a dejar la lancha? Mejor ve por ahí.

Metiéndose en uno de los numerosos brazos del río, ascendieron hasta ver una edificación de aspecto acogedor, que resultó ser un restaurante. Amarraron la lancha al embarcadero y se presentaron ante los dueños, ofreciéndose a trabajar a cambio de cena y alojamiento para esa noche.

—*Sois uma bênção! Un presente do Menino Jesus!*

Al parecer, su nuera acababa de ponerse de parto, y con todas las reservas que tenían para esa noche, no daban abasto. Tras una ducha rápida que les

supo a gloria y con la ropa que les dejaron los hijos de los dueños, empezaron a trabajar. Al ver que no les ofrecían nada de comer, Manu se lo pidió a la dueña frotándose el estómago, pero ella hizo un gesto de impaciencia.

—*Depois!*

Victoria cogió una bandeja y la llevó hacia donde le señalaba la mujer.

—Chis, *quilla*, toma. —Manu le dio la mitad de un plátano que acababa de robar de la cocina. Victoria miró a lado y lado y se lo comió de un bocado. Con la boca abierta y el medio plátano entre los dientes, Manu mandó callar a su estómago y le dio la otra mitad—. Anda, acábatelo. —Ella trató de protestar, pero él se lo metió en la boca y se la selló con un beso—. No me rechistes, que estás muy seca, Vicky. —Le pellizcó el culo—. No tengo ni de dónde agarrar.

—*Dai pressa, dai pressa!*

—Ya va, doñita. —Manu cogió su bandeja y caminó detrás de Vicky. Antes de que sus caminos se separaran, le susurró al oído—: Parece la abuela de la fabada.

Vicky se aguantó la risa y, así, entre fogones y bandejas de comida, el Golfo y la Estrecha pasaron la Nochebuena.

Cuando los comensales se hubieron marchado, los dueños del restaurante se fueron a ver cómo estaba su nuera. Manu y Victoria se quedaron en la cocina, poniéndose tibios con la comida que había sobrado. Cuando oyeron el llanto de un bebé, intercambiaron una mirada emocionada.

—*Feliz Natal* —les dijo otro camarero.

Al mirar el reloj de pared vieron que, efectivamente, ya era 25 de diciembre.

Victoria se levantó y le ofreció la mano al Golfo, que la siguió. Al pasar junto a la lancha, tuvo una idea.

—Espera. —Saltó a la barca y buscó en la bolsa donde llevaban sus escasas pertenencias—. ¡Sí! ¡Lo encontré! —Le mostró un paquetito alargado, muy bien envuelto.

—¿Qué es eso, *quilla*?

—El regalo que nos hizo el capitán Espárrago en la cena de gala. Es por no ir con las manos vacías.



—Si es que piensas en todo, Vicky. Vales un potosí.

Manu la ayudó a volver al embarcadero y la besó en los labios, porque sí. Y cuando ella gimió y abrió la boca, sus lenguas se buscaron y se abrazaron deseándose una feliz Navidad.

—Vamos —tomó la mano de Vicky y se la apoyó en su erección—, luego te doy tu regalo. —Le guiñó el ojo

—¡Serás chulo!

—Ah, ¿no lo quieres? ¡Qué siesa! Con lo feo que está rechazar un regalo, niña, y más en estas fechas.

—¡Anda, vamos, liante! —Disimulando la risa, Vicky entró en la cabaña donde estaban todos reunidos.

Una vez dentro, la escena que se encontraron la dejó sin habla.

Una joven madre tenía en brazos al recién nacido, que dormía plácidamente. A su espalda, el padre los contemplaba a ambos emocionado. La habitación se iba llenando con familiares que llegaban para compartir con ellos la llegada de una nueva vida al mundo.

—*Parabéns!* —los felicitó Victoria—. ¿Cómo se *chama o menino*?

—Jesús.

—Lógico —murmuró Manu—. ¡Enhorabuena, familia! Que Dios bendiga y acompañe siempre a este pequeño.

Aunque no entendieron sus palabras, sí comprendieron sus buenos deseos y le devolvieron la sonrisa.

Victoria le dio el regalo al padre, que contempló admirado el lujoso envoltorio, sin atreverse a abrirlo.

—Venga, ábrelo, *pisha*, que no muerde —lo animó el gaditano—. O eso espero. ¿Qué es, Vicky?

—Pues no tengo ni idea.

Manu observó cómo el hombre abría el envoltorio de la caja alargada.

—Pues espero que no sea un vibrador, niña, o ya podemos salir corriendo de aquí.

—¡Ay, Dios! —Victoria se tapó la cara con la mano.

—*Ai, Deus!* —exclamó la dueña del restaurante.

Entreabriendo los dedos, Vicky miró con miedo las caras de los reunidos.

Oyó exclamaciones de sorpresa, de admiración, alguna risa y también... ¿llanto? Sí, la dueña del restaurante estaba llorando.

Los reunidos se iban pasando el regalo de unos a otros. Cuando llegaron junto a Manu, se lo mostraron. Sobre una regleta de madera noble había tres pequeños cofres en los que había escrito «oro», «incienso» y «mirra».

—*Obrigada, obrigada, muito obrigada.*

—Ya le digo, demasiado abrigada. Es que no es normal el calor que hace *pa'* ser Navidad. Quítese ropa tranquilamente, doñita, estamos en familia.

—Te está dando las gracias, Manu.

—Ah, no hay de qué; del capitán Espárrago no quiero *ná*.

Vicky le rodeó la cintura con el brazo y ocultó una sonrisa en su pecho. Él la besó en la cabeza.

—Feliz Navidad, Manu.

—Feliz Navidad, Vicky.

—*Amazing* —susurró alguien.

Victoria abrió los ojos y vio que un tipo vestido de aventurero estaba sacando fotos de la escena.

—Anda, vamos a la cama, Vicky. Me muero de ganas de desenvolver mi regalo. —Le rozó un pecho con el pulgar y ella no necesitó más para encenderse.

—Vamos. —Le guiñó un ojo y él se puso como un miura—. A ver si Papá Noel viene generoso.

—¡Ni te lo imaginas, niña!

*Montevideo, Navidad de 2015*

Alejandro colgó las nuevas fotos en el corcho y acarició la cara de Victoria. Había adelgazado y parecía cansada, pero tenía la mirada radiante de felicidad, una felicidad que él había sido incapaz de darle.

Volvió a su mesa y se sentó. La embajada estaba cerrada, pero había querido ir para sentirse más cerca de Victoria. La Navidad era una época del año especialmente dura para los que, como él, habían cortado las raíces de sus vidas. Sus padres habían muerto, y al ser hijo único sus lazos familiares eran reducidos. Sabía que en casa de sus tías siempre era bien recibido; cada año lo llamaban para invitarlo a pasar las fiestas con ellos, pero ver a sus primos casados y con hijos mayores lo hacía sentirse aún más solo.

Nunca le había faltado compañía por Navidad. Como cada año, había recibido varias invitaciones para pasar las fiestas entre las piernas de mujeres espectaculares, de esas que vuelven cabezas a su paso.

También como cada año, Ana Paula, Micaela y Mariel lo habían invitado a pasar la Nochebuena con sus familias, y él lo agradecía en el alma, pero no era lo que necesitaba. Ese año se había propuesto cambiar de vida. Había decidido dejar atrás una vida de donjuán que cada vez lo llenaba menos y pasar página. La idea de hacerlo al lado de Victoria le había resultado muy atractiva, pero, al parecer, ella no compartía su sueño.

«Lógico. Deja de salir con chicas y empieza a salir con mujeres, Alejandro.»

Pero al repasar sus contactos en el teléfono, vio que ninguna de sus amistades femeninas entraría en esa categoría, al menos las solteras, que eran casi todas.

Vio que tenía varias felicitaciones navideñas y aprovechó para devolver los buenos deseos. Una de ellas era un vídeo. Sonrió al ver a Serena Lampard vestida de elfo bailando al lado de un reno con una cara que le resultó familiar.

«¿De dónde ha sacado mi foto, la muy gamberra?»

Siguió leyendo el mensaje:

Serena: *Merry Christmas, tito Alex!!* ¡¡Dentro de nada me tienes a tu lado, aguanta!! Quería ir antes, pero me han invitado a NY y no he podido negarme. Ya sabes, ¡las fotos en NY por Navidad son lo más!

Alejandro sacudió la cabeza. Cuando pensaba en una mujer con la que sentar la cabeza y formar una familia, Serena ocupaba la última posición, pero de pronto una imagen de la descarada hija menor de Charles sentada sobre el escritorio, echándose hacia atrás y separando las piernas en actitud seductora, se apoderó de su mente y la imaginación hizo el resto.

Se desabrochó el cinturón de cuero y el botón del pantalón. Se agarró con fuerza la erección que Serena le había provocado y se acarició arriba y abajo, primero con parsimonia y cada vez más deprisa, hasta acabar corriéndose sobre la camisa.

—¡Joder! —exclamó—. *Merry Christmas to you, Serena!*

*Brasil, enero de 2016*

Sandro —el hombre que había usado la foto de un nacimiento en una humilde cabaña en Belén para felicitar la Navidad a sus seguidores en las redes sociales— resultó ser uno de los más reconocidos fotógrafos de la revista *National Geographic*. Las instantáneas en las que se veía a Manu y a Victoria ofreciendo el oro, el incienso y la mirra al recién nacido en la humilde cabaña junto al río dieron la vuelta al mundo en pocas horas.

Aunque Sandro no los etiquetó ni los mencionó en sus *hashtags*, los seguidores de la pareja no tardaron en reconocerlos y anunciar su localización. La reacción general fue de entusiasmo. Su popularidad creció al mismo ritmo que los *memes* de la pareja en Twitter.

Carmen y Rocío —que habían pasado la Nochebuena en casa de los padres del Tuerkas— lloraron de emoción al ver las imágenes que les mostró Emma en el móvil. Carmen llamó a María, la madre de Manu —que estaba cenando con su hija muy cerca de allí, junto a sus consuegros— para felicitarle la Navidad y aprovechó para comunicarle que volvía a haber noticias de los chicos y que estaban bien.

«El mejor regalo de Navidad que podías darme, consuegra —le había dicho María—. Bueno, eso y un nietecillo.»

«Todo se andará, consuegra», había replicado Carmen.

El día de Navidad, tras compartir comida con la familia del pequeño Jesús, Sandro le había ofrecido a la pareja que siguieran camino con ellos. Él

y su equipo estaban recorriendo la costa este americana desde Canadá hasta el cabo de Hornos en una nave de tamaño mediano, deteniéndose en todos los espacios naturales protegidos. Comparada con la lancha en la que habían estado viajando, la embarcación les pareció un crucero de lujo.

Manu echó un vistazo a las ojeras de Victoria y aceptó el ofrecimiento. Y regalaron la lancha a la familia de Jesús. Ellos protestaron y trataron de pagarles algo, pero la lancha era robada y no aceptaron ni un real.

La pareja, libre de la responsabilidad de la navegación, disfrutó muchísimo de las últimas etapas del viaje. La costa brasileña era un vergel inacabable, salpicado por algún espacio único, como las enormes dunas del Parque Nacional Lençóis Maranhenses. Incluso Manu —aunque protestó diciendo que, para duna, la de Bolonia— quedaba boquiabierto ante el esplendor de la naturaleza.

Lo que más le gustaba era hacer submarinismo, o *mergulhar*, como decían por allí. Si el paisaje por encima de la superficie era exuberante, la sensación que tenía cada vez que se zambullía era la de entrar en otro planeta. A Victoria también le gustaba, pero había pasado tanto miedo a toparse con algún tiburón durante sus días de viaje en la lancha que no quiso hacer ninguna inmersión. Prefería ver pasar a los delfines, a las ballenas jorobadas y a los peces que saltaban sobre el océano, que bullía de vida. Era imposible aburrirse a bordo.

Sin embargo, Vicky se lo pasaba mucho mejor visitando ciudades. Durante el viaje pararon en São Luís, Fortaleza, Recife y Salvador de Bahía. Cuando llegaron a Río de Janeiro, se tomaron dos días para mantenimiento de la nave, dos días que la pareja aprovechó para empaparse de la ciudad.

Manu disfrutó tanto jugando a *futebol* con un grupo de niños en la playa de Copacabana que Victoria se sintió culpable una vez más por mantenerlo apartado de los suyos. Seguro que los Cañáillas, el equipo infantil que entrenaba en Cádiz, la odiaban por haberles robado a su entrenador favorito.

Pero él, que la conocía ya como si la hubiera parido, al ver su cara de preocupación, marcó un último gol y salió corriendo.

—¡Vamos, Vicky! ¡Quiero subir ahí arriba!

—¿Al Pão de Açúcar? No tenemos dinero.

—¡Algo se nos ocurrirá!

Y, sí, gracias al ingenio y a la simpatía del Golfo de Cádiz, cuando dos días más tarde siguieron camino hacia el sur habían visitado no sólo el Pão de Açúcar, sino también la estatua del Cristo Redentor y el estadio de Maracanã.

Cada vez que encontraban su lugar favorito en el mundo, aparecía otro que le arrebatava el puesto. Victoria se enamoró de Florianópolis, y cuando Manu vio que pasaban frente a una localidad llamada Santa Vitória do Palmar, le propuso abandonar el barco para visitarla.

—Es una señal, Vicky. Se llama Victoria como tú, y yo tengo experiencia montando un palmar en casa.

—Es un pueblito, Manu. ¿Qué vamos a hacer ahí?

—Lo que sea, amarnos, casarnos... Tendrán iglesia, ¿no?

—Por no llegar a Montevideo serías capaz hasta de casarte —bromeó ella con un nudo en la garganta—. Menuda vergüenza de golfo estás tú hecho.

Atardecía y, apoyada en la proa del barco, Victoria miraba hacia el horizonte, mientras él le hablaba al oído. Al notar la emoción en la voz de su chica, Manu la tomó por los hombros y le dio la vuelta para mirarla a los ojos.

—No te equivoques, Vicky. Montevideo no es el final de nada. Tú y yo estaremos juntos en América, en Europa o en el Polo Norte. Nada ni nadie nos va a separar. Y si no te cargo al hombro y te llevo a la iglesia del Palmar ese es porque quiero que nos casemos en casa, en Cádiz, con Emma y el Tuerkas de padrinos y tu madre y la mía a lado y lado del altar, secándose las lágrimas mientras el padre Bartolomé nos da los sacramentos. Ya eres mi mujer, Vicky, pero ¿querrás ser mi esposa?

Ella tragó saliva. No porque tuviera dudas sobre sus sentimientos por Manu, al que, desde luego, consideraba su hombre. Pero eso era lo único que tenía claro en la vida. Estaban a punto de llegar a la ciudad donde los esperaba la realidad. Iba a tener que enfrentarse al cónsul —y a su agradable esposa—, a Alejandro —con quien hasta hacía pocas semanas había tenido más que palabras—, a su padre, a Serena y a la diplomacia española. Tenía miedo de las represalias. ¿Y si la enviaban a un rincón perdido del planeta? ¿O a un lugar en conflicto? ¿Iba a arrastrar a Manu por el mundo poniendo en peligro su vida?

Sacudió la cabeza.

«No, no puedo. Si le pasara algo por mi culpa, me moriría.»

Al ver la lucha reflejada en su expresión, Manu sintió que se le rompía el corazón en trocitos una vez más.

—Entiendo —murmuró, alejándose.

—¡No!

—No, no te preocupes, no te molesto más.

—¡No, Manu, espera!

Pero la conversación entre ellos quedó cortada por una potente luz que barrió la cubierta y el sonido de una voz que llegó a través de un altavoz:

—¡Policía aduanera! ¡Alto, esta nave está denunciada por contrabando!

Acababan de cruzar a aguas uruguayas y, por primera vez en todo el viaje, topaban con la policía. La aventura había llegado a su fin.

O eso creyó Victoria.



*Montevideo, enero de 2016*

La noche había sido larga y muy tensa. Aunque ninguno de los que viajaban a bordo se lo imaginaba, al entrar en aguas uruguayas se encontraron con que una patrullera los estaba esperando a la altura de Punta del Diablo. Varios agentes habían subido a bordo y les habían pedido la documentación.

—A saber dónde andará —había murmurado Manu, encogiéndose de hombros. Tras el chasco de la reacción de Vicky, todo le daba igual.

—No la llevamos encima, agente, pero soy personal diplomático y consular. Pónganse en contacto con la embajada en Montevideo y se lo confirmarán.

—No sé cómo quiere que confirmemos nada si no lleva su documentación encima, señorita. Me temo que tendrán que acompañarnos. Síganos.

Mientras navegaban tras la patrullera, Victoria se disculpó con los demás.

—Lo siento, Sandro, no quería meteros en líos.

—Y no lo habéis hecho. Cuando os invité a subir, ya sabía que no llevabais papeles. Me ha encantado conoceros y compartir estos días con vosotros. Sois unos auténticos aventureros. Deberían hacer una película sobre vuestro viaje. Lo veo: *El Golfo de Cádiz y la Estrecha de Gibraltar, aventuras en alta mar*.

Victoria sonrió con tristeza. Manu se había apartado de ella. Aunque físicamente seguía a un metro de distancia, lo notaba lejos, muy lejos.

Y, para empeorar las cosas, una patrullera argentina se acercó cuando

estaban a la altura de Punta del Este.

Los agentes uruguayos y argentinos se enzarzaron en una discusión acalorada. Desde la cubierta los veían discutir, pero no oían lo que decían. Flanqueados por ambas patrulleras, entraron en el puerto de Montevideo. Una vez en tierra, se dirigieron a la Prefectura Nacional Naval, donde iniciaron una serie de trámites burocráticos que duraron horas.

Una vez que Manu estuvo fichado por las autoridades uruguayas, dos agentes argentinos se lo llevaron.

—Pero ¿qué hacen? —exclamó Victoria—. ¡No pueden llevárselo! O, al menos, ¡llévenme a mí también!

Manu le dirigió una mirada distante que le partió el alma.

—Déjalo, Vicky. Mejor así, nos evitamos escenitas falsas. Estoy listo, agentes, vámonos —fueron sus palabras de despedida.

Por eso, horas más tarde, Victoria recorría el despacho del embajador a grandes zancadas, como una leona enjaulada. El miedo que había sentido antes de llegar a Uruguay había desaparecido y se había transformado en furia. Había sido dejar atrás Brasil —ese país grande como un continente— y sentir que perdía el control de su vida. Aunque no tenía pruebas, estaba segura de que tras sus detenciones estaba la mano de su padre. Y la de Alejandro también, por mucho que lo negara. Si no, ¿qué sentido tenía que estuvieran cada uno en una orilla del río de la Plata?

Pensar en Manu, solo y mustio en un calabozo de Buenos Aires, le daba tanta rabia que ya no temía enfrentarse a nadie. Al revés. No veía el momento de que abrieran las oficinas de la embajada para reclamar su liberación. Movería cielo y tierra si hacía falta.

—¡No me vengas con milongas, Alejandro! —exclamó indignadísima—. No me digas que no se puede, ¡di que no te da la gana!

—No tengo autoridad en Buenos Aires, Victoria.

—Claaaro, porque no puedes descolgar el teléfono y llamar a Lesmes, ¿no? No te preocupes, en cuanto abran el ferri, me planto allí.

—Victoria, no puedes salir del país indocumentada.

—¡Pues hazme una documentación provisional!

Él resopló.

—Las cosas oficiales llevan su tiempo, ya lo sabes. Los papeles te los tienen que hacer en el consulado, y te aviso: ¡al cónsul lo tienes contento! Y a su mujer, ni te lo imaginas.

Ella tragó saliva.

—Me lo imagino, pero me da igual. Aunque nadie se lo crea, si salí huyendo del hotel de México fue por evitar males mayores.

Alejandro se le acercó y la sujetó por los hombros. Ella se resistió, pero él permaneció firme.

—Te creo, Victoria. Te conozco, y tú me conoces a mí, así que espero que me concedas la misma confianza. Desde tu desaparición, he estado en contacto constante con tu padre y con otros colegas. Estábamos de acuerdo en que lo mejor era dejar pasar un tiempo para que el escándalo de las imágenes del hotel se apagara por sí solo.

—Y ¿qué tiene eso que ver con que se lleven a Manu?

—Te robo tus palabras: ha sido para evitar males mayores. Ahora no lo ves, pero cuando dentro de un rato vengan los Calvo Orondo, agradecerás que tu amigo esté al otro lado del río.

Victoria dudó. Odiaba que los hombres decidieran lo que era lo mejor para ella, pero si podía evitarle humillaciones a Manu, tal vez no había sido tan mala idea. Suspiró.

Él abrió los brazos.

—Anda, ven aquí, boba, que no soy el enemigo.

Ella se dejó calentar el cuerpo y el alma por el abrazo de Alejandro.

—¡Qué bien abrazas!

Él sonrió y le besó la coronilla.

—Estoy muy orgulloso de ti, Victoria. Tienes agallas y eres auténtica. Espero que no te dejes avasallar por el cónsul ni por su mujer, ni por los que van agitando la banderita de la corrección. La diplomacia se basa en entender que no hay nada en la vida que sea blanco o negro. Y, casi siempre, en buscar un camino alternativo para solucionar conflictos que parecen no tener solución. Creo que este viaje ha sido tu auténtico máster en diplomacia. Si de mí dependiera, te concedía una plaza hoy mismo.

Vicky lo miró sorprendida.

—Esto sí que no me lo esperaba.

—Bueno, no bajas la guardia —le susurró—, no todos mis colegas piensan como yo.

—¿No estás enfadado por...?

—¿Porque no cayeras rendidamente enamorada de mí? Estoy indignadísimo. Vamos, me parece intolerable.

Ella le golpeó el pecho.

—Habla en serio por una vez en tu vida.

—Tu corazón no llegó libre y nunca me lo ocultaste. Sé que amabas a ese chico y, por lo que he visto, él siente lo mismo por ti. Espero que sepa valorarte, porque no es fácil encontrar a una mujer como tú. —Le guiñó el ojo—. Te lo digo yo, que de mujeres sé mucho.

—¡Vaya par de golfos!

—Estaba dispuesto a dejar mis días de golferío por ti, Victoria, pero me temo que no podrá ser. Me has empujado a seguir de flor en flor. —Suspiró exageradamente—. ¡Qué dura es la vida de soltero!

—¡Menudo morro tienes, tito Álex!

—No me llames así, a no ser que quieras más que palabras, Victoria. No te imaginas cómo me pongo cuando me llamas así.

Ella bajó la vista hacia su entrepierna y carraspeó.

—Me hago una idea.

—Anda, vamos a tomar un café o no respondo.

—Yo te lo preparo. —Vicky le rodeó la cintura con el brazo al notar que él la abrazaba por los hombros—. Me alegro mucho de que sigamos siendo amigos, Alejandro.

—Y yo, Victoria, y yo. Un polvo es fácil de conseguir, pero una buena amiga es un tesoro.

\* \* \*

—¡Has traído la vergüenza y la ignominia a este consulado! No sé qué habrás hecho para que no te expulsen, pero que conste que, si de mí dependiera, ¡ya estarías en un avión de vuelta a España! —exclamó Virtudes

de Orueta antes de cerrar la puerta y salir del consulado.

Era el momento que los empleados habían estado esperando. Tras aguardar unos segundos para asegurarse de que no volvía, se levantaron corriendo de las sillas y fueron a abrazar a Victoria.

—¡Bienvenida, Vicky! ¡Sos mi heroína, sabelo! —Mariel fue la primera en llegar.

—Te echamos de menos en la fiesta de Navidad. Celebramos también la jubilación de Micaela.

Victoria se tapó la boca con las dos manos.

—¡Micaela! Y ¿ahora cómo hago para despedirme?

—No te preocupes, pibita. La chacra no queda tan lejos. Iremos un fin de semana.

—¡Sí, por favor!

—¡Menudas vacaciones de Navidad te agenciaste, nena! Lo bien que lo hemos pasado siguiendo tus andanzas. Me imagino que vos lo habrás pasado mejor.

Ella suspiró.

—Sí, ha sido una experiencia inolvidable.

—Y ¿dónde te dejaste a ese pedazo de español tuyo? ¡Compartí, che!

—Alejan..., digo, el señor embajador ha ido a buscarlo a Buenos Aires. Espero que no tarden mucho.

\* \* \*

—Aquí lo tiene, señor embajador.

—Muchas gracias.

—¿Quiere que los escoltemos hasta el coche? ¿Es peligroso?

—No, no, no hace falta. Vamos, señor Soto. Soy Alejandro de la Encina y del Roble.

Manu lo siguió en silencio, enfurruñado. No soportaba deberle nada a ese tipo. No replicó porque quería salir de allí, pero, una vez fuera, se sentó en un banco cercano.

—¿Qué haces? —lo tuteó el embajador con esa familiaridad incómoda que

nace entre dos hombres que saben que han compartido la cama de una mujer —. Vamos, Victoria nos espera.

—Te esperará a ti, *pisha*. A mí me dejó claro que no.

—¿Qué estás diciendo? Deberías haberla visto. Se puso como una furia. No ha parado hasta que he venido a buscarte.

—Porque es buena gente, habría hecho lo mismo con cualquiera.

Alejandro negó con la cabeza.

—¿Crees que Victoria está contigo porque es buena gente? ¿En serio? Pensaba que la conocías.

—Y yo, pero es imposible saber qué hay dentro de esa cabeza morena. — Un coche se acercó haciendo sonar la bocina. Manu alzó la cara y saludó al conductor—. Me voy, señor De los Bosques. Dile a Vicky que no se preocupe por mí. Estaré con Mario. Ya es hora de poner en marcha la sucursal de la empresa de casitas de árbol en Argentina.

—Pe... pero...

Manu subió al coche y desapareció.

—Y ahora ¿qué le digo yo a Victoria?

*La Línea de la Concepción, febrero de 2016*

—Eso es el cuello. Está boca abajo.

El Tuerkas se inclinó hacia un lado para ver lo que le indicaba la ginecóloga.

—¿Esto de aquí?

—No, ahora está aquí.

—¿Esto? —Volvió a intentarlo, aunque si le hubieran dicho que era una biela y no el cuello, se lo habría creído igual.

—No, eso es el culete. Es que a las dieciséis semanas no paran quietos, se mueven mucho.

—Beni, ¿quieres ponerte derecho? —protestó Emma—. Mira, eso es la carita, ¿no le ves la nariz?

Él se colocó a su lado y frunció el ceño. De verdad quería verlo, y no sólo por contentar a su chica; sentía una gran curiosidad por conocer a ese pequeño que había venido a completar su felicidad, pero no lo lograba. Sólo veía masas grises que no paraban de moverse, como una tormenta en el Estrecho durante una tarde de noviembre.

De pronto, lo vio. Y, una vez que logró verlo, ya no pudo dejar de hacerlo. ¡Era una cara! Y no una cara cualquiera. ¡Era la cara de su hijo! La emoción hizo que la imagen volviera a emborronarse, esta vez por las lágrimas. Le apretó la mano a Emma, que, como él, tenía los ojos húmedos y fijos en la pantalla.

—¿Qué me dicen del sexo?

—Mejor que nunca, doctora. Emma siempre ha sido una fiera en la cama, pero últimamente...

—¡Tuerkas! —lo interrumpió Emma, ruborizándose—. A la doctora eso no le interesa.

—Pero ¡si acaba de preguntarlo! No haga caso, doctora, salta por *ná*. Las hormonas dichosas. La tienen caliente como el motor de una furgoneta de melones en verano, pero...

—¡Beni! ¡Nos está preguntando si queremos saber el sexo del bebé!

—¿El bebé? Es un niño, ¿no?

—¿Usted quiere un niño, señor...? —La ginecóloga buscó en la ficha, pero no encontró el apellido del padre.

—Tuerkas, llámeme Tuerkas, por favor —respondió haciendo que Emma pusiera los ojos en blanco.

—¿Tendría algún problema si el bebé fuera una niña, señor Tuerkas?

Él se imaginó a una pequeña con los ojos y el pelo de Emma entrando en el taller con los bracitos extendidos para que la aupara.

—¿Problemas? Todos los del mundo, doctora. Entre su madre y ella iban a hacer conmigo lo que quisieran.

—¿Es una niña? —preguntó Emma con un hilo de voz.

—Eso parece.

El Tuerkas se inclinó sobre ella y la besó en la coronilla.

—¡Gracias, gracias, gracias! Me has hecho el hombre más feliz del mundo.



*Fragata sudafricana en medio del océano Atlántico, febrero de 2016*

—*Sit jou kop in die koei se kont en wag tot die bul jou kom holnaai!!!!*[1] —  
bramó la parturienta.

El teniente y compañero de tripulación de Eva de Boer, una de las pocas personas que se habían atrevido a asomar la cabeza para preguntarle cómo se encontraba, salió corriendo pasillo abajo y se cruzó con el capitán del barco.

—¿Cómo está? —le preguntó éste en afrikáans, el idioma oficial de la fragata.

—Suba a un bote salvavidas y huya, capitán. Tal vez en Australia no lo encuentre.

Oscar du Preez no se amilanaba con facilidad, pero tragó saliva y respiró hondo antes de abrir la puerta de la enfermería donde la Cabo de Buena Esperanza estaba a punto de convertirse en la Cabo de la Buena Nueva.

—Sí, así, muy bien, muy bien, cabo, ya asoma —oyó que la animaba la enfermera que estaba haciendo las veces de comadrona—. Respire hondo y, cuando venga la próxima contracción, empuje con todas sus fuerzas.

—¡Oscar!

—¿Quieres que me vaya?

—¡No! ¡Quédate! ¡Dame la mano!

El capitán y la enfermera intercambiaron una mirada de sorpresa. La cabo era famosa por su rechazo por el contacto físico con el resto de la humanidad, incluso con su amante. Lo toleraba durante el coito porque no le quedaba otro

remedio, pero no quería saber nada de besos cariñosos, ni de hacer la cucharita en la cama ni de abrazarse en cubierta.

El capitán alargó la mano, inseguro, y Eva se la agarró como si estuvieran en el gimnasio, durante una de sus sesiones de entrenamiento de *krav magá*. Él cerró los ojos y echó el cuerpo hacia atrás por inercia, esperando el momento en que ella lo hiciera rodar por encima de su cuerpo y caer de espaldas sobre la colchoneta, pero, por supuesto, el momento no llegó.

—Oscar, tengo miedo —susurró Eva sudorosa, con los ojos suplicantes.

—No tenga miedo, querida —intervino la enfermera—, lo peor ya ha pasado; queda el último empujón.

—Y ¿a usted quién le ha dado vela en este entierro? ¡A lo suyo, enfermera!

Oscar le dirigió una mirada entre divertida y admirada. Ni siquiera en ese momento en el que cualquier otra persona trataría de ganarse la complicidad del personal sanitario que la estaba atendiendo —aunque sólo fuera porque la enfermera tenía artilugios cortantes cerca de su entrepierna— se dejaba amilantar. Su Eva era implacable.

—No es eso lo que me da miedo, yo... —La frase quedó cortada por la nueva contracción, que se apoderó del bajo vientre y la zona lumbar de Eva, oprimiéndolos con la fuerza de una prensa hidráulica—. ¡Aaah!

—Ahora, empuje, así, así, así, así... ¡Muy bien! ¡Ya lo tenemos aquí! ¡Es un niño! ¡Y qué morenito es!

La enfermera dejó al recién nacido de color chocolate con leche sobre el pecho de su madre mientras se ocupaba de que el resto del parto se desarrollara sin complicaciones.

—Capitán, ¿quiere hacer los honores? —le dijo poco después a Oscar, entregándole unas tijeras para cortar el cordón umbilical.

Él, que contemplaba la escena emocionado, asintió en silencio y separó al bebé de la mujer que lo estaba mirando como si fuera un alien y ella Sigourney Weaver.

—Lo ha hecho muy bien, capitán. Y usted también, cabo. ¿Lo ve? No tenía por qué tener miedo.

—No, si a mí el parto no me daba miedo. No se imagina las ganas que tenía de liberarme de esa barriga infernal. Lo que me daba miedo era... *esto*.

—Señaló a su hijo—. ¿Qué demonios se supone que voy a hacer yo con un bebé?

La enfermera frunció el ceño.

—¿Quiere darlo en adopción? Es una posibilidad. —La mujer cogió al recién nacido, le hizo unas pruebas, lo pesó y lo limpió antes de dirigirse de nuevo hacia Eva, que negó con la cabeza.

—Déselo a él.

La enfermera desconocía la relación que había entre ambos, pero el color del bebé y la actitud de la pareja le estaban dando alguna pista.

—Los dejaré solos —murmuró, y salió del improvisado paritorio para darles intimidad.

El capitán Du Preez ni siquiera se dio cuenta, porque había cogido a su hijo en brazos y había empezado a hablar con él.

—Hola, pequeño, bienvenido al mundo. —El bebé hizo una mueca indignada que hizo reír a su padre—. Tiene tu carácter, Eva.

—Anda, acércate —refunfuñó ella—, no veo nada.

El capitán se sentó a su lado en la cama.

—No tengas miedo, pequeño, esta fiera valquiria es tu madre, pero la conozco y sé que daría la vida por defenderte.

—Oscar, deja de decir tonterías, que llevo un chute de hormonas por el cuerpo que debería ser ilegal —protestó ella, secándose las inoportunas lágrimas que no pintaban nada allí.

—Y si a tu madre se le olvida, porque es una mujer entregada a su trabajo, aquí estoy yo para recordarle que hay otras cosas en la vida.

Eva quiso decirle que no necesitaba que le diera lecciones, pero no pudo. Los enormes bíceps de Oscar se flexionaban al sujetar a esa versión suya en miniatura que sostenía en brazos y la visión de esos músculos siempre le causaba efectos rarísimos en la mente... y en otras partes del cuerpo. Partes que estaban demasiado doloridas como para imaginarse volver a tener a Oscar entre las piernas, embistiéndola con la espalda pegada a la pared. La imagen paternal era... ¡absurda! Ese hombre era un soldado, una bestia, una máquina de matar o, al menos, una máquina de follar. ¿En qué momento se había convertido en un oso amoroso, en el padre del año?

«¡Es una trampa de las hormonas! No dejes que te engañen. Oscar te quiere, pero nunca dejará a su esposa. No puedo encariñarme de este bebé o acabaré en casa de mis padres, alejada de todo lo que me gusta, ahogando la frustración en ginebra.»

—Mírale la carita, Eva —dijo el demonio de ébano que era la tentación con uniforme—. ¿A quién crees que se parece?

«A un gremlin», estaba a punto de responder la mujer con menos instinto maternal que había surcado el Atlántico, pero en ese momento el bebé hizo una mueca que le recordó vivamente a su tía Gerda.

Eva se echó hacia atrás como si le hubieran dado un puñetazo. Acababa de tener dos revelaciones. Ese bebé no era ya uno más: tenía personalidad propia y lo reconocería entre mil. Y, por otro lado, se dio cuenta de que lo que tenía delante era mucho más que un montón de células vivas. Lo que Oscar sostenía era una madeja de lana adherente con potencial para atar las vidas de todos los que se acercaran a él. Porque no sólo tenía rasgos suyos y de Oscar entrelazados. Acababa de ver la sonrisa ladeada de la tía Gerda. A saber qué estaría viendo Oscar. Ese bebé no era suyo en exclusiva. Perteneecía a dos familias, dos familias que tenían derecho a disfrutar de sus sonrisas, de sus muecas y de todo lo que vendría después.

No eran pensamientos que Eva tuviera a menudo, y la habían sacudido por dentro violentamente.

Se estremeció en el momento en que la enfermera volvía a entrar.

—Salga, por favor, capitán. Tengo que lavarla bien y abrigoarla para que no coja frío.

Antes de que se levantara, Eva le apoyó la mano en el antebrazo y susurró:

—¿Quieres que lo dé en adopción?

Él la miró a los ojos.

—No, Eva. No quiero que lo des en adopción, y tú tampoco lo quieres. Deberías verte la cara. —Se inclinó hacia ella y la besó en los labios—. Eres preciosa. —Ella, que se sentía una ruina humana, negó con la cabeza—. Sí que lo eres. Te lo digo poco porque no te dejas, pero eres maravillosa. Y este niño no puede crecer sin saber lo maravillosa que es su madre. Lo criaremos juntos. Necesitaré tu ayuda para enfrentarme a mi familia, pero lo haremos. A

vuestro lado me siento capaz de todo.

Oscar dejó al pequeño en brazos de Eva, que lo acogió como si fuera una bomba y ella una artificiera.

—Enhorabuena, cabo —dijo la enfermera cuando el capitán se hubo marchado—. Y enhorabuena, pequeño, vas a tener una preciosa familia. ¿Cómo se va a llamar?

Eva, que no había querido pensar en cosas como la canastilla o el nombre del pequeño, y que se había volcado en sus obligaciones en el barco hasta el último momento, se encogió de hombros, pero de pronto sintió que el pequeño le gritaba su nombre.

—Nelson, se llama Nelson.

La enfermera sonrió.

—Muy adecuado. Me gusta. —La cabo trató de levantarse—. ¿Qué hace? No puede levantarse aún.

Eva, que no soportaba que le diera órdenes alguien que estaba por debajo de ella en el escalafón militar, frunció el ceño.

—Ya no estoy embarazada. Me he quitado la bola de cañón de la tripa, ya puedo hacer lo que quiera.

La enfermera sonrió y negó con la cabeza.

—Pronto, querida, pronto —replicó para animarla—. No se preocupe, que no se va a aburrir. Este grumete la va a tener más ocupada que un escuadrón de novatos si quiere que llegue a buen puerto. Vamos, deme a ese pequeñín. Ahora tenemos que ocuparnos de usted.

Cuando Eva se resistió a soltarlo, la enfermera disimuló una sonrisa. La cabo parecía una auténtica valquiria de hielo, pero ese guapo grumete de chocolate no iba a irse a ninguna parte en un futuro próximo. Estaba en casa.

*Montevideo, marzo de 2016*

—¿Cómo estás, Manu? —preguntó Victoria cuando él respondió al teléfono.

—*Cansao*, pero bien. No veas lo grande que es la Argentina, Vicky. ¡Más grande que Cádiz y Huelva juntas!

Ella sonrió. La pareja había hecho las paces enseguida, pero desde su llegada al Río de la Plata no habían vuelto a verse. Manu se había negado a acercarse a Montevideo porque se le había metido en la cabeza que Vicky se avergonzaba de él. Dispuesto a ganarse su admiración además de su amor, se había lanzado a ampliar su empresa con la ayuda de Mario, el galán de telenovela al que había conocido durante su estancia en el *reality* «Pecado original».

—Sí, y hasta parte de Sevilla si me apuras.

—¡Este país no se acaba nunca!

—¿Encontrasteis lo que buscabas?

—Sí, hemos cerrado ya el trato con una maderera cerca de Corrientes. La semana que viene empezamos la construcción de las casitas. ¿Sabes que a esa región la llaman Mesopotamia? ¿Y que en Argentina tienen otra Córdoba? ¿Y otra Rioja? No me extraña que te gusten tanto los mapas y la geografía, Vicky. ¡Es muy curioso!

Ella sonrió. El entusiasmo de Manu siempre le calentaba el corazón; esperaba que no cambiara nunca.

—Normal. Todo el mundo echa de menos su casa cuando se va a otro país.

Imagínate que llegaras a un planeta desconocido y que tuvieras que ponerle nombre a tu nuevo hogar. ¿Cuál le pondrías?

—¿No lo adivinas?

—Huum, Cañaíllas de Andrómeda.

—Frío.

—Chirigota de Sagitario.

—Vicky, un poquito de seriedad, por favor te lo pido —dijo él partiéndose de risa.

—Nueva Cádiz de las Santas Tapitas.

—¡Que no, *jodía!*

—Pues ¿cómo?

—Victoria.

—Bonito, pero un poco soso, ¿no?

—Victoria de los Orgasmos Múltiples.

—Mmm. —Tumbada en el sofá, ella se acarició el muslo y gimió—.

Mejor, mucho mejor.

—Dios, cómo me pones, Vicky, y eso que no te veo. Vente a Buenos Aires ya mismo.

—Ven tú. Aquí estaremos solos. No puedo hacer lo que quiero hacerte delante de Mario y de su familia.

—A mí no se me ha perdido *ná* en Montevideo, Vicky. —Aunque no quería reconocerlo, se sentía cohibido en ambientes diplomáticos.

—Ah, ¿eso soy para ti?, ¿nada?

—No me hagas arrastrarme, Vicky.

—No quiero que te arrastres. Sólo quiero estar contigo, te echo de menos.

—No lo suficiente, *quilla*. Si tú quisieras, ya estaríamos *casaos* y durmiendo juntos cada noche.

—Deja de castigarme, Manu. No me parece justo; lo que haces es chantaje emocional.

—¡Chantaje, soborno, extorsión..., lo que haga falta! ¿Qué tengo que hacer para que te cases conmigo de una buena vez?

Victoria sonrió.

—Vente el fin de semana, Manu, y lo hablamos en la cama.

—¡Ni hablar, Vicky! Tengo tanto... amor *acumulao pa'* darte que cuando te pille te aseguro que no vamos a hablar precisamente.

—¿Ah, sí? ¿Me echas de menos, Golfo? Porque yo ahora mismo no me siento nada... —jadeó exageradamente al teléfono—, pero nada estrecha.

—¡La madre que te parió, Vicky!

—Deja a mi madre tranquila, Manu. Estoy sola en mi cuarto y tengo mucho calor. ¿Se te ocurre qué puedo hacer para solucionarlo?

Al otro lado de la línea, Victoria lo oyó resoplar.

—Envíame una foto, anda. Quiero ver qué llevas puesto para poder decirte que te lo quites.

—Vale. Pero tú envíame otra.

\* \* \*

Serena: ¡Cucú!

Alejandro: Hombre, Serena, ya era hora de que me escribieras. Me tienes abandonado.

Serena: ¿Me echas de menos, tito Álex?

Alejandro: Ni te lo imaginas.

Serena: No te creo, te vi en Instagram el fin de semana. ¡Estabas con Pampita!

Alejandro: Ah, sí, es una buena amiga.

Serena: ¿Ahora se le llama así?

Alejandro: ¿Estás celosa, Serena?

Serena: ¿Yo? ¡Tú sueñas! ¿Sabes con quién estuve?

Alejandro: Ilumíname.

Serena: Con Harry.



Alejandro: ¿Un cantante?

Serena: Ay, calla, calla. Lo que daría por estar con Harry Styles. No, con el príncipe. Estuvimos esquiando en Sunshine Village. ¿Conoces las pistas?

Alejandro: No, yo estuve en Calgary durante la celebración del 25 aniversario de los Juegos Olímpicos de invierno.

Serena: Puf, menudo rollo.

Alejandro: Como todo lo que te cuento. Ya veo que te mueres de ganas de venir a trabajar en la embajada.

Serena: Puf, yo iría, pero es que ahora que ha vuelto la sosa de Victoria me da mucha pereza.

Alejandro: Claaaaaro.

Serena: ¿Qué pasa?, ¿no te crees que tenga ganas de verte?

Alejandro: Pues no, la verdad. Si tuvieras tantas ganas de verme como yo de verte a ti, vendrías.

Serena: Lo mismo te digo, tito.

Alejandro: No me llames «tito», peque.

Serena: ¿Peque? ¿A quién llamas «peque», tito? Vas a ver.

Alejandro: ¡Dios!

Serena: Ya veo que has recibido la foto.

Alejandro: Serena, no deberías enviar estas cosas por WhatsApp. Ya viste la que se armó con las imágenes de tu hermana en México.

Serena: Esta foto es sólo para tus ojos.

Alejandro: No lo dudes.

Serena: ¿No te gusta compartir, tito?

Alejandro: Para algunas cosas soy muy egoísta.

Serena: Ya veo. Pues si no quieres que las comparta con nadie más, ¡deja de salir con todas las actrices argentinas que se te pongan por delante!

Alejandro: Ven y las dejas a todas.

Serena: Mmm, lo hablaré con mi padre.

Alejandro: Háblalo con tu príncipe Harry si hace falta, pero ¡ven!

Serena: Me encanta cuando te pones autoritario.

Alejandro: Ven y te enseñaré lo autoritario que puedo ponerme.

Serena: Me has puesto muy cachonda, tito. ¿Vas a dejarme así?

Alejandro: No, Serena, ponte cómoda. Esto no ha hecho más que empezar.

\* \* \*

—Sonríele a tu padre, Nelson.

—¿Lo has visto? —exclamó el capitán Du Preez, levantándose de su escritorio y acercándose a saludarlos—. ¡Me ha sonreído!

—Claro —respondió Eva—, el pequeño grumete es muy obediente.

Oscar miró a su tercer hijo, el único al que había visto venir al mundo. Cuando nació la mayor, que se llamaba como su madre, él estaba de maniobras en Alaska. Para el nacimiento del segundo trató de organizarse, pero Oscar Junior llegó un mes antes de lo previsto y también se lo perdió.

Estaba disfrutando muchísimo de esas primeras semanas en su compañía, y si dijera que no se le caía la baba al ver al pequeño vestido de marinerito mentiría, pero tenía miedo de que a Eva le diera por arrestarlo si no ensuciaba

el pañal a sus horas o si no se acababa el biberón.

—Eva, tú sabes que no es un grumete, ¿verdad?

—¿Cómo que no? Claro que lo es; es el grumete Nelson de Boer. Saluda al capitán, grumete.

Eva le cogió la manita y se la llevó a la frente, y a Oscar el corazón le dio un triple salto mortal con tirabuzón.

—Gracias, Eva. Lo que me has dado es el regalo más bonito que podías hacerme. Yo... —sacudió la cabeza, buscando las palabras— pensé que era imposible disfrutar a la vez de la familia y el trabajo. La Marina es mi vida y no pude dejarla, ni siquiera cuando mi esposa me lo suplicó. He sido... he sido un mal marido y un mal padre, pero se acabó. Voy a hacer las cosas bien por una vez en la vida. Quiero casarme contigo, Eva, y quiero que este pequeño sea Nelson du Preez.

La cabo, que había decidido no amamantar a su bebé porque no veía el momento de volver a su vida anterior al embarazo, había recuperado su disciplina habitual, incorporando al pequeño a su vida diaria. Aunque sabía que en algún momento el niño tendría que ir al colegio, estaba decidida a alargar su estancia a bordo todo lo posible. Igual que para Oscar, la Marina era su vida y su absoluta prioridad.

—¿Alguna novedad con el divorcio, capitán Du Preez? —preguntó marcando distancias. Tal vez a Oscar se le hubiera despertado el instinto familiar, pero ella no iba a perder su carrera por ponerse a jugar a las casitas con él y el pequeño grumete.

—Mmm..., no, aún no. Ya sabes que quería esperar a hablarlo con Gertrud cara a cara, cuando volviéramos a casa.

—Pues el pequeño grumete seguirá siendo Nelson de Boer, y no hay más que hablar.

—Eva...

—El grumete De Boer y la cabo De Boer solicitan permiso para retirarse, capitán.

—Hablamos esta noche —refunfuñó él.

Como un tigre enjaulado, Oscar dio varias vueltas por el despacho, recordando las palabras de su padre, militar de carrera igual que él: «Las

mujeres son una cosa, hijo, y una esposa es otra cosa distinta. Puedes acostarte con tantas mujeres como quieras, pero cuando vuelvas a casa, debes respetar a tu esposa. Si no lo haces tú, no lo hará nadie mientras estés fuera de casa. Tu respeto es el paraguas que la protege a ella y a tus hijos».

—Y ¿ahora qué hago, eh, padre? ¡Necesito otro paraguas! Eva y el pequeño Nelson necesitan mi protección tanto como los demás. Puedo cuidar de ellos mientras estén a bordo, pero cuando atraquemos, ¿cómo lo hago, eh, comandante?

Y, aunque su padre le respondió desde el cielo de los militares, Oscar necesitó varios días para descifrar su mensaje.

*Montevideo, marzo de 2016*

—Pasa, pasa, Victoria, siéntate. ¿Has leído la documentación?

—¡Sí, me parece una idea fantástica! Siempre he pensado que deberíamos hacer mucha más labor preventiva. Habitualmente nos avisan para que salvemos la situación cuando la sangre ya ha llegado al río. Si los pueblos se conocieran y compartieran momentos de paz, sería mucho más difícil que llegaran a matarse en una guerra.

Alejandro negó con la cabeza.

—La industria armamentística mueve mucho dinero. Las guerras nunca desaparecerán. Nuestro trabajo es asegurarnos de que terminen cuanto antes e intentar que las naciones derrotadas no acaben ahogadas por tratados draconianos.

—¡No estoy de acuerdo! Cada guerra que se declara es un fracaso diplomático.

Alejandro se revolvió en la silla. La pasión de Victoria seguía calentándole la sangre de mala manera, pero sabía que ella sólo tenía ojos para ese tal Manuel Soto, que la volvía loca incluso a distancia.

—No vamos a llegar a un acuerdo en eso, así que firmemos una tregua temporal y estudiemos la propuesta de Lesmes.

Como cada otoño austral, se acercaba el aniversario de la guerra de las Malvinas y el embajador español en Argentina había tenido la idea de promover un acercamiento entre naciones. El clima general internacional era

tenso, tanto que algunos analistas no descartaban que en las elecciones norteamericanas acabara saliendo elegido Donald Trump. Si se cumplían esas predicciones, cualquier intento de acercamiento entre las demás naciones era una buena idea.

—Lesmes tiene ya el visto bueno del gobierno argentino. Ayer hablé con el presidente uruguayo y le pareció bien. Los que no se muestran entusiasmados son nuestros colegas británicos. Y ahí es donde entra nuestra carta secreta.

A Victoria se le iluminó la cara. Se echó hacia delante en la silla y apoyó los codos en el gran escritorio de madera de nogal con patas torneadas que había acompañado al embajador en todos sus destinos.

—Soy toda oídos. ¿Cuál es nuestra carta secreta?

Alejandro imitó su gesto y la miró fijamente a los ojos.

—Tú, Victoria.

*Islas Malvinas, 2 de abril de 2016*

Victoria había puesto toda la carne en el asador. Tras semanas de intensa actividad diplomática, había conseguido dos logros de los que se sentía muy orgullosa: que su padre, Charles Lampard, encabezara una delegación británica y que Alejandro enviara una invitación oficial a Manu para que fuera su acompañante en el acto de reconciliación y buena voluntad.

La pareja no se había visto desde su entrada en el Río de la Plata casi tres meses antes, y aunque el sexo telefónico —y por WhatsApp y Skype— no tenía secretos para ellos, a Manu le picaban las manos de ganas de echárselas encima a Victoria, que estaba cada día más guapa.

La media docena de fragatas atracadas en batería hacían que la ciudad de Puerto Argentino —Puerto Stanley para Charles Lampard y sus compatriotas— se viera diminuta.

Aparte de Argentina, Reino Unido, España y Uruguay, dos países más —Chile y Sudáfrica, ambos muy interesados en la vecina Antártida— se habían apuntado al acto.

Se había inaugurado un memorial por los caídos en todos los conflictos universales. La escultura, que mostraba palomas al vuelo, era un símbolo de reconciliación, paz y esperanza. Victoria había propuesto que el monumento estuviera dedicado a los caídos de ambos bandos, pero ninguno de los dos gobiernos había aceptado. Un conflicto internacional era un as en la manga que se podía recuperar en cualquier momento en tiempos de descontento interno.

Raro era el gobernante con la amplitud de miras necesaria para prescindir de ese comodín.

Tras la ceremonia, en la que no faltaron discursos, ofrendas de flores, salvas e himnos militares, las autoridades habían sido invitadas a una comida oficial en la fragata británica.

Victoria caminaba por el muelle flanqueada por Manu a su izquierda y Alejandro a su derecha. Se sentía feliz pero muy nerviosa, no sólo porque esperaba poder quedarse a solas con su Golfo en algún momento, sino porque temía el reencuentro cara a cara con su padre, al que no había visto desde hacía casi un año, durante el fiasco de su visita a Londres.

Al llegar a la pasarela, ambos hombres gesticularon exageradamente para dejarla pasar primero.

—Muy amables, caballeros.

Cuando Vicky empezó a subir con decisión, ellos entablaron un duelo de miradas. Manu no estaba en su elemento, se sentía fuera de lugar, pero Victoria estaba subiendo a una fragata por una pasarela y el instinto protector ganó la partida. Le cerró el paso a Alejandro apoyando la mano en la barandilla y siguió a su chica.

Sus ojos quedaron prisioneros del movimiento de las nalgas enfundadas en la elegante falda de tubo color burdeos. Tan absorto estaba que no oyó a Alejandro decirle con ironía:

—Pase usted primero, señor Soto, faltaría más.

Siguiendo a los que los precedían, llegaron al comedor y localizaron la mesa que les tocaba. Era una mesa redonda, para seis personas. Una vez allí, Serena los recibió con una sonrisa.

—*Victoria, dear sister!*<sup>[2]</sup> ¡Qué ganas tenía de verte!

—Las mismas que yo de verte a ti, *sister dear*, estoy segura —replicó ella echando mano de toda su diplomacia—. Pensaba que estarías estudiando en Suiza.

Serena sacudió la mano con desparpajo y alzó las cejas.

—Convencí a papá de que quería aprender como tú..., sobre el terreno.

Victoria estuvo a punto de recordarle que ella había estudiado una carrera, pero se mordió la lengua. Si se dejaba provocar por su hermana, el acto de paz



y reconciliación pasaría a la historia como la guerra de las Lampard.

—Alejandro, siéntate aquí, a mi derecha —indicó Serena—. Me he encargado personalmente de la distribución de las mesas. No es nada fácil, pero creo que he encontrado mi vocación en la vida. Colocar a las personas en eventos para que no falte conversación animada..., ¡no todo el mundo sabe hacer eso! ¡Es un don!

La sonrisa angelical de su hermana hizo que a Victoria se le pusieran los pelos de punta. No se había fijado en el resto de los nombres al buscar su mesa en el tablón de la entrada. Tal vez debería haberlo hecho.

Vio su nombre en un cartelito y se sentó. Alejandro quedaba a su izquierda y Manu a su derecha. Soltó el aire aliviada. Al parecer, su hermana estaba madurando; había hecho mal desconfiando de sus intenciones.

—¿Golfo de Cádiz? ¿Qué demonios haces aquí? —preguntó una voz gélida que hizo que Manu se estremeciera.

Al volverse hacia la voz, Victoria vio a una pareja que parecía sacada de un cómic de superhéroes. Ella, alta, rubia, fuerte, impecablemente vestida con su uniforme de gala. Él, alto, moreno, de piel oscura como el café y unos músculos ocultos bajo el uniforme que lo convertían en una máquina de matar. A él no lo conocía; a ella, por desgracia, sí.

«Un don, Serena, lo tuyo es un auténtico don...»

—¿Eva? —La voz de Manu salió estrangulada a través del nudo que se le había formado en la garganta.

—La cabo Eva de Boer, para quien no la conozca —intervino Serena alegremente—. Siéntese ahí, querida, al lado del señor Golfo, perdón, el señor Soto. Capitán Du Preez, entre la cabo y yo. —Bajando la voz hasta convertirla en un susurro sugerente, añadió—: Será un auténtico placer conocerlo un poco más a fondo. ¿No quiere dejar la bandolera en la guardarrope?

Oscar sonrió y a Serena se le desintegró el diminuto tanga que llevaba bajo el vestido blanco de falda amplia que recordaba al de Marilyn Monroe en *La tentación vive arriba*.

—No es una bandolera, es un portabebés —replicó orgulloso. Aunque no hablaba tantos idiomas como Eva, dominaba el inglés y se defendía en español, igual que Serena.

—Vaya, enhorabuena, Eva —dijo Manu—. ¿Puedo verlo? ¿Es niño o niña?

—Pásamelo, Oscar —pidió la cabo—. Digo..., pásamelo, capitán.

—Propongo olvidarnos de las formalidades —indicó Serena—. Al fin y a la postre, estamos en familia, ¿no?

Alejandro y Manu cruzaron una mirada y se entendieron sin necesidad de palabras. Si aquello era una reunión familiar, estaban delante de la familia más incestuosa que había surcado el Atlántico Sur.

Oscar se quitó el portabebés y Eva cogió al grumete De Boer en brazos. Vestido con un diminuto uniforme de gala, estaba durmiendo plácidamente. Manu se inclinó hacia él para verle la cara y Victoria y Serena no pudieron resistir la tentación de aproximarse para contemplarlo más de cerca. El único que guardó la compostura propia de su cargo fue el embajador.

—¡Ay, por favor! —exclamó Serena—. ¡Si parece un muñeco de chocolate como los que colgábamos del árbol de Navidad, ¿te acuerdas, Victoria?!

Vicky sonrió y sintió que se quitaba un peso enorme de encima. Sólo entonces se dio cuenta de que no había estado cien por cien segura de que Manu no fuera el padre de ese niño hasta ese momento.

Eva y él estaban hablando con las cabezas juntas sobre la carita del pequeño Nelson, que dormía ajeno al alboroto que su llegada al mundo había causado en un lejano barrio gaditano.

—Ya te vale, *quilla*, mira que querer colarme al canijo.

—Lo siento —se disculpó ella avergonzada—. En aquel momento me pareció buena idea; no encontraba una salida a la situación.

—Ir con mentiras nunca es buena idea. Se pillá antes a un mentiroso que a un cojo.

—Pues sí, no van a hacer falta más pruebas de paternidad.

—No lo entiendo, *quilla*. ¿Cómo lo hiciste para que saliera positiva la primera prueba?

—Me llevé tu ADN en una servilleta, entré en el centro médico, contaminé la muestra... —respondió Eva sacudiendo la cabeza—. Fue fácil.

Manu hizo una mueca.

—Tú estás desaprovechada aquí, ¡tendrías que ser agente secreto!

—¿Quién te dice que no lo sea? —La cabo le guiñó el ojo.

—La que me liaste no tiene nombre. Menos mal que Vicky me perdonó, porque, si no, la que te monto yo aquí no la arreglan ni dos docenas de diplomáticos.

—Lo sé, lo siento. Te pido perdón. Y pide disculpas a tu familia de mi parte cuando la veas.

—¿Y al padre Bartolomé? —Manu sonrió irónico.

—Sí, pídele perdón a ese papista también.

—Enhorabuena, cabo —intervino Victoria—. ¿Cómo se llama esta preciosidad?

—Nelson.

—Bonito nombre, y muy adecuado para una jornada de reconciliación como la de hoy.

Todos asintieron menos Serena, que se inclinó para susurrar al oído de Alejandro:

—No entiendo que la cabo quisiera casarse con el Golfo pudiendo estar con ese dios de ébano. ¿Tú has visto cómo le queda el uniforme? ¡Por Dios, me he puesto como una moto!

El embajador disimuló los celos que le habían provocado esas palabras al ver acercarse al padre de las dos bellezas entre las que estaba sentado.

Victoria se levantó y, en silencio, se abrazó a su padre. Desde su silla, Alejandro vio la expresión de alivio en la cara de su colega y amigo.

Serena se aproximó a ellos y les dio unos golpecitos en los hombros para que se separaran.

—¿Qué te parece, papi? ¿Te gusta?

Él miró a su alrededor.

—Mucho. Buen trabajo, Serena. —Charles abrazó a su hija pequeña, que se colgó de su cuello riendo alegremente—. Anda, haz los honores de anfitriona y preséntame al resto de la mesa.

—¡Ah, claro! A tito Álex ya lo conoces. —Charles carraspeó—. Perdón, perdón, el embajador de España en Uruguay, el estupendísimo Alejandro de la Encina y del Roble.

Alejandro se echó a reír a carcajadas.

—Excelentísimo, Serena —la corrigió su padre.

—*Whatever!*

—¿Qué dice la *guachiney*? —le preguntó Manu a Victoria al oído.

—Que «*pa' ti la perra gorda*».

—Ea, así sí se entiende, coño.

—El capitán Du Preez, la cabo De Boer —siguió presentando Serena—, y a los otros dos ya los conoces, ¿no?

Charles quiso insistir en que su hija hiciera las presentaciones correctamente, pero prefirió acabar con la tensión que le provocaba volver a encontrarse con el novio de su hija mayor, un tipo que parecía estar en el mundo para amargarle la existencia. Se volvió hacia él y le ofreció la mano.

—¡Hombre, Charlie, volvemos a vernos las caras! —Manu se levantó y le encajó la mano en un fuerte apretón.

Charles no lo entendió, pero tampoco estaba interesado en lo que pudiera decirle. Seguía convencido de que lo de su hija era una fase rebelde que acabaría superando al ver que el guapo español no encajaba en su mundo. Tenía sus esperanzas puestas en su amigo el embajador. Alejandro era un buen partido, y Victoria no era tonta; era cuestión de tiempo que las cosas cuadraran.

—*Pleasure*<sup>[3]</sup> —murmuró antes de soltar la mano del golfo que había secuestrado a su hija y la había obligado a recorrer el Caribe de isla en isla como si fuera Penélope Cruz en *Piratas del Caribe*.

No se lo había perdonado y dudaba que pudiera hacerlo algún día, aunque, a decir verdad, Victoria estaba resplandeciente; nunca la había visto tan radiante.

Charles se disculpó diciendo que tenía que seguir saludando a los invitados y se alejó.

Los camareros habían empezado a servir champán y entrantes. Si por encima de la mesa la conversación era todo lo correcta que uno podía esperar de un acto como aquél, por debajo —con seis manos perdidas entre piernas ajenas— la actividad era frenética.

Serena fue la primera en sucumbir.

—Vaya, me temo que tengo que resolver una pequeña crisis. —Se levantó y, automáticamente, el embajador la imitó—. ¿Me ayudas, Alejandro, por

favor? Necesito de tu experiencia.

—Claro.

Victoria se estrujó la cabeza pensando en algo que decirle a la cabo que no incluyera ningún insulto, pero no se le ocurrió nada. Por suerte, el capitán imitó a Serena y se levantó también.

—Es hora de cambiar el pañal —anunció—. ¿Vamos, cabo?

Eva consultó su reloj y frunció el ceño. Llevaba un control estricto de esas cosas y nunca se le olvidaban.

—Faltan veintitrés minutos para... —empezó a protestar, pero el guiño de Oscar le hizo cambiar de idea—. Claro, alerta de pañal activada. Con permiso.

Manu apoyó la mano sobre la de Victoria.

—Al fin solos, Vicky.

—Ya era hora, Manu. ¿Vas a dejar de castigarme ya?

—¿Yo? Eres tú la que me vuelve loco, morena. —Volvió a bajar la mano a la rodilla de Vicky, que se estremeció al notar el contacto sobre su piel.

—Porque eres más terco que las mulas, Manuel Soto. —Le apoyó la mano sobre la suya para impedir que siguiera levantándole la falda—. Has tenido un sitio en mi cama durante todos estos meses.

—No quiero volver a meterme en tu cama como si fuera un ladrón, Vicky. ¿Has visto cómo me miraba tu padre? Creo que le ha *encargao* al camarero que vigile que no me lleve los cubiertos.

Ella chasqueó la lengua, pero a Manu no le faltaba razón. Su padre se fiaba menos de él que de la buena voluntad de las autoridades argentinas.

—Vaya, ya traen el segundo plato y los demás no están. ¿Qué hacemos? ¿Pedimos que se lo guarden caliente hasta que resuelvan sus asuntos?

Manu se levantó y tiró de ella hacia la puerta.

—Anda, ven, que *pa'* caliente ya estoy yo.

—Manu, ¿qué haces?

Él no respondió ni se detuvo hasta que llegó a un largo pasillo con puertas a lado y lado. Fue probando hasta que encontró una abierta. Hizo pasar a Vicky, cerró con pestillo y se volvió hacia ella con una mirada depredadora.

—¿Para qué hablar pudiendo enseñártelo? Serena y el tito Alejandro de

los Cojones y las Pelotas no tienen ningún problema. —Llegó hasta ella y siguió avanzando, arrinconándola contra la pared—. Bueno, a menos que el *estupendísimo* se haya dejado los condones en casa.

—Manu, ¿no pensarás que Alejandro y mi hermana...?

—¿Qué te apuestas, Vicky?

—¡No digas tonterías! ¿Cómo va a...?

—Si tengo razón, ¿te casas conmigo?

—Es imposible.

—Pues acepta. No pierdes *ná*.

—No, Manu.

Los ojos del Golfo se apagaron y empezó a apartarse de la pared, pero ella lo impidió agarrándolo de la corbata y atrayéndolo de nuevo hasta que sus labios se rozaron.

—¡Déjame, Vicky!

—¡No quiero!

—Y yo no quiero ser tu hombre objeto.

—Ni yo una de tus apuestas.

—Sabes que eres mucho más que eso, pero en la vida a veces hay que lanzarse. La vida no viene con *certificao* de garantía.

—¿Me has traído aquí para hablar de apuestas, Manu? —Victoria le llevó la mano a la nuca y deslizó los dedos bajo el pelo corto—. Qué lástima —susurró, alargando mucho la *ese* antes de meterle la punta de la lengua en el oído, haciéndolo estremecer—. ¿Ya no te gusto, Golfo?

Él la sujetó por las caderas y echó la pelvis hacia delante.

—¿A ti qué te parece, Vicky?

Victoria gimió. Llevaba horas dándole instrucciones a su cuerpo, ordenándole que tuviera paciencia, que aguantara hasta esa noche; que, pasara lo que pasase, esa noche Manu sería suyo. Pero las cosas habían cambiado de un instante a otro. Ya no tenía por qué aguantar hasta la noche. Lo que quería, lo que tanto deseaba estaba ante ella, al alcance de su mano, de su boca.

Lo agarró por la nuca para besarlo como ansiaba, pero él se resistió.

—Llevo tres meses muriéndome de ganas de follarte, Vicky. Lo peor ya ha pasado. Puedo aguantar el tiempo que haga falta.

Ella se puso de puntillas y se apretó contra él, volviendo a bajar lentamente y frotándose con su erección desde la punta hasta la base.

El aire que Manu soltó entre los dientes la hizo sentir poderosa. Le soltó la nuca y se llevó las manos al escote.

—Antes de negociar, las dos partes se enseñan el armamento —dijo desabrochándose un botón. El gaditano tragó saliva, con la vista fija en la abertura de la blusa—. ¿No quieres ver mis armas, Manu?

—No me tientes, no me tientes.

Ella se desabrochó un segundo botón, dejando al descubierto la puntilla del sujetador.

—Vino, es color vino —murmuró él, que parecía en trance.

Loca de deseo, Victoria le cogió la cabeza entre las manos y lo amorró al escote.

—Pues que no se diga que el Golfo de Cádiz rechaza un vinito de la tierra.

Él resopló entre sus pechos, y el aire caliente que le entró por el canalillo acabó de prender la mecha de Victoria.

—¡A tu salud! —brindó Manu, sosteniéndole ambos pechos y elevándolos antes de hundir la cara en ellos. Con un gruñido, intentó apartar la tela con los dientes.

Victoria trató de echar la cabeza hacia atrás, pero topó contra la pared. Manu apartó la tela con el pulgar y, como un explorador perdido en el desierto al llegar a un oasis, rodeó el pezón con los labios y succionó con fuerza, haciendo que a ella se le doblaran las piernas.

—Por fin, aaah, qué ganas te tenía, Manu, joder. —Gimió de nuevo cuando él cambió de pecho—. No vuelvas a dejarme sola tanto tiempo, me cago en tus mue... las. Me estaba volviendo loca. Empezaba a ver atractivo hasta al cónsul.

Él levantó la cabeza y apoyó la frente en la suya. Sujetándole la cara entre las dos manos, apretó hasta que ella separó los labios y se coló entre ellos.

Ambos gimieron a la vez mientras sus lenguas se reencontraban después de tantas semanas de añorarse. A Manu la textura de su lengua, de las paredes de su boca, de sus dientes... le pareció un manjar mucho más exquisito que cualquiera que pudieran servirle en el banquete de gala.

—Por Dios, Vicky. Esto ha sido mala idea.

—Ha sido la mejor idea que ha tenido un gaditano desde que se inventó... se inventó..., ¿qué inventaron los gaditanos?

—La tanda de penaltis.

—Pues esto es muchísimo mejor, no lo dudes —replicó ella alzando las cejas y desabrochándole el botón del pantalón.

—Vicky, quiero seguir besando, digo, inspeccionando tu glorioso armamento, quiero besar tu boca hasta emborracharme, quiero...

—Luego. No me hagas esperar más o no respondo —le pidió ella, deslizándole la mano dentro del bóxer y sujetándole la erección.

—¡Vicky! Suéltame o el que no respondo soy yo.

—A ver si es verdad. Menos palabrerío y ¡fóllame, Golfo!

—Dios, qué boca tan sucia se te ha puesto, y cómo me gusta.

—¿Ah, sí? —Victoria le bajó los pantalones y el bóxer al mismo tiempo y volvió a acariciarlo arriba y abajo—. Ni te *imaginás* la de cosas que me enseñaron las chicas del consulado —añadió imitando el acento de Mariel—. *Cogeme*, Golfo. *Meteme* esa pija hasta las pelotas.

Manu abrió mucho los ojos, pero ni se le ocurrió rechistar. Mientras ella se colgaba de su cuello, él la impulsó hacia arriba y la apoyó en la pared. Sin delicadeza, sin miramientos, le levantó la falda hasta las caderas y le echó la braga a un lado. Notando lo húmeda que estaba, la embistió con fuerza.

—¡Aaaah!

—Más, Vicky. —Se retiró un poco y volvió a clavarse un poco más profundamente—. ¡Así!

Notó que sus músculos internos lo aferraban ávidos, temiendo que volviera a apartarse. Pero no lo hizo. Aprovechando que ella tenía la boca entreabierta por el placer, le recorrió los labios con la lengua antes de deslizarla en su interior.

Victoria respondió enredándola con la suya durante unos instantes, pero, loca de deseo, se impulsó en sus hombros para elevarse lo suficiente para poder volver a clavarse en él.

—¡Más, Manu, necesito más! ¡Más fuerte, más rápido!

Él se deslizó hacia fuera hasta quedar justo en su entrada. Cuando ella



trató de clavarse otra vez, él lo impidió, sujetándola con fuerza por las caderas.

—Yo también necesito más, Vicky. Dime que te casarás conmigo. Dime que serás mía y sólo mía.

—Manu, ya soy tuya; lo he sido desde que te conocí. ¿No te das cuenta? ¿No ves cómo mi cuerpo grita llamando al tuyo?

Él penetró un par de centímetros en su interior y, efectivamente, la vagina de Victoria se apoderó de él, abrazándolo y guiándolo hacia su hogar.

—¡Vicky, por Dios, cómo te he *añorao*!

Ella lo abrazó, enterrando la cara en su hombro y mordiéndolo.

—Demuéstramelo.

Manu la levantó un poco más, haciéndola deslizar pared arriba, y se clavó en ella una y otra vez, notando cómo se perdían más y más en el placer, hasta que todo cuanto los rodeaba desapareció y sólo quedaron los gemidos entremezclados de ambos.

Victoria inspiró el olor del cuello de Manu, al que se había vuelto adicta durante su último viaje mientras él percutía una y otra vez en lo más hondo de su vientre. Borracha de sensaciones, sintió que un orgasmo explosivo se apoderaba de ella. Convulsionando sin control, gritó mientras oprimía rítmicamente la erección de él, que no tardó en seguirla.

Al ver que la mesa donde cenaban sus hijas estaba vacía, Charles Lampard se acercó a comprobar qué pasaba. Temiendo que la sangre hubiera llegado al río entre ellas, preguntó a los camareros, hasta que uno de ellos señaló hacia la cubierta inferior.

Un ruido extraño, como si alguien estuviera moviendo muebles, le llamó la atención. Al aproximarse, oyó un quejido. Preocupado, llamó a la puerta, pero nadie respondió. Al oír un nuevo gemido, la abrió.

Y un instante después lo que abrió fue la boca y los ojos como platos.

Porque, mientras un bebé dormía plácidamente sobre la litera, el capitán Du Preez embestía por detrás a la cabo De Boer, que estaba inclinada sobre una silla.

En silencio, volvió a cerrar la puerta y se apoyó en la pared del pasillo, respirando hondo. Estaba a punto de volver a subir, pero un nuevo ruido extraño lo alertó. Abrió otra puerta y se le cortó el paso del aire a los pulmones al ver a Serena sentada en una mesa de escritorio, con la cabeza echada hacia atrás. Aunque su padre no lo sabía, Serena estaba haciendo realidad una de sus fantasías favoritas. En su mente, la sencilla mesa del camarote de algún marinero era un elegante piano de cola. Lo que Charles no tuvo que imaginarse porque lo vio con sus propios ojos fue a Alejandro, que la estaba agasajando, de rodillas, con la cabeza perdida entre sus muslos.

Charles sintió ganas de entrar y arrancarle la cabeza de cuajo a ese traidor al que siempre había acogido en su casa como si fuera un hijo, pero si algo odiaba eran los conflictos. Se pasaba la vida resolviéndolos; no soportaba

crearlos.

Refunfuñando, se alejó. Quería localizar a Victoria, pero no se atrevió a seguir abriendo puertas por miedo a lo que pudiera encontrarse. Unos gemidos un poco más lejos confirmaron su teoría. Sacudiendo la cabeza, suspiró. Lo importante era que Serena y ella no se estaban peleando. En lo demás, poco podía hacer. Como solía decir Carmen, la madre de Victoria, «la jodienda no tiene enmienda».

Sintiendo un inesperado ataque de nostalgia, salió a cubierta y la llamó por teléfono.

—Charles, ¿qué pasa? ¿Le ha pasado algo a Victoria?

—Hola, Carmen, Victoria está bien. ¿Cómo estás tú?

—¿Estás borracho, Charles? ¿Desde cuándo te importa cómo estoy yo?

—No estoy borracho, pero me siento... solo.

—¡Acabáramos! Pues el servicio de psicóloga sólo es para los clientes que consumen algo, Charlie. No ofrezco atención telefónica..., aunque, oye, igual no sería mala idea... Lo veo... Monkey Island, lo atiende Carmen, su asesora del amor, ¿en qué puedo ayudarlo?

—En tu tierra sois todos muy agradecidos.

—Hombre, habrá que echarle sal a la vida para que pase mejor, ¿no crees? Aunque no sé para qué me esfuerzo contigo, Charles. Hombre más soso, malaje y esaborío no ha pisado nunca el Peñón.

—Carmen, nuestra hija está en un camarote de la fragata británica *fucking*[4] con ese Golfo de Cádiz. Y mi otra hija está haciendo lo mismo con el *fucking* embajador uruguayo. Y ¿a qué no sabes quién está haciendo el *fucking* triplete? —Carmen, que se había quedado sin habla, negó con la cabeza. Charles no esperó a que respondiera para añadir—: La Cabo de Buena Esperanza con el capitán de su barco, un tipo más grande que el Peñón de Gibraltar y más oscuro que el futuro de esta familia en la diplomacia. ¡Y delante del pequeño marinerito color chocolate con leche!

—¿Qué pasa, Carmen? —le preguntó Rocío al verle la cara.

—No te lo vas a creer —replicó la madre de Victoria en un murmullo. Y dirigiéndose a Charles—: No me seas papafrita, Carlitos. A ver si tomas nota y sigues el ejemplo de tus hijas. Como no espabiles, tu mujer va a tener que

buscar con quién entretenerse. Aunque... ¿cuántos años lleváis juntos? ¿Veinte?  
—Carmen resopló—. No lo dudes, si no te ha dejado ya es que tiene a otro.

—Carmen, esto es intolerable —dijo él sin alzar la voz.

—¡Ni Carmen ni *ná*! Déjame tranquila, que Rocío y yo estábamos a punto de ir al cine. —En ese momento, sonó el timbre—. Ea, que nos vienen a buscar, nos vamos. Y tú dale vidilla a ese cuerpo, *pisha*, que tienes tanta flema británica que un día de éstos te vas a ahogar.

Charles inspiró hondo.

—Que no me llames «*pisha*», Carmen, que soy par del reino.

—Pues si tú lo dices, porque yo siempre te veo más impar que la torre de Londres. ¡*Bye-bye*!

—Qué *jartible*, el Charlie. —Rocío la esperaba con la puerta abierta—. ¿Qué mosca le ha picado?

—¡Nena, qué fuerte, qué fuerte, qué fuerte! Tengo cotilleos de primera. Ya verás cuando se entere Emma.

\* \* \*

Mientras tanto, Manu y Victoria se recuperaban del orgasmo que acababan de compartir. Él la llevó en brazos hasta una silla y se sentó sin salir de su interior.

Vicky rio y él notó su risa rodeando su erección, que empezaba a decaer. Era un abrazo de amor y felicidad, y se lo devolvió abrazándola con todas sus fuerzas.

—Ea, di que te he *convencío*, Vicky.

Ella, que se sentía relajada como si volara en una nube y tenía esa risa tonta de cuando tomas la segunda copa, ladeó la cabeza y lo miró.

—¿El contrato matrimonial incluiría que tendrías que despertarme así cada mañana?

—¿Con empotramiento matutino? ¿Dónde hay que firmar?

—Y mi padre, que cree que eres un flojo... ¡Qué equivocado está!

—Cásate conmigo de una repajolera vez, Vicky, y te demostraré que está *equivocao* en muchas más cosas. Deja que te demuestre que ningún hombre te

va a querer más que yo, que voy a partirme la espalda *pa'* levantar una empresa y *pa'* que estés orgullosa de mí.

Victoria, que había recuperado las fuerzas, alzó la cabeza de su hombro y lo miró frente a frente.

—Manu, mi Manu... —le acarició la mejilla—. Ya sé que ningún hombre me va a querer más que tú; no necesito que me demuestres nada. Y no quiero que te deslomes, a menos que sea empotrándome cada mañana, cada tarde o cada noche, ¡cuando sea!

—¡Veinticuatro horas a su servicio, señora de Soto!

Victoria torció el gesto.

—Qué poquito ha *durao* la luna de miel —refunfuñó él.

—Manu, lo hemos hablado mil veces. No quiero un matrimonio como el de tus padres. No quiero ser la señora de Soto ni que tú seas el señor de Lampard. Quiero una unión entre iguales, cada uno con su apellido. No quiero que te deslomes mientras yo me quedo en casa esperándote, igual que no se me ocurriría pedirte que dejaras tu trabajo para seguirme por el mundo. Eso no funcionaría. Pensaba que lo habías entendido ya.

—Y yo pensaba que tú lo habías entendido ya, *quilla*. Me da igual el nombre que pongas en tus tarjetas de visita, lo que quiero es tenerte en mi cama por las noches.

—Pues para eso no hace falta que nos casemos, Manu —lo provocó ella para hacerlo rabiar.

—¡La madre que te parió, Vicky!

Trató de levantarse, pero ella lo calmó, besándolo en la boca hasta que dejó de resistirse.

—Manu, un diplomático nunca sabe dónde lo van a enviar ni cuándo. Ya sabes que no quiero arrastrarte a esta vida de locos.

—Pero ¿no ves que ya lo has hecho? Estoy en un barco inglés en las islas Malvinas, me conozco a los madereros de media Argentina, he hecho amigos en México y la mitad de las islas del Caribe y todo por estar a tu lado. ¿Crees que podría volver al barrio y vivir como antes de conocerte, como si no hubieras puesto mi mundo del revés?

Ella sintió una punzada de culpabilidad. Se había enamorado del hombre

sencillo que era feliz en su trabajo, tomando cañas y tapitas con sus amigos o entrenando a un equipo infantil los sábados.

—Yo no quería...

Esta vez fue Manu quien la besó hasta que ella dejó de pensar de más.

—Yo sí. He *cambiao*, Vicky... pero a mejor. No soy el mismo cabeza de chorlito que se presentó a un *reality* por una apuesta. No soy el mismo que cuando se le plantó una mujer delante asegurando que estaba embarazada se creyó que el hijo era suyo, porque se veía capaz de haberlo hecho. Ahora no me pasaría. Estoy *centrao*, Vicky. Tú me has *centrao*, y no quiero volver a irme por las ramas. Quiero seguir a tu *lao*. Eres única, Vicky. Por fuera eres guapa como la bahía de Cádiz al atardecer, y por dentro...

Ella se revolvió sobre su regazo.

—¡Por dentro mejor no te cuento cómo estoy ahora mismo! ¡Por Dios, qué pringue, Manu! No te muevas, que te voy a poner perdido.

Él se echó a reír.

—Muy romántica no eres, eso es verdad. Menos mal que estoy yo aquí para poner un poco de romanticismo en tu vida, *quilla*. Anda, vamos.

Se puso de pie con ella en brazos y juntos fueron al baño del camarote a remediar el desastre.

\* \* \*

La noche anterior, Oscar se había armado de valor y había hablado al fin con su esposa. Cuando le planteó la situación, Gertrud se había echado a llorar. Cuando él empezó a disculparse, ella había admitido que lloraba de alivio y felicidad. Hacía años que mantenía una relación con otra persona y no sabía cómo decírselo porque tenía mucho miedo de su reacción. Tras la sorpresa inicial, ambos habían acordado poner los trámites de divorcio en marcha al día siguiente, y, sintiéndose más cerca de su todavía esposa de lo que se había sentido en años, Oscar se despidió con el alma ligera como una pluma y el corazón henchido de felicidad.

Se había pasado el resto de la noche pensando en cómo agradecerle a Eva el enorme regalo que le había hecho. Y no se refería sólo al pequeño Nelson.

Había pedido su ascenso a sargento y sabía que no tardarían en concedérselo porque la actitud de la militar era impecable. Pero ella no lo necesitaba para ascender en la Marina; llegaría tan alto como quisiera. A esa mujer le corría agua de mar por las venas, igual que a él. Tras horas de darle vueltas a la cabeza, encontró el regalo ideal.

Y al día siguiente, tras hacerle el amor en el primer camarote abierto que encontró en el barco británico, decidió que era un buen momento para compartirlo con ella.

—Eva, ayer le pedí el divorcio a Gertrud.

Ella, que estaba acabando de vestirse, se volvió asombrada a mirarlo.

—¿Cómo se lo tomó?

—Pues... creo que ahora mismo debe de estar encargándole a algún escultor que te haga un monumento.

Eva ladeó la cabeza.

—¿Lo dices en serio?

Él abrió los brazos y la cabo se coló entre ellos y se abrazó a su cintura.

—Muy en serio. Y no es la única que te está agradecida. Yo también quiero agradecerte que me hayas devuelto la vida. El divorcio ya está en marcha. —La sonrisa de Eva iluminó el camarote—. Cásate conmigo, Eva. Quiero crear una familia para el pequeño Nelson, crecen tan deprisa... Esta vez no quiero perderme nada, quiero estar a su lado en cada momento de su vida. Y es por eso... —Tragó saliva. Eva lo observaba en silencio. Se había quedado sin palabras; demasiadas emociones a la vez—. Es por eso por lo que he decidido que cuando Nelson cumpla los tres años me licenciaré. Casémonos donde tú quieras, pero me gustaría que nos instaláramos en Durban, para poder estar cerca de mis otros dos hijos.

—¡Claro! —Eva se le echó al cuello y lo besó apasionadamente—. ¡Claro! Esto sí que no me lo esperaba. Eres una caja de sorpresas, capitán.

—Sería un crimen que no siguieras con tu carrera, Eva. Llegarás tan alto como quieras. Yo... —Oscar estuvo a punto de decirle que la quería, pero sabía que a ella la incomodaban las demostraciones de afecto— estoy muy orgulloso de ti. —Esperaba que su mirada le transmitiera el resto del mensaje.

El amor que vio en los ojos de ella lo tranquilizó.

—Yo... también estoy muy orgullosa de ti, Oscar.

\* \* \*

Cuando volvieron a la mesa, Serena y Alejandro ya estaban allí. Manu y Victoria volvieron poco después. Las sonrisas ladeadas y las miradas brillantes de los seis eran reveladoras de lo que habían estado haciendo, pero ninguno comentó nada.

Cuando Charles volvió a pasarse por allí mientras tomaban el postre, el humor del diplomático dejaba mucho que desear, pero Oscar, sumido en su burbuja de euforia, no se dio cuenta.

—Señor Lampard, estaba a punto de anunciar que la cabo Eva de Boer me ha hecho el hombre más feliz del mundo aceptando ser mi esposa.

Sus compañeros de mesa los felicitaron.

—¡Coño, Eva, me alegro por ti, chochete! —exclamó el Golfo, inclinándose hacia ella para darle un abrazo.

—No me llames... —empezó a protestar ella, pero estaba tan feliz que lo dejó pasar y le devolvió el abrazo—. Gracias..., *ipisha!*

—Oscar, machote —Manu fue a abrazar al capitán—, eres mi héroe.

—¿Yo?, ¿por qué?

—Has hecho maravillas con esta mujer.

—Es ella la que ha hecho maravillas conmigo. Por eso le he pedido a mi colega británico que nos case ahora mismo. No quiero que el pequeño Nelson tenga que ver a sus padres viviendo en pecado hasta que podamos formalizar las cosas en Sudáfrica. —Le guiñó el ojo a Eva.

—¿Así? ¿Ahora? —A la cabo no le daba tiempo a recuperarse de una impresión que ya estaba recibiendo la siguiente.

—Así, ahora. ¿Algún problema, cabo? —Su voz profunda, combinada con el bebé que llevaba en la bandolera, causó estragos entre las mujeres de la mesa.

Eva se cuadró.

—Ninguno, capitán. A sus órdenes, capitán.



\* \* \*

Pero, aunque la cabo De Boer pronunció sus votos con la voz clara y una sonrisa radiante, una tormenta se fraguaba a bordo.

Serena —que estaba sentada entre su padre y Alejandro— no pudo resistirse a la tentación de acariciar el muslo del embajador en Uruguay. Él le cogió la mano tan discretamente como pudo y se la devolvió al regazo. Eso fue lo que vio Charles, que llevaba un rato vigilándolo como un halcón.

—¡Te voy a cortar las manos, cabrón! ¡Y luego te cortaré la lengua!

Tanto el capitán británico como el resto de los asistentes a la improvisada boda se volvieron hacia ellos alarmados.

Charles se puso en pie amenazador.

—¡Levántate, desgraciado! ¿Cómo te atreves a ponerle las manos encima a mi hija?

—¿A cuál de las dos te refieres, papi? —preguntó Serena, que para los que no la conocían era la viva imagen de la inocencia.

Victoria gruñó y Charles miró a Alejandro con las ventanas de la nariz muy abiertas, como un toro a punto de embestir.

—¿No te habrás atrevido a tocar también a Victoria, hijo de la gran...?

—Charles, no es el momento ni el lugar. Vayamos afuera y hablemos tranquilamen...

Pero Charles no pudo aguantar más. La conversación con Carmen lo había puesto de muy mal humor y no podía quitarse de la cabeza imágenes de Louisa, su esposa, montándose con el chófer, con el jardinero o con el monitor del gimnasio al que acudía tres veces por semana.

«¿Cómo se llama esa ridícula disciplina a la que se ha apuntado? “¿Tumba?” “¿Rumba?” Ah, no, “zumba”, eso, “zumba”. Y, ahora que lo pienso, ¿de dónde dijo que era el instructor? ¿Cubano? ¿Italiano? ¿Brasileño? Dios, pero ¿qué les verán a los hombres latinos? ¡No puedo entenderlo!»

Al parecer, mientras él trataba de poner orden en el mundo, el resto de la población masculina mundial se dedicaba a alborotar bajo las faldas de las mujeres de su familia. Todos esos hombres anónimos se fundieron en el cerebro de Charles, convirtiéndose en uno solo con el rostro de Alejandro.

—¡Por Trafalgaaaaar, por Gibraltar, por las islas Falkland! —gritó enloquecido antes de darle un puñetazo en la nariz que lo hizo caer en la silla y, desde allí, con silla y todo, al suelo.

Los soldados británicos soltaron vivas y hurras. Los capitanes de los barcos de Argentina, España, Uruguay y Chile protestaron, molestos.

—¡Que no escapen! —gritó Charles.

—Esto es una vergüenza —proclamó el capitán uruguayo.

—¡Una encerrona es lo que es! ¡Malditos ingleses! —lo secundó el argentino.

—No puede uno fiarse de ellos —opinó el chileno.

—El mejor, *colgao* —apostilló el capitán español—. ¡Gibraltar español!

—¡Malvinas argentinas!

Al ver que Charles había perdido totalmente el control y estaba vapuleando a Alejandro, que no se defendía, Lesmes y Manu acudieron en su ayuda. Charles golpeó a ciegas a su alrededor y la siguiente víctima de su rabia acumulada fue la nariz del embajador argentino.

—¡Traición! ¡Ataque a la autoridad! —exclamó desde el suelo—. ¡A mí la guardia!

—Charlie, *pisha*, tranquilízate, que alguien se va a hacer daño —trató de calmarlo Manu.

El padre de Victoria lo miró como si fuera una cucaracha.

—¡NO-ME-LLAMES-PISHA-JODER! —bramó.

—Ea, qué clarito se te entiende así, suegro. Si es que no hay *ná* que relaje más que soltar un buen taco en español. Ya verás. Repite conmigo: «¡Me cago en *tó* lo que se menea, coño, joder!».

Poco antes, al enterarse de la improvisada boda, unos cuantos oficiales amigos del capitán Du Preez habían ido a buscar los sables del uniforme de gala para formar un pasillo al acabar la ceremonia. Al oír a Manu, Charles se acercó a uno de ellos, le arrebató el sable y se abalanzó sobre el gaditano con un grito más digno de un fiero escocés que de un flemático embajador británico.

Serena chilló y a Victoria se le formó un nudo en la garganta. Reaccionando por instinto, cogió el centro floral de la mesa más cercana y,

usándolo como escudo, se interpuso entre su padre y el hombre al que amaba. El sable quedó clavado entre rosas Tudor, la flor oficial de Inglaterra.

—¡Basta! —Victoria arrancó la espada haciendo volar varias flores y amenazó con ella a su padre—. Papá, pide disculpas a los embajadores ahora mismo.

—Victoria, no te metas. Esto es entre ellos y yo. ¡¿Cómo se atreven a tocar a mis hijas?!

—Papá, Serena y yo somos mayores de edad, las dos. Y, por si no te has dado cuenta, estás reteniendo contra su voluntad a capitanes de cuatro países.

Charles miró hacia la puerta del salón, donde, efectivamente, los capitanes se revolvían enfadados, sujetos por ambos brazos por marinos británicos.

—Y así van a seguir hasta que resolvamos esto. Serena, baja a mi camarote y no salgas de ahí hasta que yo vaya.

—Ni hablar, ¡yo me voy con tito Alejandro a Montevideo!

—¡No podrás irte a ningún sitio con ese hombre porque no va a salir de aquí con vidaaa!

Cuando Charles trató de abalanzarse sobre Alejandro otra vez, Manu — que se había colocado a su espalda mientras él hablaba con sus hijas— lo rodeó con los brazos, inmovilizándolo. El diplomático, furioso como un rinoceronte perseguido por un enjambre de abejas, le aplastó el pie al gaditano, que aflojó el abrazo al tiempo que soltaba un grito de dolor. Charles se volvió hacia él dispuesto a seguir golpeándolo, pero de pronto todo quedó en calma, como congelado en el tiempo. Victoria acababa de dejar inconsciente a su padre de un sablazo en la cabeza. Por suerte para él, lo había golpeado con la parte plana de la hoja, pero, de todos modos, el exembajador cayó redondo al suelo.

Mientras Serena y Oscar se ocupaban de que recibiera atención médica, Vicky se volvió hacia el salón, sable en mano. Manu gruñó y todos pensaron que era de dolor, pero era por lo mucho que lo ponía ver a su Vicky convertida en una auténtica guerrera.

—Como hija de Charles Lampard, ordeno que suelten a los capitanes — dijo en inglés a los marinos británicos. Cuando la obedecieron, añadió—: Y, como miembro del cuerpo diplomático español, propongo un brindis. ¡Damas,

caballeros, alcen sus copas!

Lesmes, que se había levantado del suelo, se situó a su lado. Alejandro se acercó con dos copas, le entregó una y ocupó el otro lado.

—Por la paz —brindó ella en voz alta y clara, escondiendo el sable a la espalda—. Por solucionar nuestras diferencias de forma pacífica. Y por el amor. —Al decir esto, buscó a Manu con la vista y lo encontró a poca distancia, mirándola arrobado con una copa en la mano y una sonrisa orgullosa en la cara—. Que este episodio causado por la ceguera de un hombre incapaz de asumir que las cosas cambian nos sirva de ejemplo de lo que no hay que hacer. Y que el amor entre la cabo De Boer y el capitán Du Preez sea nuestro modelo que seguir. Todos somos distintos, pero juntos somos más fuertes y, sobre todo, más felices.

—¡Por la tolerancia! —exclamó Alejandro, y todos bebieron.

—¡Por la paz! —Lesmes fue el siguiente en brindar.

—¡Por el amor! —Oscar propuso un tercer brindis, y todos alzaron sus copas de nuevo.

—¡Por la Victoria! —manifestó Manu, y todos lo miraron extrañados—. ¡La Vicky! —Se acercó a ella y le rodeó la cintura con el brazo—. ¡Guapa, lista y valiente! No me digáis que no se merece un brindis...

—¡Victoria, Victoria, Victoria!

Mientras la aclamaban, Manu se inclinó hacia ella y la besó.

—Vámonos de aquí antes de que los *guachineys* se den cuenta de que eres mucho más guapa que su reina y se te lleven a Londres.

—Yo no voy a ningún lado sin ti, que tengo que atarte en corto, Golfo.

—Eso espero, Estrecha.

*Montevideo, 3 de abril de 2016*

—Pasa, pasa, Victoria —la invitó Alejandro, levantándose de la mesa—. ¿Vienes sola?

—Sí, Mariel y las demás no sueltan a Manu. Tenían muchas ganas de conocerlo.

—Ya... Así no hace falta que me pregunte dónde está Ana Paula.

—Sí, estaba con las demás, dando palmas mientras él les improvisaba unos tanguillos.

Alejandro sacudió la cabeza y le retiró un mechón de pelo de la cara.

—Mira que no avisarme, ya os vale; siempre me pierdo la diversión. —Hizo una pausa y suspiró—. ¿Tan aburrido soy? Te maté de aburrimiento en nuestros viajes, ¿no?

—¡No! ¡No eres nada aburrido, Alejandro! De hecho, quería comentarte que no sé qué has hecho con Serena, pero parece otra. Un día de éstos, igual madura y todo.

Él se echó a reír.

—No pidas peras al olmo. Te estarás preguntando por qué te he hecho venir, ¿verdad?

Victoria suspiró.

—Me lo imagino. Te han llegado órdenes de arriba, ¿no? Me echan de la carrera diplomática, supongo. ¿A quién se le ocurre resolver las cosas con un sable? Soy la vergüenza de la diplomacia. No te preocupes, lo entiendo, no es

culpa tuya.

—Bueno, si fuera verdad, un poco de culpa sí tendría. Tu padre me pidió que cuidara de ti y...

—¡Y me cuidaste! Me diste lo que necesitaba en ese momento..., tito Álex. —Él alzó una ceja y Victoria le dirigió una sonrisa que era pura seducción—. Pensaba que Manu iba a casarse con la cabo y que lo había perdido para siempre. Hiciste que me olvidara de él a ratos y me mostraste que la vida tenía otros alicientes. Fuiste un anfitrión maravilloso, un maestro, un guía. Ese viaje a Viña del Mar y Valparaíso no lo voy a olvidar en la vida.

—Yo tampoco, te lo aseguro.

Alejandro se sentó en el borde de la mesa y sonrió, orgulloso al ver que la pequeña Victoria se había convertido en una mujer segura de sí misma. Ella le echó los brazos al cuello y le dio un leve beso en los labios.

—Lo que pasa en Viña del Mar se queda en Viña del Mar.

Él la abrazó con cariño y le susurró:

—Será nuestro secreto.

En ese instante, Serena entró sin llamar.

—Eh, tú, que te llaman la Estrecha, pero a mí no me engañas. Las manos fuera, ¡que tito Álex es mío! Venga, venid, que no veáis la que tienen montada en el consulado.

Serena había cumplido su palabra y se había instalado en Montevideo. Victoria le había propuesto compartir el sencillo piso de los becarios, pero ella la había mirado como si estuviera loca y había plantado su bandera en el ático de Alejandro.

Efectivamente, ya antes de entrar oyeron el sonido de la guitarra española y las palmas de Mariel y las demás. Lo que no esperaban era ver a doña Virtudes de Orueta dándolo todo con los tacones.

Cuando acabaron, todos aplaudieron y ella saludó orgullosa.

—Di un curso de sevillanas en Moscú. —Suspiró—. Nunca lo olvidaré.

—Y parecía boluda, la Ilustrísima —le susurró Mariel a Victoria.

—Es el efecto Golfo —replicó ella—, amansa a las fieras.

—Menos a tu padre. —Vicky suspiró y asintió—. Por cierto —Mariel alzó la voz—, Micaela dice que o vamos todos a la chacra este fin de semana o nos

retira el saludo. ¿Qué le digo?

Alejandro tomó la palabra.

—Me parece muy buena idea. Dile que yo llevo el vino, tenemos mucho que celebrar.

Serena, pegada a su lado como una lapa, le hizo ojitos.

—¿Nos casamos, Álex? ¿Me comprarás el vestido de Vera Wang y el apartamento en Punta del Este?

Él le dio una palmada en el trasero.

—No me seas impaciente. De momento, lo que hemos de celebrar es el ascenso de Victoria.

Serena torció el gesto.

—Yupi —murmuró.

—¿As... ascenso?

—Sí. Las autoridades argentinas están encantadas contigo, Victoria. ¿No has visto las portadas de los periódicos?

—No he tenido tiempo. Hemos estado... —Miro a Manu, que le guiñó el ojo y se acercó a ella.

—Ya sabemos lo que habéis estado haciendo, hermanita, no queremos detalles.

—Hablá por vos —protestó Mariel.

—Bien dicho —la secundó Ana Paula, que se acercó con varios diarios del país vecino.

Victoria se quedó con la boca abierta al ver las fotos, en las que se la veía, sable en mano, defendiendo a los embajadores de Uruguay y de Argentina, que se retorcían en el suelo.

—En éste te llaman «la nueva Evita» y éste, «la nueva Agustina de Aragón». En este otro afirman que ha nacido una nueva etapa en la diplomacia internacional, encabezada por la hermosa española que actúa con mano de hierro y guante de seda. —Victoria sacudió la cabeza incrédula—. Pero el que más me gusta es éste, mirá.

—¡La Estrecha de las Malvinas! —leyó Vicky sin dar crédito.

—Lesmes ha hablado con el Ministerio de Exteriores y, si estás de acuerdo, serás su nueva ayudante personal. Tendrás plaza fija, alojamiento y la

posibilidad de aprender mucho en una ciudad muy activa culturalmente.

—Y podremos vivir juntos, Vicky —le dijo Manu al oído—. Y pasar juntos tooodas las noches.

Ella se ruborizó y boqueó como un pez.

—Ea, qué labia tiene la Evita del Peñón.

Victoria le dio un codazo.

—¡Es culpa tuya, Golfo!

—¿Entiendo que aceptas la propuesta de Lesmes? —insistió Alejandro con una sonrisa irónica.

Ella respondió echándole los brazos al cuello y besándolo en la mejilla.

—¡Sí, claro que sí!

Él también la abrazó, y cuando sus dedos le rozaron las nalgas, Manu protestó.

—Las ramas quietas, de la Encina y del Roble, a ver si te las tengo que podar.

—Por una vez en la vida, y sin que sirva de precedente, le doy la razón al Golfo —dijo Serena, entre las risas de todos—. Vamos, Victoria, te ayudaré a hacer las maletas. Hasta que te vea montada en el ferri no me quedaré tranquila.

—Gracias —murmuró ella emocionada, mirando a los ojos del embajador. Aunque estaba enamorada de Manu, a Alejandro lo iba a querer siempre—. Gracias por todo.

La mirada que él le devolvió le reveló que su cariño era igual de intenso.

—Ha sido un auténtico placer. Deseando encontrarme contigo en cualquier rincón del planeta.



*Septiembre de 2017*

—No, no, esa chincheta no —protestó Manu, enseñándole otra de cabeza más grande—. Mucho mejor ésta. —La clavó en la isla de Pascua—. ¿A que parece un moái?

Victoria se echó a reír.

—Cuando tienes razón, la tienes. Mucho mejor ésa.

Manu le rodeó los hombros con un brazo mientras ella lo abrazaba por la cintura y, juntos, contemplaron el corcho que Alejandro les había regalado cuando se instalaron en Buenos Aires, un año y medio antes.

Habían sido muy felices allí. La relación con Mario y su familia se había afianzado. Él había sentado al fin cabeza, y entre él y Manu habían logrado que la empresa de casitas de árbol se implantara y creciera por todo el continente.

Manu y Victoria habían viajado mucho, tanto, que acababan de colocar en el corcho la última chincheta que les faltaba. Habían subido cerros en los Andes, habían visitado el Machu Picchu y las cataratas de Iguazú. Incluso habían estado en la Antártida, durante un viaje oficial a la base Gabriel de Castilla.

—¿De qué te ríes, *quilla*? —le preguntó él al notar el familiar temblor de su cuerpo.

Ella señaló una de las fotos.

—Menudas pintas teníamos ahí.

Manu sonrió.

—Es justo antes de saltar del barco en Cozumel. Creo que debes de ser la única diplomática pirata de la historia.

—Y ¿ahora qué, Manu? Se nos han acabado los países que visitar.

—El mundo es muy grande, Vicky. Me has *contagiao* el gusanillo. Quiero seguir conociendo el planeta contigo, pero ¡antes volvemos a casa sí o sí!

—¡Ay, sí! ¡Qué ganas tengo de achuchar a la pequeña Mel!

—¿Has *hablao* con Emma hoy?

—No, hablé ayer. Está rarísima últimamente. ¿Tú crees que estará embarazada otra vez?

—¿Durmiendo con el Tuerkas? No te extrañe —respondió él, orgulloso de su amigo, aunque sabía que los nervios de Emma no tenían nada que ver con un nuevo embarazo.

Manu no era un hombre paciente. Si de él hubiera dependido, Victoria y él estarían ya celebrando su aniversario de boda, pero sabía que ella necesitaba tiempo. Y tiempo le había dado, pero no podía más. El amor que sentían el uno por el otro no había hecho más que crecer. Necesitaba casarse con ella, quería gritarle al mundo entero el amor que sentía por esa mujer, por ese regalo que le había dado la vida. Por eso había pedido la colaboración de la familia y los amigos, para que prepararan la boda coincidiendo con su viaje a España.

Lo primero que hizo fue hablar con Emma y tantear el terreno. Si ella le hubiera aconsejado esperar un poco más lo habría hecho, pero a Emma le había parecido una idea genial. Le contó que Victoria estaba más que preparada, que en realidad ella ya lo consideraba su marido, pero que le costaba encontrar el momento de anteponer su vida personal a la profesional. Era demasiado responsable.

Emma, el Tuerkas, Carmen, Rocío, Mari Mar y Antonio, María y el padre Bartolomé..., todos estaban en el ajo. El sacerdote había aceptado con la condición de poder hablar a solas con Victoria antes de la ceremonia, para asegurarse de que realmente quería casarse.

—¿Lo tienes todo a punto?

—Todo. Nos sobran dos horas antes de ir al aeropuerto. ¿Se te ocurre cómo llenarlas, Golfo?

Él se agachó, se la cargó al hombro y corrió hacia el dormitorio, con las

risas de Victoria como música de fondo.

—¿Te lo cuento o te lo demuestro? —le preguntó lanzándola sobre la cama.

Ella se deslizó hacia arriba con movimientos lentos y sugerentes.

—Estoy harta de discursos. ¡Ataca, Golfo!

Él no se lo hizo repetir. Ascendió por la cama, levantándole la blusa a medida que ascendía, y se tumbó sobre ella, dejándole notar que tenía el armamento cargado para la ocasión. Con la boca pegada a sus labios, susurró:

—¡A sus órdenes, generala!

Habían pasado dos años desde que Carmen y Rocío despidieron a Victoria con lágrimas en los ojos. Ese día, cuando la diplomática bajó del avión en el aeropuerto de Jerez, buscó a su madre entre la gente que esperaba, pero no estaba allí.

La que sí estaba era su amiga del alma. Emma y Victoria se dieron un abrazo largo y apretado mientras soltaban grititos de alegría.

—Pero ¡qué guapísima estás, *jodía!*

—Pero ¿qué dices, Emma? Tengo unas ojeras que me llegan a los pies.

—Déjate de tonterías. Estás preciosa. Para ojeras, las mías la semana pasada, cuando Mel estuvo con otitis.

—¿Dónde está mi preciosa ahijada, por cierto?

—Con sus abuelas. No la hemos traído por si el avión venía con retraso.

Mientras las amigas se abrazaban, Manu y el Tuerkas no se quedaron atrás. Las palmadas que se dieron en la espalda resonaron por toda la zona de llegadas del aeropuerto.

—Dame la maleta —le dijo Benito al Golfo cuando llegaron al aparcamiento—. Yo la guardo. Anda, vamos *pa' Cai*, que no veas el recibimiento que os tienen *montao*.

Benito aparcó en el paseo marítimo, donde sus familiares y amigos más íntimos les habían organizado una fiesta de bienvenida. Al llegar a la playa, los recibieron con música y gritos.

La madre de Manu y su hermana Mari Mar, que estaban cortando tortillas de patatas sobre una larga mesa que los amigos chirigoteros de Manu habían

montado sobre tablones, soltaron los cuchillos y fueron a abrazarlos.

En un rincón de la mesa, Carmen y Rocío estaban dando de cenar a Mel, la hija que Emma y Benito habían encargado durante el viaje de bodas. La pequeña, que acababa de cumplir catorce meses, ya caminaba y empezaba a hablar. Era la alegría de sus familias. Durante el embarazo, tras semanas de discutir y no ponerse de acuerdo en el nombre, Emma y el Tuerkas habían decidido hacer felices a Rocío y a Carmen poniéndole a la niña el nombre de otra de las integrantes de las Spice Girls. Benito sólo puso una condición. Le parecía bien que la niña se llamara Mel, pero sin letrita detrás. Ni Mel B, ni Mel C ni Mel Z, había dicho.

Al ver a Victoria, Carmen dejó a Mel con su abuela Rocío y fue a fundirse en un abrazo con su hija.

—Ay, mi niña. Si hace cuatro días que te estaba dando de cenar como a Mel y ¡mírate ahora! Estás hecha toda una mujer. ¡Qué guapísima estás!

—¡Ay, mamá, qué ganas tenía de verte! Y de abrazarte. ¡Y de comer tu tortilla de papas!

Mientras Manu abrazaba a su madre con un brazo y a su hermana Mari Mar con el otro, el Tuerkas se acercó a su amigo con su hija en brazos.

—A ver si le dais una amiguita a Mel de una vez, pichafloja —lo picó. Estaba tan feliz en su nuevo papel de padre que quería que todos sus amigos lo imitaran, lo que le granjeaba más de un gruñido por parte de los que no estaban por la labor.

—¿Qué te pasa, Tuerkas? —replicó Manu, que había echado mucho de menos las pullas de su amigo—. ¿Ya no te acuerdas de cómo se hace? ¿Quieres que te dé un cursillo *acelerao*?

—La verdad es que vamos tan *cansaos* con la niña que no es fácil encontrar el momento —admitió Benito, suspirando—, pero no hace falta que me lo recuerdes. Lo único que necesito es pillar a Emma a solas.

—Si os queréis escapar un rato —propuso Victoria—, nosotros cuidamos de la niña.

—Gracias, *resalá*, pero hoy no es buen día. Tenemos invitados sorpresa —le aclaró él—. Manu, ¿me acompañas a buscarlos a la estación de autobuses?

—Claro, vamos. —Manuel se volvió hacia Victoria y la besó—. No tardo.

Ya sabes que el Tuerkas no sabe hacer nada sin mí.

El gaditano le pasó el brazo por los hombros a su amigo mientras se alejaban.

—¡Algunas cosas sí que sabe hacer sin ti! —lo defendió Emma.

—¡Y muy bien hechas! —exclamó Victoria, tomando a la pequeña en brazos y tratando de levantarla hacia el cielo—. Madre mía, Mel, cómo has crecido. La tita Vic ya no puede contigo.

La niña miró a su madre y señaló a Victoria.

—Tita Vic —repitió.

Aunque en dos años Emma y Victoria sólo se habían visto una vez, hablaban por Skype casi a diario, y la chiquilla sabía perfectamente quiénes eran el tito Manu y la tita Victoria.

—Sí, mi amor, la tita Vic ha venido para quedarse. ¡Ya no se marcha más!

Victoria acababa de contarle en secreto algo que Manu aún no sabía. Su viaje a España no eran unas vacaciones, le habían concedido plaza en Cádiz, pero sabía que Manu le ocultaba algo y había decidido pagarle con la misma moneda.

—Al menos, de momento. En esta carrera una nunca sabe.

—¿Es por eso por lo que todavía no hay ningún Golfillo en camino? Porque Manu te sigue mirando igual que siempre, como si quisiera comerte enterita.

Victoria suspiró.

—Ay, sí. Estos hombres nuestros son insaciables —señaló guiñándole el ojo a su amiga—. Ya he visto cómo te metía mano el Tuerkas antes en el coche.

—¡Y que dure! —declaró Emma.

—Amén —replicó Victoria.

—Amén —repitió la pequeña Mel.

—Di que sí —exclamó Vicky, riéndose—. Pide que te traigan una hermanita. O hermanito. Aunque, si fuera niño, ¿cómo se llamaría?

—Todo estudiado. Si es niño se llamará como alguno de los miembros de los Take That. Yo voto por Robbie, ¿y tú?

Victoria se aguantó la risa.

—¿Cuáles son las otras opciones?

—Gary, Mark, Howard y Jason.

—Mark me gusta, pero Robbie también. ¿Qué dices tú, Mel? ¿Quieres un hermano Robertito?

La niña señaló la hoguera que acababan de encender.

—¡Oooh, quema!

—Pero ¡qué lista que es mi niña! —dijo Emma—. Sí, mi amor. El fuego quema. Vamos, vamos a esperar a papá al paseo.

Victoria y Emma se acercaron al paseo marítimo, dándole una mano cada una a la pequeña.

Cuando Mel trató de dar una voltereta, Victoria sonrió.

—Elegimos bien el nombre —comentó.

Emma la miró ladeando la cabeza.

—¿No te acuerdas? Rocío prefería a Mel B. Carmen y yo le dijimos que ni hablar, que la niña se llamaba así por Mel C, la Spice deportista.

—¡Es verdad! Lo había olvidado. Pues no sé qué decirte. Si llego a saber lo movida que iba a salir, igual le pongo otro nombre. Entre su padre y ella, me tienen agotada.

Victoria miró a su amiga preocupada, pero al ver la cara de felicidad con que observaba a su hija, supo que no tenía de qué preocuparse.

—Si necesitas reducir el horario en la carpintería, avisa. No te lo he dicho últimamente, pero estás haciendo un trabajo fantástico.

—Bah, el mérito es de Manu y de Mario, que no paran de conseguir clientes nuevos. Yo sólo me ocupo de que todo salga a tiempo.

—Si las cosas no salieran a tiempo, perderíamos los clientes en cuatro días, así que no te quites méritos, que tú vales mucho, Emma.

—¿Cómo está Mario?

—Estupendamente. Su familia está encantada con Maritza y con el pequeño. Pero, vamos, yo creo que se nota, ¿no? ¿No te llegan los alfajores que envía la madre de Mario a la madre de Manu cada mes?

Emma se echó a reír.

—No te creas, si me descuido, se los acaban antes de que pueda comerme uno. Están de vicio.

Mel se había soltado e iba corriendo y saltando alegremente por el paseo marítimo. Victoria y Emma la seguían de cerca.

—¿No te apetecería volver a la tele? —preguntó Vicky de pronto.

—Ufff, no, gracias. Fue una experiencia increíble, y gracias al concurso tengo a Mel y al mejor esposo y padre que se puede desear, pero ya. ¡Una y no más, santo Tomás! Los *realities* se disfrutaban más desde el sofá de casa.

—Mami, mami. —La niña señaló un coche que se acercaba—. ¡Papi!

Al mirar hacia donde señalaba, Victoria vio que el Tuerkas se acercaba al volante de su coche. Ya no tenía el deportivo tuneado con el que había llevado a Emma a Madrid durante el concurso. Lo había cambiado por un monovolumen de siete plazas. Las portezuelas se abrieron casi a la vez y, con gritos de alegría, Sandra y Karibú, acompañados de sus actuales parejas, salieron del vehículo y se dirigieron hacia Victoria, que los abrazó sin habla.

—Pero ¿qué hacéis aquí? ¡Qué alegría tan grande!

—Todo el mundo a la mesa —gritó Carmen—. Que se enfría la comida. Ya os ponéis al día mientras comemos.

La cena fue de aquellas que no se olvidan, con comida sencilla pero familiar que hizo que tanto a Manu como a Victoria se les saltaran las lágrimas.

—¡Cómo echaba de menos tu tortilla de papas, madre! —Manu se levantó a darle un beso a María en la mejilla.

—Monta una empresa de tortillas de patatas en Argentina con Mario —le propuso Vicky.

Pero Manu no tenía ninguna intención de montar ningún negocio más fuera de España. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que había echado de menos esas noches en la playa y esos ratitos de risas con los amigos.

\* \* \*

Un par de horas más tarde, cuatro parejas —y Mel, que dormía junto a sus padres— estaban tumbadas en la arena, mirando las estrellas.

Victoria levantó la vista hacia la constelación de Orión y dio gracias a la



vida por todo lo que le había dado. Tenía una prometedora carrera por delante. Tenía una madre que le había dado el amor y la estabilidad que le habían permitido convertirse en la mujer que era. Tenía unos amigos encantadores que la adoraban. Y, sobre todo, era la dueña del corazón del mejor hombre que pisaba la Tierra. Un hombre que le demostraba a todas horas lo mucho que la amaba. Con palabras y con hechos. Si sus palabras le acariciaban los oídos y le mantenían una sonrisa instalada en la cara, sus actos le llegaban a lo más hondo del corazón.

Victoria gimió débilmente.

Manu, que siempre estaba pendiente de sus estados de ánimo, se inclinó sobre ella y sonrió.

—¿En qué piensas, Vicky?

—Me estaba acordando de la isla —respondió ella, acariciándole los labios con un dedo.

Él se endureció instantáneamente. Se puso de rodillas y tomó a Victoria en brazos. Se levantó y se alejó del grupo.

—Eh, ¿adónde vais? —preguntó el Tuerkas.

—Una espina de erizo. La Vicky se ha clavado una espina de erizo. Voy a buscar un foco de luz para quitársela.

Mientras se alejaban en busca de un rincón discreto entre las risas de sus amigos, Victoria le acarició la nuca.

—¿Una espina de erizo? ¿No se te ha ocurrido nada más creíble?

—No me hagas pensar ahora, chiquilla. Tengo toda la sangre acumulada en el otro cerebro. Sé que alguien va a clavarle algo a alguien en un futuro próximo. No me pidas más.

Ella se echó a reír. Cuando conoció a Manu pensó que era un conquistador, un ligón de playa, un playboy de discoteca, pero tras cuatro semanas de supervivencia en una isla y dos años de supervivencia en el mundo de la diplomacia, había llegado a conocerlo bien.

Por él había estado a punto de echar por la borda su carrera profesional y de provocar varios conflictos diplomáticos internacionales, pero había valido mucho la pena. Lo volvería a hacer una y mil veces.

Manu la soltó en la arena, entre dos barcas de pescadores. Cogió un

montón de redes, las extendió en el suelo y tumbó a Vicky sobre ellas.

—No te imaginas lo mucho que me alegro de haberme equivocado contigo, Golfo.

—No más que yo, Vicky. Imagínate que hubieras resultado ser una estrecha de verdad. ¡Qué vida más triste sería la mía!

Manu se inclinó hacia ella y le besó la sonrisa.

Victoria era tan feliz que sintió que el corazón se le hinchaba hasta casi no caberle en el pecho. Mientras se besaban, acarició la espalda de Manu. Cuando el gaditano estaba a punto de tumbarse sobre ella, Vicky le dio un empujón, lo tendió sobre las redes y se sentó sobre él. Tras bajarle los vaqueros y el bóxer al mismo tiempo, se quedó mirando el espectáculo. Al parecer, a la erección de Manu le pasaba lo mismo que a ella: estaba tan feliz de que la sacaran a tomar el aire de la noche que se había hinchado de felicidad.

Victoria lo miró con los ojos brillantes de excitación y se relamió.

—Vicky, que puede venir alguien —le recordó él.

—Vaya, vaya. No me digas que te has convertido en el Estrecho de Cádiz...

Manu sonrió. Le encantaba ver a Vicky tan relajada, alegre y segura de sí misma.

—Haz conmigo lo que quieras, nena.

Montándose sobre él y cubriéndose con el vestido para protegerse de miradas indiscretas, Victoria se dispuso a hacer exactamente eso.

—Te voy a hacer de todo menos una colcha de ganchillo, Manu —susurró clavándose en él.

—¡Gracias, Virgencita del Rosario! —exclamó él, agarrándola por la cintura y acompañándola en lo que prometía ser un viaje de ida y vuelta a las estrellas.

Tumbado en la arena, cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, se encontró con la constelación de Orión. Tras dos años de ver al guerrero boca abajo, le hizo gracia volver a verlo con la cabeza hacia arriba.

«¿Tú también tienes una mujer que te pone del revés cada vez que te hace el amor, machote? —Sujetando a Victoria por la cintura, disfrutó del vaivén de sus caderas—. Pues ya somos dos golfos afortunados.»

\* \* \*

Minutos después, la pareja recuperaba el aliento tumbados de espaldas, mirando el cielo.

—¡Guau! Los orgasmos en casa se disfrutan más, ¿no crees?

Victoria lo miró de reojo.

—¿No eras tú el que decía que los orgasmos fuera de casa contaban doble, como los goles en la Champions League?

—No se te pasa una, cerebritito.

—Pues no, la verdad es que no me chupo el dedo, Manu, así que, ¿vas a contarme de una buena vez de qué va todo esto? El padre Bartolomé me ha dicho que quiere hablar conmigo a solas antes de que nos vayamos.

Él se incorporó y se puso de rodillas frente a ella, que hizo lo mismo.

—¿Te acuerdas de lo que hablamos aquí, hace dos años?

Victoria, que sabía perfectamente a qué se refería, no pudo resistirse a torturarlo un poco.

—Por supuesto. Me dijiste que nadie hacía las tapas como el Angelito.

—Vicky...

—Refréscame la memoria, Golfo.

—Te pedí que hicieras de mí un hombre *honrao* antes de irnos a recorrer mundo... y aceptaste.

—Eso fue antes de que cierta cabo se presentara para compartir su estado de buena esperanza a bombo y platillo.

—No me hables del bombo de Eva —protestó él, estremeciéndose.

Vicky se aguantó la risa.

—Todo acabó bien, por suerte. Nelson está precioso.

—Sí, pero estábamos hablando de nosotros. Concretamente, de que estoy harto de seguirte por el mundo en *pecao*, Vicky.

—Pues no te preocupes, mi amor, que eso se ha acabado.

A Manu se le encendieron los ojos como si fueran dos faros.

—¡Por fin!

—¡Sí, por fin ha llegado la respuesta del ministerio! Me han concedido

una plaza como encargada de las relaciones bilaterales España-Gran Bretaña, especialista en Gibraltar. Tendré que viajar a Londres a menudo, claro, pero ¿sabes lo mejor de todo? Han aceptado que tenga mi base de operaciones entre Cádiz y La Línea.

Manu trató de mostrar entusiasmo, aunque por dentro sintió que el corazón se le rompía en dos. Su rival volvía a ganarle la partida. No tenía miedo de la competencia de ningún hombre. Ni siquiera el embajador había podido arrebatarme a Victoria, pero, al parecer, el trabajo siempre sería su gran amor.

—Enhorabuena, señora Lampard —murmuró.

—Muchas gracias, señor Soto. Y ¿qué te parece si, ahora que por fin el porvenir parece algo más claro, me conviertes en la señora Soto de una buena vez y dejas de arrastrarme por el mundo, saltando de isla en isla como una salvaje y volviendo loco a mi pobre padre?

Él sacudió la cabeza. No, no podía haber oído bien.

—¿Vi... Vicky?

—Pídemelo otra vez, Manu. —Alargó las manos y él se las agarró con fuerza.

—Victoria Lampard, Vicky, Estrecha de Gibraltar y de las Malvinas...

—Al grano, Golfo de Cádiz y Pirata de Cozumel, que estoy empezando a sentirme como la Khaleesi de «Juego de tronos».

—¡Virgencita de Guadalupe, dame paciencia! ¿Qué he hecho yo para atraer a mujeres tan mandonas?

—Ya sabes cómo soy, así que si no te gusto...

Cuando ella hizo amago de levantarse, Manu le hizo un placaje y volvió a tumbarla sobre las redes.

—Cásate conmigo, Vicky. Cada día que pasa te quiero más. —Señaló hacia el cielo—. Tú lo sabes, Orión lo sabe y lo saben hasta los delfines del Caribe, pero quiero que lo sepa todo el mundo. Me muero de ganas de verte con mi anillo en tu dedo y de llevar tu anillo en el mío y no quitármelo nunca. Dime que te casarás conmigo, *quilla*.

—Más vale que diga que sí, ¿no? Has traído a los invitados, tienes al cura a punto, Emma está al borde del infarto de tanto guardar el secreto... Anda, dime, ¿para cuándo habéis preparado la boda? ¿Para dentro de una semana?

—Mañana, Vicky.

—¿Mañana?! ¿Tú estás loco?

—Loco por ti, mi amor. Anda, di que sí con esa boquita de piñón.

—Pe... pero... ¡hay que preparar mil cosas! Las flores, el restaurante, el vestido, la ropa interior...

—Todo a punto, *quilla*. Sólo falta que digas que sí.

—¿Está todo el mundo en el ajo?

—No lo dudes.

—Vamos, como para responder así, libremente, sin presión... Menos mal que quiero casarme contigo, porque si no...

Manu soltó el aire que había estado reteniendo.

—¡Aleluya! Eso era un sí, ¿no?

Victoria se echó a reír.

—¡Sí, claro que sí!

—¡Ha dicho que sí! —gritó el gaditano, y mientras ellos se besaban, la frase se fue repitiendo como un eco por toda la playa, provocando un tsunami de entusiasmo que fue el chupinazo de las celebraciones de la boda.

—Yo os declaro marido y mujer —dijo el padre Bartolomé, bendiciendo su unión al día siguiente—. Puedes besar a la novia..., y tú al novio... Vamos, que podéis besaros.

Los novios, que se habían lanzado el uno sobre el otro antes de que el sacerdote acabara la frase, sellaron con ímpetu su amor ante la alegría y la emoción de los invitados.

Mientras los demás salían a la calle a esperar a los novios armados con arroz, pétalos de flores y guitarras, ellos fueron a la vicaría a firmar el libro ante la presencia de los testigos y los padrinos, que fueron Emma y el Tuerkas, por supuesto.

—Ya te vale, Emma. —Vicky abrazó a su amiga al acabar—. ¿Cómo has podido aguantar sin decirme nada?

—¡Ha sido lo más difícil que he hecho en la vida! ¡Dile a tu ministerio que me conceda una medalla al mérito amiguil!

—¡Encima!

—Deberías haber oído a Manu. Estaba tan ilusionado... ¡Nos lio a todos! Todo Cádiz y la mitad de La Línea estaban en el ajo.

Sonriente, Victoria miró a su nuevo marido, que acababa de firmar y se abrazaba con su amigo. Si alguien sabía lo difícil que era resistirse al entusiasmo de Manu, era ella.

—¡Qué me vas a contar! ¿Te recuerdo que salté de un barco en medio de un océano lleno de tiburones para irme con él?

Manu y el Tuerkas les ofrecieron el brazo para salir de la sencilla

parroquia.

Mientras recorrían el pasillo, Vicky pensó en su padre. El alto diplomático probablemente se había imaginado casar a su hija con alguno de sus ayudantes en la catedral de San Pablo de Londres.

—¡Ya vienen! —se oyó desde la calle.

La alegría del momento se palpaba en el aire, era contagiosa.

«Es la boda perfecta. No lo cambiaría por nada.»

—¡Vivan los novios! —exclamaron los invitados y curiosos que se habían acercado al verlos aparecer.

—¡Vivan!

Los amigos chirigoteros de Manu y el Tuerkas —que, tras su paso por el concurso, se habían cambiado el nombre por el de Los Golfos de Cádiz— habían estado ensayando mucho para la sorpresa especial que les habían preparado. Cuando empezaron a cantar la *Salve rociera*, no quedó un ojo seco en cien metros a la redonda.

*Dios te salve, María,  
del Rocío señora,  
luna, sol, norte y guía,  
y pastora celestial.*

*Dios te salve, María,  
todo el pueblo te adora,  
y repite a porfía  
como tú no hay otra igual.*

*Olé, olé, olé, olé, olé,  
olé, olé, olé, olé, olé,  
olé, olé, olé, olé, olé,  
olé, olé, olé, olé*

Si Manu no se unió a cantar con los demás fue porque el nudo que tenía en la garganta era demasiado grande. Victoria, en cambio, con la cabeza apoyada

en su hombro, dejó que las lágrimas de felicidad rodaran libres por sus mejillas. Cuando acabaron de cantar y los aplausos amainaron, pudo decirles:

—Y yo que pensaba que nos ibais a cantar una coplilla como la de la final del concurso.

—¿Sin beber ni brindar antes? ¡Ni hablar! Si quieres que te cantemos, *pisha*, ya estás invitando.

—¡Todos al restaurante de Edu! —exclamó el novio.

—El último paga.

—¡Vámonos!

—¡La familia no, por favor! —gritó la fotógrafa—. Vamos a sacar unas cuantas fotos en la puerta de la iglesia.

Aprovechando que la fotógrafa estaba organizando a la gente, Victoria se fundió en un cariñoso abrazo con su madre.

—Mi pequeña, una mujer casada; no me lo puedo creer.

Ella se apartó un poco para mirarla a los ojos.

—Ha sido todo tan precipitado... ¿Crees que papá se enfadará cuando se entere?

Carmen resopló.

—Ese hombre nació mohíno, no te angusties por eso. Yo personalmente agradezco que no esté aquí.

—La verdad es que yo también —admitió Vicky—. Y, sobre todo, me alegro de que no esté Serena. Habría vendido la boda a alguna tele, como si lo viera. —Dándole un beso a su ya marido, que estaba al otro lado, añadió—: Me has hecho un favor, Manu.

—Y a mí, yerno.

—Siempre a su servicio, Carmen, pero así, entre nosotros —bajó el tono de voz—, en realidad lo he hecho para que no viniera el estiradísimo Alejandro de las Ramas Largas.

Victoria lo pellizó por debajo de la americana.

—¿Crees que Serena y Alejandro acabarán juntos, mamá?

—¿Quién sabe? Cosas más raras se han visto, hija mía.

—¡Esa sonrisa! ¡Todo el mundo a decir Cai!

—¡Caaaaaiiiiiii!



A medida que los parientes y amigos se iban fotografiando con los novios, iban desfilando hacia el mismo restaurante de playa donde habían celebrado su boda Emma y el Tuerkas. A pesar de los malos momentos que la irrupción de la Cabo de Buena Esperanza había provocado ese día, las cosas habían acabado bien, y, como había dicho Victoria, nada mejor que cubrir los malos recuerdos con otros nuevos.

—Me alegra que pienses así, *quilla*, porque el arroz de *pescao* que hace Eduardo no tiene igual.

Entonados se encontraron ya a los invitados cuando llegaron. Al bajar del coche nupcial, la fotógrafa quiso llevarse a los novios para hacerles unas cuantas fotos románticas en la arena, pero los amigos se negaron. No podían aguantar más; se morían de ganas de cantarles a los novios la coplilla que les habían compuesto con todo su cariño.

De camino a la mesa presidencial, mientras iban estrechando manos y dando besos, la chirigota seguía cantando:

*Ésta es la historia, señores, de una batalla entre dos naciones  
que se libró en una isla y en las mejores televisiones.  
A un programa llamado «Pecado original»,  
entró una llanita con un buen polvo  
y encontró a un gaditano bastante golfo.  
Y ese Golfo de Cádiz quiso apostar  
que conquistaría a la Estrecha de Gibraltar.*

*Ole que ole y olé, qué buenos son.  
¡Y qué buena está!  
Él es el Golfo de Cádiz y ella es la Estrecha de Gibraltar.*

*Pero, para sorpresa de gaditanos y de llanitos,  
en medio de la boda de Emma y del Tuerkas, sus amiguitos,  
una mujer de hielo, una valquiria sudafricana,  
¡ay, qué quilombo!,  
se presenta y le suelta al Golfo de Cádiz...*

*Ay, ¿qué le suelta?  
¡Que le ha hecho un bombo!*

*Ole que ole y olé, qué buenos son.  
¡Y qué buena está!  
Él es el Golfo de Cádiz y ella es la Estrecha de Gibraltar.*

*La Estrecha encabronada, hace maletas y salta el charco,  
y el Golfo abre las puertas a la cabo, que baja del barco.  
Por un bebé inocente aguanta hasta sus ronquidos,  
y en la casa de María le quieren montar el nido.  
Pero esa mujer es un bicho.  
¡Nadie la soporta!  
¡Ya te lo he dicho!  
Ni María, ni Antonio, ni Mari Mar, es que no la aguantan,  
y para' librarse de ella le han declarado la guerra santa.*

*Ole que ole y olé, qué buenos son.  
¡Y qué buena está!  
Él es el Golfo de Cádiz y ella es la Estrecha de Gibraltar.*

*Para acercarse a Vicky, el Golfo vuelve a cruzar el charco,  
y a las mexicanitas las vuelve locas con sus encantos.  
Lo invitan a «Gran Golfo», y habría ganado en un segundo.  
¡Es nuestro Golfo!  
¡Y cada día el de más gente!  
Pero cuando ve a Vicky sale corriendo,  
dejando al presentador furibundo,  
y como Thelma y Louise, se van los dos a recorrer mundo.*

*Ole que ole y olé, qué buenos son.  
¡Y qué buena está!  
Él es el Golfo de Cádiz y ella es la Estrecha de Gibraltar.*

*Saltando de isla en isla, como en el juego de la oca,  
Manu a la guapa Vicky con su amorcito la vuelve loca.  
Y cuando la Navidad los sorprende al pie de un recién nacido,  
no hay nadie que en sus casas no se haya enternecido.  
Es por eso que, cuando vuelven al Río de la Plata,  
la sangre no llega al río, vuelta al trabajo, ¡menuda lata!*

*Ole que ole y olé, qué buenos son.  
¡Y qué buena está!  
Él es el Golfo de Cádiz y ella es la Estrecha de Gibraltar.*

*Un día alguien en su despacho tuvo la genial idea,  
¡una idea de cojones!,  
de organizar un acto de paz y amor entre las naciones.  
Pero al padre de Vicky, un tipo con mucha flema,  
se le fue la perola y empezó a repartir galletas,  
como si fuera el hombre colocadísimo de chupar setas.  
Suerte que nuestra Vicky estaba allí,  
y, sable en mano,  
resolvió la situación ella solita, ¡fuera tiranos!*

*Y ahora los argentinos no la quieren soltar.  
¡La llaman «la nueva Evita»!  
Y «la Estrecha de las Malvinas»,  
¡ya la han vuelto a bautizar!  
Pero se siente mucho, pibitos,  
vosotros tenéis a Messi, amiguitos,  
la Vicky es nuestra,  
es nuestra Estrecha,  
¡ella es la Estrecha de Gibraltar!*

*Ole que ole y olé, qué buenos son.*

*¡Y qué buena está!*

*Él es el Golfo de Cádiz y ella es la Estrecha de Gibraltar.*

Manu se abrazó con sus amigos, que le pusieron un vaso de vino en la mano y se ocuparon de que nunca estuviera vacío.

Las risas, los gritos de «¡Vivan los novios!» y las coplillas improvisadas eran la banda sonora del restaurante.

—¡Que se besen! —vociferó alguien ya antes de que llegara el primer plato.

Los novios no se hicieron de rogar, y descubrieron que, aunque no era fácil, era posible sonreír y besarse al mismo tiempo.

—¡Que se besen los padrinos!

—¡Encima de la silla!

El Tuerkas ayudó a subir a Emma a la silla y desde el suelo la abrazó por las caderas y la besó en el vientre. Ella le tomó la cara entre las manos y se inclinó para darle un beso dulce, que él se encargó de calentar en segundos.

Tras el banquete llegó el baile, y Victoria y Emma se doblaron de risa al ver al padre Bartolomé bailando la canción de Luis Fonsi y Daddy Yankee que no había parado de sonar en todas partes durante todo el año. Cuando Manu se acercó a él y lo abrazó por los hombros, copa en mano, oyó que el padre había tuneado un poco la letra:

—Bo... rri... qui... to, vamos a Belén, pastores, borriquito... a llevarle al niño algunos regalitos, para que se abrigue si llega el fresquito...

—Diga que sí, padre, ¡qué arte! ¡Bo-rri-qui-to!

—Manu, la fotografía nos reclama, dice que la luz está perfecta para unas fotos en la orilla.

—Pues vamos *p'allá*. —La abrazó por la cintura y la besó—. Aunque no voy a necesitar recuerdos de este día, Vicky. Me has hecho el hombre más feliz del mundo. Estos momentos los voy a llevar grabados en el corazón hasta que sea un viejito arrugado y gruñón.

Colgada de su cuello, ella le devolvió el beso.

—Arrugado, puede, pero nunca vas a ser gruñón, Manu. Eso es lo que me enamoró de ti. Eres pura alegría de vivir. Tú no tienes corazón —le apoyó la

mano en el pecho—; lo que tú tienes aquí es una campana.

Cuando le cubrió la mano con la suya, Victoria notó que latía alborotado.

—Y hoy es su día. No veas el repique de boda que tengo ahí dentro *montao*. ¡Mil campanas suenan en mi corazón!

Vicky se echó a reír.

—Pareces Alaska.

Él la pegó a su cuerpo y la besó para demostrarle sin palabras lo feliz que era y lo mucho que la amaba. Ella le acarició la nuca y disfrutó del momento de intimidad.

—¡Chicos, las fotos! —les recordó la fotógrafa.

La pareja gruñó antes de separarse.

—Luego, Vicky. Dentro de un rato te demuestro lo mucho que te quiero.

—Me hago una idea, Golfo. —Le guiñó el ojo—. Creo que el campanario se te ha trasladado debajo de los pantalones.

—La madre que te parió. ¿Tú ves cómo me tienes? Y ¿ahora yo cómo salgo de aquí?

Ella se colocó delante de él.

—Anda, salgamos haciendo el trenecito.

—Qué lista es mi niña —le susurró al oído, abrazándola por la cintura—, si es que te tengo que querer.

Ella volvió la cabeza para besarlo en los labios.

—No más que yo a ti, Manu. No más que yo a ti.

*Hotel The Rock, Gibraltar*

—¿Manu? —Victoria se cubrió los ojos con una mano para protegerse de la luz que entraba por la ventana.

Durante unos instantes pensó que estaba en Buenos Aires, pero al darse cuenta de dónde se encontraba y por qué, una gran sonrisa se adueñó de su cara. No sabía qué debían de haber sentido John Lennon y Yoko Ono durante su noche de bodas en el famoso hotel gibraltareño, pero dudaba mucho que hubieran sido más felices que ella.

—Ea, ahora sí ha salido el sol. —Al volverse hacia la voz, vio que Manu estaba contemplándola con la cabeza apoyada en la mano—. Buenos días, señora Soto. ¡Dios, qué ganas tenía de decir eso!

Ella se aguantó la risa.

—Manu, llevamos casi dos años viviendo juntos.

—Es distinto. No te imaginas lo que se siente haciéndole el amor a tu mujer.

—Pues mira, no, eso no lo sé.

—Y ¿a que no sabes lo que estoy a punto de descubrir?

Ella negó con la cabeza, juguetona.

—Voy a descubrir la cara que pone mi esposa cuando le doy un orgasmo de buena mañana. —Le arrebató la sábana con la que cubría su desnudez y la apartó bruscamente a un lado.

Ella alzó los brazos y se estiró como una gata, doblando la rodilla. Se

sentía relajada como pocas veces. No quería estar en ningún otro sitio del mundo ni acompañada de nadie más. Supuso que ése era el auténtico secreto de la felicidad.

—Una sirena —murmuró el causante de su alegría, contemplándola desde los pies de la cama—, me fui a una isla del Caribe y volví con una sirena. ¡Gracias, Virgencita del Carmen!

Aunque Emma se había encargado de prepararle el ajuar de novia —un precioso vestido de encaje ceñido al cuerpo, con escote cruzado por delante y una gran abertura a la espalda que durante la ceremonia había cubierto con una toquerita de borreguillo blanco, zapatos, complementos y lencería—, al llegar a la habitación del hotel se habían desnudado mutuamente y no habían parado de hacerse el amor por lo que no tuvo tiempo de echar de menos un camisón.

—¿Has naufragado, pirata? ¿Has perdido a tu tripulación? Tengo un puerto seguro escondido por aquí. Ven a buscarlo.

—¿Un puerto seguro? —Manu se encaramó a la cama, acariciándole las piernas a medida que ascendía. Al llegar a las rodillas, las separó—. ¿Quién quiere un puerto seguro pudiendo vivir mil aventuras a tu *lao*? Yo lo que busco es el tesoro. —Inclinándose lentamente hacia delante, hundió la nariz en sus cortos rizos e inhaló, embriagándose con su aroma—. Me han dicho que en las profundidades de esta cueva se encuentra un tesoro enterrado, «la Perla del Estrecho» la llaman.

Ella gimió y le acarició el pelo.

—Te han informado mal. La perla se encuentra a la entrada. Sólo si das con ella, te dejaré explorar las profundidades de la cueva.

—¡No hay perla que se me escape!

Como hombre de palabra que era, Manu encontró la perla con facilidad y se dedicó a lamerla y a succionarla con avidez, como si quisiera asegurarse de que no quedaba en ella ni rastro de arenilla.

Victoria, sabiendo que el fondo marino estaba en buenas manos, se relajó y lo dejó hacer. Era su luna de miel. No tenía que ir a trabajar. Estaba en un entorno paradisíaco, junto al hombre al que amaba, un hombre que disfrutaba dándole placer. Podría pasarse así toda la mañana. ¡Podría pasarse así toda la vida!

De pronto, su mundo se puso del revés.

Sin previo aviso, Manu le había dado la vuelta como si fuera una tortita. Pasó sobre ella para coger las dos almohadas y las acercó.

—Levántate, sirena —le ordenó, y le colocó los dos almohadones bajo el vientre, dejándola mucho más expuesta a su exploración.

—Manu...

—Chis, no protestes, *quilla*, no he *acabao* contigo.

Victoria pensó que la impaciencia había podido con él y que estaba a punto de penetrarla, pero no fue así. Un instante después, volvió a notar su lengua entre las piernas y no pudo contener un gemido ante las nuevas sensaciones, mucho más intensas en esa postura.

Incapaz de estarse quieta, se revolvió buscando más contacto, pero él la agarró con fuerza por las caderas, aprisionándola, antes de seguir con su exploración como si él también hubiera decidido que quería pasar así el resto del día.

Era maravillosamente placentero, pero al cabo de unos minutos no fue suficiente.

—Manu...

—¿Sí, mi sirena?

Ella soltó un gemido de frustración. Por suerte, él entendía su lenguaje y deslizó un dedo en su interior.

Soltando el aire aliviada, Victoria se echó hacia atrás, clavándose en su dedo y presionándolo con fuerza.

—Así me gustan las mujeres de buena mañana —susurró él con la cara pegada a su sexo—, ansiosas.

Deslizó el dedo rítmicamente dentro y fuera, dentro y fuera, hasta que los gemidos de Victoria volvieron a convertirse en quejidos de protesta.

Sin necesidad de palabras, Manu añadió un segundo dedo, con el que siguió penetrándola mientras le acariciaba el clítoris con el pulgar. Sabía que, si mantenía ese ritmo y esa intensidad, Vicky no tardaría en salir volando en el primer orgasmo del día, pero ella, que también lo sabía, no quiso irse sin él.

—Manu, ven, abrázame.

Él retiró los dedos y le dio un lametón de despedida antes de tumbarse



sobre su espalda. Intentó no aplastarla, apoyando el peso en los antebrazos, y ella aprovechó para levantar las caderas, invitándolo a entrar.

—Vicky... —La besó en la mejilla.

—Te quiero dentro, Manu.

Él deslizó las manos bajo su cuerpo y le acarició los pechos.

—Soy tuyo, mi niña —le susurró al oído, haciéndola estremecer—. Úsame como quieras.

Fuera de sí, Victoria alzó las caderas, moviéndolas arriba y abajo y de un lado a otro. A punto estaba de amenazar a su marido con el divorcio exprés cuando sus cuerpos alcanzaron el ángulo perfecto que permitió que él se deslizara en su húmedo interior sin ningún esfuerzo.

—¡Sí!

—¡Joder, *quilla*! ¡Qué bien te pusieron el mote! Qué estrecha estás y cómo me gusta que me aprietes bien *apretao*.

—Señor Soto, déjate de motes y al lío.

—Será un placer, señora Soto.

Envolviéndola con su cuerpo, Manu echó las caderas hacia delante, clavándose parsimoniosamente en su interior hasta que no pudo avanzar más. Permaneció allí y mordió el final del cuello de Vicky, notando cómo ella se estremecía hasta en el más recóndito de sus rincones.

Victoria quería moverse, lo necesitaba, pero su marido parecía haber decidido que le gustaba su papel de manta. No obstante, si algo tenía la diplomática eran recursos, así que, ya que no podía moverse por fuera, empezó a contraer los músculos vaginales, sonriendo cuando lo oyó maldecir.

—Quieta, *quilla*, que no voy a poder aguantar.

—¿Quién quiere que aguantes? ¡Suéltate, Manu! Suéltate de una buena vez.

Él se arrodilló, separó las piernas, la sujetó por las caderas y volvió a clavarse en ella con afición.

—¡Sí! —exclamó Victoria—. ¡Así!

—Y yo que quería ser tierno y romántico en nuestra luna de miel... No hay quien os entienda, *quilla* —refunfuñó, acelerando el ritmo de las embestidas para acoplarse al ritmo que marcaba ella.

—Esto me parece tremendamente romántico, ¡no pares!

Él alzó una ceja, pero siguió bombeando. Cuando Vicky echó una mano hacia atrás y le pellizó el muslo con saña, él reaccionó dándole una palmada en la nalga. Al ver la sonrisa de satisfacción que le dirigía su descarada esposa, meneó la cabeza y se mordió el labio inferior, mientras notaba cómo su erección crecía y se endurecía aún más.

—Qué vicio tienes, criatura. Y cómo me pone.

Ninguno de los dos pudo decir nada más, porque Manu puso la directa. Victoria le siguió el ritmo durante unos segundos, pero pronto se rindió y, desmadejada sobre los almohadones, disfrutó del sensual ataque matutino.

Cuando, al cabo de un par de minutos, él volvió a dejarse caer sobre su espalda, Vicky estaba a punto de caramelo. Deslizó con decisión las manos bajo su cuerpo, localizando sus objetivos con facilidad. Con una mano le frotó el clítoris mientras que con la otra le pellizcaba el pezón.

Ella hundió la cara en las sábanas, pero Manu no se lo permitió. Le tiró del pelo hasta que ella se encaró a la ventana y gritó su placer a los cuatro vientos.

Las contracciones hicieron que el Golfo no pudiera aguantar más y la siguiera, uniéndose a su liberación, a su vuelo y a sus gritos.

—¡Sí, así, grita, Vicky, que nos oigan en África!

El carpintero de Cádiz, que había salido de su casa a la conquista del Caribe gracias a una apuesta, se sintió el rey del mundo. La mujer más maravillosa del planeta había rechazado a hombres ricos y poderosos para estar con él. Lo había seguido por medio mundo, durmiendo bajo las estrellas. Adoraba a su familia y se sentía cómoda entre sus amigos. Y en la cama era una fiera que se enfadaba con él cuando no le daba lo que quería, como lo quería y cuando lo quería. ¿Qué más podía pedir un hombre?

Retirándose de su interior, se tumbó en la cama y abrió los brazos. Victoria reptó y apoyó la cara en su pecho mientras él la abrazaba. Por la ventana entreabierta entraba el canto de las aves y otros sonidos más difíciles de identificar.

—¡Qué maravilla, mi amor! ¡Esto es el paraíso terrenal, el jardín del Edén, el...!

—¡¡¡Aaaah!!!!

—¡Y encima, multiorgásmica! Si es que eres perfecta, cariño.

—¡Que no es eso, Manu! ¡Mira!

Temiendo que Charles Lampard los hubiera descubierto y hubiera movilizado al ejército británico, él se volvió hacia la ventana, dispuesto a impedir que se llevaran a la que al fin había accedido a ser su esposa.

Sin embargo, lo que vio fue a un par de macacos, que al parecer se habían inspirado observándolos desde la ventana.

—¡Será posible! ¡Largo de aquí, a fornicar a otro *lao*! —exclamó—. ¡Y espero que hayáis *pasao* por la vicaría! ¡Será golfo, el macaco! ¿Tú has visto lo que estaban haciendo?

—Pues sí, lo mismo que acabamos de hacer nosotros —respondió ella, muerta de risa, pero la mirada se le enturbió al recordar otro episodio que habían vivido con unos macacos muy cerca de allí, cuando la Cabo de Buena Esperanza irrumpió en sus vidas como un buque rompehielos.

Él se apoyó en el cabecero de la cama y volvió a abrir los brazos para acogerla entre ellos.

—¿Te acuerdas, *quilla*?

—Cómo olvidarlo.

—Ese día me rompiste el corazón, Vicky.

—La cabo y tú acababais de rompérmelo a mí.

—Quería hacer las cosas bien, pero no sabía cómo. Mi mundo se había roto en cachitos.

—A veces, por querer hacer lo correcto metemos la pata hasta el fondo.

—Pero cuando el amor es tan fuerte, no hay nada que pueda romperlo. — Manu la besó en la frente.

—Ni ejército que pueda separarlo. —Ella le acarició el pecho.

—Ni embajadores de ramas demasiado largas.

—Ni cabos ultracongeladas.

Él se estremeció.

—Ni padres armados con sables.

—Ni capitanes Espárrago locos de atar.

—Parece mentira todo lo que ha *pasao* desde la última vez que estuvimos en lo alto del Peñón, *quilla*.

—Ha sido alucinante, pero ahora que estamos casados ha llegado la hora de sentar la cabeza, ¿no crees?

—Palabrita del Niño Jesús.

—¿Manu?

—¿Mmm?

—Has cruzado los dedos, ¿verdad?

—Cómo me conoce, la *jodía*.

—¡Golfo!

—¡Estrecha!

—¿Estrecha, yo? —Victoria lo tumbó atravesado en la cama y montó sobre él—. ¡Retira eso!

—Dame una buena razón.

—¿Sólo una? —Vicky alzó una ceja y se inclinó hacia él. El corazón de Manu se fundió al mismo tiempo que su armamento se reforzaba—. Voy a pasarme el día dándote razones, señor Soto.

—A ver si es verdad, señora embajadora. —Le guiñó un ojo—. Estrechemos lazos.

Y un golfo que no lo era tanto y una estrecha que aún lo era menos se amaron una vez más ante la mirada curiosa del grupo de macacos que se había reunido en la terraza. Uno de los monos quiso imitar lo que veía, pero cuando la mona lo echó de su lado porque no quería perderse el espectáculo, salió corriendo muy ofendido y no paró hasta llegar a lo más alto del Peñón. Desde allí miró hacia el sur y se entretuvo viendo pasar los barcos en dirección al estrecho de Gibraltar, un estrecho que algunos veían como una barrera, pero que para Victoria era un puente.

Tras haber pasado dos maravillosos años en América, el continente africano se abría ante ellos. Desde su nuevo destino diplomático, cerca de sus seres queridos, el futuro se presentaba prometedor. No sabían qué les depararía el destino, pero los pasaportes, los aeropuertos, la complicidad, las risas y los revolcones entre las sábanas estaban asegurados. ¿Se le podía pedir más a la vida?

## *Agradecimientos*

Quiero darle las gracias a Manu, el Golfo de Cádiz. De no ser por su insistencia en que les diera a Vicky y a él el final que merecían, no habría sacado el tiempo para escribir esta novela. Aún lo oigo de vez en cuando gritándome en la cabeza: «Smirnoooooov, ¿qué hay de lo mío?».

Gracias a Esther Escoriza por enamorarse del Golfo y darle todos los caprichos.

Y gracias al resto del equipo de Planeta —las correctoras, el equipo de realización, de diseño, marketing y prensa—, porque gracias a su trabajo este libro está ahora en tus manos.

Gracias dobles a Mariel Ruggieri, por ser musa y por revisar los diálogos en uruguayo.

Muchas gracias, Vicky Echiveste, por ser como eres y por asesorarme en los diálogos mexicanos.

Gracias a Enric Nolla por alegrar la vida de todos los que te rodean y por asesorarme en los diálogos venezolanos.

Gracias a Dona Ter por ser mucho más que una lectora cero, mi hermana en el oeste.

Y gracias a todas las lectoras, por dejaros seducir por este Golfo, que tiene el corazón más grande que el Peñón de Gibraltar y todo el arte del sur. Sin vosotras, esta novela no existiría. ¡Gracias, gracias, gracias!

## *Referencias a las canciones*

*Noches de Bohemia*, Parlophone Music Spain, S. A., interpretada por Navajita Plateá.

*Macarena*, Serdisco, interpretada por Los del Río.

*Estadio azteca*, Dro East West, Warner Music Argentina, interpretada por Andrés Calamaro.

*La gozadera*, Sony Music Entertainment US Latin LLC / Magnus Media LLC, interpretada por Gente de Zona y Marc Anthony.



Lara Smirnov es una autora empeñada en alegrarles el día a sus lectoras. Le gusta hacerlas viajar por escenarios exóticos, despertarles una sonrisa y provocarles un agradable calorcillo en el corazón o en otras partes del cuerpo. Si lo logra y las lectoras se lo cuentan por las redes sociales, la hacen muy feliz.

Además de *El Golfo de Cádiz y la Estrecha de Gibraltar* y *Quiero una boda a lo Mamma Mia*, en el sello digital Zafiro ha publicado *Golfeando*, *Allegra ma non troppo* y *Las manos quietas, que van al pan*.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<<https://www.facebook.com/LaraSmirnovAutora>

[https://twitter.com/lara\\_smirnov](https://twitter.com/lara_smirnov)

<https://www.instagram.com/larasmirov/>>.

## *Notas*

[1]. En afrikáans, «Pon tu cabeza en el culo de la vaca y espera a que el toro te penetre analmente».



[2]. En inglés, «¡Victoria, querida hermana!».

[3]. En inglés, «Un placer».

[4]. En inglés, «jodiendo», «jodido», respectivamente.

*El Golfo de Cádiz y la cabo de Buena Esperanza*

Lara Smirnov

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta: Difught, Volodymyr Burdiak, Sittipong, Shutterstock

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Lara Smirnov, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2018

ISBN: 978-84-08-18741-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltallerdelllibre.com](http://www.eltallerdelllibre.com)

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**



**¡Síguenos en redes sociales!**

